



INTRODUCCIÓN A LA FENOMENOLOGÍA



Universidad Nacional Federico Villarreal
Facultad de Psicología

1º

ASIGNATURA:



INTRODUCCION A LA FENOMENOLOGIA

Curso 2008/2009

(Código: 571104)

1.OBJETIVOS

La fenomenología es el movimiento filosófico que ha inspirado a un gran número de los filósofos más importantes del siglo XX. En su nómina, o relacionados con ella, están grandes filósofos de la segunda mitad del siglo pasado, tales como Sartre, Merleau-Ponty, Derrida, Ricoeur, Koyré, cuyo discípulo Kuhn tanta influencia tendría, o Lévinas, entre nosotros el propio Ortega y Gasset. Sin embargo, esta realidad de la fenomenología no se corresponde con el conocimiento curricular del movimiento, por la sencilla razón de que la obra del fundador de la fenomenología, Edmund Husserl es muy hermética y no dada a ser entendida en una fácil lectura. El influjo de la fenomenología, que ha sido llamada por un fenomenólogo español la filosofía secreta del siglo XX, es reconocido por todo el mundo pero a la vez es frecuente tomarla como una filosofía superada, aun sin conocerla realmente. Tenemos entonces la paradoja de una enorme influencia y un enorme desconocimiento. Incluso es lo normal es que en los estudios de filosofía se llegue al final de los mismos sin tener prácticamente un conocimiento serio de ese movimiento porque a los profesores tampoco se lo han hecho llegar.

Nuestro objetivo con esta asignatura es ofrecer a nuestros alumnos de filosofía la posibilidad de obtener un conocimiento razonablemente aceptable de la filosofía del fundador de la fenomenología en toda su amplitud, así como de los caminos que siguió y sigue aún hoy en día. No se pretende exhaustividad sino caminar con cierta seguridad para hacerse con los conceptos fundamentales de esa filosofía, poniendo las bases para que el alumno pueda acceder por su cuenta y sin prejuicios a esa obra.

2.CONTENIDOS

PARTE I

Tema 1

Introducción, la fenomenología, su contexto y dificultad

1. La disolución de la filosofía en teoría de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX.
2. Positivismo, realismo y naturalismo (el psicologismo); el historicismo
3. Los problemas de una lectura de Husserl.

Tema 2

El nacimiento de la fenomenología en las *Investigaciones lógicas* (1900-1901)

1. Apunte biográfico: Husserl profesor en Halle (1887-1901).
2. La refutación del Psicologismo.
3. «A las cosas mismas».
4. La defensa de la racionalidad.
5. El descubrimiento de la vida de la conciencia: las vivencias y la intencionalidad

Tema 3:

La madurez de la fenomenología en las *Ideas* (1913)

1. Apunte biográfico: Husserl profesor en Gotinga (1901-1916).
2. Hechos y esencias.
3. La meditación fenomenológica fundamental: *epojé* y reducción.
4. La fenomenología como crítica de la razón.
5. El giro trascendental y la acusación de idealismo

Tema 4:

Profundización, desarrollo y aplicación de la fenomenología: *La crisis de las ciencias europeas* (1936).

1. Apunte biográfico: Husserl profesor en Friburgo (1916-1938).
2. La influencia de la Primera Guerra Mundial.
3. La quiebra de la racionalidad europea.
4. La historicidad del sujeto trascendental.
5. El mundo de la vida.

Tema 5:

De la actitud natural a la actitud fenomenológico-trascendental

1. La actitud natural: la actitud naturalista y la actitud personalista.
2. La *epojé* y la reducción trascendental.
3. Los motivos para efectuar la reducción fenomenológica.
4. Los caminos de la reducción.

PARTE II

Tema 6:

En torno a algunos malentendidos

1. Reducción trascendental y reducción eidética.
2. Reducción trascendental y reducción psicológico-fenomenológica: La arquitectónica de la fenomenología.
3. El concepto de constitución.

Tema 7

La subjetividad como ámbito fundamental de la investigación trascendental: las estructuras de la subjetividad trascendental

1. La intencionalidad: *Nóesis* y *Noema*.
2. La conciencia del tiempo.
3. La corporalidad como carnalidad o somaticidad (ubiestesias, cinestesias y cenestesias).
4. La vida activa (yo).

Tema 8

Las estructuras de la subjetividad trascendental II

1. El principio de los principios.
2. Evidencia, Razón y verdad: para una fenomenología de la razón.
3. El concepto de creencia originaria (*Urdoxa*).
4. La evidencia como telos de la intencionalidad.

Tema 9:

Fenomenología y sociedad

1. La intersubjetividad en la obra de Husserl.
2. La reducción intersubjetiva y la constitución del otro.
3. La subjetividad racional como intersubjetividad: la constitución intersubjetiva de un mundo «objetivo».

Tema 10:

Fenomenología e historia

1. La problemática de la historia en la fenomenología: el prejuicio de su ahistoricidad.
2. El "segundo" Husserl.
3. El yo trascendental como yo histórico.
4. La reducción al mundo de la vida (*Lebenswelt*). El mundo de la vida como un mundo histórico.
5. Filosofía de la historia de la fenomenología: el concepto de Europa.
6. La universalidad de la razón.

3.EQUIPO DOCENTE

- [JOSE JAVIER SAN MARTIN SALA](#)
- [JESUS MIGUEL DIAZ ALVAREZ](#)
- [IGNACIO CASTILLO FRANCO](#)

4.BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

ISBN(13): 9788436219906
Título: LA ESTRUCTURA DEL MÉTODO FENOMENOLÓGICO (1ª)
Autor/es: San Martín Sala, Javier ;
Editorial: UNED

[Buscarlo en librería virtual UNED](#)

[Buscarlo en bibliotecas UNED](#)

[Buscarlo en el MCU](#)

ISBN(13): 9788436230864
Título: LA FENOMENOLOGÍA COMO TEORÍA (1ª)
Autor/es: San Martín Sala, Javier ;
Editorial: UNED

[Buscarlo en librería virtual UNED](#)

[Buscarlo en bibliotecas UNED](#)

[Buscarlo en el MCU](#)

ISBN(13): 9788436247947
Título: HUSSERL Y LA HISTORIA: HACIA LA FUNCIÓN PRÁCTICA DE LA FENOMENOLOGÍA ()
Autor/es: Díaz Álvarez, Jesús M. ;
Editorial: UNED

[Buscarlo en librería virtual UNED](#)

[Buscarlo en bibliotecas UNED](#)

[Buscarlo en el MCU](#)

Comentarios y anexos:

El material didáctico consta fundamentalmente de la *guía de estudio* de la asignatura, en la que se ofrece un amplio guión del desarrollo del tema, con indicación exacta de las páginas de la bibliografía básica

en las que el alumno puede encontrar una explicación más precisa. Parte de esas páginas se podrán consultar en el curso virtual que el alumno conviene que frecuente.

El material estará tomado fundamentalmente de
San Martín, Javier,

- *La estructura del método fenomenológico*, UNED, Madrid, 1986.
- *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón*, 2ª edición, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- *La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte*, UNED, 1994.

Díaz Álvarez, Jesús M.

- *Husserl y la Historia. Hacia la función práctica de la fenomenología*, UNED, 2003

5.BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

ISBN(13): 9788430943661
Título: MEDITACIONES CARTESIANAS (3)
Autor/es: Husserl, Edmund ;
Editorial: EDITORIAL TECNOS

[Buscarlo en librería virtual UNED](#)

[Buscarlo en bibliotecas UNED](#)

[Buscarlo en el MCU](#)

Comentarios y anexos:

La bibliografía recomendada en el apartado B) es sólo orientativa, y se debe tener en cuenta que en el desarrollo de los temas se dará una más amplia bibliografía. No se trata de una bibliografía que el alumno deba leer.

A) Bibliografía fundamental de Husserl

- *Investigaciones lógicas*, Alianza Editorial, Madrid. (Texto de 1900/1901)
- *La idea de la fenomenología*, F.C.E. (Texto de 1906).
- *Problemas fundamentales de la fenomenología* (Texto de 1910), Alianza Editorial.
- *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*, F.C.E. (Texto de 1913).
- *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica, tomo II (Ideas II)*, UNAM, México, traducción de A. Zirión (Texto de 1914/15).
- *Meditaciones cartesianas*, (Texto de 1929), Editorial F.C.E. (traducción de J. Gaos y M. García Baró), y Editorial Tecnos (traducción de M. A. Presas)
- *La crisis de las ciencias europeas*. Editorial Crítica, Barcelona. (Texto de 1936).

B) Otra bibliografía recomendada

Gómez Moreno, Isidro

- *Husserl y la crisis de la razón*, Editorial Cincel, 1986.

Embree, Lester

- *Análisis reflexivo. Una primera introducción a la fenomenología. Reflective Analysis. A first Introduction into Phenomenological Investigation*. Edición bilingüe inglés/castellano. Jitanjáfora, México 2003.

Moreno Márquez, César

- *Fenomenología y filosofía existencial*, volumen I, *Enclaves fundamentales*; Volumen II, *Entusiasmos y disidencias*. Editorial Síntesis, Madrid, 2000.

Moliner, Fernando,

- *Retorno a la fenomenología*, Editorial Anthropos, 1987.
- *Mundo y vida en la fenomenología de Husserl*, Universidad de Valencia, 1994.

Ortega y Gasset, José,

- "Sobre el concepto de sensación", (texto de 1913), en *Investigaciones psicológicas*, Alianza Editorial.
- San Martín, Javier,
- *Ensayos sobre Ortega*, caps. IV, «Las tres posibilidades de la teoría del conocimiento», y V, "El primer texto de fenomenología en español"; UNED, 1994.
 - *Fenomenología y cultura en Ortega*, sobre todo cap. III, sobre *Meditaciones del Quijote* y V, sobre *Qué es filosofía*. Editorial Tecnos, Madrid, 1998.
 - *Teoría de la cultura*, Editorial Síntesis, Madrid, 1999.
 - *Fenomenología y Antropología*, Editorial Lectour/UNED, Buenos Aires-Madrid, 2005.
- Para una filosofía de Europa. Ensayos de fenomenología de la historia, Editorial Biblioteca Nueva /UNED, Madrid, 2007
- Sepp, Hans Rainer,
- "Mundo de la vida y ética en Husserl", publicado en J. San Martín, *Sobre el concepto de mundo de la vida*, UNED, 1993

6.EVALUACIÓN

La evaluación consistirá en lo siguiente:

- 1) Evaluación continua y formativa a través del curso virtual. La participación en el curso virtual tendrá una repercusión en la calificación final.
- 2) Pruebas Presenciales, consistirá en una prueba que constará de siete preguntas de respuesta breve, calificadas de 1 a 10, con un total de un 70%, y una de respuesta un poco más larga que contará un 30%.

La primera Prueba Presencial se referirá a la primera parte, la segunda a la segunda parte.

7.HORARIO DE ATENCIÓN AL ESTUDIANTE

Javier San Martín

Miércoles, 10,30-14,30 y 16-20

Jueves, 11,00-15,00.

Jesús M. Díaz Álvarez

8.Otros materiales:

La asignatura dispone de un espacio *virtual*, que será el lugar fundamental en el que los profesores mantendrán el contacto con los alumnos. Esto convierte en altamente conveniente la utilización de este medio. Los materiales complementarios que sean estimados útiles se "colgarán" en este lugar.

9.Otros medios de apoyo

Es fundamental entrar en el curso virtual, sobre todo en el Foro. La participación activa en él puede resultar decisiva en la calificación final

Primera Parte

1	INTRODUCCIÓN GENERAL	2
2	Introducción, la fenomenología, su contexto y dificultad	6
2.1	La disolución de la filosofía en teoría de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX	6
2.2	El positivismo, realismo y naturalismo (psicologismo); El historicismo.....	9
2.3	LOS PROBLEMAS DE UNA LECTURA DE HUSSERL	21
2.3.1	LOS MOTIVOS PRINCIPALES DE ESA DIFICULTAD:	23
2.3.2	ESCASEZ DE PUBLICACIONES EN VIDA DE HUSSERL.	25
2.3.3	RELACIÓN DE LO PUBLICADO A LO INMEDIATO	25
2.3.4	LAS PERSPECTIVAS EN LA LECTURA DE HUSSERL: LA PERSPECTIVA ESTRUCTURAL Y LA PERSPECTIVA FUNCIONAL	25
2.4	EJERCICIOS PRÁCTICOS	28
3	Tema 2. El nacimiento de la fenomenología en las Investigaciones lógicas (1900-1901).....	29
3.1	Apunte biográfico: Husserl profesor en Halle (1887-1901).	29
3.2	La refutación del Psicologismo.	31
3.3	El lema de la fenomenología: «A las cosas mismas».....	33
3.4	La defensa de la racionalidad.	36
3.5	El descubrimiento de la vida de la conciencia: las vivencias y la intencionalidad.	39
3.6	Preguntas sobre el tema segundo	41
4	Tema 3. La madurez de la fenomenología en las Ideas.....	42
4.1	Introducción.....	42
4.2	Apunte biográfico: Husserl profesor en Gotinga (1901-1916).....	43
4.3	Sentido general de esta etapa.....	45
4.4	Hechos y esencias.....	50
4.5	La meditación fenomenológica fundamental: epojé y reducción.....	61
4.6	La fenomenología como crítica de la razón.....	67
4.7	El giro trascendental y la acusación de idealismo.	70
4.7.1	PRUDENCIA	70
4.7.2	IDEALISMO TRASCENDENTAL	71
4.8	Preguntas sobre el tema tercero	77
5	Tema 4. Desarrollo y aplicación de la fenomenología en La crisis.....	78
5.1	Introducción.....	78
5.2	Apunte biográfico: Husserl profesor en Friburgo (1916-1938).....	78
5.3	La influencia de la Primera Guerra Mundial.....	80
5.4	La quiebra de la racionalidad europea.....	81
5.5	La historicidad del sujeto trascendental.	83
5.6	El mundo de la vida.	85
5.7	Preguntas del tema 4.....	86
6	Tema 5. De la actitud natural a la actitud trascendental.....	87
6.1	Introducción.....	87
6.2	La actitud natural: la actitud naturalista y la actitud personalista. Sobre la actitud natural entendida de un modo genérico.	88
6.3	La epojé y la reducción trascendental.....	90
6.4	Los motivos para efectuar la reducción fenomenológica.	98
6.5	Los caminos de la reducción.	102
6.6	Preguntas del tema 5.....	103

1 INTRODUCCIÓN GENERAL

Si pudiéramos hacer un balance de la filosofía el siglo XX, ahora que acaba de terminar, tendríamos que decir que ha sido una filosofía reactiva a la del XIX, pero escindida en varias direcciones, al menos en apariencia, profundamente divergentes. Globalmente todas las filosofías representan respuestas a la profunda crisis cultural de la Modernidad. Las filosofías de la sospecha, que se inauguraron en el XIX —con Marx, Nietzsche y Freud— y se terminaron de perfilar o incluso de formular en el XX, marcarán todas las corrientes filosóficas hasta la contemporaneidad.

Por otra parte, las imponentes realizaciones de las ciencias y técnicas contemporáneas no podían dejar de representar, tanto en su faceta de crisis como en la de los logros, un motivo básico para la reflexión filosófica. La epistemología necesaria para pensar esa ciencia representó un punto de partida decisivo para la filosofía contemporánea. Por eso, en gran medida detrás de muchas corrientes filosóficas desde 1900 ha latido el deseo de formular una epistemología adecuada a la producción científica del siglo XX. Sobre todo como respuesta a las corrientes psicologistas que predominaban a finales del siglo XIX con la irrupción de los estudios de una psicología de matiz experimental. Toda la corriente neopositivista y, en relación con ella, la llamada filosofía analítica está en relación con esa teoría de la ciencia.

También está íntimamente conectada con esa epistemología la fenomenología, que nace expresamente como una superación del psicologismo. La fenomenología es, por tanto, una corriente del pensamiento del siglo XX, que nace como una respuesta a una epistemología que a su fundador le parecía insuficiente para comprender el carácter del sujeto que hace ciencia en cuanto tal sujeto.

Para poder transitar con cierta comodidad por la filosofía del siglo XX, tenemos que contar, por tanto, con tres grandes continentes filosóficos, entre los cuales se darán influencias, mezclas y diálogos: las filosofías de la sospecha, entre ellas fundamentalmente el marxismo, la filosofía analítica y la fenomenología.

La fenomenología se constituye formalmente a principios mismo del siglo y lo atraviesa íntegramente hasta el final. Pero no es una filosofía que fuera definida en un primer momento, de manera que estuviera ahí ya para ser asimilada por quien quisiera. Su definición fue lenta, tortuosa, con multitud de ramificaciones en diversos campos; escisiones, que desde la perspectiva de su fundador implicaban traiciones y abandonos; mutaciones que podían dar lugar a filosofías muy alejadas y, tal vez, más cercanas a otros continentes. De hecho, la filosofía hermenéutica que ha sido dominante en los últimos cuarenta años es heredera de la fenomenología, pero en una herencia que en cierta manera y en algunos casos pretende alejarse totalmente del punto de partida, dejando en él todas las virtuallas del viaje. La hermenéutica ha pretendido muchas veces tomar la fenomenología sólo como un punto de partida que criticar y superar, contra el que definirse y, por tanto, que abandonar. Por supuesto, a veces, en esa definición, o no se ha llegado a ninguna parte o se ha entrado en otro continente filosófico, por ejemplo, en el de la sospecha, incluso en el de la no filosofía. La filosofía llamada posmoderna ha sido un fruto de esa actitud, en la actualidad en una cierta retirada. Pero lo mismo les

ocurre a otro tipo de filosofía de la sospecha, como pueden ser la filosofía deconstructivista desarrollada por Derrida, que arrancó de Husserl, para convertirlo, según algunos de los intérpretes del filósofo francés, en el modelo de todo aquello que habría que superar.

Precisamente la indefinición inicial de la fenomenología, la lentitud con la que se puso en marcha y, por tanto, la dificultad de señalar sus contornos la ha convertido en una filosofía aparentemente sencilla y al alcance de cualquiera, pero en realidad sumamente difícil, casi podríamos decir que impenetrable para el estudiante normal.

Este curso tiene el objetivo global de ofrecer al alumno una introducción general a la fenomenología de Edmund Husserl, que es el fundador del movimiento y a quien todos se refieren. En él es donde realmente se concentran las dificultades de comprensión que después se han transmitido a las filosofías que lo tienen como base. Estas dificultades han llevado a que fuera de los expertos en fenomenología el uso que de ella se hace sea mínimo o nulo o profundamente distorsionado. Esta situación es especialmente grave en España. El corte que en la filosófica española supuso la Guerra Civil convirtió a la fenomenología en una total desconocida. Y eso a pesar de que, aunque se crea lo contrario, España había sido pionera fuera de Alemania en el conocimiento de la fenomenología, gracias a la importantísima labor exegética de Ortega y Gasset a partir de 1913.

Una pregunta que conviene plantear es la de por qué es la fenomenología de Husserl tan difícil, hasta el extremo de resultar prácticamente imposible hacerse con ella como un instrumento de pensamiento filosófico, que sería el presupuesto que nos induce ofrecer este curso. ¿Es que la filosofía de Husserl no se puede estudiar a partir de la lectura de alguno de sus libros básicos, sin que sea necesaria cualquier otra ayuda, como ocurriría con la mayor parte de las filosofías? Efectivamente, ese es el problema: que no podríamos señalar ningún texto de Husserl que ofreciera la suficiente garantía de que, estudiándolo, ya su lector se ha iniciado en los elementos rudimentarios de la fenomenología. Esta es una peculiaridad de la filosofía de Husserl que en pocas otras ocurre.

Naturalmente que debemos justificar esto que decimos, porque es muy fuerte y de ser así, deberá haber muy poderosas razones. Vamos a señalar algunas. Primero, la fenomenología se inicia, como hemos dicho, en 1900 con el primer tomo de las Investigaciones lógicas, cuyo objetivo es una refutación del psicologismo, refutación que es fácil de entender; pero cuando se quiere construir la filosofía que de ello resulta Husserl escribe un voluminoso texto, publicado en 1901, en el que se analizan la vivencias de un sujeto que parece ser el mismo sujeto psicológico al que se refería en el tomo primero y que allí fue rechazado como el sujeto de la ciencia. Para clarificar el carácter de ese sujeto Husserl pone en marcha después, pero muy pronto, a partir de 1904, una operación profundamente complicada, —que consta de al menos dos palabras que suelen ser citadas como equivalentes o de modo conjunto, o unas veces una y otras otra, para significar lo mismo, la epojé y reducción fenomenológica—, de la que el público tendrá la primera noticia escrita en 1913, en la segunda gran obra de Husserl, las Ideas para una fenomenología pura. Ésta ha sido la obra canónica de Husserl, que se ha tomado siempre como fundamental para iniciarse en la fenomenología, pero es, sin embargo, una obra sumamente problemática. Consta, en efecto, de cuatro secciones, cuya unidad no se termina de ver con claridad; pero más allá de ese problema, en esa obra no se termina de comprender el verdadero sentido de la epojé y reducción fenomenológicas, que parecen ser las operaciones básicas para poder entrar en la fenomenología y a cuya presentación está dedicada la sección II.

Pero aún hay otro punto muy importante: no sólo es difícil entender el sentido profundo de la epoje y reducción fenomenológicas, sino que, y es lo principal, no se entiende muy bien cómo mediante la epoje y la reducción, tal como Husserl las expone en las Ideas para una fenomenología pura, se pretende completar el programa iniciado en 1900, o siquiera llevarlo a cabo.

Pero aún hay más. En 1900 Husserl establece un programa: la construcción de una filosofía coherente con la refutación del psicologismo, lo que yo llamo la reconstrucción del sujeto racional; en 1913 propone una filosofía para la que exige la epoje y la reducción, sin que se vea con plena claridad cómo se cumple el programa de 1900; pues bien, el desarrollo de la propia fenomenología, sobre todo en la última obra que Husserl escribió y que sólo publicó en vida parcialmente, La crisis de las ciencias europeas, de 1936, parece dar un giro aparentemente en desacuerdo con algunos conceptos de 1913. Esta situación, alimentada por el hecho de las escasas publicaciones de Husserl, llevó a ver su obra de un modo muy calidoscópico, sin unidad, llegándose a hablar de que había tres Husserl bien distintos, el de 1900, el de 1913 y el de La crisis de 1936.

Se comprenderá en todo este pequeño o gran galimatías la dificultad e incluso imposibilidad de señalar uno de los textos publicados por Husserl como suficiente para entender la fenomenología. Porque aunque se lean los tres textos hasta ahora mencionados, si no se percibe su unidad de fondo, se puede hasta tener tres visiones opuestas, sin unidad alguna, con lo que no nos hacemos con la fenomenología, sino con perspectivas separadas unas de otras. En ellas los diversos conceptos pueden aparecer desconectados entre sí y sin que muestren contribución alguna al programa inicial.

Los manuales de Historia de la Filosofía, por lo general, tampoco os ayudarían mucho. Si en su conjunto constituyen un sistema insatisfactorio para estudiar filosofía, por lo que tienen de esclerotización de la filosofía viva que se encuentra en los textos filosóficos, en el caso de la fenomenología la situación es mucho más dramática, porque lo que suelen exponer es una sucesión de incoherencias y a veces incluso de sandeces ininteligibles, que no sirven para nada, y que lo único que demuestran es que sus autores no tienen ni la más remota idea de aquello de que se trata.

Bien es cierto que en gran medida todas estas dificultades provienen de la forma en que la fenomenología fue expuesta al público. Su fundador, Husserl, que inicialmente era matemático, tenía la costumbre de pensar escribiendo, utilizando para ello un sistema de taquigrafía. En vida, y desde que anunció el nuevo movimiento filosófico, publicó no más de cinco libros —de ellos han sido citados ya tres, aunque el de 1936 sólo fue publicado parcialmente— y algunos artículos, lo que supone, en total y como máximo, no más de tres mil páginas. Pues bien, su legado póstumo, que está en la Universidad de Lovaina, consta de más de 40.000 hojas, que van siendo publicadas lentamente en la colección Husserliana, de la que se han editado ya veintinueve volúmenes. En esas publicaciones póstumas hemos podido ir viendo el paso y el contexto de cada una de sus obras, la problemática de sus conceptos, el cumplimiento de su programa, etc, etc. De todas maneras, hay que tener en cuenta que los manuales por lo general han expuesto la fenomenología como era vista desde los textos publicados, que sólo son realmente comprensibles desde el contexto más amplio de la obra no publicada. Por eso, por lo general, lo que se dice en los manuales no es más que un conjunto de tópicos, muchos de ellos con escaso sentido.

Nuestro objetivo en este curso es ofrecer una introducción a la fenomenología de Husserl que supere las dificultades que hemos ido mencionando y en la que se pone como punto de partida fundamental el cumplimiento del programa iniciado con la refutación del psicologismo y que es el que reproduce el título del curso. Para ello combinaremos tres estrategias.

En la primera parte del curso, que abarca los seis primeros temas, trataremos de dar una primera aproximación, en el tema 1 sobre el contexto de la fenomenología. Ahí nos detendremos un poco a ver con más detenimiento las razones de la dificultad de comprender la fenomenología. Luego, en los tres temas siguientes, nos centraremos en el desarrollo de la fenomenología, que ahora podemos ya reconstruir con bastante precisión, una vez que conocemos textos de prácticamente todos los años y sobre la multitud de temas que Husserl tocó en su vida. Es muy importante conocer ese desarrollo, porque sólo desde él podemos comprender el sentido que en cada momento tienen los diversos conceptos y así evitaremos algunos de los tópicos más inveterados en el tratamiento de Husserl. Precisamente el haberlos entendido de un modo descarnado, es decir, alejado del tiempo y el lugar preciso en el que surgen, es lo que los desactivó e imposibilitó el entenderlos en la relación que tienen al programa para el que nació la fenomenología. Uno de los tópicos más continuos, por ejemplo, es que sólo al final de su vida, es decir, en el periodo de La crisis se había preocupado de cuestiones histórica, pues bien viendo su biografía se constata que ese tema, la filosofía de Europa, es propio del periodo inmediato después de la Primera Gran Guerra, que por tanto no tiene nada que ver con los nazis, sino con el fracaso de la Modernidad que la Guerra puso al descubierto. Los temas 5 y 6, para terminar esta primera parte, con muy importantes para empezar a ahacerse con los conceptos básicos de la fenomenología.

En la segunda parte profundizaremos en la fenomenología desde el estudio de su modo de hacer filosofía, de un modo sistemático. Esto puede llamar la atención, porque se ha solidado decir que la fenomenología no es sistemática, veremos sin embargo que, aunque no esté escrita en un sistema, lo que ya no hacemos nadie, está surcada por un profundo sistema conceptual y de desarrollo. Así los temas 7 y 8 tratarán de mostrar el análisis de la estructura de la subjetividad que la fenomenología ofrece; el tema 9 estudiará la relación con la sociedad, lo que podríamos llamar, inicio a una fenomenología social. En el 10 estudiaremos la aplicación de la fenomenología a la ética, para en el tema 11 ver la filosofía de la historia propia de la fenomenología. Para terminar, en el tema 12, ofreciendo una visión del desarrollo de la fenomenología a lo largo del siglo. Nos centraremos especialmente en España, y así diríamos ya desde ahora, en la filosofía de Ortega y Zubiri como aportaciones españolas a la fenomenología.

El objetivo global es que el alumno tenga una comprensión de los conceptos más importantes o desde los elementos estructurales que componen la fenomenología, de manera que el alumno adquiera una visión global de los temas fundamentales de la investigación fenomenológica. Naturalmente que no podemos ser exhaustivos. Nuestra oferta no es sino una selección de temas, pero nos hemos fijado en aquellos que, en nuestra opinión, resultan imprescindibles para no perder la perspectiva global que es necesario mantener, y recorriendo un amplísimo espectro.

En la tercera parte ofreceremos al estudiante una bibliografía amplia, tanto para el curso como más general, así como enlaces a otros sitios de Internet que se pueden consultar

2 Introducción, la fenomenología, su contexto y dificultad

2.1 La disolución de la filosofía en teoría de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 29-35

El contexto de la filosofía husseriana

No es fácil determinar cuál es el contexto pertinente o eficaz respecto a una filosofía, desde el momento en que no todo lo incluible en un contexto es realmente determinante o sólo influyente en el pensamiento. Es obvio que aquí más que en ningún otro terreno, nos movemos en el ámbito de la interpretación. En todo caso hay que distinguir un contexto amplio y uno restringido, puesto que la incidencia de ambos es desigual; el contexto amplio, el contexto sociopolítico, puede incidir según los momentos de modo distinto, pues mientras a veces tiene una incidencia directa como, por ejemplo, en el caso de la guerra, en otros momentos puede pasar desapercibido al incidir sólo indirectamente, mediante la creación de un ámbito de trabajo. Partiendo de estos presupuestos, sería necesario considerar en la vida de Husserl tres momentos diferentes; en un primer momento, el del II Reich, Alemania goza de una época de cierta paz interna; el imperio alemán se siente seguro de sí mismo, hasta el punto de que las preocupantes tensiones que se van acumulando en Europa fundamentalmente por tres conceptos, no parecen alterar el ámbito social alemán. Los problemas del rearme, sobre todo naval, de cara a garantizar las posesiones coloniales, que eran necesarias y esenciales para el aprovisionamiento autónomo de materias primas, es obvio que mantienen o alimentan una tensión política entre los diversos países. En segundo lugar, tenemos la cuestión austrohúngara; la inestabilidad motivada por la desarmonía entre los Estados existentes en Centroeuropa y los conjuntos étnico-nacionales que pugnaban por un reconocimiento político era creciente. En tales condiciones el Imperio austrohúngaro difícilmente podía mantener una estabilidad, cuando sólo el 33 % de la población de la Gran Austria era alemana. En la otra parte del Imperio, en Hungría, sólo eran magiares (húngaros) el 54 %. En Bohemia, por ejemplo, aproximadamente el 37 % eran alemanes; en Moravia, de donde era Husserl, sólo lo eran el 27 %; el resto eran checos. Tanto Austria como Hungría tenían importantes minorías de rumanos (en Hungría), de croatas, eslovacos, etc. El problema se agudizó obviamente con la anexión por parte del Imperio austrohúngaro de Bosnia (actualmente Yugoslavia), cuya población era en un 100 % servocroata. Todas estas tensiones aumentaron también con la decadencia del Imperio otomano, que llevó a las guerras balcánicas, al intentar varios países expansionarse a costa de los espacios europeos de dicho Imperio. En tercer lugar, no se puede olvidar la tensión social interna existente en los países europeos, que provenía de la creciente reorganización del movimiento obrero y de los sindicatos, que contaban con una ideología capaz de comprender el funcionamiento del sistema social y de dar coherencia y sentido preciso a una lucha reivindicativa. Estos tres aspectos estaban haciendo subir la tensión hasta límites difícilmente asimilables. Sin embargo, para los individuos de determinadas clases sociales o de determinadas profesiones, por lo menos en lo que concierne a su vida concreta, tales tensiones podían carecer de repercusión. Por eso las etapas que Husserl pasó en Halle y en Gotinga transcurrieron en la tranquilidad interna deparada por unas condiciones económicas relativamente satisfactorias.

El sentido del contexto sociopolítico fue totalmente distinto a partir de la explosión de la guerra de 1914, que en el caso de Husserl coincidió con la práctica disolución del grupo de discípulos de Gotinga, debido también a la incomprendición generalizada del concepto de reducción. La guerra penetró en la familia Husserl, pues el hijo mayor tuvo que ir al frente. Pero el sentido de la guerra no se limitó a alterar las condiciones concretas de vida. La guerra suponía, ante todo, la prueba más patente del fracaso de un proyecto de convivencia y el fracaso de la cultura europea. La razón humana aplicada al desarrollo tecnológico sólo había servido para esa "deshumanización" terrible, de la que hablaba Husserl por aquellos años. Pero la impresión que los acontecimientos provocaron en Husserl no provenía sólo de la irracionalidad de la guerra; también su terminación le pareció inexplicable, pues se había pasado de una situación militarmente más o menos equilibrada en 1918 a un derrumbamiento total, sobre todo por causas de política interna, de una política que seguramente un intelectual ajeno a la política real difícilmente podía entender. Husserl habla de ("terrible desmoronamiento" (*entsetzlicher Zusammenbruch*). Los acontecimientos posteriores son conocidos. En el marco de un auge generalizado del fascismo, a caballo de unas crecientes dificultades económicas, la inestabilidad de la república de Weimar sería incapaz de detener o impedir el acceso al poder del nacionalsocialismo, apoyado por la gran burguesía alemana (clan Hindenburg), que terminaría prohibiendo los libros de Husserl, así como incluso que se le visitara en su casa, en virtud de una ascendencia judía de la que él ni siquiera se debía sentir solidario, pues era de familia protestante.

Pero el contexto de un pensador no sólo es político. Incluso hemos visto que el contexto político puede no ser directamente eficaz, al incidir sólo mediáticamente. En concreto, el contexto sociopolítico alemán hasta la guerra de 1914 no se puede decir que influyera directa e inmediatamente en Husserl. Algo muy distinto ocurre con el que podemos llamar contexto cultural en sus dos vertientes, la mentalidad de la época y los productos culturales, que obviamente no son sino materializaciones más o menos directas de esa mentalidad. Pues bien, ¿existe la posibilidad de citar algunos rasgos de la mentalidad o del ambiente mental de la época de finales del siglo XIX e incluso principios del XX? Según comenta Tatarkiewicz, fenomenólogo polaco, hacia 1880 se había generalizado la actitud científica positivista, que podríamos caracterizar por tres rasgos fundamentales: primero por el culto a los hechos y a las ciencias que los estudian; en segundo lugar, por el papel que se atribuye a la psicología como ciencia, pues se confía en que la psicología ofrezca la base teórica de las ciencias, que sea además la teoría de cualquier praxis; y tercero, por la creciente negación del papel y sentido de la filosofía tradicional. La filosofía deberá limitarse a ser teoría y metodología de la ciencia, que es la única instancia teórica que ofrece contenidos científicos.

Todas estas ideas serán decisivas, tal como iremos viendo, en el nacimiento del pensamiento de Husserl. Por otro lado, no pueden dejar de tener sus expresiones literarias; la literatura propia del realismo y del naturalismo pretende ceñirse a los hechos, describiéndolos en toda su exhaustividad; en el realismo la suma de los hechos produce los acontecimientos. Este externalismo o positivismo, pues de eso se trata en el realismo, estaba en perfecta consonancia con las nuevas ideas biológicas sobre el hombre: la razón humana no es sino un instrumento más de la selección natural, la razón no es sino un mecanismo más de adaptación a la naturaleza, un hecho más seleccionado en la lucha por la supervivencia. La razón no es sino una prueba más del realismo que impregna la cultura: los realistas no querrán ver en la realidad sino lo que es

estRICTAMENTE real. La razón es, por otro lado, una capacidad humana que está dando sus frutos en esta segunda mitad del siglo xix en la aplicación técnica. La máquina de vapor aplicada al ferrocarril o a la navegación, el telégrafo y el teléfono empiezan a generalizarse también por entonces, en la segunda mitad del siglo xix. Todo ello son muestras de lo que la razón puede dar, cuando se aplica con rigurosidad a lo real, más allá de cualquier caduco subjetivismo y de la consideración de los factores personales y simbólicos, más allá de cualquier recurso al yo, al individuo, al significado humano del mundo. La realidad es lo que es por sí misma. Frente a la imaginación romántica de la primera mitad del siglo, la observación científica será el paradigma decisivo; frente al yo individual pesará la colectividad. Lo único que cuentan son los hechos, es decir, las realidades susceptibles de una observación colectiva y de un acuerdo universal.

René Huygue dice en su obra *El arte y el hombre*: "A partir de 1850 fue el movimiento científico el que se apropió la literatura y el arte, con el realismo, reforzado pronto como naturalismo, y el que intentó extender su influencia a las ciencias morales, la filosofía e incluso la religión con el movimiento positivista, que su fundador Augusto Comte impulsó hasta sus ambiciones más extremadas. Puesto que la ciencia creía tomar a su cargo en lo sucesivo el porvenir total de la humanidad y su progreso, exigirá a su vez que el arte se someta a sus métodos de observación objetiva y acepte su ambición de resolver el problema social planteado por los progresos mecánicos" (Tomo III, pág. 344). Fruto de este afán realista por los hechos y datos objetivos será también el ensayo, en pintura, de limitarse a las sensaciones de las cosas, en el impresionismo -que irónicamente contendrá la superación misma del realismo-. La utilización del hierro en las grandes estaciones o en grandes salas como la de lectura de la Biblioteca nacional de París o en monumentos como la Torre Eiffel, será una impresionante prueba más del nuevo espíritu realista de finales del siglo xix, que se impone con la contundencia de su extraordinaria monumentalidad.

Este espíritu nuevo se estaba introduciendo cada vez más en la vida ordinaria, a medida que los productos manufacturados, los nuevos sistemas de comunicación, las nuevas técnicas, etc., alteraban las viejas costumbres. Sin embargo, en la última década se detecta ya un movimiento de reacción, que, sin lugar a dudas, será decisivo para el pensamiento de Husserl, pues terminará apuntándose a él. Dice Tatarkiewicz que, a partir de 1880, "la filosofía y la actitud general no dejó en absoluto de ser científico, nominalista, minimalista; por el contrario, la intelligentzia lo fue aún más. Precisamente en ese momento apareció lo que se podría llamar la Biblia del científico: *The Grammar of Science*, de Karl Pearson. En esta época Mach y Avenarius publicaban sus principales trabajos, que, en todo caso, forman parte de ese espíritu que acabó de caracterizar. Pero, por otro lado, se manifestaban nuevas corrientes". Tres corrientes renovadoras cita Tatarkiewicz; por un lado Poincaré y Duhem muestran las limitaciones de la ciencia y sobre todo el carácter relativo y convencional de los hechos y las leyes científicas; la ciencia no es algo absoluto, sino que tiene sus convenciones, es decir, son los científicos quienes deciden o convienen en tomo al carácter científico de algo, cuándo una formulación sobre hechos puede ser considerada ley, etc. La segunda corriente renovadora proviene de la oposición que surge en Alemania al concepto de unidad de la ciencia y, por lo tanto, el rechazo a la noción de psicología que se estaba promocionando desde la psicología psicofisiológica. A una psicología que pensaba poder deducir o construir el espíritu humano desde las sensaciones psicofisiológicas, es decir, desde abajo, oponía Dilthey otra psicología que debía partir desde arriba, es decir, que ante todo tomaba en consideración lo humano, que no está compuesto de sensaciones sino de significados. En tercer lugar, aparecía en el horizonte la nueva psicología de Brentano, que parecía introducir un nuevo elemento de análisis en la

psicología, la intencionalidad. Frente a una consideración en la cual el ser humano y lo humano son reintegrados en la naturaleza, de cuyo estudio se encarga la ciencia unitaria, pero en una naturaleza previamente vaciada de contenido humano, surge una nueva sensibilidad en la cual la ciencia empieza a aparecer como una convención humana y, lo humano, a mostrar un carácter irreductible a lo científico natural.

2.2 El positivismo, realismo y naturalismo (psicologismo); El historicismo.

REFLEXIONES CRONOLÓGICAS SOBRE LA ÉPOCA EN QUE VIVIÓ HUSSERL

por W. Tatarkiewicz

No deseo siquiera agradecer a mi querido amigo su alocución para no emocionarme, lo que tendría tener malas consecuencias para comunicación. Quiero decir ante todo que tomo la palabra con un sentimiento de molestia y de incertidumbre. Tenía ciertamente la intención de tomar parte en los debates de Royamont pero no de hacer una comunicación en sentido propio de la palabra. Y es con cierto espanto que la he visto inscripta en el programa.

Mis reflexiones cronológicas como las he llamado, no conciernen en el fondo a Husserl mismo, sino a la época en que él vivió. Este el tema directo e inmediato de tales reflexiones. Si pese a todo me permite presentarlas aquí, es porque creo que podrían servir de marco para un estudio de Husserl. Pero esto es todo lo que puedo prometer a mis auditores.

El problema que me he planteado es éste: ¿qué es lo que pasó en filosofía en la época en que Husserl vivía? ¿Quiénes fueron sus contemporáneos? No quisiera limitarme a aquellos de sus contemporáneos o de sus predecesores que ejercieron influencia sobre su obra, ni siquiera a aquellos que tuvieron ideas semejantes a las suyas. También los que sostuvieron ideas completamente diferentes o que, simplemente, no se interesaron en las ideas de Husserl pero pertenecieron a su misma época, figuran con el mismo título en mi trabajo.

Quisiera presentar, si fuera posible en cortas reflexiones, la actitud general que Husserl encontró durante su vida, la evolución de esta actitud y las diversas corrientes que se oponían a él. Para saber lo que fue la época de Husserl es necesario recordar las fechas principales de su vida.

Husserl nació en 1859. Hizo su doctorado en matemáticas en 1882. En 1884 encontró a Brentano y asistió a sus cursos. En 1887 comenzó su carrera universitaria en calidad de docente privado en Halle. Obtuvo su cátedra de filosofía en Gotinga en 1900 y, el mismo año, publicó las *Logische Untersuchungen*, donde abandonó las ideas que había sostenido hasta esa época.

En 1913 ya había reunido a su alrededor un número suficiente de alumnos y adherentes como para poder lanzar una revista: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*. Ya había fundado una escuela: la idea de la fenomenología se había expandido entonces, sobre todo en Alemania, pero también en

otros países. Y en esta misma época se operó en el pensamiento de Husserl un nuevo gran cambio doctrinal: se trata de su pasaje al idealismo. Las *Ideen zu einer reinen Phänomenologie*, que aparecieron en 1913, son ya testimonio de ese cambio. En 1916 Husserl obtuvo la cátedra de Friburgo, donde permaneció hasta su muerte ocurrida en 1938. Desde 1928 estaba en retiro.

Las fechas principales de su vida -fuera de las de su nacimiento, 1859, y muerte, 1938- son, creo, los años 1884 a 1887, en que encontró a Brentano y preparó sus primeros libros; 1900, en que publicó las *Logische Untersuchungen*, y 1913, cuando logró constituir una escuela y publicar una revista que era su manifiesto.

Sabemos perfectamente que toda periodización de la historia es más el producto del arte que de la naturaleza, como lo dice el célebre adagio latino. Y sin embargo la periodización de la historia es necesaria y es posible. Los hechos se desarrollan de manera continua, pero esta continuidad es desigual, engloba cambios diversos. Entre tales cambios hay algunos que son más intensos y profundos y que constituyen momentos decisivos en la evolución. Se puede, e incluso se debe, aprovecharlos para trazar un cuadro de la historia. Estos momentos clave nos permiten fijar las fechas en que comienzan los nuevos períodos de la historia. Aunque sean fechas aproximativas, y hasta cierto punto convencionales, son indispensables para que podamos tener una idea neta del pasado. Ahora bien, yo creo que en el dominio de la filosofía moderna las siguientes fechas constituyen momentos clave de la historia moderna. Son -aproximativas y más o menos convencionales, repito- 1860, 1880, 1900, 1914. Explicaré inmediatamente por qué he elegido estas fechas como momentos clave. Están separadas entre sí por intervalos de veinte años. Lo que en suma no ha de asombrar, pues veinte años es aproximadamente la duración de una generación. Si el período 1900-1914 es más breve, ello se debe a que la guerra lo interrumpió acortándolo; al mismo tiempo la actividad filosófica fue particularmente intensa en ese comienzo del siglo veinte y contribuyó a acelerar la evolución del pensamiento. Seguramente habréis observado que las fechas citadas coinciden en amplia medida con las fechas que hemos citado antes, las fechas de la vida del mismo Husserl. Esta coincidencia no es en absoluto un azar. Por lo que se refiere a 1900 y 1914 es justamente Husserl quien contribuyó a darle importancia. Recordemos que las *Logische Untersuchungen* son de 1900, las *Ideen* y el *Jahrbuch* de 1913. Por lo contrario, es más bien por azar que la primera fecha, 1860, coincide casi con el nacimiento de Husserl.

1. Comencemos por analizar esta primera fecha, 1860. Preguntémonos cuáles son las razones para ver en ella un momento clave del pensamiento filosófico, y comencemos por los hechos exteriores. Un hecho exterior, y sin embargo importante para la historia del pensamiento, es sobre todo la publicación de un libro. Ahora bien, en 1859 apareció el libro de Darwin que ejerció tanta influencia sobre los espíritus filosóficos. Esta fecha era una especie de preludio. Al año siguiente aparecieron otros tres libros importantes y precursores. Eran: el programa de la filosofía evolucionista de Spencer, el libro de Kuno Fischer sobre Kant y la Psicofísica de Fechner. Con el evolucionismo Husserl tenía relativamente pocos puntos de contacto. Pero esta corriente contribuyó, sin embargo, a la atmósfera general de la época en que él estudió. En lo que concierne a la filosofía de Kant, Husserl fue siempre antagonista. Pero para comprender a un sabio es preciso conocer tanto a sus adversarios como a sus amigos. Por lo que se refiere a la tercera corriente, iniciada por Fechner, desempeñó en cierta época de la vida

de Husserl un papel sumamente importante. Pues con Fechner nació la idea de que la psicología podría ser la ciencia ideal y que heredaría todos los problemas de la filosofía.

Lo que más importa es saber cuál era la actitud común a estas tres corrientes. Pues se trata, de tres corrientes: la corriente evolucionista representada por Spencer, el neokantismo representado por el libro de Kuno Fischer y la tendencia a desprender de la filosofía las ciencias especiales, representada por el libro de Fechner. Ahora bien, estas tres corrientes tenían una actitud común: era la actitud antimetafísica, positivista o, para emplear la palabra inventada por Renouvier, la actitud "científicista". Yo propongo llamarla actitud "minimalista", y creo que es un nombre tan bueno como otro. Esta actitud es la que caracteriza los años que van hasta 1880. Fue tan fuerte que incluso el kantismo, que en el fondo no era en absoluto una doctrina minimalista ni científica, llegó a serlo en esta época, especialmente en la interpretación de Lange, quien, aun siendo kantiano, era al mismo tiempo positivista como todos los hombres de este período. Evidentemente esta actitud científica o minimalista no fue inventada en 1860. Comte y Mill la habían adoptado bastante tiempo antes. Por otra parte, no era la única actitud; había todavía hegelianos. Pero cada vez se generalizaba más. Se expandía no solamente entre los filósofos mismos sino también en la intelligenzia, que en esta época era también, podemos decirlo, científica. Tal estado de cosas duró más o menos hasta 1880.

Para expresarnos de manera un poco más precisa, podemos decir que esta actitud se caracteriza particularmente por tres rasgos: primero, por el culto de los hechos y de las ciencias; segundo, por el papel especial atribuido a la psicología como ciencia. Y en tercer lugar, por la tendencia a negar la filosofía en el sentido tradicional. En cuanto a los problemas de la filosofía, en esta época se creía -o aquellos que, por así decirlo, estaban al día en esta época, creían- que sus problemas eran, o bien insolubles, o bien falsos problemas. Era la alternativa -insoluble o falso- que se disputaban en esta época los espíritus. F. A. Lange, quien como buen kantiano creía que la realidad es incognoscible, terminó, sin embargo, admitiendo hacia el fin de su vida que la distinción misma entre realidad y fenómenos es un producto del espíritu -que no existe una realidad distinta de los fenómenos-, que, en consecuencia, conocer tal realidad no constituye un problema. Dicho de otro modo, el problema del conocimiento en sentido tradicional es un problema inexistente.

La juventud de Husserl transcurrió en esta atmósfera científica, nominalista, psicologista. No hay que olvidar nunca esta coincidencia. Esta atmósfera reinaba todavía cuando Husserl hizo sus estudios en la universidad. Y sus primeros trabajos, trabajos de matemático-filósofo: *Philosophie der Arithmetik*, *Psychologische Studien zur ele-mentaren Logik*, son la expresión de esta atmósfera, verdaderos productos de este período que duró desde 1860 hasta 1880.

2. Paso al segundo período de la vida de Husserl. ¿Qué ocurrió en filosofía en 1880? ¿Qué nos da derecho a ver en esa fecha el comienzo de un nuevo período? Después de 1880, la filosofía y la actitud general no dejó en absoluto de ser científica, nominalista, minimalista; por lo contrario la intelligenzia lo fue aun más. Precisamente en ese momento apareció lo que se podría llamar la Biblia del científico: *The Grammar of Science*, de Karl Pearson. En esta época Mach y Avenarius publicaban sus principales trabajos que, en todo caso, forman parte de ese espíritu que acabo de caracterizar. Pero, por otro lado, se manifestaban nuevas corrientes. Y son ellas las que

nos permiten distinguir, hacia 1880, un nuevo momento clave de la historia. Estas corrientes son tres. La primera tuvo sus orígenes en Francia. Al demostrar la contingencia de las leyes de la naturaleza, Boutroux había puesto de manifiesto serias dificultades en la idea que los científicos se hacían de la ciencia. Lo que ellos creían ser la certidumbre misma casi no lo era. Las nuevas ideas de Boutroux eran de orden ontológico más que epistemológico. Sin embargo, rechazaba el concepto de la ciencia uniforme que era la base del científicismo. Fue seguido cerca por Poincaré y Duhem, que atacaron fuertemente los conceptos científicos de ley científica y de hecho científico. La ciencia no solamente tiene sus contingencias, como decía Boutroux, sino que tiene también sus convenciones, como decían Poincaré y sus seguidores. Hablando en el lenguaje de M. Strasser, a quien pronto oiremos, luego de la época en que se glorificaba la grandeza del hecho, vino aquella en que se reconoció su miseria.

La segunda corriente, surgida después de 1880, vino de Alemania. Dilthey por una parte, y Windelband y Rickert por la otra, habían insistido sobre el hecho de que las ciencias humanas no pueden ni deben conformarse a la idea de ciencia forjada según el modelo de las ciencias de la naturaleza. La *Einleitung in die Geisteswissenschaften* de Dilthey, es de 1883, y los *Präludien* de Windelband, de 1884. El libro de Rickert *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung* es un poco posterior, de 1896. También esta obra fustiga la concepción científica del saber, que exigía una única visión, común a todas las ciencias. Según tal concepción, toda ciencia digna de tal nombre debía ser constituida de acuerdo con el modelo de las ciencias de la naturaleza.

La tercera y nueva corriente que dio un violento golpe a las ideas del período anterior, era diferente. Provenía de Brentano. Mientras que las otras dos que acabo de mencionar, la de Boutroux y la de Dilthey y Windelband, pueden ser consideradas como un movimiento orientado en la misma dirección que el período precedente y referido sólo a detalles de las ideas recibidas, la última corriente venía de afuera. Provenía de otro orden de ideas. Procedía de una visión del mundo y de la ciencia totalmente inspirada por la concepción aristotélica que, por razones bien conocidas, había sido descartada durante siglos. Las ideas de acto intencional, de evidencia, y también el realismo inmediato de Brentano, eran revolucionarios, aunque no fueran nuevos. Estas nuevas ideas no suscitaron ningún interés entre la mayor parte de los filósofos y de los psicólogos de entonces. Yo mismo he oído calificar de absolut anachronisch (absolutamente anacrónico) el libro de Brentano, en 1905, hace más o menos medio siglo. Era mi primer semestre en un curso de Ernst Meumann, un distinguido psicólogo que, después de haber dado una bibliografía de psicología moderna, había agregado, concienzudamente, que para ser completo nombraría aun un libro completamente anacrónico: era el libro de Brentano, *Psychologie vom empirischen Standpunkte*. Sin embargo, antes de 1900, las ideas de Brentano encontraron fervientes adeptos; su alumno, mi compatriota Wardowski, publicó en 1894 su libro sobre el contenido y el objeto de esas ideas. Y Husserl conoció a Brentano aun antes de esa época. Bajo su influencia modificó sus ideas y durante los últimos años del siglo escribió su gran libro, que dedicó a Brentano, y en el cual sobrevive el espíritu de Brentano, aunque en una forma muy modificarla y personal. Vemos así que este segundo período, de 1880 a 1900, tiene muchos e importantes enlaces con la obra de Husserl.

3. Pasemos ahora al tercer período. Una de las primeras razones que nos hacen considerar a 1900 como el omienzo de un nuevo período de la filosofía es la publicación de las *Logische Untersuchungen*, que tuvo lugar ese mismo año. Pero hay también otras

razones. A partir de 1900 se desencadenó un movimiento extremadamente intenso en filosofía, con un impulso extraordinario, que aportó una verdadera cosecha de nuevas ideas. Y éste se mantuvo al menos durante la primera década del siglo XX. Recordemos algunas fechas: en 1900 aparece el primer volumen de las Logische Untersuchungen; Planck hace conocer la teoría de los quanta; Bergson, en el apogeo de su éxito, llega a ser profesor en el Colegio de Francia y en el mismo año Freud publica la Traumdeutung. 1901, el segundo volumen de las Logische Untersuchungen 1902, La science et l'hypothèse, de Poincaré; Ueber Annahmen, de Meinong; The Varieties of Religious Experience, de James; Die Logik der reinen Erkenntnis, de Cohen. He ahí los títulos de las obras que aparecieron en 1902. 1903, los libros de G. E. Moore, Schiller, Dewey, el libro de Natorp sobre Platón. 1905, la teoría de la relatividad, de Einstein. 1906, la théorie physique, de Pierre Duhem. 1907, L'évolution créatrice, de Bergson, y El pragmatismo, de James. 1908, Identité et Réalité, de Meyerson. 1909, Materialismo y Empiriocriticismo, de Lenin, libro que pronto sería muy leído. 1910, Principia Mathematica, de Russell y Whitehead.

Es raro que en una sola década aparezcan tantos libros de semejante importancia histórica y filosófica. Lo que caracteriza a este período que comienza en 1900 es, ante todo, una intensa actividad. Pero, en segundo lugar, esta actividad está plena de ideas nuevas. Y, en tercer lugar, estas ideas son, al menos en parte, ideas positivas y constructivas. La filosofía nueva no se limita a la crítica y a la negación, como ocurría entre 1880 y 1900. El lado crítico y negativo prevalece quizás en el pragmatismo, pero no ciertamente en la filosofía de Bergson en la fenomenología de Husserl. En cuarto lugar, las tendencias positivas de la época son múltiples y variadas. Una filosofía puramente analítica se desarrolla al lado de las síntesis. La más pura teoría al lado de la Lebensphilosophie. La filosofía de la intuición junto al empirismo radical; el pluralismo y el convencionalismo filosóficos junto a la filosofía absoluta. En esta variedad extrema es necesario distinguir las corrientes principales. Fueron por lo menos cinco. Primero, el pragmatismo -las cito en un orden que tiene razones cronológicas-, que se gestó más temprano que las otras corrientes. En segundo lugar, la filosofía de Bergson. En tercer lugar, la filosofía analítica y realista de Moore y toda la escuela británica. En cuarto lugar, la escuela de Marburgo que en esta época representaba algo muy distinto del neokantismo de sus comienzos. Y en quinto lugar, la fenomenología de Husserl. Se podría agregar también la escuela austriaca de Meinong y, sobre todo, en lo que concierne al neotomismo, la escuela de Lovaina. Pues justamente en la víspera del siglo XX, en 1899, el cardenal Mercier daba término a su curso de filosofía. En cambio los éxitos de Croce se produjeron en fecha posterior, así como el advenimiento y la inmensa expansión del leninismo.

Algunas de estas corrientes se iniciaron, en realidad, antes del siglo veinte. Pero quien inaugura en cierto modo el siglo y el nuevo período filosófico es Husserl con el primer volumen de Logische Untersuchungen. Mas, digámoslo enseguida, éste es el segundo Husserl, el que había roto con las tendencias de su primera juventud. Sus ideas nuevas fueron elaboradas durante el segundo período que hemos mencionado y fueron el fruto y el fundamento del tercero, que corresponde al comienzo del siglo veinte. Sin embargo en cronología es necesario distinguir la fecha de nacimiento de una filosofía y la de su expansión. Concebida en el siglo xix, nacida en 1900, la filosofía de Husserl sólo se expandió más tarde. Permitidme agregar aquí un recuerdo personal. En Marburgo, donde estudié hasta 1910, no se hablaba jamás de Husserl ni de la fenomenología. Sólo el, 1910 oí por primera vez su nombre gracias a un alumno de

Husserl llamado Leyendecker. Había escrito una tesis bastante interesante sobre la fenomenología de las ilusiones, pero luego se volvió infiel a la filosofía y se dedicó a cuestiones de arte más que de filosofía. Casi no es conocido por los fenomenólogos actuales. No obstante, a él le debo el conocimiento de esta filosofía. Leyendecker venía de Colonia y fue así como conocí la existencia de la filosofía de Husserl. Y cuando, después de haber defendido nuestras tesis de doctorado vinimos a París en 1911 para continuar nuestros estudios, llevábamos en nuestras valijas ejemplares de las Logische Untersuchungen que estudiábamos entre los cursos de Bergson y de Pierre Janet y las sesiones de la Sociedad Francesa de Filosofía, a los cuales asistíamos asiduamente. Al volver a Polonia escribí un ensayo sobre "Las tendencias de la fenomenología", que fue publicado en 1913 en una de las dos revistas filosóficas que poseíamos en esa época. No solamente tuve en cuenta las Logische Untersuchungen sino también los primeros escritos de Pfänder, de Geiger y de von Hildebrandt. No creo engañarme al decir que ese pequeño estudio, que hoy no tiene por cierto ningún valor, fue uno de los primeros trabajos aparecidos sobre la fenomenología y ciertamente el primero en lengua no alemana. Pero fueron necesarios doce años y el azar de un encuentro con un alumno de Husserl para que yo tomase contacto con esa filosofía. Era ya el año 1913, el año de la fundación del Jahrbuch. A partir de ese momento el éxito de Husserl y de la fenomenología no se hizo esperar. Mas, debo agregar aquí que en ello correspondió una parte importante a Scheler. Pues él contribuyó tanto como Husserl a aquellos primeros triunfos de la fenomenología. Posteriormente, en mi país, la persona de Husserl es sobre todo la que ha aparecido en primer plano, gracias en especial a mi amigo Ingarden.

4. Nos queda por considerar el cuarto período. Cuando se pasa a los años que siguieron a la primera guerra mundial, se tienen buenas razones para distinguir un nuevo período de la filosofía. Su característica es que las ideas nuevas se hacen raras en filosofía, en tanto que las concernientes a las ciencias, sobre todo a las ciencias próximas a la filosofía, se vuelven más importantes. Es el período en que se elaboran los principios de la física, y en el campo de la psicología obtienen sus éxitos más grandes el psicoanálisis, el conductismo, la Gestalttheorie. En este mismo período la escuela sociológica de Durkheim está en su apogeo. En filosofía, la influencia del pragmatismo y del bergsonismo parece disminuir; en cambio se observa un retorno inesperado del científicismo minimalista en el Wiener Kreis. La filosofía de Husserl, por su parte, corre tina suerte muy diferente a la filosofía de Bergson y a la de James. En vez de retroceder gana terreno. Pero la filosofía de Husserl, como sabemos, ha experimentado un cambio. Este nuevo período de la filosofía es también un nuevo período para Husserl. No me detendré aquí, pues evidentemente en los debates de nuestro coloquio se considerará este período y la evolución de Husserl. Sólo quisiera insistir en una cosa. Según parece, en el cambio operado en el espíritu de Husserl tuvo mucho que ver su correspondencia con Natorp. Este hecho, si se confirmara, sería extremadamente curioso. La escuela de Marburgo, que dejó de existir súbitamente, desempeñó, empero, su papel; antes de extinguirse transmitió a algunos filósofos, entre ellos a Husserl, su idealismo abstracto y radical. En la misma época Nicolai Hartmann, antiguo discípulo de Marburgo, pasa al realismo, no sin influencia de la fenomenología. Sería un hecho bastante raro en la historia de las ideas este intercambio de influencias, esta influencia del idealismo de Marburgo en la fenomenología, coincidente con la influencia del realismo de la fenomenología en un discípulo de la escuela de Marburgo. No quiero sin embargo insistir en ello, pues quisiera consagrar el poco tiempo que me queda a otra breve reflexión histórica.

Una vez más cabe señalar aquí algunas fechas para iluminar esta reflexión. El problema es el siguiente. ¿Quiénes fueron los contemporáneos más eminentes de Husserl? Es decir, ¿cuáles fueron, en el fondo, las otras opciones filosóficas a las que dio lugar la época en que él vivió? Recordemos que Husserl nació en 1859. Pues bien, en este año nacían también otros cuatro filósofos que desempeñaron un papel importante: Bergson, Durkheim, Meyerson y Dewey. Creo, que no parece de interés insistir en este sincronismo sorprendente, en esta coincidencia cronológica de los creadores de la fenomenología, del bergsonismo, de la nueva sociología filosófica, de tino de los grandes representantes del pragmatismo y de Meyerson, del cual se puede decir que llevó a su culminación el movimiento iniciarla por Boutroux y Poincaré. Aunque no exactamente en la misma fecha, sí en una muy próxima nacieron los kantianos, Natorp en 1854, Stammler y Vorländer, ambos en 1856. El relativista Ziehen en 1858, el ficcionalista Vaihinger en 1852, Freud en 1856, Poincaré en 1854, los matemáticos Planck y Klein ambos en 1858, el científico Pearson en 1857, el idealista Royce en 1858. El cardenal Mercier nació un poco antes, en 1851. Croce, Lenin y los grandes filósofos británicos más tarde. Casi todos los discípulos de Brentano eran mayores que Husserl. Stumpf nació en 1848, Ehrenfels en 1850, Meinong en 1853, mientras que Twardowski nació mucho más tarde, en 1866 y Kraus en 1872. Evidentemente sería injusto exagerar la importancia de estas coincidencias cronológicas, pero es bueno conocerlas y tenerlas presentes.

Antes de terminar permitidme resumir dos puntos que me parecen relativamente los más importantes. En primer lugar, cuatro períodos filosóficos se sucedieron durante la vida de Husserl. Primeramente, el período científico y psicologista de 1860 a 1880, que coincide con su juventud y halló expresión en sus primeros escritos. Segundo, el primer período crítico y "brentaniano", por así decir, de 1880 a 1900, y durante el cual Husserl cambió sus anteriores opiniones. Tercero, Husserl mismo, por sus nuevas ideas, contribuyó a formar el período que duró desde 1900 hasta 1914 y del cual puede decirse fue los grandes períodos de la historia de la filosofía. Finalmente, en cuarto lugar, el período que sucedió a la primera guerra y que encontró expresión en las últimas obras de Husserl.

La segunda reflexión que he tratado de presentar aquí es la que concierne a la simultaneidad de opiniones diversas: entre los contemporáneos ilustres de Husserl hemos visto hombres que sostuvieron ideas absolutamente diferentes de las suyas. Esta gran diversidad de opiniones, contemporáneas de las ideas de Husserl, testimonia, sobre todo, que la época en que él vivió fue de una riqueza sorprendente. Es por lo demás un hecho confirmado a través de la experiencia filosófica e histórica que en la misma época en que nace una idea filosófica importante, nacen simultáneamente otras ideas filosóficas.

Evidentemente estas reflexiones no han sido hechas para explicar la obra de Husserl, para descubrir las causas y las fuentes de su filosofía. Pero quizás ellas puedan ser de alguna utilidad para comprender esta filosofía y, yuxtaponiéndola a las otras corrientes, a las otras opciones de la época, apreciarla en su justa medida.

FILOSOFIA NATURALISTA

De La filosofía como ciencia estricta, pp. 49-54

El naturalismo es una consecuencia del descubrimiento de la naturaleza considerada como unidad del ser espacio-temporal conforme a leyes naturales exactas. Con la realización progresiva de esta idea en las sucesivas ciencias de la naturaleza, que acogen un gran número de conocimientos estrictos, el naturalismo se propaga cada vez más. De un modo muy análogo, el historicismo se desarrolló más tarde como una consecuencia del descubrimiento de la historia y de la fundación de las sucesivas ciencias del espíritu. Siguiendo los hábitos de interpretación dominantes en cada uno, el naturalista tiende a encararlo todo como naturaleza; el que se dedica a las ciencias del espíritu tiende a encararlo como espíritu, como creación histórica y, por consiguiente, ambos tienden a falsear el sentido de aquello que no puede ser encarado a su modo. Así, el naturalista, para ocuparnos ahora sobre todo de él, sólo ve naturaleza y, ante todo, naturaleza física. Todo lo que existe es físico, y como tal pertenece al complejo unitario de la naturaleza física, o bien, aunque sea psíquico, no es más que una variante que depende de lo físico, a lo sumo un fenómeno concomitante paralelo secundario. Todo ser es de naturaleza psicofísica, es decir, está inequívocamente determinado por una legalidad rígida. A nuestro juicio no se hubiera modificado nada esencial en esta concepción, si la naturaleza física en el sentido del positivismo (ya sea de un positivismo que se apoya en un Kant interpretado de un modo naturalista, o de un positivismo que renueva y al mismo tiempo retorna de un modo consecuente con Hume) se hubiese resuelto de un modo sensualista en complejos de sensaciones: colores, sonidos, presiones, etcétera, y, asimismo, la llamada naturaleza psíquica se hubiera resuelto también en complejos complementarios de esas 'sensación' o de otras.

Lo que caracteriza a todas las formas del naturalismo extremo y consecuente, que va desde el materialismo popular a las formas más recientes del monismo sensualista y del energetismo, es, por un lado, la naturalización de la conciencia, inclusive la de todos los datos intencionales inmanentes de la conciencia; por el otro, la naturalización de las ideas y, por consiguiente, de todo ideal y de toda norma absoluta.

Al final de cuentas, el naturalismo se suprime a sí mismo sin advertirlo. Tomemos como índice ejemplar de toda idealidad la lógica formal. En ella, como se sabe, el naturalismo interpreta los principios lógico-formales, las llamadas leyes del pensamiento, como leyes naturales del pensamiento. En otra parte¹ demostramos detalladamente que esto implica un contrasentido que caracteriza por excelencia a toda teoría escéptica. También puede someterse a una crítica semejante la axiología y la doctrina práctica naturalismo, inclusive la ética, y asimismo la propia praxis naturalista. Pues es inevitable que los contrasentidos teóricos produzcan contrasentidos (desacuerdos evidentes) en la conducta actual, ya sea teórica, axiológica o ética. El filósofo naturalista es, por así decirlo y bien considerado, idealista y objetivista en su procedimiento. Lo anima el deseo de presentar científicamente (o sea de modo obligatorio para todo ser racional) lo que en todas partes, es genuina verdad, belleza y bondad auténticas; de hacer conocer el modo de determinarlas de acuerdo a su esencia universal, de alcanzarlas en los casos particulares. Cree haber cumplido su meta por medio de la ciencia de la naturaleza y de una filosofía derivada de la ciencia de la naturaleza; y, entusiasmado con esa idea, se considera maestro y reformador práctico en lo que se refiere a la verdad, el bien, lo bello de acuerdo a la ciencia de la naturaleza. Pero no es más que un idealista que anticipa y pretende fundamentar teorías que niegan justamente lo que presupone en su actitud idealista, ya sea construyendo teorías, ya sea fundando y proclamando a la vez valores o normas prácticas como las más bellas y mejores. Por cierto, tiene sus presupuestos en la medida en que se ocupa de teorías, en

que presenta objetivamente valores como normas de validez y en que propone reglas prácticas de acuerdo a las cuales cada uno ha de querer y obrar. El filósofo naturalista enseña, predica, moraliza, reforma². Pero niega lo que toda prédica, todo postulado como tal, presupone de acuerdo a su significación. Sólo que no predica como los antiguos escépticos, expressis verbis: la única posición razonable consiste en negar la razón, tanto la razón teórica como la axiológica, y la práctica. Sin ninguna duda, desecharía tal opinión. No le resulta evidente el contrasentido; se le oculta en el hecho mismo de naturalizar la razón.

Desde este punto de vista, el conflicto ha quedado materialmente resuelto, aun a pesar de que la corriente del positivismo y del pragmatismo -que supera al positivismo en su aspecto relativista- continúa creciendo. Es verdad que justamente por este hecho se ve lo insignificante que es el peso efectivo de los argumentos extraídos de consecuencias. Los prejuicios ciegan, y al que no ve más que los hechos de experiencia y no reconoce valor intrínseco sino a la ciencia empírica, no lo molestarán las consecuencias absurdas que, en la experiencia misma, no pueden ser demostradas como contrarias a los hechos de la naturaleza. Las eliminará como 'escolásticas'. La argumentación que procede de las consecuencias termina, Además para aquellos que aceptan la fuerza demostrativa, en una falsa conclusión. Por el hecho de que el naturalismo, que se proponía crear una filosofía basada en la ciencia estricta, filosofía que debía ser ella misma una ciencia estricta, parezca estar en completo descrédito, también su finalidad teórica parece estar desacreditada ahora, y tanto más que también en este sentido se ha desarrollado la tendencia a no poder considerar como estricta más que a una ciencia positiva, y como científica más que a una filosofía fundada en una semejante ciencia. No obstante, todo esto no es más que prejuicio, y sería un error capital querer desviarse por eso de la línea de una ciencia rigurosa. El mérito del poder del naturalismo en nuestro tiempo consiste justamente en la energía con que trata de realizar, tanto en la teoría como en la práctica, el principio del rigor científico en toda la esfera de la naturaleza y del espíritu; en la energía con que aspira a resolver científicamente a su juicio, los problemas filosóficos del ser y del valor con la 'exactitud propia de las ciencias naturales'. Acaso en toda la vida contemporánea no haya una idea más poderosa y cuyo avance sea más irresistible que la de la ciencia. Nada podrán tratar su marcha triunfal. De hecho, en lo que se refiere a sus objetivos legítimos, lo abarca todo. Pensándola en su perfección ideal, ella aparece como la razón misma, que ya no puede admitir ninguna autoridad a su lado y por encima suyo. Al dominio de la ciencia estricta pertenecen por lo tanto, sin duda, todos los ideales teóricos, axiológicos y prácticos, que el naturalismo falsea al mismo tiempo que les asigna una significación empírica.

Sin embargo, las convicciones generales significan poco cuando no es posible demostrarlas; las esperanzas orientadas hacia una ciencia tienen poca importancia cuando no es posible distinguir las vías que conducen a la realización de sus fines. Por lo tanto, para que no permanezca impotente la idea de una filosofía como ciencia estricta de los problemas indicados y de todos los problemas esencialmente afines, es preciso que no perdamos de vista la clara posibilidad de su realización; es menester que, aclarando los problemas y ahondando su verdadero sentido, se llegue a dar de un modo plenamente inteligible con los métodos adecuados a ellos, impuestos por la esencia misma de dichos problemas. Eso es lo que hay que realizar, con lo cual se adquiere al mismo tiempo una confianza viva y activa tanto en la ciencia como en su principio real. Desde ese punto de vista, la refutación del naturalismo a partir de sus consecuencias,

por cierto muy útil y hasta indispensable en otros casos, tiene muy poco valor para nosotros; sería muy distinto si aplicáramos la crítica positiva necesaria -por lo mismo una crítica de principio-. a fundamentos, a métodos, a resultados del naturalismo. En la medida en que la crítica distingue y aclara, en la medida en que nos obligan a perseguir el verdadero sentido de los motivos filosóficos, que en su mayoría están tan vaga y ambiguamente formulados como problemas, ella se presta para evocar las representaciones de los fines y medios mejores para promover positivamente nuestro plan. Con ese fin nos detenemos para examinar más de cerca ese carácter debatido de la filosofía que destacamos más arriba, es decir, la naturalización de la conciencia. Las relaciones más profundas con las consecuencias escépticas ya señaladas saltarán a la vista en lo que sigue. Al mismo tiempo se hará comprensible toda la amplitud en que se entiende y con qué ha de ser fundamentada nuestra segunda objeción, que se refiere a la naturalización de las ideas.

Es natural que nuestra crítica no habrá de referirse a las reflexiones más bien populares de los, investigadores científicos que hacen filosofía; nos ocupamos de la filosofía culta que se presenta ,con un cariz realmente científico, en particular con un método y una disciplina por los que esta filosofía cree haber alcanzado definitivamente la jerarquía de ciencia exacta. Está tan seguro de serlo que desprecia toda otra manera de filosofar. A su juicio, toda otra manera de filosofar se comporta frente a la suya, que es exacta y científica. como la confusa filosofía de la naturaleza del Renacimiento frente a la juvenil mecánica exacta de Galileo, o la alquimia frente a la química exacta de Lavoisier. Cuando se inquiere sobre cuál es la filosofía exacta, aunque todavía poco desarrollada, que corresponde a la mecánica exacta, se nos indica la psicología psicofísica y, sobre todo, la psicología experimental, que sin duda, ostenta -y nadie se lo puede discutir- la jerarquía de ciencia estricta. Ella es, se dice, la psicología científica exacta buscada desde hace mucho tiempo y por fin realizadas; gracias a ella, la lógica, la teoría del conocimiento, la estética, la ética y la pedagogía han adquirido por fin su fundamento científico y están en vías de convertirse en ciencias experimentales. Se dice, además, que la psicología estricta es evidentemente el fundamento de todas las ciencias del espíritu y también de la metafísica. Se admite que en lo que se refiere a la metafísica, ella no es el único fundamento, puesto que la ciencia física de la naturaleza participa en el mismo grado en la fundamentación de esta doctrina de la realidad, que es la más universal.

A esto oponemos las siguientes objeciones: primero, que hay que comprender, como lo mostraría una breve consideración, que la psicología en general, como ciencia de hechos, es inadecuada para fundar esas disciplinas filosóficas que se ocupan de los principios puros de toda normación, o sea: la lógica pura, la axiología y las prácticas puras. Podemos ahorrarnos una exposición más detallada; evidentemente nos llevaría de nuevo a los contrasentidos escépticos ya discutidos. Pero en lo que se refiere a la gnoseología, que nosotros sepáramos de la lógica pura -en el sentido de una *mathesis universalis* pura (y que en cuanto tal nada tiene que ver con el conocimiento)-, se puede decir mucho contra el fisicismo y el psicologismo gnoseológicos; es preciso señalar aquí algunos rasgos.

En virtud de su punto de partida, toda ciencia de la naturaleza es ingenua. La naturaleza que ella pretende estudiar existe simplemente. Se sobrentiende que las cosas son, como cosas en reposo o en movimiento, que cambian en el espacio infinito, y como cosas temporales en el tiempo infinito. Las percibimos, las describimos en simples

juicios de experiencia. La ciencia de la naturaleza se propone conocer de un modo objetivamente válido y rigurosamente científico esos datos evidentes. Ocurre lo mismo para la naturaleza, en el más amplio de los sentidos de la palabra, el sentido psicofísico, o bien para las ciencias que la estudian, por ejemplo, la psicología. El orden psíquico no es un mundo en sí; está dado como yo y como vivencia del yo (en un sentido por lo demás muy diferente), y como tal se presenta en la experiencia, ligado a ciertas cosas físicas llamadas cuerpos. También esto es un dato previo evidente. Por lo tanto, la tarea de la psicología es estudiar científicamente lo psíquico en el complejo psicofísico de la naturaleza en que se da, determinarlo de un modo objetivamente válido y descubrir las leyes según las que se forma y se transforma, aparece y desaparece. Toda determinación psicológica es eo ipso psicofísica, es decir, en el sentido más alto de la palabra (al que nos atenemos de ahora en adelante), ella tiene siempre un sentido físico que jamás abandona. Aun cuando la psicología -ciencia de la experiencia- se propone exclusivamente la determinación de los puros acontecimientos de la conciencia y no de los nexos psicofísicos en el sentido habitual y más estrecho del término, esos acontecimientos son pensados sin embargo como pertenecientes a la naturaleza, es decir, a conciencia de hombres y de animales y se comprende de un modo evidente que, por su parte, estas conciencias están ligadas a cuerpos humanos o animales. La desconexión de la relación con la naturaleza privaría a lo psíquico del carácter de hecho natural determinable objetiva y temporalmente, en suma, de su carácter de hecho psicológico. Por lo tanto, recordemos lo siguiente: todo juicio psicológico contiene en sí, explícitamente o no, la posición existencial de la naturaleza física.

Por lo tanto, resulta evidente la argumentación que sigue: si hubiera argumentos decisivos que probaran que la ciencia física de la naturaleza no puede ser filosofía en el sentido específico de la palabra, ni servir jamás de algún modo de fundamento a la filosofía, ni adquirir un valor filosófico para los fines de la metafísica, sino sobre la base de una filosofía anterior, todos estos argumentos serían aplicables sin más a la psicología.

Pero no faltan argumentos de esa índole.

HISTORICISMO Y FILOSOFÍA DE LA COSMOVISIÓN

De La filosofía como ciencia estricta, pp 85-89

El historicismo adopta su posición en la esfera de los hechos de la vida empírica del espíritu, y en la medida en que postula a esta vida como algo absoluto, sin naturalizarla por eso (sobre todo porque el sentido específico de naturaleza es ajeno al pensamiento histórico y en todo caso no lo influye de un modo universalmente determinante), resulta un relativismo muy afín al psicologismo naturalista y se enreda en análogas dificultades escépticas. En este estudio sólo nos interesa lo peculiar del esceticismo histórico, y trataremos de detenernos un poco en su peculiaridad.

Toda configuración de espíritu -entendiendo la palabra espíritu en su sentido más amplio posible, que abarque toda clase de unidad social, y en último lugar la del individuo mismo, pero también cualquier configuración cultural- tiene su estructura interna, su tipología, su maravillosa riqueza de formas exteriores e interiores, que se desarrollan y se transforman en la corriente de la vida misma y, según el tipo de transformación, hacen surgir diferencias estructurales y típicas. En el mundo exterior

visible, la estructura y la tipología de! devenir orgánicos nos presentan analogías exactas. No existe ninguna especie fija ni ninguna construcción de ellas basada en elementos orgánicos fijos. Todo lo que. parece fijo no es más que una corriente del desarrollo. Si por intuición interna nos acostumbramos a la unidad de la vida del espíritu, podemos rastrear las motivaciones que se encuentran en su interior v. por consiguiente, 'comprender' también su esencia y el desarrollo de las disposiciones correlativas del espíritu en su dependencia de los motivos espirituales de unidad y desarrollo. De este modo, todo lo histórico se torna 'inteligible'. 'explicable', en su carácter peculiar de 'ser', que es justamente 'ser espiritual', unidad de los momentos anteriormente progresivos de un sentido y, por lo tanto, unidad de lo que se dispone y se desarrolla inteligiblemente de acuerdo a motivaciones interiores. De este modo se puede investigar también intuitivamente el arte, la religión, la moral, etc., y asimismo la concepción del mundo afín a éstos expresada en ellos. Esta cosmovisión, cuando toma las formas de la ciencia y pretende presentar como ellas un valor objetivo, de ordinario suele llamarse metafísica o también filosofía. En lo que se refiere a tales filosofías, se presenta la gran tarea de penetrar a fondo su estructura morfológica y su tipología, lo mismo que sus conexiones de desarrollo y hacer comprender históricamente, por medio de una vivencia endopática intensa, las motivaciones del espíritu que determinan su esencia. Las obras de W. Dilthey, en particular el tratado recién aparecido sobre los tipos de concepción del mundo, demuestran que hay muchas cosas importantes y realmente admirables que hacer en ese sentido1.

Naturalmente hasta aquí sólo se habló de historia, no de historicismo. Comprendemos muy fácilmente los motivos que llevan a él siguiendo algunas frases de la exposición de Dilthey. Leemos:

"Entre las razones que siempre vuelven a estimular el escépticismo, una de las más eficaces es la anarquía de los sistemas filosóficos` (3). "Pero, mucho más lejos que las conclusiones escépticas provenientes de la oposición de las opiniones humanas van las dudas que proceden del desarrollo progresivo de la conciencia histórica" (4) "La teoría del desarrollo como teoría científiconatural de la de la evolución íntimamente entrelazada con el conocimiento de la historia del desarrollo de las configuraciones de la cultura] está necesariamente, vinculada al conocimiento, de la relatividad de toda forma de vida. Ante la mirada que abarca la tierra y, todo, el pasado, desaparece la validez absoluta de cualquier forma singular de interpretación de la vida, de. la religión y de la filosofía. Así, la formación de la conciencia, histórica destruye más radicalmente que la experiencia de la disputa, de los sistemas. la creencia en la validez general de cualquiera de las filosofías que se propusieron expresar de un modo forzoso la conexión, del, mundo por medio de un complejo de conceptos" (6)2.

Evidentemente no se puede dudar de la verdad de hecho que expresa Dilthey en estas líneas. Pero ahora se trata de saber si puede ser justificado lo que él dice tomándolo con universalidad de principio. Por cierto cosmovisión y filosofía de la cosmovisión son configuraciones de cultura que en la, corriente del desarrollo humano aparecen y desaparecen, por lo cual su contenido espiritual está motivado por circunstancias históricas dadas. Pero esto mismo es verdad para las ciencias estrictas. ¿Acaso ellas carecen por eso de valor objetivo? Un historicismo quizá daría una respuesta afirmativa, alegando. el cambio de las opiniones científicas, pues lo que hoy tiene valor de teoría demostrada, mañana queda reducido a nada; y mientras unos hablan de leyes seguras, otros las califican de meras hipótesis y otros de vagas ocurrencias. Y

así sucesivamente. Acaso, por esa circunstancia, frente a la constante transformación de las opiniones científicas, ¿tendríamos realmente el derecho de calificar a las ciencias no sólo de configuraciones de cultura, sino de unidades objetivas de validez? Se ve fácilmente que el historicismo llevado a sus últimas consecuencias conduce al extremo subjetivismo escéptico. Las ideas de verdad, de teoría, de ciencia, como todas las ideas, en este caso perderían su validez absoluta. Decir que una idea es válida significaría que es una formación fáctica del espíritu que debe ser considerada como válida y, por ese valor fáctico, determina la validez del pensamiento. No existe entonces validez absoluta o validez, en sí', que es lo que es aun cuando nadie la realice, ni jamás realizará ninguna humanidad histórica. Por consiguiente, no existiría ninguna validez, ni siquiera para el principio de contradicción ni para toda la lógica, a pesar de estar en plena vigencia en nuestros tiempos. Quizá acabaríamos transformando los principios lógicos de no-contradicción en sus contrarios. Y, avanzando más aún, todas las proposiciones que acabamos de enunciar y hasta las posibilidades que consideramos y empleamos constantemente como válidas, no tendrían en sí ninguna validez. Y así sucesivamente. No hace falta seguir más y repetir consideraciones que han sido hechas en otro lugar³. Bastará lo dicho para que nos sea concedido que -por grandes que sean las dificultades halladas para aclarar la relación entre validez fluyente y validez objetiva, entre ciencia como manifestación cultural y ciencia como sistema de teoría válida- sean reconocidas la diferencia y la oposición. Pero si admitimos la ciencia como idea válida, ¿qué razón tendríamos para no aceptar al menos como posibles semejantes diferencias entre lo históricamente válido y lo verdaderamente válido -independientemente de que podamos comprenderlo o no 'de acuerdo a la crítica de la razón'? La historia, ciencia empírica del espíritu en general, es incapaz de decidir por sus propios medios, en un sentido o en otro, si es necesario distinguir entre la religión como forma particular de la cultura y la religión como idea, es decir, como religión válida; si hay que distinguir entre el arte como forma de cultura y el arte válido, entre el derecho histórico y el derecho válido; y finalmente si hay que distinguir entre la filosofía en sentido histórico y la filosofía válida; si existe o no entre unos y otros la relación entre la idea, en el sentido platónico de la palabra, y la forma turbia de su aparición. Si las configuraciones del espíritu pueden en verdad ser consideradas y juzgadas desde el punto de vista de tales oposiciones de validez, entonces la decisión científica sobre la validez misma y sobre sus principios normativos ideales todo menos asunto de la ciencia empírica. El matemático tampoco se volverá hacia la historia para recabar informes sobre la verdad de las teorías matemáticas; no se le ocurrirá relacionar el desarrollo histórico de las representaciones y de los juicios matemáticos con la cuestión de su verdad. ¿Por qué entonces tendrá que decidir el historiador sobre la verdad de los sistemas filosóficos dados y menos aún sobre la posibilidad en general de una ciencia filosófica válida en sí? ¿Qué podría aportar él a la idea de una verdadera filosofía que hiciera vacilar al filósofo en su confianza en la idea? El que niega un sistema determinado está obligado a dar argumentos lo mismo que el que niega la posibilidad de todo sistema filosófico en general. Los hechos históricos del desarrollo y también los más generales sobre el modo de desarrollo de sistemas en general pueden constituir razones, y muy buenas; pero las razones históricas no puede acarrear por ellas mismas más que consecuencias históricas. Desear o demostrar o refutar ideas sobre la base de hechos es absurdo, ex pumice aquam, como dice la cita de Kant⁴.

2.3 LOS PROBLEMAS DE UNA LECTURA DE HUSSERL

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 7-10

La fenomenología es, sin lugar a dudas, uno de los movimientos filosóficos más decisivos del siglo xx; es también, sin embargo, uno de los más difíciles de entender; hasta el punto de que el fundador mismo del movimiento y su principal representante, Edmund Husserl, tuvo plena conciencia de esa dificultad, desde los años en que empezó a exponer conceptos sustantivos de la fenomenología hasta el fin de su vida. Normalmente Husserl se esforzaba por presentar su filosofía a los demás porque, según creía, no le habían entendido; sin embargo, solía terminar esforzándose por clarificársela a sí mismo.

En efecto, la lectura de Husserl resulta habitualmente decepcionante; cuando uno cree saber algo sobre la fenomenología, lo más frecuente es que sepa muy poco; o que lo que sabe sea contraproducente de cara a un eventual progreso; incluso suele darse el caso de que uno piense que está en el buen camino por seguir orientaciones expresas de Husserl, y estar en realidad profundamente desorientado. Voy a señalar algunos de los motivos fundamentales de esta situación. Husserl publicó durante su vida relativamente poco y además lo que publicó no era resultado de un plan claramente proyectado y llevado a cabo de un modo progresivo, sino que ordinariamente se trataba de textos redactados en muy poco tiempo con ayuda de manuscritos anteriores y en los que generalmente solía tocar problemas específicos. El trabajo filosófico de Husserl, sin embargo, produjo miles y miles de páginas (más de 45.000), y de su contenido lo publicado durante la vida del filósofo apenas ofrece atisbos. En segundo lugar, la relación de las obras publicadas con el conjunto de esa producción nunca deja de ser problemática, pues tales obras pueden exponer un enfoque muy parcial dentro del conjunto e incluso puede utilizar Husserl en ellas conceptos o metáforas que no pasan de ser artilugios para llevar al lector por otros derroteros, y cuyo valor el propio Husserl relativizaba en su reflexión personal inédita. En tercer lugar, es preciso no olvidar nunca que en la fenomenología toma cuerpo y se consuma una ruptura con la filosofía anterior, iniciándose en ella un nuevo modo de ver la realidad; pero ese pensamiento nuevo se inicia y es presentado a partir de problemas viejos, arropándose también en conceptos viejos de la tradición filosófica, con lo que no es de extrañar que fueran malinterpretados, al ser entendidos desde los significados que tenían en la historia de la filosofía.

De los tres motivos señalados el primero afectaba al gran público, pero no a quienes trabajaban en la cercanía de Husserl, como era el caso de sus sucesivos ayudantes de cátedra, Edith Stein, Ludwig Landgrebe y Eugen Fink, y eventualmente incluso Heidegger, todos los cuales tuvieron acceso a la masa de inéditos de Husserl; obviamente ese motivo no afectaba al propio Husserl, que tenía un buen conocimiento de los resultados de su trabajo. Los otros dos motivos, sin embargo, afectaban también al propio Husserl, que era capaz de dedicar páginas y páginas a los artilugios metodológicos, como si fueran lo decisivo; que insistía en los problemas viejos y en una terminología vieja sin ser capaz ni de presentar su obra en una 'unidad sistemática', ni de ofrecer de sus conceptos básicos una definición precisa, cabalmente porque en ellos se anuncia algo nuevo en un lenguaje quizás viejo. Esa es la razón de que todos esos conceptos estén necesariamente en cierta penumbra, de modo que opera con ellos, sin terminar de exponerlos a la luz de las palabras, o de convertirlos en conceptos claramente definidos.

Pero aún hay más; la propia filosofía de Husserl parece implicar la dificultad —e incluso, la imposibilidad— de comprenderla en el lenguaje ordinario y en la vida pre-fenomenológica; con lo que a las dificultades anteriores se añade una que, por lo menos desde una perspectiva teórica, parece ser esencial: la fenomenología consiste en entender y hablar de la realidad desde la experiencia de la realidad, a diferencia de lo

que ocurre en la experiencia ordinaria, en la que hablamos o creemos hablar de la realidad desde la realidad misma. La fenomenología implica, pues, necesariamente una ruptura con la vida ordinaria —en terminología precisa y técnica se dice que la fenomenología implica el abandono o ruptura de la 'actitud natural'—1. Pues bien, desde la actitud natural no se puede entender la actitud fenomenológica. Husserl llevó este convencimiento hasta extremos sólo comprensibles desde dentro de la fenomenología.

Todo esto no tiene el objetivo de desanimar al lector, sino todo lo contrario. Me gustaría, por un lado, excitar su curiosidad y, por otro, motivar la prudencia. La fenomenología es una filosofía difícil, que sólo se capta —si alguna vez se consigue— a través de muchos rodeos; pero a la vez es preciso que el lector mantenga, tanto respecto a los escritos fenomenológicos como respecto a aquellos que tratan sobre la fenomenología, una actitud de distanciamiento, de relativismo, pues sería conveniente no olvidar que eso mismo visto desde una perspectiva distinta ofrecerá un aspecto distinto. Todo depende -y esto es ya fenomenología- de la perspectiva, de la experiencia que de ello tengamos.

2.3.1 LOS MOTIVOS PRINCIPALES DE ESA DIFICULTAD:

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 10-13

Vamos a considerar un ejemplo que nos ha de servir para comprender lo que acabamos de decir, así como para indicar el camino que seguiremos. Represéntese el lector el conocimiento que tiene de una ciudad desde cuatro perspectivas distintas: 1) desde dentro de la ciudad; 2) a unos kilómetros de distancia, por ejemplo, al ver la ciudad cuando nos vamos acercando a ella, como un conjunto abigarrado de casas en el horizonte, sin otro orden que el puramente lineal o apiñadas a la falda de un monte; 3) desde una altura, por ejemplo, desde un avión; y 4) en un plano. La perspectiva en cada uno de los casos es muy distinta y al cambiar la perspectiva correlativamente -y esta palabra es decisiva en la fenomenología- cambia también la ciudad, pues nada se parece el plano de la ciudad a las calles reales; poco se suele parecer la vista aérea a lo que veo desde dentro de la ciudad; pueden, sin embargo, reconocerse las semejanzas entre el plano y la vista aérea, pues ciertas líneas de la vista aérea aparecerán en el plano. Ahora bien, sería inútil buscar en la vista aérea ciertos detalles o pretender detenerse en ellos; sin embargo, aparece la estructura espacial de la ciudad. ¡La distancia es necesaria para que aparezca la estructura! Evidentemente, al alejarnos dejamos de tener acceso a ciertos aspectos concretos, pragmáticos... El restaurante, por ejemplo, ha desaparecido. Los intereses y los valores en unas y otras perspectivas son distintos.

Dos consecuencias vamos a sacar de este ejemplo, que es mucho más que una metáfora. En primer lugar ilustra lo que antes he dicho: en la fenomenología todo depende de la perspectiva en que nos situemos: lo que digo desde la actitud natural puede no valer en la fenomenológica o tener un sentido distinto; mas en la medida en que en la propia fenomenología hay varios niveles o perspectivas, es decir, varias actitudes -que todo es lo mismo-, lo que se ha podido decir en un nivel, perspectiva o actitud, puede ser diferente en otra. Esto es un principio básico en una lectura de Husserl, que con demasiada frecuencia suele ser olvidado, provocando muchos malentendidos. Una correcta interpretación exige tener en cuenta el nivel en el que se sitúa una afirmación.

Lo mismo vale para este escrito de introducción a la fenomenología, pues también él es relativo a una perspectiva y a un interés concreto, a saber, el de transmitir al lector una especie de estructura de la fenomenología que pueda servirle de guía en las lecturas que haga o deba hacer de textos de fenomenología. Para lograr esa especie de estructura es

preciso, en primer lugar, que Husserl, que la fenomenología estén relativamente distantes; que su obra aparezca ya como un todo, como una totalidad, en la cual incluso el tiempo de aparición de las diversas obras quede un tanto diluido. En segundo lugar, es necesario que seamos capaces de descubrir en ese todo las líneas significativas, es decir, aquellas líneas que unen los diversos elementos de la estructura.

Pero ese interés determina un primer nivel de este trabajo: la mejor forma de hacer accesible la fenomenología de Husserl sería la de fijarse en la estructura de la fenomenología y en sus líneas significativas. Pero con este interés o desde esa perspectiva² no se indica ninguna preferencia sobre la línea significativa que debería optarse; por eso a ese interés hemos de sumar otro. En efecto, en la fenomenología como en cualquier filosofía -o sistema cultural- podemos distinguir relaciones significativas internas que mantienen entre sí los diversos elementos de esa estructura. Si digo, por ejemplo, que la noción de 'esencia' en la obra de Husserl sólo debe ser correctamente entendida desde el concepto de 'constitución' y de 'ontología regional', quiero indicar que esos conceptos mantienen una relación estructural o significativa. Pero existen otras líneas significativas que unen una estructura o un sistema a un conjunto más amplio, que puede incluso ser considerado externo al anterior. Pues bien, la conexión del sistema filosófico en cuestión -aquí la fenomenología de Husserl- con ese otro conjunto más amplio, por ejemplo, el sistema cultural y político en el que Husserl vivió, pone de relieve ciertas líneas significativas que sólo aparecen si uno se fija explícitamente en tal conexión. Ahora bien, en mi opinión es decisivo adoptar esa perspectiva a la hora de trasmitir una filosofía, pues la enseñanza filosófica no sólo debe enseñar a pensar en torno a ciertos problemas y conceptos, sino que a la vez y fundamentalmente debe enseñar cómo pensaron algunos hombres eminentes sobre unos problemas que la sociedad de su tiempo tenía planteados, sobre todo si tales problemas siguen siendo algunos de los nuestros o incluso los que están también a la base de nuestro propio momento histórico. La lectura de Husserl desde este interés y perspectiva hace aparecer ciertas líneas significativas que de otro modo no se harían visibles. Así vemos la estructura relacionada con otro conjunto en el que aparecen modos de pensar, formas políticas e incluso acontecimientos trágicos tales como la primera guerra mundial y el acceso al poder del partido nazi; todo lo cual da sentido a unas formulaciones que sin tales acontecimientos y modos de pensar quedan desprovistas del humus de donde toman su pleno significado.

Sin embargo, tampoco se debe olvidar que ese punto de partida también es un punto de partida «situado», es decir, es una perspectiva que da una visión determinada, una «interpretación» de la fenomenología, que tal vez desaparezca desde otra perspectiva, del mismo modo que la visión aérea de la ciudad desaparece cuando aterrizamos en el aeropuerto.

Pero quisiera salir al paso de una dificultad que se me podría plantear desde una perspectiva o postura ingenua. Comentando esta dificultad nos vamos introduciendo poco a poco en el estilo de la filosofía fenomenológica. Al hablar de interpretación desde una perspectiva o interés, no se debe suponer que existen unos 'hechos', la fenomenología, que admiten después una u otra interpretación. La fenomenología es la lectura que de ella hacemos -y la que hizo o pensó Husserl-, del mismo modo que la ciudad es: ¿cuál?, ¿la aérea?, ¿la vista desde dentro?, ¿todas? Efectivamente, todas. La fenomenología de Husserl es el conjunto de los textos de Husserl leídos por todos los posibles lectores; por lo que es una idea infinita, una realidad siempre abierta. Obviamente con esa idea no conseguimos nada, pues su realización es inviable; sólo sirve como una idea reguladora, es decir, una idea que mantiene mi interpretación real y

efectiva como una posible, a saber, como la adoptada por mí durante estos años, que por supuesto es a mi entender la que mejor se ajusta a la pretensión más insistente de Husserl y, por otro lado, la que, también en mi opinión, más puede servir a lo que yo creo que son los intereses filosóficos.³

2.3.2 ESCASEZ DE PUBLICACIONES EN VIDA DE HUSSERL.

2.3.3 RELACIÓN DE LO PUBLICADO A LO INMEDIATO

2.3.4 LAS PERSPECTIVAS EN LA LECTURA DE HUSSERL: LA PERSPECTIVA ESTRUCTURAL Y LA PERSPECTIVA FUNCIONAL

EL SENTIDO DE LA FENOMENOLOGÍA DE HUSSERL

De *La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte*, pp. 17-23

La fenomenología es uno de los movimientos filosóficos con influencia del siglo XX al que se adscriben algunos de los filósofos más representativos de este siglo y que además ha generado algunas de las corrientes de pensamiento más recientes. Del fundador de la fenomenología, Edmund Husserl, dice Ortega y Gasset que es el «filósofo que, sin comparación posible con nadie, ha ejercido mayor influencia en las investigaciones filosóficas de todo el mundo durante lo que va de siglo». En una obra recientemente publicada del desaparecido Luis Martín Santos se califica la fenomenología como «La filosofía secreta de nuestro tiempo» o como «un pensamiento que es el núcleo de la filosofía de nuestro tiempo». En estas páginas nos vamos a centrar en la filosofía del fundador de la fenomenología, EDMUND HUSSERL (1859-1938), de quien depende todo el sentido de este típico movimiento del siglo XX y cuya filosofía, por otro lado, es tan complicada que su estudio suele representar un obstáculo insalvable para la mayoría de los estudiantes, por no decir también para la mayoría de los profesores. Para mejor comprender esta filosofía, voy a dividir este estudio en cinco apartados. En el primero, que debe actuar a modo de introducción, expondré lo que yo considero el sentido global de la fenomenología husseriana. En el segundo expondré en una rápida visión las tres etapas que constituyen la vida y obra de Husserl y que se corresponden con lo que podemos llamar las etapas de la vida pero aplicadas en este caso a la fenomenología misma, de la que expondré, en cada uno de los apartados siguientes, el nacimiento (n. 3), la maduración (n. 4) y la aplicación o desarrollo (n. 5)

1.- Introducción: el sentido global de la fenomenología: primera visión

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se fue adueñando de las capas intelectuales de la sociedad una forma de pensar, para la cual sólo los hechos reales y concretos o localizables en el espacio y en el tiempo tenían vigencia, validez, en general realidad. Estos hechos eran los que podían estudiar las ciencias, que tenían como misión explicarlos desde las causas que los producían, para así poder prever lo que iba a pasar, si se era capaz de poner una causa. Esta forma de pensar se adueñó también de la literatura, hasta el punto de que inspiró el movimiento llamado realismo y llevado un poco a sus extremos, naturalismo. En él se trata de reflejar lo que la realidad es en sí misma, como resultado de una serie de acontecimientos que se desarrollan con una

necesidad propia, que nada ni nadie podría cambiar. Hay una novela sumamente interesante y además ejemplo vivo de esto, aunque el arte de su autor le lleve a probar la tesis básica de esa forma de pensar mostrando que lo contrario es imposible; me refiero a Madamme Bovary de Flaubert, donde el autor muestra la imposibilidad del romanticismo de una mujer que quiso convertir en realidad sus sueños sin atenerse a lo que es la realidad. La tozudez y contundencia de la realidad económica la aniquiló primero a ella y después a su marido. De un modo menos artístico, quizás por ser la prueba más directa, nos ocurre con las novelas de Zola, por ejemplo, Nana, donde lo que sucede es una suma de hechos y acontecimientos que se encadenan causalmente unos detrás de los otros, dando su suma como resultado la realidad, en este caso, la realidad social y humana. Pero se me preguntará ¿no quería hablar de la fenomenología? Entonces, ¿a qué viene este preámbulo aparentemente tan alejado? Pues bien, es que la fenomenología, que surge justo en el cambio de siglo, e.d. cuando fenece el siglo XIX y se alumbra el XX, es una filosofía que trata de mostrar la inconsistencia o incluso hipocresía de esa forma de pensar. Pues lo que la fenomenología va a tratar de mostrar ante todo es que los hechos no son realidades independientes de nosotros, porque en el caso de los hechos sociales, las realidades humanas, p.e. las económicas, como en el caso de Madamme Bovary, no son realidades independientes de los hombres, sino PRODUCTOS DE LOS HOMBRES, por lo que, por supuesto, pueden ser de otro modo. La ejecución de los pagarés que irremediablemente llevan a la ruina la vida de Emma Bovary no es un hecho que exista por absoluta necesidad, es por el contrario algo que ocurre porque unos seres humanos así lo han decidido; no es un hecho por tanto independiente. La fenomenología va a pensar así respecto a todos los hechos, porque no hay hechos independientes de algún sujeto o persona para el cual tengan su realidad de hechos. Esta afirmación, posiblemente enigmática al principio, veremos que constituye el principio mismo de la fenomenología, que sólo será una filosofía que tratará de sacar todas las consecuencias de esa constatación.

2.- Las etapas de la fenomenología de Husserl

Bien es cierto que el fundador de la fenomenología no llegó inmediatamente a perfilar su filosofía desde el principio; ninguna filosofía lo logra de entrada. Pero en la fenomenología de Husserl la diferencia entre sus *manifestaciones*, (es decir, sus publicaciones, y los conceptos aparentes, es decir, aquellos conceptos que más la definen y que suelen ser utilizados para presentarla en los manuales de filosofía), y *lo que como filosofía global significa* es tan grande que generalmente es difícil de captar incluso para reputados pensadores, por no decir para los profesores de filosofía; por eso es de entrada una de las filosofías peor entendidas. De todas maneras aquí deberemos ver el significado que tiene el punto de partida que hemos enunciado. Pero antes habrá que preguntarse quién es Edmund Husserl y desde una mínima noción de su biografía intentar descubrir el sentido de su filosofía.

En efecto, es posible y quizás muy conveniente y didáctico seguir con cierto detenimiento las diversas etapas de la vida de Husserl, porque su filosofía va alumbrándose en parte de acuerdo a esas etapas, que están perfectamente delimitadas unas de otras, porque además en cada una de ellas Husserl, nacido en 1859, fue profesor en una Universidad alemana distinta. Y no es que admitamos que en cada etapa la fenomenología tenga un sentido, o que existan varias fenomenologías, como se suele decir en los manuales al uso, sino lo que ocurre es que en cada etapa se desarrolla más o menos un aspecto de ese sentido global que antes se ha expuesto, sacando una u otra

consecuencia. Porque, como iremos viendo, las consecuencias de algo aparentemente tan sencillo son extraordinarias.

La vida de Husserl está ligada a tres universidades alemanas, en cada una de las cuales pasó una etapa decisiva de su vida filosófica, hasta el punto, además, de que cada una de esas etapas se cierra con una obra decisiva y de un profundo impacto. La primera universidad es la de Halle, ciudad del estado alemán de Sajonia-Anhalt, cerca de Leipzig. En esta Universidad, diríamos, se hizo Husserl profesor universitario, pues en ella dio sus primeras clases desde 1887 hasta el Semestre de verano de 1901, en calidad de Docente, (*Privatdozent*) algo así como Profesor No Numerario en España. Esta etapa primera de Husserl se cierra con la importante obra *Investigaciones lógicas*. En ella aparece la fenomenología ya operando, aunque aún no ha logrado Husserl claridad respecto al alcance de su nuevo método.

Ese año se fue Husserl a Gotinga como profesor extraordinario, (que podría equivaler a los antiguos agregados de Universidad o a los actualmente titulares). En 1906 fue ya nombrado profesor ordinario, que equivale a lo que aquí denominamos catedrático. La etapa de Gotinga fue de máxima fecundidad; en ella Husserl saca a la luz lo que el nuevo método exigía, fundando ya la Escuela Fenomenológica y creando a su alrededor un importantísimo grupo de investigación fenomenológica. También irá desarrollando los diversos aspectos más decisivos del método fenomenológico. Esos aspectos los expondrá por fin el 1913 en la otra obra decisiva cuyo título hay que retener, porque representa hasta cierto punto la presentación del método fenomenológico. También para nosotros es muy importante, porque esa obra produjo un fuerte impacto positivo primero, negativo después en Ortega y Gasset. Se trata de las *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*, generalmente conocida como las *Ideas*, de 1913. La publicación de esa obra, que es fundamental para la fenomenología supuso una especie de decepción para los alumnos de Husserl y el grupo de Gotinga empezó a desintegrarse. Al año siguiente vino la primera Guerra Mundial que aún dispersó más a los discípulos de Husserl. Poco después fue llamado a Friburgo, adonde se trasladó para el Semestre de verano de 1916, exactamente cuando su hijo Wolfgang acababa de morir en la batalla de Verdún.

Así comienza la última etapa de la vida profesional de Husserl, ya en Friburgo de Brisgovia, a la falda de la Selva Negra. Ahí permanecerá Husserl hasta su muerte y ahí profundizará en su obra, aplicándola a los diversos contextos, pero también podríamos decir aplicándola a la vida humana e histórica, es decir, descendiendo de la epistemología pura o teoría de la ciencia, que caracterizaba a la etapa de Halle, y del nivel de la fenomenología pura trascendental ¿ahistórica? que aparentemente sería lo típico de la segunda etapa. Esos dos giros, de la epistemología a la vida real (al *mundo de la vida*) y de la *fenomenología pura* a la *fenomenología aplicada* (preocupación por la ética y por la reorientación de la cultura europea) es lo que aparece en la última obra, que caracteriza al periodo de Friburgo *La crisis de las ciencias europeas*, obra escrita en 1936, cuando la vida de Husserl estaba ya cerca a extinguirse, lo que ocurrió en 1938. Por tanto, y como resumen, tenemos:

Sobre las perspectivas estructural y funcional ver también los textos páginas [55-61](#) y [139-144](#) de *La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte*

TRES

TRES ETAPAS

TRES OBRAS

UNIVERSIDADES		
Halle	Nacimiento de la fenomenología	<i>Investigaciones lógicas</i> (1900/1901)
Gotinga	Maduración de fenomenología	<i>Ideas</i> (1913)
Friburgo	Aplicación de la fenomenología	<i>Crisis de las ciencias europeas</i> (1936)

2.4 EJERCICIOS PRÁCTICOS

- ¿Qué rasgos fundamentales presenta la disolución de la filosofía en Teoría de la Ciencia?
- Tatarquiewicz señala en su artículo los años 1860, 1880, 1900 y 1914 como las fechas clave en el desarrollo de la filosofía de nuestro siglo. Explique muy brevemente lo sustancial que sucede en esas fechas.
- ¿Cuál es el objetivo inicial tanto del naturalismo como del historicismo?
- ¿Cuáles son las características esenciales que presiden la realidad para el naturalismo y el historicismo y qué consecuencias se derivan de ello en uno y otro caso? Razoné su respuesta.
- ¿Qué interpretación parece dar Husserl de Dilthey, según la opinión más generalizada, en el artículo de *Logos*? ¿Le parece acertada? Razoné la respuesta.
- ¿Cree que la crítica de Husserl al historicismo hace irreconciliable a la fenomenología con la historia, imposibilitando que pueda dar razón de ella?
- ¿En qué medida "la relación de lo publicado a lo inmediato" impide comprender la fenomenología?
- ¿Puede utilizar y explicar diversas denominaciones sobre la dualidad de estructura y función, o perspectiva estructural y perspectiva funcional?
- ¿Qué se entiende por perspectiva funcional? Explique sus dos vertientes.

3 Tema 2. El nacimiento de la fenomenología en las Investigaciones lógicas (1900-1901)

3.1 Apunte biográfico: Husserl profesor en Halle (1887-1901).

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 17-22

Biografía Intelectual de Husserl

En segundo lugar, deberemos por lo menos citar las circunstancias externas en el contexto de las cuales reflexionó Husserl. En tercer lugar, expondré lo que a mi entender es la respuesta husseriana a esa situación y que debe hacer de hilo conductor de las líneas de significado fundamentales de la fenomenología de Husserl. Aunque por razones analíticas es necesario separar estos tres aspectos, no se debe pensar que son realmente independientes; por el contrario, la obra de Husserl y el desarrollo de su fenomenología, están en íntima conexión con los niveles de profundización que va adquiriendo ese hilo conductor que llamaremos su intención fundamental, y que es la respuesta que Husserl da a la situación que le rodea. Además, en la medida en que esa situación está configurada tanto por sucesos de carácter particular como por sucesos de carácter sociopolítico, la respuesta husseriana adquirirá tonos o estilos diferentes, con lo que el desarrollo de su obra deja de ser arbitrario.

Husserl nació en un pueblo de Moravia, en la actual Checoslovaquia, el año 1859. Este dato no dejará de tener cierta importancia en la vida y obra de Husserl, pues entre sus amigos de los tiempos de estudiante, en Leipzig, figurará T. Masaryk, que después será el primer presidente de Checoslovaquia, desde 1918 a 1937. Fue precisamente Masaryk quien orientó al por entonces estudiante de matemáticas Husserl hacia el estudio de Brentano. En efecto, Husserl empezó estudiando fundamentalmente matemáticas, presentó su tesis doctoral sobre el ?cálculo de variaciones? (Beiträge zur Variationsrechnung) en Viena, el año 1883, a los 24 años.

A partir de 1884 asistió, en la Universidad de esa ciudad, a las clases de Brentano, cuyo concepto de intencionalidad había de resultar decisivo en la obra de Husserl. El recurso a la idea de intencionalidad se da en el seno de una preocupación por la fundamentación de la matemática. En efecto, el interés crítico por la matemática no carece de importancia de cara a los derroteros que ha de seguir la filosofía de Husserl. Por aquellas fechas, la matemática que se hacía en torno al maestro Weierstrass estaba empeñada en una tarea crítica de sus propios fundamentos, empeño en el que cobraban especial relevancia —como en el caso de toda ciencia, cuando se vuelve crítica de sí misma— las operaciones que subyacen a sus resultados. En efecto, cuando una ciencia asume un papel crítico de sí misma, lo primero que debe mirar es a las operaciones mediante las cuales se han logrado sus conclusiones.

Tal es la problemática que Husserl estudiará en su *Habilitationschrift* -escrito de habilitación docente-, titulado "Sobre el concepto de número" (*über den Begriff der Zahl*), presentado en la Universidad de Halle ante el psicólogo y filósofo Carl Stumpf en 1887, a los 27 años. En este primer escrito de Husserl, que constituirá luego el primer capítulo de su obra mucho más amplia *Filosofía de la Aritmética*, de 1891, intenta Husserl captar la naturaleza misma de la noción básica de la matemática, la noción de

número, a partir de las operaciones que subyacen a ese concepto, es decir, que son necesarias para lograr algo así como un número, en concreto la operación de 'enlazar'. Según Husserl, el número como ?totalidad? (un número, por ejemplo, el número '5' es una totalidad) surge en un ?enlace colectivo?, en el que se forma el concepto de multiplicidad. En la medida en que a tal concepto sólo se llega activamente, el número es un concepto de relación que sirve para relacionar lo que se enlaza; es por lo tanto un concepto que exige otros niveles previamente dados y que en consecuencia depende de la conciencia humana. Si a esto añadimos que tal noción es básica para la matemática, llegaremos a la importante conclusión de que la matemática no existe en sí, sino que es sólo el resultado de unas operaciones concretas de la mente humana. Pues bien, en esta brevíssima descripción de la problemática básica que ocupaba a Husserl durante esos primeros años se han anunciado algunos de los puntos esenciales de la fenomenología, aun antes de haber sido formulada por Husserl.

De 1887 a 1900 permaneció Husserl como Privatdozent, algo equivalente a lo que aquí era un adjunto y ahora un titular, en la Universidad de Halle, ciudad cercana a Leipzig, actualmente en la República Democrática Alemana; en este puesto permaneció desde los 28 años hasta los 41, edad en la que publicó una de sus obras clave, las Investigaciones lógicas (*Logische Untersuchungen I y II*), que suelen ser citadas como el punto de partida de la fenomenología y como el centro de lo que algunos suelen llamar el primer Husserl, tal vez olvidando, o sin tener del todo en cuenta, que ese Husserl era ya un pensador maduro de 41 años. Pero, ?qué había hecho Husserl durante todos esos años en Halle? Una primera ojeada a las Investigaciones lógicas demuestra que no es una obra casual, sino que encierra un enorme trabajo y sobre todo una ruptura con aspectos decisivos de la Filosofía de la Aritmética, aunque a la vez manifiesta una profundización de otros aspectos no menos importantes de dicha obra.

En efecto, en 1890 escribe a su profesor Carl Stumpf su convencimiento deí error de planteamiento de la Habilacación y, por consiguiente, también de su Filosofía de la Aritmética, pues no cree ya que el concepto de 'numeración' es decir, la operación de numerar, pueda ser considerada como la base de la matemática, pues a partir de esas operaciones difícilmente se llegará a constituir los n?meros negativos, los n?meros irracionales y los complejos. La matemática es en realidad un sistema de signos, que se articula en diversas capas, cada una de las cuales tiene sus reglas de cálculo o leyes formales. Por eso, concluye Husserl, la aritmética es una parte de la lógica. Precisamente a partir de aquella fecha, cuando Husserl tenía treinta años, se dedicó intensamente al estudio de la lógica, teoría del conocimiento y psicología aplicada a los procesos cognitivos.

El fracaso que había experimentado al intentar derivar los conceptos básicos de la matemática del concepto de numeración se apoyará también en la lectura de autores que abogan por el valor de las ideas al margen de las personas que las piensan, en concreto sus estudios de Leibniz, cuya importante distinción de 'verdades de razón' y 'verdades de hecho' late constantemente en toda la obra de Husserl, tal como se podrá comprobar a lo largo de esta introducción. ?Es que, en realidad, no era su ensayo de la Filosofía de la aritmética un intento de derivar 'verdades de razón' (las verdades matemáticas) de 'verdades de hecho'? Pues bien, el intento de derivar las verdades de razón, los objetos ideales, de los modos de ser de la mente humana es lo que se conoce como el psicologismo. El primer tomo de las Investigaciones lógicas está dedicado precisamente a la total refutación del psicologismo y a defender la existencia del dominio de lo

lógico, -en el que, tal como hemos visto, Husserl incluía el ámbito de lo matemático como un dominio irreductible a las leyes del pensamiento humano, porque es un dominio que tiene su propia legalidad y su propia estructura independiente de las leyes que rigen fácticamente la mente humana. Esta tesis de las Investigaciones lógicas se opone claramente a los resultados aceptados por Husserl hasta 1890 que, según luego veremos, constituyan una opinión bastante generalizada en la última década del siglo.

Sin embargo, en 1898, redactando las Investigaciones lógicas tuvo Husserl una especie de intuición decisiva que le "conmovió" (erschütterte) tan profundamente que ya toda su vida no fue sino una elaboración de lo que descubrió entonces. Así nos lo cuenta el mismo Husserl casi cuarenta años después, hacia el año 1936, al redactar su última obra, la Crisis de las ciencias europeas. ¿Qué vio Husserl? Hemos dicho que la base de los intentos de fundar la matemática radicaba en volver a las operaciones del sujeto que hacía la matemática; en virtud de esa vuelta estudió Husserl a Brentano y su noción de intencionalidad, ya que Brentano estaba esforzándose por describir los actos de conciencia, es decir, las operaciones del sujeto. Pues bien, Brentano había recuperado una noción de la vieja Escolástica para describir una de las cualidades de todos los actos de conciencia, a saber, la intencionalidad (que más adelante estudiaremos con más detenimiento), el hecho de que la conciencia humana, la vida mental, siempre sea 'conciencia-de', vida mental de algo.

Sin embargo, no parece que con este concepto se pueda lograr algo serio, una vez rechazado el psicologismo, pues, al fin y al cabo, es una peculiaridad humana y hemos visto que el rechazo del psicologismo consistía precisamente en rechazar que la legalidad o la peculiaridad de lo lógico y matemático se derivara del modo de ser de la mente humana. A pesar de todo, aún no sabemos cómo esos objetos matemáticos, ese dominio de lo lógico que según defiende este Husserl antipsicologista serían independientes de la actividad mental, llegan a ser conocidos y asumidos en la conciencia precisamente con ese valor de independientes de la propia conciencia. Pues bien, fue en este contexto donde se dio la intuición husserliana que tan profundamente le conmovió. Pues cayó en la cuenta de que si, como decía Brentano, toda conciencia es conciencia-de, todo objeto ha de ser dado en una conciencia-de (un objeto), es decir, que todo objeto es también objeto-de una conciencia, que, por lo tanto, conciencia y objeto son correlativos. En definitiva, lo que Husserl descubrió ese año fue el "apriori de correlación universal entre el objeto de una experiencia y los modos de darse" ese objeto; dicho de otro modo, e insistiendo en ello porque tiene mucha importancia, Husserl descubre que cada conciencia concreta, es decir cada modo de conciencia, tiene sus objetos y viceversa, cada tipo de objeto tiene sus modos peculiares de ser dado. Como iremos viendo a lo largo de este trabajo, ese principio, que puede ser considerado como una profundización de ideas latentes ya en los primeros escritos que hemos mencionado de Husserl, constituye el tema fundamental de la fenomenología husserliana, y a él está también consagrado en gran medida el segundo tomo de las Investigaciones lógicas.

3.2 La refutación del Psicologismo.

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 38-41
La refutación del psicologismo

Ya sabemos cuál era la tendencia cultural de finales de siglo, así como la reacción que parecía detectarse a partir de 1880. También hemos dicho, en el repaso biográfico,

que la tarea de Husserl comienza como un ensayo de fundamentar la matemática mediante el retorno a las actividades del sujeto, actividades que son inicialmente concebidas como actividades psicológicas. El aparente fracaso de esa fundamentación le llevó a la lógica, intentando fundarla de un modo no psicológico, ensayo al que están dedicadas las Investigaciones lógicas. Por otro lado hemos visto que la última obra de Husserl lleva por título *La crisis de las ciencias europeas* y en ella se exponen las razones que han llevado a poner en duda el valor de la ciencia y, sobre todo, a poner en duda que el saber científico pueda resolver nuestros problemas más urgentes y perentorios; así como a presentar u ofrecer los caminos que, según el fundador de la fenomenología, deberán ser transitados si se quiere resolver la crisis de las ciencias.

Así pues, la fenomenología nace y se desarrolla en el seno de la consideración de la crisis de la matemática y de la lógica, es decir, de las ciencias formales, y termina con la consideración de la crisis de las ciencias en general. Pues bien, ahí debemos descubrir la intención fundamental de la fenomenología, sobre todo teniendo en cuenta que, en el punto de partida, Husserl asume la orientación sociocultural general que hemos detectado a finales del siglo XIX, el psicologismo, y que la fenomenología en sentido estricto empieza precisamente rechazando ese psicologismo, rechazo con el que Husserl se sumará a esa otra tendencia que, según hemos indicado, empezaba a aparecer a finales del siglo.

Ahora bien, si partimos del principio de que la fenomenología es un ensayo de fundamentar la ciencia, no hemos avanzado demasiado; porque en realidad todos los filósofos y metodólogos de finales del siglo pasado, según el imperativo mismo de la época, querían lo mismo. ¿Qué diferencia la intención de Husserl?, ¿qué tipo de fundamentación de la ciencia quiere ofrecer Husserl?

Pues bien, descubriremos esa intención si repasamos algunas de las reflexiones con las que Husserl inicia su intento fundamentado. Es conocido que Husserl se hizo famoso por la contundente refutación que hizo del psicologismo en el primer tomo de las Investigaciones lógicas. Pues bien, el sentido profundo de esa refutación nos va a dar el hilo conductor de la fenomenología de Husserl, entendiendo además que tal hilo conductor es, a la vez, el punto de conexión de Husserl con su contexto sociocultural.

¿Qué es el psicologismo y cuál es el núcleo de la refutación husserliana? No es difícil de comprender: el psicologismo es un modo de fundamentar la ciencia en las características psico-lógicas propias de la especie humana; dicho de otro modo: creer que los problemas de fundamentos que las ciencias, por ejemplo, las matemáticas o la lógica, pueden plantear se van a resolver profundizando en el estudio de la mente humana, en el estudio del cerebro. Así, por ejemplo, la imposibilidad de concluir lógicamente de dos premisas negativas universales se debería a que la mente humana está construida de tal modo. Bastaría, para utilizar otro ejemplo, conocer las ideas transmitidas en la educación para saber que $a^2 - b^2 = (a + b)(a - b)$. Dicho en términos aún más crudos: la verdad aritmética $2 + 2 = 4$ es una cuestión psicológica, es así porque nuestro cerebro está construido de tal modo que sumando 2 y 2 tiene que dar 4. Si nuestro cerebro estuviera construido de otro modo, quizás $2 + 2 = 5$; igualmente sería posible que a partir de premisas universales negativas se dieran conclusiones de carácter lógico. Como si la razón humana funcionara como una calculadora; en efecto, en una calculadora se pueden intercambiar los circuitos y hacer que pulsando el signo '2' y el signo '+' aparezca el dígito '5'. Todo depende de los circuitos concretos y fácticos de la

máquina. Del mismo modo, para el psicologismo la razón y la evidencia es una cuestión del cerebro.

Este problema aparentemente sin trascendencia y que incluso a muchos les puede parecer obvio, es de una enorme importancia para la fenomenología, de la cual se podría decir que no es sino el desarrollo de las diversas conexiones e implicaciones que la refutación del psicologismo conlleva; ya que si el psicologismo se presenta inicialmente como un problema epistemológico, es en realidad, a la vez, un problema moral y político, es decir es un problema que abarca al ser humano tanto desde una perspectiva teórica como desde una perspectiva práctica. El psicologismo es, en definitiva, un problema antropológico.

En efecto, la fundamentación psicologista de la ciencia significa, siguiendo con el ejemplo antes mencionado, que el hombre es un organismo biológico resultado de una exterioridad, de una serie de circunstancias exteriores que lo explican totalmente. El cerebro o mente humana es otra parte de esa exterioridad que produce lo que se llaman verdades matemáticas, lógicas, etc., pero que son verdades de hecho, desde el momento en que podrían ser de otro modo, si el cerebro humano fuera de otro modo; puesto que son verdades dependientes del modo fáctico-real según el cual unas condiciones fácticas han producido al hombre, su necesidad, según el psicologismo, sería la misma que la de esas condiciones, es decir, ninguna. Todo eso significa decir que el hombre no tiene ninguna relación con la verdad, porque ni la verdad ni la razón trascienden lo factual, los hechos, que evidentemente podrían ser de otro modo. El ser humano es una pura facticidad, un resultado de hechos. No es difícil reconocer en esta concepción lo que hemos expuesto como el núcleo del positivismo y de la concepción cultural de la segunda mitad del siglo XIX.

Para Husserl el psicologismo haría imposible la ciencia y cualquier proyecto de convivencia racional, anula, por lo tanto, la razón teórica y la razón práctica. El psicologismo no es una mera teoría epistemológica, sino que es una concepción antropológica que afecta al ser humano como ser racional, incapaz de comprender esta faceta decisiva del ser humano. Si el hombre es resultado de hechos, no hay lugar para la razón, sin la cual no hay ni ciencia ni filosofía, pero tampoco un ordenamiento político que se base en algo distinto a la fuerza ejercida por unos sobre otros. Por eso, tratar de fundar toda ciencia en hechos, lo que pretende el psicologismo, significaría pensar al hombre y a la sociedad como hechos desprovistos de razón.

[Recientemente pueden leer una magnífica exposición del psicologismo y su refutación, aunque se hace bajo la denominación de positivismo, en el recientemente publicado, este mes de octubre de 2007, Tomo VII de las nuevas Obras Completas de Ortega y Gasset, que publica inéditos del filósofo madrileño. En lo que nos interesa, se trata de un ciclo de conferencias que dio en el Ateneo, en diciembre del año 1912, y en ellas hay una espléndida exposición del psicologismo y su refutación. Recomiendo su lectura.]

3.3 *El lema de la fenomenología: «A las cosas mismas».*

De La estructura del método fenomenológico, pp. 21-26

"Debemos preguntar a las cosasmismas...., pero ¿qué son las cosas...?
Husserl: Filosofía como ciencia estricta, p. 63

La pretensión que tiene este trabajo de servir de iniciación al método fenomenológico, centrándose en aquellos aspectos fundamentales y que más frecuentemente han sido malinterpretados, aconseja comenzar, si es posible, por unas consideraciones casi de carácter formal, que despejen de antemano un camino que no resultará fácil. Estas nociones previas deben exponer en un cuadro formal la relación de algunos componentes esenciales del método fenomenológico; uno de los elementos fundamentales de este método es la reducción fenomenológica. Las relaciones que la reducción mantiene con otras características del método serán especialmente relevantes. El hilo conductor de este análisis será el lema propio de la fenomenología: ¡A las cosas mismas!

1. LA VUELTA A LAS COSAS MISMAS

Nuestra primera tarea consistirá en justificar la importancia que la comprensión de la reducción tiene para la teoría y la práctica del método fenomenológico como un elemento de cuya comprensión dependerá otra serie de conceptos claves. Resulta muy difícil, si no imposible, definir los diversos elementos que componen el método fenomenológico, si no se los expresa en relación a alguno de ellos que actúe como elemento referencia. En principio, siempre resulta problemático definir el método fenomenológico de un modo suficientemente amplio como para no excluir diversos tipos de fenomenologías reales o posibles, pero que a la vez sea lo imprescindiblemente riguroso como para no caer en ciertas banalidades al uso; de hecho, tan pronto parece existir un núcleo medular por el cual una filosofía puede ser llamada fenomenológica, como otras veces parece desvanecerse toda posibilidad de hallar ese núcleo, a la vista de las insalvables divergencias que los fenomenólogos manifiestan. Cuando se habla de 'método fenomenológico' es obvio que se piensa en Husserl como fundador y principal animador de un movimiento de renovación filosófica ampliamente seguido a todo lo largo del siglo XX por filósofos de todo el mundo, aunque especialmente en Europa Occidental y América; sin embargo, muchos fenomenólogos que dicen usar el método fenomenológico rechazan con decisión las dos notas que para Husserl parecen absolutamente fundamentales y decisivas, la reducción y la constitución. Más aún, son muy pocos los fenomenólogos que reconocen la necesidad de la reducción. Para Husserl, sin embargo, es ineludible practicarla. lo que se entiende usualmente como método fenomenológico no suele ser relacionado directamente con la reducción. lo que tratará este trabajo será, precisamente, demostrar hasta qué punto sin reducción no hay fenomenología. Vamos a aprovechar este primer capítulo para exponer esa conexión en un nivel más formal que concreto, pero que servirá de cauce general a los desarrollos posteriores.

Son varias las palabras que afloran al querer determinar el método fenomenológico de Husserl, filósofo que, en todo caso, es el que más ha influido consciente o inconscientemente en todo el movimiento fenomenológico. El método fenomenológico es análisis del hecho llamado 'constitución', o análisis intencional; es intuición, pero, además, es reflexión. Pero antes de nada y como primer punto de partida debe ser definido como «vuelta a las cosas mismas». De las diversas palabras y conceptos mencionados, éste es, sin lugar a dudas, el más citado y conocido.

Mas, si el método fenomenológico es ante todo "vuelta a las cosas mismas", ¿cómo puede ser a la vez reflexión y análisis de la constitución? Se puede comprender que sea un método que se base en la intuición, es decir, en un tipo de conocimiento que nos pone directamente ante las cosas o situaciones; se puede comprender que sea análisis intencional, es decir, un análisis de lo intuido para describir todo lo que lo intuido implica directamente. Pero ya no se ve fácilmente que a la vez sea análisis

constitutivo, análisis de lo que el sujeto constituye en su relación a la realidad. En todo caso, la vuelta a las cosas mismas parece ser lo más opuesto a la reflexión, pues reflexionar es volver sobre uno mismo.

Es importante tomar nota desde el primer momento de estas dos vertientes aparentemente opuestas o contradictorias: intuir sería lo contrario de constituir, y análisis intencional de lo constituido se opondría a análisis de lo intuido; reflexionar sería lo contrario de volver a las cosas mismas. En una primera aproximación parece que el método fenomenológico se desarrolla en dos ámbitos distintos: uno, el de las cosas mismas, y otro, el de la reflexión, pues toda reflexión es autorreflexión.

Empecemos con el primer punto. Ante todo hay que tener en cuenta que en la conocida fórmula *Zu den Sachen selbst!* (a las cosas mismas) no se prejuzga ni las cosas a las que hay que volver ni el modo en que se ha de volver a ellas, ni tampoco la finalidad de la vuelta. Quizá una de las características fundamentales implícita en ese lema es que no se trata de una vuelta objetiva, en el sentido en que esa misma máxima es asumida por la ciencia; más bien, al revés: con la fórmula "¡A las cosas!" se rechaza toda teoría anterior sobre las cosas, tanto las teorías científicas sobre las cosas como las teorías filosóficas.

Conviene, sin embargo, no dejarse arrastrar por prejuicios; la fenomenología no es anticientífica. Sería malinterpretar la intención de la fenomenología considerar que esta filosofía rechaza el valor científico de las ciencias. Husserl lo dijo explícitamente al final de su obra: la crisis de las ciencias no concierne a su científicidad, sino a aquello que las ciencias en general han significado para interpretar la vida humana; la crítica fenomenológica de la ciencia se refiere —a la comprensión que el científico— y por su mediación, la cultura actual— tiene de la praxis científica y de qué significa esta praxis en nuestra vida. La fórmula fenomenológica inicial no niega la ciencia, sólo rechaza que para ir a las cosas haya que empezar precisamente por las teorías científicas, y eso porque antes de la fenomenología no se sabe, desde una perspectiva filosófica, la relación de las teorías científicas con las cosas, teniendo, sobre todo, en cuenta que pueden decir cosas muy distintas de lo que intuimos sobre las cosas.

Por eso, la vuelta a las cosas significa, en primer lugar, una eliminación de presupuestos para poder ir libres a las cosas mismas, pues se trata de «dejar hablar a las cosas mismas»; por eso la primera condición a lograr, obviamente en un proceso coextensivo y asintótico con la propia fenomenología, es lo que Husserl llama la Vorurteilslosigkeit y la Voraussetzungslosigkeit, la carencia de prejuicios y de presupuestos. Esta condición primordial es la salvaguarda para poder "ver", las cosas y así dejarlas mostrarse en sí mismas.

"Ver" es otra palabra en íntima conexión con el método fenomenológico en su acepción de vuelta a las cosas. Por eso, dado que para Husserl el método fenomenológico era vuelta a las cosas, la fórmula que definía aquel nuevo movimiento filosófico era una proclama en favor de la eliminación de los prejuicios y de la carencia de prejuicios en orden a dar valor pleno al «intuir» y al «ver». Por la eliminación de presupuestos se tiene que conseguir una mirada libre que permita intuir cómo son y qué son las cosas. El método será fenomenológico en la medida en que permanezca en el ámbito del ver, del intuir.

Para la fenomenología no hay teoría ni física ni metafísica que destruya una intuición. Sólo otra intuición la puede situar en un nivel relativo; sólo otra intuición puede destruir una intuición; lo cual no significa que desaparezca como intuición, sino que queda situada en un nivel determinado, del mismo modo que el hecho de que una fuerza supere y neutralice a otra no hace que la neutralizada deje de ser una fuerza. Esta misma posibilidad de que una intuición pueda relativizar a otra obligará a estudiar las

estructuras de la intuición y a fundar su posible relatividad, dando a las investigaciones fenomenológicas un «carácter provisional».

Por eso mismo, sobre todo «en los comienzos de la fenomenología, tienen que permanecer todos los conceptos o términos en cierto modo en estado de fluidez... ».

La explicación que Heidegger hace de la fenomenología, descomponiendo la palabra en sus elementos etimológicos, en uno de sus más famosos y sutiles análisis filológicos, no estaría en desacuerdo con este sentido del método fenomenológico Volver a las cosas es «permitir ver lo que se muestra, tal como se muestra por sí mismo, efectivamente por sí mismo».

De la exigencia de la carencia de presupuestos tomada en serio se desprende la necesidad de preparar al sujeto o futuro fenomenólogo que quiere volver a las cosas mismas. De ese modo, una fórmula aparentemente objetivista incluye un planteamiento inicial para el sujeto que investiga las cosas . La vuelta a las cosas ha de incluir, para ser segura y fiable, «una experiencia de la experiencia» , es decir, una consideración muy específica del acceso mismo a las cosas.

La necesidad de prepararse el sujeto, el futuro fenomenólogo, para volver a las cosas mismas, requiere un estudio de todo aquello que aparece ser «cosa», pero en realidad no lo es; en este paso está incluida como una exigencia de la vuelta a las cosas mismas la noción de Reducción. Si se proclama la necesidad de volver a las cosas mismas, es que de hecho no estamos en ellas, o que incluso aun pareciendo que estamos en ellas en la actividad teórica, en realidad ésta se mueve «lejos» de las cosas. La exigencia proclamada de volver a las cosas mismas implica o supone que no «vemos» las cosas en sí mismas, sino en una iluminación- o éclairage que las deforma y distorsiona. También podemos creer que es una realidad de construcción instrumental para simplificar la realidad de las cosas y tener dominio sobre ellas.

En todo caso, las cosas están «lejos» porque no las vemos en sí mismas, sino a través de la -tradición-, que nos ha enseñado qué cosas teníamos que ver y cómo las teníamos que ver. La tradición, en el más amplio sentido de la palabra, es la Iluminación en la que vemos las cosas, ese éclairage que descubre unas cosas, oculta otras, crea relaciones, subraya unas y descuida otras.

Ir a las cosas mismas exige el esfuerzo — de resultado tal vez imposible, pero como inicio, necesario— de pasar por encima de esa tradición y reconducir todo a su fundamento en las cosas mismas. Para lo cual es preciso reducir todo el conjunto de opiniones, creencias, etc., que nos impiden ver las cosas en sí mismas, reduciéndolas a lo que realmente son.

Ir a las cosas mismas, tal como postula el principio de la fenomenología o del método fenomenológico, exige trabajar por una dación inmediata de las cosas que nos las dé en su verdadero origen, en la cercanía que la tradición, constituida por las creencias culturales, las explicaciones metafísicas o las teorías físicas, nos ha hecho olvidar. En esta exigencia del método fenomenológico, concebida desde una perspectiva que se podría decir estrictamente formal, está indicado tanto el alcance de la fenomenología como sus límites.

3.4 La defensa de la racionalidad.

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 36-43

La defensa de la racionalidad

La reacción husserliana a este contexto: la intención profunda de la fenomenología

En efecto, el problema fundamental que hay que superar es la dificultad de ver los motivos que aparecen en último lugar en la obra de Husserl como desarrollos de

tendencias presentes en los primeros escritos, pero respecto a los cuales el propio Husserl podía mantenerse inconsciente. Es evidente que esto sólo se puede lograr una vez que se dispone de una visión relativamente amplia de la totalidad de la obra, siendo posible hasta cierto punto abarcarla como un todo. Nuestro modo de aproximarnos a Husserl, por otro lado, y en correlación con lo que acabamos de decir, exige un convencimiento: el intérprete (y el intérprete no es un individuo, sino una época) puede ver en una obra más que su autor; en efecto, el significado que unos acontecimientos adoptan no es algo cerrado, sino que depende de la perspectiva en este caso, temporal desde la que son vistos. No hay lugar a dudas de que lo que ocurre con la fenomenología después de la Guerra del 14 descubre o desvela las potencialidades, el sentido de lo que Husserl estaba haciendo antes, aunque, por otro lado, lo que diga en ese momento tiene que estar mediatizado o canalizado por lo que pensaba antes y por los planteamientos que afloran en los primeros escritos. La *?íntima unidad?*, de la que habla Landgrebe, de los temas que constituyen la fenomenología podía estar oculta al propio Husserl, incluso a través de toda su vida, de manera que, si pretendemos hallar alguna idea que actúa como intención fundamental de la fenomenología, deberemos tomar la obra como un conjunto y en el contexto sociocultural en el que está inserta y respecto al cual el propio Husserl no poseía la distancia que hubiera sido necesaria para conocer su estructura.

Al buscar un hilo conductor, una intención fundamental o una idea básica que recorra toda la obra de Husserl y en la que se condense su reacción al contexto sociocultural, pretendemos negar cualquier visión de un Husserl escindido en tiempos aislados entre sí. Esto no significa negar la evolución de su pensamiento o la introducción de nuevos problemas o ciertos cambios en algunos temas incluso importantes. Creo, sin embargo, que los cambios son más bien aplicaciones de la intención fundamental que permanece a través de todos ellos, por lo que respecto a ella pueden incluso parecer accidentales. Si conseguimos nuestro propósito, en lugar de hablar de dos, tres o cuatro Husserl distintos, diremos que el Husserl que enseñaba en Halle, etapa que terminó con las Investigaciones lógicas y la refutación del psicologismo, se prolongó en el Husserl que enseñó en Gotinga, etapa que, terminando con la publicación de las Ideas, estuvo dedicada a extraer las consecuencias de la refutación del psicologismo, pues no es otra cosa la reducción trascendental. En cuanto a la tercera etapa, la de Friburgo, que terminó con la elaboración de la Crisis, en ella no se dio en absoluto un abandono de los logros de la anterior, sino una profundización y reflexión en torno al contexto en el que nació y debía ser eficaz la propia fenomenología.

Por todo ello, si lo que buscamos es la intención fundamental de la fenomenología que recorre toda la obra de Husserl y de la que brotan los diversos conceptos que constituyen la fenomenología, es de presumir que tal intención ha de aparecer al principio y al fin de la obra de Husserl y, además, que ha de estar en consonancia o relación con el contexto sociocultural. Pues bien, efectivamente es posible encontrar un punto que recorre la obra de Husserl desde el principio hasta el fin de su vida y que, además, está en esa íntima relación con el contexto sociocultural.

Ya sabemos cuál era la tendencia cultural de finales de siglo, así como la reacción que parecía detectarse a partir de 1880. También hemos dicho, en el repaso biográfico, que la tarea de Husserl comienza como un ensayo de fundamentar la matemática mediante el retorno a las actividades de(sujeto, actividades que son inicialmente concebidas como actividades psicológicas. El aparente fracaso de esa fundamentación le llevó a la lógica, intentando fundarla de un modo no psicológico, ensayo al que están dedicadas las Investigaciones lógicas. Por otro lado hemos visto que la última obra de

Husserl lleva por título *La crisis de las ciencias europeas* y en ella se exponen las razones que han llevado a poner en duda el valor de la ciencia y, sobre todo, a poner en duda que el saber científico pueda resolver nuestros problemas más urgentes y perentorios; así como a presentar u ofrecer los caminos que, según el fundador de la fenomenología, deberán ser transitados si se quiere resolver la crisis de las ciencias.

Así pues, la fenomenología nace y se desarrolla en el seno de la consideración de la crisis de la matemática y de la lógica, es decir, de las ciencias formales, y termina con la consideración de la crisis de las ciencias en general. Pues bien, ahí debemos descubrir la intención fundamental de la fenomenología, sobre todo teniendo en cuenta que, en el punto de partida, Husserl asume la orientación sociocultural general que hemos detectado a finales del siglo xix, el psicologismo, y que la fenomenología en sentido estricto empieza precisamente rechazando ese psicologismo, rechazo con el que Husserl se sumará a esa otra tendencia que, según hemos indicado, empezaba a aparecer a finales del siglo.

Ahora bien, si partimos del principio de que la fenomenología es un ensayo de fundamentar la ciencia, no hemos avanzado demasiado; porque en realidad todos los filósofos y metodólogos de finales del siglo pasado, según el imperativo mismo de la época, querían lo mismo. ¿Qué diferencia la intención de Husserl?, ¿qué tipo de fundamentación de la ciencia quiere ofrecer Husserl?

Pues bien, descubriremos esa intención si repasamos algunas de las reflexiones con las que Husserl inicia su intento fundamentador. Es conocido que Husserl se hizo famoso por la contundente refutación que hizo del psicologismo en el primer tomo de las *Investigaciones lógicas*. Pues bien, el sentido profundo de esa refutación nos va a dar el hilo conductor de la fenomenología de Husserl, entendiendo además que tal hilo conductor es, a la vez, el punto de conexión de Husserl con su contexto sociocultural.

En efecto, la fundamentación psicologista de la ciencia significa, siguiendo con el ejemplo antes mencionado, que el hombre es un organismo biológico resultado de una exterioridad, de una serie de circunstancias exteriores que lo explican totalmente. El cerebro o mente humana es otra parte de esa exterioridad que produce lo que se llaman verdades matemáticas, lógicas, etc., pero que son verdades de hecho, desde el momento en que podrían ser de otro modo, si el cerebro humano fuera de otro modo; puesto que son verdades dependientes del modo fáctico-real según el cual unas condiciones fácticas han producido al hombre, su necesidad, según el psicologismo, sería la misma que la de esas condiciones, es decir, ninguna. Todo eso significa decir que el hombre no tiene ninguna relación con la verdad, porque ni la verdad ni la razón trascienden lo factual, los hechos, que evidentemente podrían ser de otro modo. El ser humano es una pura facticidad, un resultado de hechos. No es difícil reconocer en esta concepción lo que hemos expuesto como el núcleo del positivismo y de la concepción cultural de la segunda mitad del siglo xix.

Para Husserl el psicologismo haría imposible la ciencia y cualquier proyecto de convivencia racional-, anula, por lo tanto, la razón teórica y la razón práctica. El psicologismo no es una mera teoría epistemológica, sino que es una concepción antropológica que afecta al ser humano como ser racional, incapaz de comprender esta faceta decisiva del ser humano. 81 el hombre es resultado de hechos, no hay lugar para la razón, sin la cual no hay ni ciencia ni filosofía, pero tampoco un ordenamiento político que se base en algo distinto a la fuerza ejercida por unos sobre otros. Por eso, tratar de fundar toda ciencia en hechos, lo que pretende el psicologismo, significaría pensar al hombre y a la sociedad como hechos desprovistos de razón.

Pues bien, este es también el tema modular de *La crisis de las ciencias europeas*, la última obra de Husserl: la crisis de las ciencias pone al descubierto una crisis de la

humanidad como proyecto racional. El psicologismo no es más que el síntoma de una crisis antropológica expandida por la cultura moderna. El camino de la fenomenología es el que va desde la consideración de la crisis epistemológica que supone el psicologismo a la crisis generalizada de las ciencias europeas como momentos de una única crisis, a saber, la del proyecto del hombre europeo, que, constituido en Grecia, alumbró un proyecto político vital racional, cuyo -núcleo consistía en configurar la vida humana desde la razón, y que se estaba mostrando como un puro fracaso. La guerra de 1914, que, lejos de resolver las tensiones que la provocaron engendró otras tan explosivas como ellas, o aún más, se encargaría de demostrar la profundidad de] fracaso como una posibilidad radicalmente inherente a la cultura moderna.

El camino de la fenomenología sigue los descubrimientos de las implicaciones de esta crisis de la civilización europea -hoy diríamos, de la Modernidad-, de sus causas, intentando ofrecer o exponer las exigencias que la resolución de la crisis conlleva como restauración de la fe en aquel proyecto teórico, práctico y político; lo cual implica corregir la epistemología errónea que subyace a la crisis -refutar el psicologismo-, mediante la restauración de una antropología, de una concepción del hombre, cuyo centro ha de consistir en la restauración del sujeto racional que no esté anclado en los hechos sino en la razón. La fenomenología, vista desde el contexto sociopolítico en el que está inmersa, aparece como el ensayo de proclamar que la resolución de la crisis antropológica pasa por la restauración de un sujeto racional.

De ahí que el esfuerzo más persistente de Husserl se centre en el desvelamiento de la no facticidad del sujeto de la ciencia; en la demostración de que con un sujeto de hechos no puede ser construida la ciencia; en desvelar, en definitiva, que el ser humano no es un hecho mundano, sino el lugar de la razón y de la verdad, la subjetividad trascendental.

Esta misma problemática es la que subyace o lo que se anuncia cuando se dice que el problema de la fenomenología es el enigma del mundo, el Welträtsel, generado por la pertenencia de la subjetividad al mundo (y a la sociedad), donde cada uno es un hecho determinado por la causalidad mundana (y la social), mientras que el ser humano aparece a la vez como un sujeto del mundo o para el mundo. El ser humano está sujeto al mundo, por ser una parte del mundo; pero a la vez es sujeto del mundo, siendo el mundo una parte del ser humano. El problema del psicologismo consiste en ver al hombre sólo como parte del mundo, como un hecho en el mundo. Mas si sólo somos hechos en el mundo, difícilmente podremos concebirnos como sujetos del mundo, pues la razón implícita en esta segunda perspectiva no es un hecho del mundo: la razón no está causada por las circunstancias mundanas: la razón es lo que es por sí misma.

La fenomenología pretende RECONSTRUIR UN SUJETO RACIONAL que sea a la vez sujeto en el mundo y objeto en el mundo. Si las implicaciones morales y políticas del problema del psicologismo le pudieron pasar a Husserl desapercibidas en un primer momento, la guerra de 1914 le obligó a sacar las consecuencias de su planteamiento. De ahí que a partir de aquella fecha apareciera el problema de la historia como una constante hasta el final de su vida.

3.5 *El descubrimiento de la vida de la conciencia: las vivencias y la intencionalidad.*

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 26-29

Una vez asegurado por parte de Husserl que la esfera de lo lógico y matemático, los objetos ideales, no se reducen al hecho de la constitución del cerebro, que su verdad no depende de que el cerebro esté constituido de este modo preciso, Husserl tiene que resolver un problema fundamental, y es que en realidad esos objetos matemáticos

aparecen o se dan de hecho en un sujeto humano, en unos actos de conocimiento, en unas vivencias, que parecen crearlos, pues antes de que la lógica o la matemática fueran formuladas no parecen tener absolutamente ninguna existencia. ¿Cómo se hacen presentes unos objetos independientes cuando en realidad todo parece indicar que son dependientes? Este sería el tema del segundo tomo de las Investigaciones lógicas, el estudio de los actos del sujeto, el estudio de las vivencias del sujeto que hace la ciencia, para ver cómo los objetos de la ciencia, p.e., una fórmula, una conclusión lógica, una verdad matemática, se hacen presentes en la vida o conciencia humana. Y aquí se vislumbra ya una primera definición más precisa de la fenomenología, que aparece como el estudio de la vida o conciencia humana en cuanto en ella se dan, aparecen o se constituyen los objetos en cuanto objetivos, precisamente en cuanto no se reducen al momento mismo en que se nos dan, pues tienen una trascendencia en relación a ese momento y por eso se puede volver a ellos cuantas veces se quiera.

Es en este contexto en el que Husserl va formular uno de los principios fundamentales de esos actos de la conciencia o de la vida humana y que pasará como uno de los descubrimientos fundamentales de la fenomenología, la intencionalidad de la conciencia, porque en efecto, la característica primera de esos actos de la conciencia, de esas vivencias, es que siempre se refieren a algo, que siempre son una conciencia-de; si tomamos cualquier palabra que designe actos de nuestra vida, en que esté implicada una actividad consciente, lo que Husserl llama una vivencia, por ejemplo, 'ver', 'oir', 'decir', 'pensar', 'amar', 'querer', siempre implican un sentido, un objeto, algo a lo que se refieren, que tienen o encierran una intención; esto es lo que se quiere decir cuando se habla de que toda conciencia es intencional.

Vamos a detenernos un momento en este concepto que es muy importante. El concepto arranca de la vida ordinaria, donde se habla de la intención de un acto como determinante del tipo de ese acto. Un homicidio es asesinato si en él se daba la intención de matar. La Edad Media amplió este uso restringido de intencionalidad a todo acto de conocimiento, porque parece que conocer algo es tener la intención de apropiarse mentalmente de ese algo de modo que mientras no se cumple esa intención no se da el conocimiento. Brentano fue aún más allá y dijo que todo acto de conciencia, no sólo los de conocimiento, es un acto intencional, en él se da una intención-de un objeto, de modo que todo acto de conciencia remite o se refiere a su objeto. Una de las tareas básicas de la psicología sería describir las multiplicidad de actos de conciencia o de la vida humana como actos intencionales, porque estos pueden ser de muy diversos tipos.

Husserl, que siguió las clases de Brentano en Viena, convirtió ese principio en fundamental de su filosofía, pero lo amplió con otro complementario, tan importante como ese porque es el que le da sentido, porque si toda conciencia es conciencia-de algo, TODO ALGO -y es el principio complementario- ES ALGO DE UNA CONCIENCIA. Nosotros no podemos tener un algo si no es a través de una conciencia, de una vivencia, de una experiencia. Y por tanto, si los actos intencionales son de muy diversos tipos, también los objetos correspondientes serán de muy diversos tipos y cada uno de esos objetos tendrá una forma distinta, y peculiar de él, de darse. Y ahí vemos ya un principio fundamental de la epistemología fenomenológica. Cada objeto, cada esfera tiene su peculiaridad, su modo de darse y su evidencia y es un error básico el tratar unos objetos con el modo de darse de otros. Por ejemplo querer fundar en actos por ejemplo, de percepción, basados en los sentidos, la verdad de la matemática y de la lógica. Los actos en los que se nos dan las verdades matemáticas o lógicas son actos distintos de aquellos en los que se nos da por ejemplo una mesa. Yo entiendo que $a^2 - b^2 = (a + b)(a - b)$ de modo distinto a como veo una silla; 'entender' una fórmula matemática no es 'ver' una cosa. Esta distinción, basada en la noción de intencionalidad, entre actos de

intuición sensible (por los cuales percibimos cosas) y actos categoriales (en los que se nos dan por ejemplo objetos matemáticos o lógicos) es una distinción de máxima importancia en la fenomenología y está formulada ya en el nacimiento de la misma, e.d. en las Investigaciones lógicas.

3.6 Preguntas sobre el tema segundo

- En la Filosofía de la aritmética hay ya un comienzo de la fenomenología ¿lo podría indicar?
- Cite los dos descubrimientos, de carácter fenomenológico, fundamentales de la etapa de Halle.
- ¿Por qué la razón y la evidencia no son una cuestión del cerebro? ¿Qué se quiere decir con esto?
- ¿En qué medida el psicologismo es coherente con el positivismo del siglo XIX?
- ¿Qué es lo que la hace vacilar a Husserl en su primera filosofía de Halle?
- ¿Por qué el rechazo del psicologismo lleva a las cosas mismas?
- ¿Por qué la refutación del psicologismo es en realidad una defensa de la racionalidad?
- ¿Por qué se pasa de la refutación del psicologismo a un análisis de las vivencias de la conciencia?

4 Tema 3. La madurez de la fenomenología en las Ideas

4.1 Introducción

1) Esta etapa de Husserl es la más problemática, porque parece sustendida por dos tendencias contradictorias, por una parte al final de ella publica Husserl las Ideas, que tan mal entendidas fueron, y por otra, habiendo entendido siempre la fenomenología primera de Husserl como una ciencia de las esencias, se entendió que Husserl olvidaba la historia y la realidad concreta corporal, con lo que ambas cosas llevaban de olvido de lo social; de esa manera la fenomenología pronto fue acusada de solipsista. Pues bien, un estudio más concreto de lo que a Husserl preocupó durante esos años nos da una visión muy distinta de la usual; Husserl investigó sobre la función del cuerpo en la percepción. Las lecciones de 1906/7 sobre el cuerpo y el espacio son muy importantes. Ahora están publicadas como tomo XVI de las obras completas. La ética también ocupa un papel relevante. El tomo XXVIII de las obras completas (Husserliana) presenta las lecciones de ética de esta época. Y en tercer lugar, el tema del mundo concreto histórico, que está presente en las ciencias del espíritu, nombre con que los alemanes llamaban a las ciencias humanas, tales como la historia, la psicología descriptiva o la etnología, y que era intención de Dilthey describir, está presente en esos años. Después hemos podido ver hasta qué punto ese mundo aparece en toda su pregnancia en el tomo dos de las Ideas, que Husserl escribió a continuación del primero, es decir, sobre 1913/14, aún en Gotinga, pero que no quiso publicar. La descripción de estos temas dan a la etapa de Gotinga una amplitud que todavía no hemos conseguido abarcar totalmente. Una lección muy importante de esta época es la lección sobre Los problemas fundamentales de la fenomenología, traducida recientemente en Alianza Editorial.

2) El desarrollo del programa sigue fundamentalmente la estructura del principal libro de esta época, las Ideas I. Este libro consta de cuatro secciones, la primera dedicada a la exposición de la definición de lo que son hechos y lo qué esencias, así como a las peculiaridades de las ciencias de hechos y las ciencias de esencias. Se discute mucho sobre la función de esta primera sección, ya que la fenomenología en sentido estricto empieza sólo con la segunda sección, la dedicada a la teoría de la reducción y epoje fenomenológica, que Husserl entiende aquí como desconexión de la tesis de la actitud natural. La tercera sección está dedicada al estudio de las estructuras noético-noemáticas de la conciencia. Esta parte nos parece más adecuado dejarla para la segunda parte de nuestro programa. La cuarta sección está dedicada a la fenomenología de la razón, y aunque la estudiaremos más detenidamente también en la parte siguiente, aquí nos ha parecido importante ponerla como un punto decisivo, para poder diseñar un marco completo de interpretación.

En cuanto a lo que se ha mencionado antes, sobre el sentido de la primera sección, parece haber cierto acuerdo en que esa sección tiene fundamentalmente el objetivo de mostrar, independientemente de la fenomenología en sentido estricto, que el mundo en el que vivimos no es el mundo que algunos positivistas están acostumbrados a definir, un mundo sólo poblado de hechos, ya que el mundo está perfectamente estructurado en diversos niveles de tipologías, respondiendo cada tipo a un sentido distinto. El mundo

no es un conjunto de hechos, ya que los hechos están necesariamente enmarcados en una tipología, en una esencia. Una función primera de esta sección es prevenirnos contra el aplanamiento del mundo que se puede dar en el positivismo, cuando el mundo, nuestro mundo, está cuajado, plagado, traspasado por las estructuras de sentido, sólo en las cuales percibimos las cosas

4.2 Apunte biográfico: Husserl profesor en Gotinga (1901-1916)

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 22-26

Apunte biográfico: Husserl en Gotinga (1901-1916)

Recién publicado este segundo tomo, el año 1901, es llamado Husserl a Gotinga como profesor extraordinario (categoría académica anterior a la definitiva, que es la de profesor ordinario, la equivalente a nuestro catedrático). En Gotinga logró Husserl formar una importante escuela a su alrededor, compuesta por un grupo de estudiosos admiradores de Husserl, que estaban empeñados en seguir las indicaciones del maestro, describiendo los objetos en su modo preciso de dación. De esta época datan importantísimos textos en los que se describen los diversos objetos y modos de conciencia en que se dan tales objetos. Porque, en efecto, pronto pasará Husserl de describir objetos lógicos a describir todo tipo de objetos; así la fenomenología se irá extendiendo a toda la vida mental y de conciencia. Precisamente aplicando la fenomenología a la noción de tiempo verá la dificultad de hablar del "tiempo dado", es decir, del tiempo directamente vivido en la conciencia, pues usualmente nos vemos en el tiempo objetivo. Aquí caerá Husserl en la cuenta de la necesidad explícita de prescindir -pronto dirá de «hacer epojé» - de ese tiempo objetivo. Esto ocurría a finales del año 1904 y en el verano de 1905 (véase Ha. X, pág. 237)1. También en el Prólogo a la segunda edición de las Investigaciones lógicas alude a que ya en un escrito de 1903 aprovechó para definir el carácter de las descripciones que hacía, pues en sus descripciones «permanecen completamente excluidas todas las interpretaciones trascendentales de los datos inmanentes [...] Las descripciones de la fenomenología [...] no se refieren a las vivencias o a las clases de vivencias de personas empíricas», es decir, en ellas se prescinde del mundo real y objetivo. Los años inmediatos a estas fechas se centrarán en perfilar el método para definir el ámbito preciso de la descripción fenomenológica; el dominio o ámbito de las descripciones fenomenológicas se consigue mediante la Reducción fenomenológica, concepto decisivo de Husserl, que proviene, por lo tanto, de los años inmediatos a la publicación de las Investigaciones lógicas.

En 1905 el Ministerio de Educación de Prusia envió una indicación a la Universidad de Gotinga, en la que se invitaba a dicha Universidad a nombrar a Husserl, que tenía ya 46 años, profesor ordinario, es decir catedrático; pero la propuesta fue rechazada por la Universidad con el pretexto de que Husserl carecía de «significado científico» (Mangel an wissenschaftlicher Bedeutung). No es de extrañar que esa actitud de la Universidad provocara en Husserl una crisis de radicalismo filosófico, que le llevaría a expresar su deseo de claridad absoluta: «Sin claridad no puedo vivir», confiesa en una especie de diario de esos años. Sólo al año siguiente, 1906, fue nombrado catedrático.

El concepto y la práctica de la reducción se expone con todo detalle en el prólogo a las clases que leyó sobre la constitución de 'la cosa' y 'el espacio' en 19072. Sin embargo, pronto se dará cuenta de que el planteamiento de la reducción que se hace en ese texto conlleva una limitación ilegítima del ámbito de la fenomenología; pues, tal como veremos, el concepto de reducción parece implicar una reducción de todo objeto a mi propia conciencia; eso significaría prescindir de todo aquello que alude a lo social, a los otros, todo el ámbito de la intersubjetividad; pues bien, la tarea inmediata de Husserl después de ese año sería resolver ese problema, lo que, según él siempre creyó, logró en 1910, durante las clases que leyó sobre Problemas fundamentales de la fenomenología, del semestre de invierno de 1910-1911 y que se conoce como la *Grundproblemevorlesung*, desde 1973 editada en el tomo XIII de la edición crítica. Años más tarde se referirá Husserl a los avances producidos en esas clases de modo parecido a como lo hará sobre el descubrimiento que hemos mencionado, de 1898, sobre el Apriori de correlación, diciendo que esos pensamientos le produjeron entonces «una fuerte impresión» (véase Ha. XIII, página 449).

Ese mismo año, 1910-1911, publicó la revista *Logos*, en su primer número, un importante y decisivo artículo de Husserl titulado *La filosofía como ciencia estricta*, en el que se resumen ya los motivos fundamentales que mueven la actividad filosófica de Husserl, apareciendo ya en ese escrito el compromiso que Husserl mantiene con la idea de racionalidad y con la idea de la necesidad de un progreso en la humanidad.

Por esas fechas Husserl, ya con 51 años, es un profesor en plena madurez, que goza de gran prestigio en su Universidad y que empieza ya a ser conocido, estudiado y reconocido en las demás universidades alemanas. La fenomenología estaba produciendo no sólo en Gotinga, sino también en Munich, una serie de investigaciones filosóficas sumamente interesantes. La psicología, particularmente, recibía fuertes impulsos de la reflexión fenomenológica. Era, pues, necesario iniciar una revista anual en la que se pudieran publicar todos esos trabajos de fenomenología. El primer tomo de dicha revista saldría el año 1913, conteniendo una de las obras fundamentales de Husserl, las *Ideas para una fenomenología pura*, así como la obra de Max Scheler *El formalismo en la ética*. Ideas había sido concebido por Husserl como la introducción sistemática a la fenomenología; la obra publicada debería continuarse en otros dos tomos, que, sin embargo, nunca publicó3. Sin embargo, tal obra, escrita con ilusión y en plena madurez, fue mal comprendida y peor aceptada por sus propios discípulos de Gotinga, pues no les parecía adecuada la explícita confesión de idealismo que en ella hace Husserl, pensando que con la adscripción al idealismo se consumaba una marcha atrás, olvidando algo fundamental de la fenomenología, que ante todo es aceptación del valor de la intuición y de los objetos. Lo que de esa obra escandalizaba era precisamente la presentación que en ella se hace de la reducción, una presentación que no parece tener en cuenta los logros del texto de las clases de 1910-1911, pues más bien repite el esquema de 1907, el de *La idea de la fenomenología*. En realidad Husserl esperaba resolver esos problemas en los tomos II y III. Sin embargo, no debía estar muy satisfecho con todo ello, porque no quiso publicar la continuación de las Ideas.

Los años siguientes fueron decisivos en la vida y obra de Husserl. El estallido de la Gran Guerra le conmocionó profundamente; llegó incluso a confesar que la «explosión de odio mundial» y las «orgías de la deshumanización de la guerra» le habían deprimido tan profundamente que le impidieron trabajar; llegó, incluso, a enfermar de algo tan autoprovocado como un envenenamiento por nicotina, hasta el punto de tener que ser

internado durante unas semanas, en los meses de septiembre y octubre de 1915, en una clínica. Ese mismo semestre del invierno de 1915-1916 sería el último en Gotinga, ya que para el semestre de verano de 1916 se trasladó a Friburgo de Brisgovia, donde permaneció hasta su jubilación en 1928, un año antes de la edad reglamentaria, y hasta su muerte en 1938, recién cumplidos los 79 años.

4.3 Sentido general de esta etapa.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 29-40

La maduración de la fenomenología:

La fenomenología como filosofía trascendental

Una vez que hemos expuesto tanto el sentido fundamental de la fenomenología como los primeros pasos que da, es necesario seguir los caminos en que Husserl desarrolló esa aún naciente criatura. Lo que tenemos que entender aquí es cómo y por qué se pasa de las Investigaciones lógicas a una filosofía trascendental, que no dejaría de ser motivo de escándalo, como ya lo hemos dicho y hasta cierto punto de desintegración del grupo de Gotinga. Incluso podríamos decir que la inmensa mayoría de los filósofos posteriores han visto en Husserl un filósofo trascendental, en el peor sentido de la palabra, por tanto un filósofo que ni siquiera habría que tener en cuenta. Quiero contar una anécdota reciente, porque ilustra hasta qué punto este pensamiento de rechazo está integrado en las mentes de muchos profesionales. Estaba yo un día en mi despacho de la UNED cuando vino a verme un conocido profesor de mi misma Universidad y con mucha camaradería me preguntó quién era yo y a qué me dedicaba. Sorprendido y un poco desconcertado por la situación le contesté sencillamente que me dedicaba a Husserl; entonces el sorprendido fue él, que parece que no comprendía que alguien pudiera aún dedicarse a semejantes cosas y me insistió: "Pero ¿a Husserl, Husserl?, ¿el de las Ideas?, ¿el idealista?, ¿el del yo trascendental?", y cada pregunta terminaba con una ligera entonación que detectaba la profunda sorpresa que le causaba que en su misma Universidad pudiera haber aún gente que se dedicara a una filosofía tan obsoleta como la de Husserl. Pues ese Husserl es el de esta etapa de maduración de la fenomenología. Hay muchos que dicen que ellos soportan al Husserl de las Investigaciones lógicas, pero no al de las Ideas y las Meditaciones cartesianas, que es la otra gran obra de presentación de la fenomenología, en tono más o menos en la línea abierta por las Ideas.

Nuestro objetivo es pues ver el camino que llevó a Husserl a la postura de las Ideas; quizás incluso viendo ese camino podamos entender la problemática y profundidad de esa postura. Hay dos conceptos básicos que separan 1900 de 1913, a saber, la epoje y la reducción trascendental, que son las operaciones por las cuales la fenomenología de las Investigaciones lógicas se convierte en una filosofía trascendental; entender cómo madura la fenomenología es entender, en la medida de lo posible, por qué introduce Husserl esas operaciones, qué significan y cuál es su alcance.

En todo caso hay una pregunta inmediata que nos tenemos que hacer en relación a los planteamientos anteriores. Si la refutación del psicologismo implicaba rechazar que el fundamento donde debamos buscar sea el ser humano en cuanto una realidad sometida a los aconteceres históricos que son o por lo menos parecen ser fortuitos, por tanto sin necesidad, que es, por tanto, una realidad FÁCTICA; y por otro lado Husserl se ve en la obligación de describir los actos del sujeto en los que se dan esos objetos matemáticos,)quién es ese sujeto?)no describe Husserl sus propios actos?,)sus propias percepciones, sus propias intuiciones sensibles o categoriales, por tanto los actos de un

hombre concreto? Si el sujeto que hace ciencia no es el sujeto histórico, mudable, relativista, porque según las culturas los principios son unos u otros,)quién es el sujeto de la ciencia?)a quién se estaba refiriendo Husserl en las Investigaciones lógicas? Esta pregunta va a ser determinante, si bien Husserl dará un rodeo para poderla contestar, con la única respuesta que nos va a dar: el sujeto de la ciencia, de la razón, de la verdad no es el ser humano sometido a los azares históricos, sino el yo trascendental, la conciencia trascendental.

Vamos a tratar de describir brevemente los caminos que le llevan a esa respuesta y qué significa esa respuesta. El primer camino viene de un cambio que Husserl va a introducir en el concepto de intencionalidad de Brentano que antes hemos visto. Pues mientras en Brentano la intencionalidad se refiere a los actos de la conciencia, p.e. un acto de ver, de desear, de decir, Husserl va a ver la intencionalidad más en el sentido tradicional como una cualidad que lleva a los actos de conciencia desde un principio o una forma imperfecta a una forma más perfecta. Por ejemplo en el caso del deseo, desear no es quedarse en la cosa deseada sino intentar llegar a la cosa deseada, a poseerla. Mirar una hoja no es sin más verla, sino que es un movimiento que va desde la fijación de los ojos a la detección de los detalles de la hoja; oír una música es percibir los diversos matices musicales que componen la pieza musical, lo mismo que emitir un juicio no es pronunciar una frase sino decir la frase con la toma de postura sobre lo que se dice, lo que supone también un convencimiento basado en el saber de las pruebas que se tienen sobre tal convencimiento. El concepto de intencionalidad de Husserl insiste más en este carácter de movimiento que tiene la intencionalidad. Eso significa que un acto no es algo dado o completo desde el principio, sino que es un momento de un movimiento mucho más amplio que en última instancia es la vida misma del ser humano. Porque si, en efecto, en este momento me detengo en ver la hoja, es porque previamente he decidido entrar en una actividad concreta que implica este acto. Mas si he decidido iniciar esa actividad, por ejemplo, corregir unas pruebas, es porque quiero publicar un artículo, y eso se debe a que estoy desarrollando un proyecto de investigación, lo que a su vez se debe a que es parte de mi profesión, la que yo he decidido por una serie de motivos... Así Husserl es llevado de los actos de la conciencia intencional a la vida humana como un conjunto. En esta consideración desarrollará dos ideas básicas, 1) la diferencia entre la descripción de la vida humana como algo objetivo, dado en el mundo, y la descripción de la vida humana o sus dimensiones como algo subjetivo, e.d. como algo vivido, a la vez que se daba cuenta de los problemas que había para ceñirse a esta segunda descripción. Para ello propone 2) la necesidad de eliminar todo compromiso con la perspectiva objetiva y limitarse a la subjetiva; esta exigencia planteada en estos términos es el primer sentido de epojé. Se puede entender esto observando lo que ocurre con el tiempo, que es precisamente el tema en el que Husserl inicia esta operación. Una cosa es el tiempo objetivo y por tanto la descripción que de él podemos hacer, por ejemplo su uniformidad, que no es sino la del reloj o la del sol, y otra muy distinta el tiempo subjetivo que es altamente diferenciado; ¿no son diferentes los minutos de espera y los minutos de gozo? ¿no vuela una hora de entretenimiento y no hay minutos que resultan eternos?

En este contexto introducirá Husserl una de las ideas más importantes y decisivas de la fenomenología, la idea de actitud, que no es sino esa unidad global de la vida o de un momento de la vida en la que tomamos por referencia un mundo concreto o determinado. A esta idea se llega desde la necesidad de clasificar los objetos de acuerdo al tipo de intencionalidad, pero partiendo de que todos ellos se dan en un mundo, todos

pertenecen a la unidad del mundo. Esta referencia o pertenencia de todos los objetos al mundo en el que nos encontramos y en el que encontramos todo objeto es lo más característico de la que Husserl llamará en las Ideas "la actitud natural", en la cual podemos desarrollar otras muchas actitudes, p.e. la actitud del comerciante, que ve las cosas como posibles objetos de venta, o la actitud artística, que las ve como objetos de inspiración estética.

El cambio fundamental de las Investigaciones lógicas a las Ideas consistirá en aplicar ese concepto que hemos visto de epojé y reducción a la actitud natural, a esa actitud básica de todos los seres humanos por la cual de siempre estamos en un mundo al que se refieren todos los objetos de la experiencia real y posible. Esa aplicación o esa operación es la epojé y la reducción trascendental. Para ello hay que tener en cuenta que Husserl concibe su filosofía en el sentido de Kant, como una crítica de la razón; no en vano el motivo que pone en marcha a la fenomenología era descubrir los fundamentos de la ciencia y fundamentalmente el carácter del sujeto que hace la ciencia, el estudio de la razón que está detrás de la ciencia. Desde ese objetivo la fenomenología es una ciencia de la reflexión, pues en ella se reflexiona sobre la vida del sujeto que hace ciencia. En las Investigaciones lógicas esa reflexión parecía ceñirse a los objetos en relación con la ciencia. En los años posteriores el interés se ampliará y como hemos visto entrará toda la vida. Para poder entender la epojé y la reducción es necesario profundizar en este carácter de la reflexión.

Cuando reflexiono sobre algo, por ejemplo, sobre un amor que tuve en mi juventud, pienso en los comportamientos a los que me refiero, tratando de revivir esos momentos, pero ya desde cierto distanciamiento de los mismos; tomo entonces esos comportamientos como un objeto de descripción, p.e. literaria, en los que puedo querer no implicarme, e.d. respecto a los cuales no quiero tomar una partido, pero respecto a ellos me formulo preguntas, por ejemplo, por los motivos de ese amor, o incluso me puedo preguntar si entonces yo sabía algo de qué era el amor. En la reflexión tomamos como objeto no las cosas de la experiencia sino la experiencia misma y en ese momento las cosas de la experiencia pueden quedar afectadas con una especie de índice de neutralidad respecto a que exista o no lo que esa experiencia pretende. En el caso del amor en la reflexión referida la persona amada queda en cuanto amada en una situación de neutralidad, no sé si era realmente amada o no, o si sólo yo creía que la amaba. Es algo parecido a lo que hace el lógico cuando toma una frase de la vida ordinaria para estudiar en ella la estructura de una proposición. Si dice 'los periquitos son unos mamíferos cantores', a nadie se le ocurrirá decirle que eso no es verdad, cuando lo que él quiere es poner un ejemplo de una proposición. El objeto real al que se refiere la proposición no es algo que al lógico le interese, pues en cuanto proposición entre comillas es neutral respecto a la realidad.

De ese modo introduce Husserl la epojé y la reducción respecto a la actitud natural, más en concreto respecto a la formulación que yo puedo hacer del núcleo de la actitud natural, lo que Husserl llamará "la tesis de la actitud natural", el convencimiento propio de mi vida de que todo pertenece al mundo real, el convencimiento por tanto de que mundo es el sustrato de la existencia y realidad última de todo. La epojé es poner esta tesis entre comillas, entre paréntesis, como hacemos muchas veces en la reflexión con el objeto de la experiencia sobre la que reflexionamos o como hace el lógico con el referente de la frase que toma como ejemplo.

El paso siguiente y decisivo es entender qué pasa a partir de aquí, en concreto la reducción y las consecuencias que esto va a tener. Pues en efecto, si con la epojé interrumpo la tendencia natural a poner todas las cosas en un mundo; con eso interrumpo, por tanto, la intencionalidad misma de la experiencia,)qué es lo que me queda? Entender o saber contestar a esta pregunta es lo decisivo. En primer lugar me queda toda mi experiencia con la multiplicidad de sus actos y formas, -ciertamente neutralizada-, y el mismo mundo de la experiencia también entre comillas. De ese modo hemos separado el mundo real independiente de la vida humana y aquel mundo dependiente de la vida humana, porque es su referente, en una operación que encuentra similitud en el modo de actuar del lógico. Este es el nivel de las Ideas, donde Husserl propone la fenomenología como una ciencia para describir esa vida de la conciencia o de la vida de experiencia de la subjetividad. La fenomenología debe describir la experiencia humana en todas sus modalidades y en sus dos vertientes, por un lado la experiencia en cuanto vida de experiencia y por otro lo dado en la experiencia sólo en cuanto dado en la experiencia, e.d. sólo en el sentido que tiene en esa experiencia en cuanto tal, separando cuidadosamente aquellos aspectos de una experiencia que en realidad no son dados en esa experiencia sino que son opiniones o creencias no fundadas en experiencia alguna, sino por ejemplo en tradiciones que no se corresponden con experiencia alguna. Esta dualidad de la descripción fenomenológica a la que nos acabamos de referir es lo que se quiere decir con las fórmulas de que la fenomenología tiene que describir por una parte las nóesis, los actos de conciencia o de la subjetividad, lo que Husserl dice también el cogito, y por otra los nóemas, o el sentido preciso que corresponde a las diversas nóesis, o como dice Husserl, el cogitatum; de ahí que una fórmula muy repetida por Husserl, a partir de las Ideas, es que después de la reducción la fenomenología se queda con el cogito, es decir, las nóesis o actos de la vida subjetiva, y el cogitatum, o el nóema o sentido dado en esos actos.

Ahora bien, es muy posible que el lector se pregunte qué se ha conseguido con estos pasos dados por Husserl en las Ideas, primero sobre aquella pregunta que teníamos que responder sobre el sujeto de la ciencia; y en segundo lugar sobre la crítica de la razón, que son los dos núcleos en los que se engarza la problemática de la fenomenología, sobre todo porque hay un problema que es necesario mencionar y que no le pasó desapercibido a Husserl, aunque sea muy frecuente que pase desapercibido a los intérpretes, y que por otro lado es fundamental para entender bien la etapa de maduración de la fenomenología; aunque es cierto que sólo en Friburgo pudo Husserl formular con cierta precisión la problemática que se va a exponer a continuación. En efecto, pensemos que hemos tomado como modelo de la epojé, de la reducción y de la situación resultante la operación que el lógico hace con una frase cuando la quiere utilizar como ejemplo. Más ¿cómo con eso podemos contestar a preguntas por la razón, establecer las premisas para una crítica de la razón que se refiere siempre a la realidad o no de las cosas? si en la fenomenología me reduzco a mi experiencia y a lo dado en la experiencia que la tomo en el sentido neutro en que el lógico puede tomar una frase como ejemplo de proposición,)qué puedo iniciar con esa operación de cara a una crítica de la razón? para captar la fenomenología en toda su profundidad es decisivo responder a esta cuestión; no hacerlo supone desactivarla filosóficamente, e.d. quedarse con ella como un método para describir nuestra vida subjetiva, sin más pretensiones, cuando lo cierto es que Husserl quería resolver con ella los problemas más profundos de la filosofía, y entre ellos el problema básico de la razón. Hay que decir, sin embargo, que pasar de la expresión del nivel de las Ideas al exigido por el planteamiento global de la fenomenología le costó mucho a Husserl, porque para ello tuvo que reformular el

concepto de epojé y de reducción. Vamos a intentar exponer este cambio que es el que nos dará definitivamente el nivel y el sentido de la filosofía trascendental.

Para ello vamos a volver a lo que antes hemos dicho sobre la reflexión y a introducir otro par de palabras, con cuyo sentido hemos estado operando hasta ahora sin decirlo. Cuando reflexiono sobre una experiencia, hemos dicho que tomo como objeto la experiencia y que lo dado en esa experiencia puede quedar afectado de alguna manera de un índice de neutralidad, se introduce por tanto una diferencia entre lo dado en la experiencia en cuanto dado en la experiencia y la realidad tal como ella es independientemente de la experiencia, una diferencia entre la representación y la realidad. La epojé y la reducción han consistido en poner entre paréntesis la realidad y quedarme con la representación de la realidad. Ahora bien, aquí está el problema, porque preguntarse por la razón es exactamente preguntar si cuando yo me represento algo tengo motivos suficientes para pensar que mi representación no es mera representación sino algo dado. Tener razón no es estar en una mera opinión, sino estar en la realidad, en que algo es en ese sentido, en el sentido que yo creo; que no estoy encerrado en mí. Pero entonces, ¿cómo me puede servir la fenomenología si por su metodología parece encerrarse en la representación, porque incluso pone la realidad entre paréntesis?

Pues bien, la profundización en el sentido de la reducción llevará a Husserl a descubrir el sentido filosófico de la misma, al constatar que esa diferencia entre representación y realidad era una distinción que no podía ser entendida en el sentido clásico de la Edad Moderna, que aparentemente subyacía al principio a la epojé y a la reducción; porque si profundizo en esa diferencia, me encuentro con que no es posible separar la representación y la realidad, porque no puedo pensar en una representación de la realidad si previamente no tengo conciencia de esa realidad. Entonces es preciso matizar qué es lo que se pone entre paréntesis y qué significa la reducción. Pues bien, lo que se pone entre paréntesis es una realidad absoluta que existe de un modo independiente de la vida subjetiva en la que tenemos conciencia de esa realidad, reduciéndome a la realidad tal como se da y se puede dar en la experiencia; y como ésta es la única de la que yo o nosotros podemos hablar, la consecuencia de la epojé es que toda realidad es re(con)ducida, o llevada a la vida subjetiva sólo en la cual la realidad tiene sentido. Esto y no otra cosa es la reducción trascendental, realizar esa operación por la cual invertimos la perspectiva y en lugar de vernos a nosotros en la realidad mundana, vemos la realidad mundana como la realidad dada en nuestra vida subjetiva, viendo esta estructura, vida subjetiva-realidad mundana como la estructura absoluta, e.d. como el principio sólo a partir del cual se puede iniciar cualquier análisis y planteamiento filosófico, porque más allá ya no se puede ir; eso significa que esa estructura es inderivable, porque todo se deriva de ella.

Con esto la fenomenología de Husserl rompe o supera la diferencia en la que se debatía la Filosofía Moderna entre realidad y representación, y que invalidaba todo intento filosófico al encerrarnos irremediablemente en la representación, iniciando así una nueva era filosófica, en la que el punto de partida ya no es ni la representación ni la realidad sino una estructura previa que no es sino la experiencia inmediata sólo en la cual la realidad se da y tiene sentido. Con esto queda contestada la pregunta por el sujeto cuestionado en las Investigaciones lógicas, porque no es el ser humano en cuanto sometido a una realidad azarosa, sin necesidad alguna, e.d. como parte del mundo, sino el ser humano en cuanto polo necesario en esa estructura descubierta por la reducción

trascendental. Ese ser humano entendido en ese sentido es la subjetividad o la conciencia trascendental, que para Husserl es el AUTÉNTICO SENTIDO DEL SER HUMANO. Y por llevar toda pregunta filosófica sobre la realidad a esa estructura previa se llama esta filosofía trascendental, porque la realidad que descubre, describe y analiza trasciende el mundo en cuanto realidad independiente de la experiencia.

4.4 *Hechos y esencias.*

CAPÍTULO 1

(de las *Ideas* de 1913)

HECHOS Y ESENCIAS

§ 1. Conocimiento natural y experiencia

El conocimiento natural empieza con la experiencia y permanece *dentro* de la experiencia. Dentro de la actitud teórica que llamamos "natural", queda, pues, designado el horizonte entero de las indagaciones posibles con una *sola palabra*: es el mundo. Las ciencias de esta actitud primitiva¹ son, según esto, en conjunto ciencias del mundo, y mientras son las exclusivamente dominantes, coinciden los conceptos "ser verdadero", "ser real" y -como todo lo real se funde en la unidad del mundo- "ser en el mundo".

A toda ciencia corresponde un dominio de objetos como campo de sus investigaciones, y a todos sus conocimientos, es decir, aquí proposiciones justas, corresponden como prístinas fuentes de fundamentación justificativa ciertas intuiciones en las que se dan en sí mismos, y al menos parcialmente en forma originaria, los objetos del dominio. La intuición de la primera esfera del conocimiento, la "natural", y de todas sus ciencias, es la experiencia natural, y la experiencia en que aquellos objetos se dan originariamente es la percepción, entendida la palabra en el sentido habitual Darse originariamente algo real, "intuirlo" simplemente' y "percibir" son una sola cosa. Experiencia originaria la tenemos de las cosas físicas en la percepción externa, pero ya no en el recuerdo o en la expectativa; experiencia originaria la tenemos de nosotros mismos y de nuestros estados de conciencia en la llamada percepción interna o autopercepción, pero no de los demás ni de sus vivencias en la "intrafección". Les vemos a los demás sus sentimientos sobre la base de la percepción de las manifestación corporales de los sentimientos. Este verles a los demás las vivencias propio de la intrafección es, sin duda, un acto de intuición, en que se da algo, pero ya no un acto en que se dé algo originariamente. Del prójimo y su vida psíquica se tiene, sin duda, conciencia como "estando ahí él mismo" y estando ahí a una con su cuerpo, pero no como se tiene conciencia de este último, como algo que se da originariamente.

El mundo es el conjunto total de los objetos de la experiencia y del conocimiento empírico posible, de los objetos que sobre la base de experiencias actuales son conocibles en un pensar teórico justo. No es este el lugar de discutir cómo se presenta en detalle el método de la ciencia empírica, ni cómo funda su derecho a rebasar el estrecho marco de lo dado directamente en la experiencia. Ciencias del mundo o ciencias de la actitud natural, son todas las llamadas *ciencias naturales* en sentido estricto y lato, las ciencias de la naturaleza *material*, pero también las de los seres

animados con su naturaleza *psicofísica*, o sea, también la fisiología, la psicología, etc. Igualmente pertenecen a este grupo todas las llamadas *ciencias del espíritu*, la historia, las ciencias culturales, las disciplinas sociológicas de toda índole, pudiéndose dejar abierta por el momento la cuestión de si se debe equipararlas a las naturales u oponerlas a ellas, de si ellas mismas deben pasar por ciencias naturales o por ciencias de un tipo esencialmente nuevo.

§ 2. El hecho. Inseparabilidad del hecho y la esencia

Las ciencias empíricas son *ciencias de "hechos"*. Los actos de conocimiento del experimentar que les sirven de fundamento sientan lo real como *individual*, lo sientan como existente en el espacio y en el tiempo, como algo que existe en *este* punto del tiempo tiene esta su duración y un contenido de realidad que por esencia hubiera podido existir igualmente bien en cualquier otro punto del tiempo; y también como algo que existe en este lugar, en esta forma física (o que se da a una con un cuerpo de esta forma), pudiendo la misma cosa real, considerada bajo el punto de vista de su esencia peculiar, existir igualmente bien en cualquier lugar, con cualquier forma, como asimismo alterarse, mientras que de hecho no se ha alterado, o alterarse de otra manera que de aquella de que se ha alterado de hecho. El ser individual de toda índole es, para decirlo en los términos más generales posibles, "*contingente*". Es así, pero pudiera por esencia ser de otra manera. Aun cuando sean válidas determinadas leyes naturales, por virtud de las cuales, cuando son fácticas tales o cuales circunstancias reales, no pueden menos de ser fácticas tales o cuales determinadas consecuencias, tales leyes se limitan a expresar regulaciones fácticas, que de suyo pudieran sonar enteramente de otra manera y que ya presuponen, como inherente de antemano a la *esencia* de los objetos de la experiencia posible, el que esos objetos regulados por ellas, considerados en sí mismos, son contingentes.

Pero en el sentido de esta contingencia, que equivale, pues, a facticidad, se encierra el estar correlativamente referida a una *necesidad* que no quiere decir la mera existencia fáctica de una regla válida de la coordinación de hechos espacio-temporales, sino el carácter de la *necesidad esencial*, y que por ende se refiere a una universalidad *esencial*. Cuando dimos que todo hecho podría "bajo el punto de vista de su esencia peculiar" ser de otra manera, dimos ya expresión a la tesis de que *al sentido de todo lo contingente es inherente tener precisamente una esencia y por tanto un eidos que hay que aprehender en su pureza*, y este *eidos* se halla sujeto a *verdades esenciales de diverso grado de Universalidad*. Un objeto individual no es meramente individual; un "eso que está allí", un objeto que sólo se da una vez, tiene, en cuanto constituido "*en sí mismo*" de tal o cual manera, su índole peculiar, su dosis de predicables *esenciales*, que necesitan convenirle (en cuanto "es tal como es en sí mismo") para que puedan convenirle otras determinaciones secundarias y relativas. Así, por ejemplo, tiene todo sonido en sí y por sí una esencia y en la cima la esencia universal sonido en general o más bien acústico en general -entendida puramente como el aspecto que la intuición puede destacar del sonido individual aisladamente o mediante una comparación con otros sonidos como "algo común"). Igualmente tiene toda cosa material su propia forma esencial y en la cima la forma universal "cosa material en general", como una determinación temporal en general, una duración, una figura, una materialidad en general. Todo lo inherente a la esencia del individuo puede tenerlo otro individuo, y los *sumos universales esenciales*,

de la índole que hemos indicado en los ejemplos anteriores, acotan "*regiones*" o "categorías" de individuos.

§ 3. Intuición esencial e intuición individual

Ante todo designo "esencia" lo que se encuentra en el ser autárquico de un individuo constituyendo lo *que* él es. Pero todo "lo que" semejante puede "*trasponerse en idea*". Una intuición *empírica* o individual puede convertirse en *intuición esencia (ideación)* -posibilidad que por su parte no debe considerarse como empírica, sino como esencial. Lo intuido en este caso es la correspondiente esencia pura o *eidos*, sea la suma categoría, sea una división de la misma, hasta descender a la plena concreción.

Esta intuición en que la esencia se da, *en casos originariamente*, puede ser *adecuada*, como la que fácilmente podemos procurarnos, por ejemplo, de la esencia "sonido"; pero puede ser también más o menos imperfecta, "inadecuada", y no sólo por respecto a una mayor o menor *claridad* y *distinción*. Es inherente a la peculiar índole de ciertas categorías esenciales el que las esencias correspondientes sólo puedan darse "por un lado", o por varios lados sucesivamente, pero nunca "por todos lados" correlativamente, tampoco se puede tener experiencia de las respectivas singularizaciones individuales, ni representárselas sino en intuiciones empíricas inadecuadas, "por un solo lado". Esto vale para toda esencia referente a *cosas*, y bajo todos los puntos de vista de los componentes de la extensión o de materialidad; más aún, mirando mejor (los análisis ulteriores lo harán evidente así) vale para *todas las realidades* en sentido estricto, por respecto a las cuales tomarán, ciertamente, las vagas expresiones "por un lado" y "por varios lados", significaciones precisas y se distinguirán diversas formas de inadecuación

Por el momento bastará señalar que ya la simple forma espacial de la cosa física sólo puede darse, en principio, en meros "escorzos" visibles por un solo lado; y que, prescindiendo de esta inadecuación, que perdura a través de todo curso y avance de intuiciones continuas y a pesar de todo lo que se gane con éstas, toda propiedad física nos arrastra a secuencias infinitas de la experiencia; que toda multiplicidad empírica, por dilatada que sea, deja abiertas más y más y siempre nuevas determinaciones de la cosa y así *in infinitum*.

Cualquiera que sea la índole de la intuición individual, adecuada o no, puede tomar el giro de la intuición esencial, y esta última tiene, sea adecuada o no del modo correspondiente, el carácter de un acto en que *se da* algo. Pero esto implica lo siguiente:

La esencia (eidos) es un objeto de nueva índole. Así como lo dado en la intuición individual o empírica es un objeto individual, lo dado en la intuición esencial es una esencia pura.

No se está aquí ante una analogía meramente superficial, sino ante una comunidad radical. También la intuición esencial es rigurosamente intuición, como el objeto eidético es rigurosamente objeto. La generalización de la pareja de conceptos correlativos "intuición" y "objeto" no es una ocurrencia caprichosa, sino forzosamente requerida por la naturaleza de las cosas² La intuición empírica, y especialmente la

experiencia, es conciencia de un objeto individual, y en cuanto conciencia intuitiva "hace que se dé"; en cuanto percepción, hace que se dé originariamente, que la conciencia aprese el objeto "originariamente", en su identidad "personal". Enteramente por igual es la intuición esencial conciencia de algo, de un "objeto", de un algo a que se dirige su mirada y que en ella "se da en sí mismo"; pero que luego cabe, en otros actos, "representarse", pensar vaga o distintamente, convertir en sujeto de predicaciones verdaderas e falsas -justo como todo *"objeto"* en el sentido necesaria ente lato de la lógica formal. Todo posible objeto, o, dicho lógica mente, *"todo sujeto de posibles predicaciones verdaderas"*, tiene, justo, sus modos de presentarse a una mirada que se lo representa, lo intuye, en casos lo alcanza en su "identidad personal", lo "aprehende", antes de todo pensar predicativo. La intuición esencial es también intuición, y es intuición en sentido plenario y no una mera y quizá vaga representación; siendo, así, una intuición en que se da originariamente la esencia o que aprehende ésta en su identidad "personal"³. Mas, por otra parte, es una intuición de índole en principio peculiar y nueva, a saber, frente a las formas de intuición que son correlativas de las objetividades de otras categorías, y en especial frente a la intuición en el estrecho sentido corriente, esto es, frente a la intuición individual.

Cierto que la índole peculiar de la intuición esencial entra, el tener por base un capital ingrediente de intuición individual a saber, un comparecer, un ser visible lo individual, aunque no sea una aprehensión de *esto, ni* un ponerlo en forma alguna como realidad; cierto es que, a consecuencia de ello, no es posible ninguna intuición esencial sin la libre posibilidad de volver la mirada a algo individual que le corresponda y de desarrollar la conciencia de un ejemplar -como tampoco, a la inversa, es posible ninguna intuición individual sin la libre posibilidad de llevar a cabo una ideación y de dirigir la mira en ella a las correspondientes esencias que se exemplifican en lo individualmente visible; pero esto no altera en nada la circunstancia de que *las dos clases de intuiciones son en principio distintas*, y en frases como las que acabamos de formular sólo se dan a conocer sus relaciones esenciales. A las distinciones esenciales entre las intuiciones corresponden las relaciones esenciales entre "existencia" (aquí, patentemente en el sentido de lo que existe individualmente) y "esencia", entre el *hecho* y el *eidos*. Siguiendo el hilo conductor de estas relaciones, aprehendemos con *evidencia intelectual* las esencias conceptuales correspondientes a estos términos y desde ahora coordinadas con toda precisión, a la vez que quedan pulcramente *eliminadas todas las ideas, en parte místicas, adscritas principalmente a los conceptos eidos (Idea), esencia*.⁴

§ 4. Intuición esencial y fantasía.

Conocimiento de esencial independiente de todo conocimiento de hechos

El eidos, la esencia pura, puede exemplificarse intuitivamente en datos empíricos de la percepción, del recuerdo, etc., pero igualmente bien en *meros datos de la fantasía*. Por ende, podemos, para aprehender una esencia en sí misma y originariamente, partir de las correspondientes intuiciones empíricas, *Pero igualmente de intuiciones no experimentativas, no aprehensivas de algo existente, antes bien "meramente imaginativas"*.

Si producimos en la libre fantasía cualesquiera formas espaciales, melodías, procesos sociales, etc., o fingimos actos de experimentar algo, de agradarnos o

desagradarnos algo, de querer algo, etc., en ellos podemos por "ideación" intuir originariamente, y en casos incluso adecuadamente, múltiples esencias puras: sean las esencias de la forma espacial, de la melodía, del proceso social, etc., en *general*, sean de una forma, melodía, etc., del respectivo tipo especial. Es indiferente el que tales cosas se hayan dado o no en una experiencia actual. Aun cuando la libre ficción condujese, por el milagro psicológico que fuera, a imaginarse datos de índole en principio nueva, por ejemplo, datos sensibles que no se hubiesen presentado, ni hubiesen de presentarse nunca en ninguna experiencia, esto no alteraría en nada el carácter originario de la forma de darse las esencias correspondientes, bien que datos imaginados no sean nunca datos reales.

Con esto se halla en relación esencial el que el poner y ante todo el aprehender intuitivamente esencias no implica en lo más mínimo el poner existencia individual alguna; las puras verdades esenciales no contienen la menor afirmación sobre hechos, por lo que tampoco cabe concluir de ellas *solas* la más insignificante verdad de hecho.

Así como todo pensar y enunciar hechos ha menester de la experiencia como fundamento (en cuanto la requiere necesariamente la *esencia de la justicia* de semejante pensar), de igual manera ha menester el pensar sobre esencias puras -el pensar que no enlaza ni mezcla hechos ni esencias- de la intuición esencial como base en que *se funde*.

§ 5. Juicios sobre esencias. Juicios de validez universal eidética

Pero hay que advertir lo siguiente. Juzgar *sobre* esencias y relaciones y juzgar eidético en general no es, en vista de la amplitud que tenemos que dar a este último concepto *el conocimiento eidético no tiene en todas sus proposiciones esencias por "objetos sobre los cuales" verse*; y lo que con esto se halla en estrecha relación: intuición esencial -tomada como hasta aquí- como una forma de conciencia análoga a la aprehensión de existencias en que se aprehende *objetivamente* una esencia, así como en la experiencia se aprehende algo individual, no es la única forma de conciencia que entraña esencias, excluyendo toda posición de *existencias*. De las esencias se puede tener conciencia intuitiva, e incluso se las puede aprehender en cierto modo, sin que lleguen a ser "objetos sobre los cuales" verse nada.

Partamos del juzgar. Hablando más exactamente, se trata de la distinción entre juicios *sobre* esencias, y juicios que juzgan de un modo indeterminadamente, universal y sin poner, mezclando las ¿días!, nada individual, pero *sobre algo individual*, aunque *puramente como caso singular de las esencias* tomado en el modo del "*en general*". Así, en la geometría pura, no juzgamos por lo regular sobre el *eidos* recta, o ángulo, o triángulo, o sección cónica, etc., sino sobre la recta, y el ángulo en general o "*en cuanto tales*", sobre triángulos individuales en general, o secciones cónicas individuales en general. Semejantes juicios universales tienen el carácter de la *universalidad esencial*, de la universalidad "pura", o, como también se dice, "*rigurosa*", *absolutamente "incondicionada"*.

Supongamos, en gracia a la sencillez, que se trata de axiomas, de juicios inmediatamente evidentes, a los cuales conducen en efecto todos los restantes juicios en una fundamentación mediata. Semejantes juicios -en cuanto juzgan, como se supone aquí, sobre singularidades individuales en el modo indicado- han menester, para su fundamentación noética, esto es, para hacerse intelectualmente evidentes, de una cierta

intuición esencial, que también se pudiera designar (en un sentido modificado) como aprehensión esencial; y también ésta, así como la intuición que hace de las esencias sus objetos, descansa en un tener a la vista singularidades individuales de las esencias, pero no en una experiencia de ellas. También para ella bastan meras representaciones de la fantasía o más bien visiones de la fantasía; la visión es, en cuanto tal, consciente, es un "fenómeno", pero no está aprehendida como existente. Cuando, por ejemplo, juzgamos con universalidad esencial (universalidad incondicionada, "pura") "un color en general es distinto de un sonido en general", se confirma lo acabado de decir. Un caso singular de la esencia color o un caso singular de la esencia sonido es intuitivamente "representable", y justo como caso singular de su esencia; existe a la vez y en cierta forma una intuición de la fantasía (sin posición de existencia) y una intuición esencial, pero esta última no como una intuición que hace de la esencia un *objeto*. Mas en la naturaleza de las cosas entra el que estemos en todo tiempo en libertad de tomar la correspondiente actitud objetivante o el que ésta sea, justo, una posibilidad esencial. De conformidad con el cambio de actitud, cambiaría también el juicio, diciendo ahora: la esencia (el "género") color es distinta de la esencia (el género) sonido. Y así por todas partes.

A la inversa, puede transformarse con perfecta equivalencia todo juicio sobre esencias en un juicio absolutamente universal sobre casos singulares de estas esencias en cuanto tales. De este modo se relacionan puros juicios esenciales (juicios puramente eidéticos), cualquiera que pueda ser su forma lógica. Lo común a ellos es que no ponen ningún ser individual, aun cuando juzguen sobre lo individual -justo porque juzgan en pura universalidad esencial.

§ 6. Algunos conceptos fundamentales. Universalidad y necesidad

De un modo evidente están en relación estas ideas: *juzgar eidético juicio eidético o proposición eidética, verdad* (proposición verdadera) eidética como correlato de esta última idea: *la relación eidética pura y simple* (la existente en la verdad eidética); finalmente, como correlato de las primeras ideas: *la relación eidética* en el sentido modificado de lo meramente mentado en el sentido de aquello que se enjuicia puramente como tal o sea pudiendo existir o no existir.

Todo caso eidético especial y singular de una relación eidética universal se llama, en cuanto es tal, una *necesidad esencial*. *Universalidad esencial y necesidad esencial son, pues, correlatos*. Sin embargo, es vacilante el uso del término necesidad, como consecuencia de las correlaciones indicadas: también los juicios correspondientes se llaman necesarios. Pero es importante advertir las distinciones y ante todo no designar como necesidad la universalidad esencial misma (según se hace habitualmente). El tener conciencia de una necesidad, o, más exactamente, el juzgar como fenómeno de conciencia en que una relación se presenta como caso especial de una universalidad eidética, se llama *apodíctico*; el juicio mismo, o la proposición, *consecuencia apodíctica* (o, también, apodícticamente "necesaria") del juicio universal a que se refiere. Las proposiciones enunciadas sobre las relaciones entre universalidad, necesidad, apodicticidad pueden tomarse también más universalmente, de suerte que valgan para, cualesquiera esferas y no sólo para las puramente eidéticas. Pero patentemente cobran dentro de los límites de lo eidético un sentido señalado y especialmente importante.

Muy importante es también la combinación del juzgar eidético sobre lo individual en general con *el poner la* existencia de lo individual. Se transporta la esencialidad universal a algo individual puesto como existente o a una esfera indeterminadamente universal de individuos (que recibe su tesis como existente). Entra aquí toda "aplicación" de verdades geométricas a casos de la naturaleza (puesta como real). La relación puesta como real es entonces un *hecho* en cuanto es una realidad individual, pero es una *necesidad eidética* en cuanto es un caso individual de una universalidad esencial.

No se debe confundir la *universalidad ilimitada de las leyes de la naturaleza* con la *universalidad esencial*. La proposición "todos los cuerpos son pesados" no pone, sin duda, cosa alguna determinada como existente dentro del todo de la naturaleza. A pesar de ello, no tiene la universalidad incondicionada de las proposiciones eidéticamente universales, en cuanto que, de conformidad con su sentido de ley natural, siempre lleva consigo un poner la existencia, a saber, la de la naturaleza misma, la de la realidad espacial-temporal: todos los cuerpos *-de la naturaleza*, todos los cuerpos "reales"- son pesados. En cambio, tiene la proposición "todas las cosas materiales son extensas" validez eidética, y puede tomarse por puramente eidética, con tal que se elimine la tesis de existencia practicada del lado del sujeto. La proposición enuncia lo que se funda puramente en la esencia de una cosa material y en la esencia de la extensión, y lo que podemos traer a evidencia intelectual como validez universal "incondicionada". Esto sucede porque hacemos que se nos dé originariamente la esencia de la cosa material (quizá sobre la base de una libre ficción de una cosa semejante), para dar luego, en el seno de esta conciencia en que se nos da la esencia, los pasos mentales que requiere la "evidencia intelectual" -el darse originariamente la relación esencial sentada expresamente por la proposición. El corresponder a semejantes verdades algo real en el espacio no es un mero factum, sino, en cuanto caso especial de leyes esenciales, una *necesidad esencial*. Hecho es sólo lo real mismo a que se hace la aplicación.

§ 7. Ciencias de hechos y ciencias de esencias

La relación (ella misma eidética) que hay entre el objeto individual y la esencia, según la cual corresponde a cada objeto individual una esencia como su esencia, lo mismo que, a la inversa, responden a toda esencia individuos posibles, que serían los casos particulares y fácticos de ella, es el fundamento de una mutua relación paralela *entre ciencias de hechos y ciencias de esencias*. Hay *ciencias de esencias puras*, como la lógica pura, la matemática pura, la teoría pura del tiempo, la teoría pura del espacio, la teoría pura del movimiento, etc. Estas ciencias son puras de todo poner hechos en todos sus pasos mentales; 0, lo que es equivalente, *en ellas no puedetomar, la función de fundamentación la experiencia en cuanto experiencia*, esto es, en cuanto forma de conciencia que, aprehende o pone la realidad o la existencia Allí donde entra en función en ellas la experiencia, no entra en función, sin embargo, *en cuanto experiencia*. *El geómetra* que dibuja sus figuras en el encerado traza líneas fácticamente existentes en el encerado fácticamente existente. Pero su experimentar lo trazado, *qua* experimentar, no es en mayor medida que su trazar físicamente el *fundamento* de su intuir y pensar geométricos esenciales. De donde que sea lo mismo que al proceder así esté alucinado o no, o que, en lugar de dibujar realmente, se imagine sus líneas o construcciones en el mundo de la fantasía. Muy distinto es lo que pasa en el *investigador de la naturaleza*. liste observa y experimenta, esto es, constata una *existencia empírica*, o *el experimentar es para él un acto de fundamentación*, que nunca sería reemplazable por un mero

imaginar. justo por ello son los conceptos de ciencia *de hechos* y ciencia empírica conceptos equivalentes. Mas para el *geómetra*, que no investiga realidades, sino "posibilidades ideales", no relaciones reales, sino relaciones esenciales, es, en lugar de la experiencia, *la intuición esencial el acto de fundamentación última*.

Así es en todas las ciencias eidéticas. En las relaciones esenciales (o los axiomas eidéticos) aprehensibles en una evidencia intelectual inmediata se fundan las mediatas, que se dan en el pensar de evidencia intelectual mediata, y que se dan en éste según principios que son de una evidencia intelectual absolutamente inmediata. *Todo paso de fundamentaciónmediata es, según esto, apodíctica y eidéticamente necesario.* Lo que constituye la esencia de la ciencia eidética pura es, pues, el *proceder exclusivamente eidético*, el no dar a conocer desde un principio, ni ulteriormente, más relaciones que aquellas que tienen una validez eidética, o que puede hacerse que se den originariamente en forma inmediata (en cuanto inmediatamente fundadas en esencias originariamente intuidas), o que pueden "concluirse" de semejantes relaciones "axiomáticas" por medio de una inferencia pura.

Con esto se relaciona el *idealpráctico de la ciencia eidética exacta*, que en rigor únicamente ha sabido realizar la matemática más reciente: a prestar a toda ciencia eidética el más alto grado de racionalidad, reduciendo todos los pasos mediatos del pensamiento a meras subsunciones bajo los axiomas del respectivo dominio eidético, conjugados sistemáticamente de una vez para todas, y, allí donde no se trata desde luego de la lógica "formal" o "pura" (en el sentido *más amplio*, de la *mathesis universalis*),⁵ acudiendo a, todos los axiomas de esta última.

Y con esto se relaciona a su vez ",el *ideal de la "matematización"* que es, como el ideal a que se acaba de hacer referencia, de gran significación epistemológico-práctica para todas las disciplinas eidéticas "exactas", cuyos conocimientos todos (como, por ejemplo, los de la geometría) están encerrados con necesidad puramente deductivo en la universalidad de unos pocos axiomas. Pero éste no es el lugar de ahondar en esta cuestión.

§ 8. Relaciones de dependencia entre la ciencia de hechos y la ciencia de esencias

Tras de lo anterior resulta claro que el sentido de la ciencia eidética excluye en principio todo tomar en cuenta resultados de las ciencias empíricas. Las tesis de realidad que aparecen en las afirmaciones inmediatas de estas ciencias corren a través de todas las mediatas. De hechos se- siguen siempre sólo hechos.

Si, pues, toda ciencia eidética es independiente en principio (le toda ciencia de hechos, es lo contrario lo que pasa con la *ciencia de hechos*. No hay *ninguna* que, *plenamente desarrollada como ciencia*, pueda ser pura de conocimientos eidéticos y, por ende, *pueda ser independiente de las ciencias eidéticas, ya formales, ya materiales*. Pues, *en primer lugar*, es comprensible de suyo que una ciencia empírica, siempre que lleva a cabo fundamentaciones mediatas de esencias, tiene que proceder con arreglo a los principios *formales* de que trata la lógica formal. En general y dado que se dirige,

como ciencia, a objetos, tiene que estar sujeta a las leyes inherentes a la esencia de la *objetividad en general*. Con esto entra en relación con el complejo de las disciplinas ontológico-formales, que abarca, junto a la lógica formal en sentido estricto, las restantes disciplinas de la "*mathesis universalis*" formal (o sea, también la aritmética, el análisis puro, la teoría de la multiplicidad). A esto se añade, *en segundo término*, que todo hecho implica un contenido esencial *material* y toda verdad eidética inherente a las esencias puras encerradas en este contenido da forzosamente una ley a que está sujeto el caso singular fáctico y dado, lo mismo que todo caso singular posible en general.

§ 9. Región y eidética regional

Toda objetividad empírica concreta se subordina con su esencia material a un género material *sumo*, a una "*región*" de objetos empíricos. A la esencia regional pura corresponde entonces una ciencia *regional eidética* o, como también podemos decir, una *ontología* regional. Suponemos que en la esencia, regional, o en los distintos géneros que la componen, se fundan tan ricamente ramificados conocimientos, que merece la pena hablar de su despliegue sistemático como de una ciencia o de todo un complejo de disciplinas ontológicas correspondientes, los distintos componentes del género de la región. De la amplia medida en que se realiza efectivamente esta suposición podremos convencernos en abundancia. Según esto, estará también toda ciencia empírica incluida en el ámbito de una región en esencial relación, lo mismo que con las disciplinas formales, también con las ontológicas regionales. Podemos expresar esto también así: *toda ciencia de hechos* (ciencia empírica) *tiene esenciales fundamentos teóricos en ontologías eidéticas*. Pues es cosa que se comprende totalmente de suyo (caso de ser exacta la suposición hecha) que el rico contenido de conocimiento que se refieren de un modo puro, *absolutamente* válido, a todo los posibles objetos de la región -en tanto que en parte son inherentes a la forma vacía de la objetividad general, en parte al *eidos* de la región, que representa, por decirlo así, una forma *material necesaria* de todos los objetos de la región- no pueden carecer de importancia para la investigación de los hechos empíricos.

En esta forma corresponde, por ejemplo, a todas las ciencias de la naturaleza la ciencia eidética de la naturaleza física en general (la *ontología de la naturaleza*), en cuanto que a la naturaleza fáctica le corresponde un *eidos* captable en su pureza, la "esencia" *naturaleza en general*, con una infinita copia de relaciones esenciales encerradas en ella. Si nos formamos la *idea de una ciencia empírica, pero perfectamente racionalizada*, esto es, de una ciencia que ha ido en la teorización tan lejos como para que todo lo especial incluido en ella se encuentre reducido a sus fundamentos más universales y más de principio, claro resulta que la *realización de esta idea depende esencialmente de que se desarrollen acabadamente las respectivas ciencias eidéticas*; o sea, junto a la *mathesis* formal, relacionada de igual modo con todas las ciencias, depende en especial de que se desarrollen acabadamente las *disciplinas ontológico-materiales* que exponen en su pureza racional, esto es, justo eidéticamente, la *esencia* de la naturaleza y consiguientemente todas las formas esenciales de objetos naturales. Y esto es válido, como de suyo se comprende, para cualquier otra región.

También bajo el punto de vista *epistemológico-práctico* cabe esperar por anticipado que cuanto más se acerque una ciencia empírica al nivel "racional", al nivel de la ciencia "exacta", nomológica, o sea, cuanto más alto sea, el grado en que disponga

de disciplinas eidéticas acabadamente desarrolladas como de las bases y se sirva de ellas para sus fundamentaciones, tanto más se acrecentará el volumen y la fuerza de sus resultados epistemológico-prácticos.

Es lo que confirma la evolución de las ciencias naturales racionales, las ciencias físicas. Su gran época comienza, en efecto, en la edad moderna, justo cuando se supo hacer fecunda de una vez y en gran estilo para el método de la física la geometría, ya desarrollada altamente como pura eidética en la antigüedad (y, en lo esencial, en la escuela platónico). Entonces se ve claro que la *esencia* de la cosa material es ser *res extensa* y que, por ende, *es la geometría la disciplina ontológica referente a un factor esencial de semejante tipo de cosa, la forma espacial*. Pero también se ve claro que la esencia universal (regional, en nuestra terminología) de la cosa va mucho más lejos. Esto se revela en que la evolución sigue a la vez una dirección en que se desarrolla una serie de nuevas disciplinas coordinables con la geometría y llamadas a desempeñar la misma función de racionalizar lo empírico. La magnífica floración de las ciencias matemáticas formales y materiales brota de esta tendencia. Con apasionado celo se las desarrolla como ciencias puramente racionales (como *ontologías eidéticas*, en nuestro sentido), o crea del todo, y, encima (así en los comienzos de la edad moderna como largo tiempo después todavía), no por ellas mismas, sino en servicio de las ciencias empíricas. Y ellas produjeron, en efecto, con toda abundancia los esperados frutos en la evolución paralela de la tan admirada física racional.

§ 10. Región y categoría. La región analítica y sus categorías

Si nos adentramos en una ciencia eidética cualquiera, por ejemplo, en la ontología de la naturaleza, no nos encontramos (esto es, en efecto, lo normal) enfrentados a esencias como objetos, sino a objetos de las esencias, que en nuestro ejemplo están subordinados a la región naturaleza. Pero a la vez observamos que "*objeto*" es un término para designar muchas clases de entidades, bien que relacionadas entre sí, por ejemplo, "cosa", "propiedad", "relación", "conjunto", "orden", etc., que patentemente no son equivalentes unas a otras, sino que en cada caso remiten a una forma de objetividad que tiene, por decirlo así el privilegio de representar la *objetividad prística*, por respecto a la cual se presentan todas las demás en cierto modo con meras variantes. En nuestro ejemplo tiene este privilegio, naturalmente, la *cosa misma*, frente a las propiedades etc., de la cosa. Pero esto es justamente un fragmento de aquella constitución formal sin aclarar la cual resultaría confuso y enmarañado lo mismo todo hablar de un objeto que de una región de objetos. Resultado de esta aclaración, a la que vamos a dedicar las consideraciones siguientes, será de suyo el importante *concepto de categoría*, que está relacionado con el concepto de región.

Categoría es una palabra que, por una parte, en la combinación "*categoría de una región*", remite precisamente a la región respectiva, por ejemplo, la región naturaleza física; pero, por otra parte, pone a la determinada *región material* del caso en relación con la *forma de región en general*, o, lo que es lo mismo, con la *esencia formal objeto* en general y con las *categorías formales* inherentes a esta esencia.

Ante todo, una observación que no carece de importancia. La ontología formal parece, por el pronto, entrar en una misma serie con las antologías materiales, en cuanto que la esencia formal de un objeto en general y las esencias regionales parecen desempeñar una y otras el mismo papel. Se sentirá, por ende, la inclinación a hablar, en

lugar de regiones pura y simplemente, como hasta aquí, más bien de regiones materiales, y a agregar a éstas la "*región formal*". Si aceptamos este modo de hablar, es menester, sin embargo, cierta cautela. Hay, por un lado, *esencias materiales*, que son, en cierto sentido, las "*verdaderas*" *esencias*. Mas, por otro lado, hay, sin duda, algo eidético, pero, sin embargo, radical y esencialmente distinto: una mera forma *de esencia*, que es, sin duda, una esencia, pero una esencia completamente "vacía", una esencia que *se ajusta a la manera de una forma vacía a todas las esencias posibles*; que en su formal universalidad tiene bajo sí todas las universalidades materiales, incluso las más altas, y les prescribe *leyes* por medio de las verdades formales relativas a ella. La llamada "*región formal*" no es, pues, algo coordinado a las regiones materiales (las regiones, pura y simplemente); *no es propiamente una región, sino la forma vacía de región en general*, que en lugar de tener junto a sí, tiene más bien *bajo* si (aunque sólo *formaliter*) a todas las regiones con todos sus casos esenciales especiales o dotados de un contenido material. Esta subordinación de lo material a lo formal se denuncia en que *la ontología formal alberga en su seno a la vez las formas de todas las antologías posibles* (*scilicet*, de todas las "*verdaderas*" antologías, las "*materiales*"), en que *prescribe a las ontologías materiales una constitución formal común a todas ellas* - incluida aquella constitución que tenemos que estudiar ahora con vistas a la distinción de región y categoría.

Si partimos de la ontología formal (siempre entendida como la lógica pura en toda su extensión hasta la *mathesis universalis*), es ésta, como ya sabemos, una ciencia eidética del objeto en general. Objeto es, en el sentido de ella, toda cosa y cada cosa, y sobre esto pueden sentarse verdades justo infinitamente múltiples que se distribuyen por las muchas disciplinas de la *mathesis*. Pero todas juntas remiten a un pequeño grupo de verdades inmediatas o "fundamentales" que funcionan en las disciplinas puramente lógicas como "axiomas". Definimos, pues, como *categorías lógicas o categorías de la región lógica objeto en general los conceptos puramente lógicos y fundamentales* que aparecen en estos axiomas -conceptos que determinan dentro del sistema total de los axiomas la esencia lógica del objeto en general o que expresan las determinaciones absolutamente necesarias constitutivas de un objeto en cuanto tal, de un algo cualquiera -en la medida en que haya de poder ser en general un algo. Como lo puramente lógico en nuestro sentido, deslindado con absoluta exactitud, determina el único concepto filosóficamente importante (y por cierto, que de importancia fundamental) de *lo analítico*⁶ frente a lo "*sintético*", llamamos a estas categorías también las *analíticas*.

Ejemplos de categorías lógicas son, pues, conceptos como los de propiedad, calidad relativa, relación, identidad, igualdad, conjunto o colección, número, todo y parte, género y especie, etc. Pero también entran aquí las *categorías significativas*, los conceptos fundamentales de las diversas, de proposiciones, miembros y formas de éstas, conceptos que, son inherentes a la esencia de la proposición (apófansis); entrando aquí, con arreglo a nuestra definición, en vista de las verdades esenciales que vinculan entre sí el "objeto en general" y la "significación en general", de tal suerte que las verdades puras sobre las significaciones son traducibles en verdades puras sobre los objetos. Justo por esto es la "*lógica apofántica*" aun cuando trata exclusivamente de las significaciones, un miembro de la ontología formal tomada en su sentido más comprensivo. Empero, hay que poner aparte, como un grupo peculiar, las categorías significativas, enfrentándoles las restantes como las *categorías objetivo-formales*, en sentido *plenario*⁷.

Señalamos aún aquí que por categorías podemos entender, de un lado, los conceptos en el sentido de significación, pero de otro lado, también, y mejor aún, las esencias formales mismas que encuentran su expresión en estas significaciones. Por ejemplo, la "categoría" relación, pluralidad, etc., quiere decir, en último término, *el eidos* formal relación en general, pluralidad en general, etc. El equívoco sólo es peligroso mientras no se ha aprendido a distinguir pulcramente lo que aquí hay que distinguir siempre: la significación y lo que puede recibir "expresión" *por medio* de la significación; y también: la significación y la objetividad significada. Bajo el punto de vista terminológico, puede distinguirse expresamente entre *conceptos categoriales* (entendidos como significaciones) y *esencias y categoriales*.

4.5 La meditación fenomenológica fundamental: epojé y reducción.

De *La estructura del método fenomenológico*, pp. 26-39

Reducción fenomenológica y epojé:

Primer sentido de reducción

El método fenomenológico, que se fraguó a partir del lema de la necesidad de volver a las cosas mismas, se configuró en Husserl a través de varios elementos, cuyo sentido formal debemos aclarar, como paso previo a un estudio concreto más sistemático que diacrónico de método. Los elementos constitutivos de esa vuelta a las cosas mismas fueron designados por Husserl -y así han pasado a la comprensión casi popular de la fenomenología- como una epojé, una reducción fenomenológica y una reducción eidética. Dado que la mayor parte de las incomprendiciones de la fenomenología de Husserl provienen precisamente de una lamentable confusión de estos tres términos, y teniendo en cuenta que, en gran medida, en este punto radica el motivo clave de la esterilidad que muchos contemporáneos creen típica de la fenomenología, nos interesa por ahora exponer la relación que, en un análisis de aspecto formal, guardan estos términos entre sí, sin profundizar en los desarrollos concretos husserlianossobre estos puntos.

Hemos indicado al final del número anterior los dos aspectos esenciales que incluye la vuelta a las cosas mismas. Volver a las cosas mismas, podemos decir con una frase de Eugen Fink, el asistente que colaboró con Husserl íntimamente durante los diez últimos años de su vida, ha de significar ganar las cosas mediante la eliminación de todas las capas de sentido con que las ciencias las ha cubierto. Por eso la vuelta a las cosas mismas incluye un primer *momento negativo*, que se refiere a esa supresión de todo lo que nos impide ver las cosas en sí mismas. Husserl llama a ese momento *epojé*.

Epojé viene del griego 'epejo', que etimológicamente significa «tener sobre», y en voz media, «tenerse» o «contenerse», es decir, retenerse, abstenerse, por tanto, de ir adelante, de seguir el movimiento espontáneo en su inercia natural. Una palabra muy importante en las lenguas europeas procedente de este sentido es la palabra «época», que etimológicamente significaría un acontecimiento que *contieneo retiene* la historia, cerrando un período de tiempo, para explicar desde él mismo todos los demás acontecimientos. Desde el acontecimiento «epocal» quedan clarificados o iluminados los demás acontecimientos; por eso ese acontecimiento *marca una época*; desde él se observan los demás acontecimientos como un espectador que en un alto en el camino se *detiene* para otear el horizonte que queda configurado por la situación del observador. Es decisivo captar este sentido de la palabra «epojé» y hacer hincapié en este elemento

de su significado, en lo que supone «detenerse a mirar», con la consiguiente *abstención*de seguir para poder mirar.

Para Husserl epojé es *Zurückhaltung*, literalmente «echarse para atrás» para mirar. La vuelta a las cosas mismas exige, en primer lugar, esta *actitud crítica abstencionista*, para poder mirar libremente.

Este sentido, negativo inicialmente, positivo por sus resultados, está implícito en el otro término decisivo del método fenomenológico, la *reducción*. Debo practicar epojé de todo aquello que tengo que dejar en la *reducción*. Así, si reduzco mi presupuesto, tengo que hacer epojé, es decir, abstenerme de contar con aquella parte del presupuesto que he reducido; debo prescindir de una parte que antes estaba en mi presupuesto y que la he eliminado. Si en la consideración de un problema me reduzco a lo fundamental, prescindo o me abstengo de utilizar o contar con todo lo accesorio.

Ahora bien, y esto es absolutamente decisivo para todo lo que en este trabajo se refiere a la metodología fenomenológica de Husserl, la *epojé no puede agotar el sentido lógico de la reducción*. Mas esto que aquí aparece en un análisis del significado mismo de las palabras y que a lo largo de este trabajo mostraremos acudiendo a textos del propio Husserl, constituye un punto nuclear de la consideración del método fenomenológico, que, por haber pasado desapercibido, ha llevado, a mi entender, a no comprender con precisión dónde estaban los problemas en la presentación husserliana, y como consecuencia, a utilizar términos incorrectos para definir aspectos sustanciales del método; o a criticar como una nota fundamental de] método lo que sólo era una mala formulación o una utilización incorrecta del término. Sin embargo, conviene decir de antemano que la distinción de la epojé y la reducción representa también en el propio Husserl un constante problema, a cuya evolución tendremos que dedicar muchas líneas.

La traducción de «practicar epojé» es abstenerse o prescindir. El sentido de la palabra "reducción", por el contrario, no se agota en el hecho de prescindir. Reducir el mundo no es prescindir del mundo, como reducir el presupuesto no es prescindir del presupuesto. Toda reducción lleva consigo una epojé, pues en ella se prescinde de algo; pero también -y nunca se puede olvidar- necesariamente indica o apunta a un término positivo, a lo que queda, al *residuo*; si me reduzco a lo fundamental, -es que me quedo con lo fundamental, prescindiendo -haciendo epojé- de lo accesorio.

Entendida la reducción en su sentido dinámico, la epojé alude a lo negativo del movimiento; por el contrario, el peso de la reducción recae en lo positivo. La reducción incluye una abstención pero sólo si se complementa con una *retención* o *atención* a algo positivo. La reducción tiene, pues, un doble valor semántica, un valor negativo y otro positivo.

Pero aún hay que ir más allá en este análisis, que hemos calificado de formal. La relación entre la epojé y la reducción se puede entender de dos formas que es preciso tener en cuenta, pues en ellas se perfilan dos modalidades posibles de fenomenología. Dada la importancia de este punto, interesa la mayor claridad posible. En la primera forma de entender esa relación, la reducción sería comprendida como un movimiento en el que se deja algo, de lo que se hace epojé, para conseguir otra cosa, que sería el *residuo*.

Si me reduzco a lo fundamental, esto fundamental es el residuo de la epojé que hago de lo accesorio; es, por tanto', residuo de un movimiento de abstención. Reducción significa aquí 'limitación' (*Einschränkung*); el horizonte de la limitación es lo dejado o perdido. Dentro de un campo homogéneo, reducir sería acotar una parcela haciendo epojé del resto.

La interpretación usual de la reducción husseriana se ha movido casi en exclusiva en estos cauces de comprensión, aunque en la bibliografía sobre la fenomenología se puede presentar en tres variantes diferenciadas, si bien creo que aún no han sido expuestas con claridad. Para unos, la reducción era epojé del mundo externo, limitán- donos al mundo interno de la vida mental del sujeto; la insistencia de Husserl en la necesidad de la 'purificación' (*Reinigung*) a que el sujeto tenía que someterse en relación a todos sus aspectos mundanos, apoya esta concepción.

Si nos fiamos en una segunda posibilidad, en la que también coincide una gran mayoría de intérpretes, el fenomenólogo, al practicar la epojé, se reduce, es decir, se limita y prescinde de lo demás, a la esfera de lo individual propio de mi yo, a lo egológico; desde ese momento los problemas de la sociedad serían para un planteamiento fenomenológico problemas marginales 0, estrictamente hablando, extrafenomenológicos.

Un claro exponente de una tercera posibilidad se hallaría en las afirmaciones de Marvin Farber, quien llama a la reducción *restriction*, porque -la reducción limita la investigación a las estructuras y relaciones esenciales»; en esta postura se anuncia la frecuente confusión entre reducción fenomenológica y reducción eidética.

Puesto que a lo largo de este trabajo se estudiará a fondo la problemática de las dos primeras variantes recién mencionadas, diremos unas palabras sobre el pensamiento de Husserl en torno a esta última cuestión, aunque ello suponga en este momento separarnos del análisis formal que habíamos adoptado en estas líneas. La razón es que esta tercera variante introduce una posibilidad, que siendo coherente, no responde al pensamiento de Husserl. Con este pequeño excuso justificaré, además, por qué en un trabajo sobre el método fenomenológico prescindo de la reducción eidética, aun sabiendo la importancia que Husserl le da. En todo caso no considero que los problemas que puede plantear sean específicos de la fenomenología; sólo lo son, y, además, incorrectamente, cuando se la confunde con la reducción fenomenológica.

Por la reducción fenomenológica se consigue lo que Husserl llama una actitud fenomenológica. Si reducción fenomenológica equivaliera a reducción eidética, esa actitud sería eidética, es decir, una actitud en la cual sólo nos interesa lo esencial de las cosas. Pues bien, Husserl tiene perfecta conciencia de que la actitud fenomenológica no es una actitud eidética. Lo opuesto a la actitud eidética es la actitud dirigida a lo concreto fáctico. Ahora bien, nos dice Husserl: «todas esas objetividades que llamamos fenomenológicas (es decir, logradas gracias a la reducción fenomenológica, J. S. M.), son pensadas como singulares, objetividades individuales, cada fenómeno como (un, J. S. M.) esto aquí (Dies-da) individual como absoluta unicidad»

Lo opuesto a la actitud fenomenológica es la actitud natural. Estando situado en una actitud natural, se puede adoptar una actitud eidética, es decir, un interés teórico por las estructuras esenciales; por el contrario, estando en actitud fenomenológica, se puede

situar uno bien en actitud eidética, bien en actitud concreta fáctica. Por eso puede decir Husserl que el mundo conseguido por la reducción fenomenológica es -un mundo de ser individual-, que obviamente se opone al mundo que se tiene en cuenta tras una reducción eidética: -la reducción fenomenológica-eidética me sitúa en el nivel de una posible mónada en general, pero no precisamente de una mónada pensada idénticamente desde una perspectiva individual-; es decir, mientras la reducción fenomenológica me sitúa ante un mundo concreto individual, la reducción eidética me sitúa en un plano distinto, que estará construido sobre el anterior, si la reducción es fenomenológico-eidética. Pero Husserl distingue, como aún tendremos oportunidad de ver, ambos niveles y actitudes, pues son distintos.

Baste citar algunos textos significativos de Husserl, tomados entre otros muchos sobre el tema. El primero lo sacamos de la *Grundproblemevorlesung 1910/11* escrita, como hemos dicho, antes de la redacción de la obra fundamental *Ideas (Ideen I)*: «Es necesario considerar que dentro de la actitud de la reducción fenomenológica llegamos a algo que no puede ser mantenido como válido con el mismo derecho que lo que antes era llamado 'dado absolutamente dado'»; pues bien, a este texto que nos habla de la modificación de valor que la reducción introduce al adoptar una actitud fenomenológica, añade Husserl una aclaración marginal en la que dice: «Todavía no ha sido practicada la reducción eidética.

Un par de años después escribe: -Podemos practicar la actitud eidética, pero en ello hacemos una posición de realidad...., lo cual significa, tal como veremos, que estamos en actitud natural, en la cual cualquier juicio se refiere a lo real, aunque sea -a la realidad en cuanto Idea»; la reducción fenomenológica trascendental debe desconectar y modificar esa posición de realidad, según veremos ampliamente en el capítulo VI, y por eso concluye Husserl en este importante manuscrito que precedió a la redacción de *Ideen I*, "no debe confundirse (la red. trascendental, J. S. M.) con la eidética" (ib.), pues en la reducción fenomenológica no se trata de pasar de la consideración de lo concreto fáctico del «*hic et nunc*» a lo esencial, como 'hace la reducción eidética (16), sino que se trata de superar la actitud natural.

No menos claro es otro texto de los años 1920 en el que dice Husserl que puede reflexionar «en relación a mi yo y a mi *Faktumen* actitud fenomenológica, sin Eidética». Es posible practicar una reducción fenomenológica y acceder a un ámbito en el cual se tomen en cuenta no estructuras, sino situaciones fácticas; otro problema es que con situaciones fácticas no constituyo una filosofía como ciencia estricta. Pero en la medida en que el problema ha estado en la comprensión de la especificidad del método fenomenológico, no del método eidético, creo que nuestra tarea fundamental es aclarar aquél. Pero aún existen más textos ilustrativos. En efecto, la reducción eidética ha de ser comprendida en función del interés husserliano en hacer ciencia estricta.

En cierta ocasión, en uno de esos manuscritos que son exclusivamente testimonio de su propio pensamiento, se pregunta después de haber expuesto el sentido de la reducción fenomenológica: .¿Cómo puedo convertir mi yo trascendental en tema científico...-; y se responde a sí mismo: "Entro en actitud eidética". En este mismo sentido se ha de interpretar aquella afirmación de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl, según la cual el método fenomenológico consta de reducción fenomenológica y de reducción eidética (19), puesto que el tal método está pensado para la elaboración de

una filosofía como ciencia; pero lo esencial del método fenomenológico es en este contexto la reducción fenomenológica.

Es incomprendible que después de las precisas anotaciones de Oskar Becker sobre las diversas posibilidades del método fenomenológico y de aquella afirmación explícita de Husserl de que con lo desarrollado en su obra de 1913, *Ideen I*, aún no se había llevado a cabo -una ciencia de la subjetividad fáctica trascendental», todavía no se haya aclarado del todo la relación entre reducción fenomenológica y reducción eidética y se sigan confundiendo lamentablemente ambas reducciones, tal como hemos visto que ocurría en el caso de Farver. Si llamamos a la actitud natural N; a la eidética, E, a la fenomenológica no eidética, T, y a la fenomenológica eidética, F, variantes que nos han ido apareciendo en este recorrido de textos, tendríamos formalmente diseñados los pasos de una actitud a otra según varias posibilidades; los NE y TF implicarían pasar a una actitud eidética, es decir, practicar una reducción eidética; los EF y NT son pasos que exigen una reducción fenomenológica, y tal como veremos con más precisión, una trascendental.

Creo que los textos citados avalan esta interpretación de Becker.

Aún tenemos otro claro testimonio de Husserl procedente del epílogo a las *Ideen I*, epílogo escrito por Husserl precisamente para aclarar algunas malinterpretaciones que habían tomado carta de naturaleza con más insistencia, razón que convierte al texto en especialmente importante; en este texto se expresa Husserl con gran claridad precisamente sobre los objetivos del análisis fenomenológico, pues a la eidética hay que acudir para poder llevar a cabo una *ciencia* de la subjetividad fáctica trascendental, es decir, del hombre en su realidad fundante y radical concreta, que evidentemente es personal e individual; pues con el estudio llevado a cabo en las *Ideen* de 1913 no se puede decir que -con ello se ha desarrollado ya una ciencia de la subjetividad trascendental fáctica-. El recurso a la Eidética es un camino necesario para poder comprender esa -empiria trascendental- de la que habla en la conferencia "Fenomenología y Antropología", pronunciada en Berlín en 1931. Lo fenomenológico no es por sí mismo eidético, por eso hay "empiria fenomenológica" y por eso hay que dar un paso más allá de la reducción eidética.

Presumiblemente, y dentro de ciertos rasgos inseguros por la ausencia de textos en la que se desenvolvió, tal vez sea Merleau-Ponty quien mejor comprendió esta relación de la reducción eidética y la fenomenológica, que él interpreta sin tomar como punto de partida un estudio concreto de los conceptos, como aquí lo estamos intentando, sino desde una consideración de la situación global de la fenomenología. En el excelente prólogo a su *Fenomenología de la percepción* nos dice: "Está claro que la esencia no es el fin, sino que es un medio, pues lo que hay que comprender es nuestro compromiso fáctico con el mundo". Este texto podría ser una traducción resumida de aquel otro de Husserl, casi con toda seguridad desconocido para Merleau-Ponty: "Al comienzo, situándose al alcance de nuestra vista, sólo que sin estar concretamente analizado, tenemos un *Faktum*, que sólo progresivamente analizaré como *Faktum*. Pero pronto se comprende que no puedo penetrar en un esclarecimiento real universal del *Faktum*, sino que me tengo que situar ante el problema de la forma esencial de este ego y de sus estructuras".

3. EL SEGUNDO CONCEPTO DE REDUCCION

Es evidente que lo que acabamos de exponer en estas últimas páginas muestra con toda contundencia la inexactitud total de la tercera variante de la comprensión de las relaciones de la reducción y la epojé. Pero hasta este momento sólo hemos explicado una posibilidad de entender esa relación. Es ya hora de pasar a estudiar la otra posibilidad. De antemano debemos advertir que esta segunda posibilidad, que ahora vamos a describir, es la realmente decisiva para el método fenomenológico, y que de su correcta comprensión así como de la penetración en lo que la diferencia de la primera posibilidad depende que se entienda mínimamente la obra de Husserl. Lo que se consigue mediante la reducción, tomándola en el primer sentido, se sitúa en una relación de oposición a lo dejado; por ejemplo, si me reduzco a lo fundamental, lo fundamental conseguido mediante la reducción se opone a lo accesorio, aun estando en el mismo nivel, es decir, sin que lo accesorio esté necesariamente fundado en lo fundamental, del mismo modo que en el otro ejemplo mencionado de un presupuesto reducido, lo que se deja alude a unas posibilidades que no se realizarán, pero sin que en sí afecten a las realizadas. Por todo ello, hemos dicho que reducción en este primer sentido se traduce por 'limitación' (*Einschränkung*). Según veremos en el próximo capítulo, esta forma de entender la reducción partiendo de su conexión con la epojé nos da acceso a la *fenomenología psicológica*.

Pero 'reducción' puede ser traducida también como reconducción, *Zurückführung*, y en ese momento las relaciones entre la epojé y la reducción son profundamente distintas a las vigentes en el primer sentido. En la frase clásica *exercita in castra reducere* no se podría traducir *reducere* por 'limitarse', sino que hay que traducirlo como 'reconducir' o 'volver a llevar'. Así, cuando Husserl dice que "por la epojé reduzco mi yo humano natural y la vida de mi alma a mi yo trascendental fenomenológico», la palabra 'reducir' no sería en absoluto sustituible por la palabra 'imitar'; el único sentido correcto es 'reconducir' o 'llevar a, volver a, etc. La razón es sencilla. Al decir que 'reduzco' mi yo mundano al yo trascendental, no se quiere decir que dentro del yo mundano haya un receptáculo que sea el yo trascendental, sino que el yo mundano es el yo trascendental que se ve a sí mismo en el mundo, pudiendo no tener conciencia de su realidad premundana. Por ello puede ser necesario reconducir esta situación a aquella que la fundamenta. De ahí que con este concepto de reducción no se deje nada, sino que se cambia de perspectiva, para desde ella clarificar, por ejemplo, por qué el yo se ve en el mundo como una cosa más del mundo, cuando ni es ni puede ser una cosa más del mundo. Con este concepto de reducción no se deja s 'no una actitud ingenua para pasar a clarificar incluso esa situación ingenua, descubriendo su génesis, explicitándola 'originalmente'.

La importancia que concedemos a este punto aconseja acudir a una ilustración. Supóngase un conjunto de elementos (A, B, C, D, E, F); la reducción en el primer sentido significa reducirse a un subconjunto de estos elementos, por ejemplo (A, B), practicando epojé respecto a los otros. En el segundo sentido de reducción, en cambio, se afirma que los elementos (C, D, E, F) no son originales, sino que su originalidad consiste, por ejemplo, en que $C=AB$, $D=AB_c$, $E=AB_{cd}$ y $F=A_c$; los elementos (C, D, E, F) han sido así reconducidos a su originalidad, no han sido limitados a su originalidad, sino reducidos. Es obvio que también hay aquí una epojé de la actitud primera en la cual veíamos todos los elementos en el mismo plano de igualdad; esta misma actitud, de la que tengo que hacer epojé en cuanto al valor que tenía, ha de ser clarificada en su génesis. ¿Por qué doy el mismo valor a todos los elementos si en realidad no lo tienen? La reducción se nos muestra aquí claramente como una reconducción, o como una

Zurückführungen lo original. Por eso, el método fenomenológico puede ser caracterizado como una *Rückfrage* o pregunta retrospectiva, como una pregunta que va por detrás de las cosas para descubrir las operaciones que subyacen a las cosas; la reducción fenomenológica en este segundo sentido, que es el decisivo, es *Rückgang auf*, vuelta -a, que siempre ha de ser pensada como vuelta a lo original.

A partir de estas explicaciones se comprenderá el sentido de *la vuelta a las cosas mismas* y por qué tal vuelta es en realidad una reducción, si bien es preciso tener en cuenta los dos sentidos posibles de esta palabra.

Mas para adoptar la actitud fenomenológica, sea en el primer sentido de reducción, sea en el segundo, se necesita una motivación a la vez que una preparación. La preparación para la reducción es tarea de los llamados ,caminos para la reducción- (*Wege zur Reduktion*). Este es otro de los puntos en los que se observa una indescriptible confusión entre los diversos intérpretes. Para Husserl, la reducción fenomenológica es el único método de introducción a la fenomenología. Pero por las diversas presentaciones que Husserl hace de la reducción Parece que existen diversas formas de entenderla. Es el propio Husserl quien habla de los *diversos caminos*, de los cuales unos son más perfectos que otros. Sin embargo, en la reflexión husseriana el tema de los caminos de la reducción aparece en fechas relativamente tardías. Pues bien, en la literatura secundaria sobre Husserl el tema de los caminos fue confundido inmediatamente con el de la reducción y el problema que el *camino cartesiano* plantea fue también confundido con un problema inherente al concepto de reducción. El error provenía de confundir los caminos para la reducción con la reducción misma. Husserl, sin embargo, no habla nunca de los 'caminos de la reducción' (que sería *Wege der Reduktion*), sino de caminos para la reducción (*Wege zur Reduktion*). Así lo entendieron Fink y Landgrebe, que agruparon todos los manuscritos concernientes a la motivación de la reducción, los caminos para la reducción, bajo la sigla B I, mientras que la sigla B II incluye los manuscritos referentes a la práctica de la reducción; pues bien, en la exposición del método fenomenológico, que empieza por la exposición del método reductivo, es común, y casi diría general, confundir lo que es la reducción con los diversos problemas a partir de los cuales Husserl llegó a formularla. Desgraciadamente esta equivocación invalida de raíz la mayor parte de las interpretaciones sobre Husserl y sobre la reducción, incapacitándose, en virtud de ello, para comprender el significado de la palabra 'constitución', tan decisiva en la fenomenología como la reducción. El método fenomenológico, algunos de cuyos aspectos formales me he esforzado en exponer, no incluye, formalmente hablando, los caminos para la reducción, aunque las motivaciones concretas deberían ser tenidas muy en cuenta a la hora de exponer un acceso a la fenomenológico didácticamente programado. Pero, en todo caso, nunca se puede perder de vista que los problemas concretos que ponen en marcha la reflexión fenomenológica están necesariamente condicionados por un nivel de reflexión anterior a la propia fenomenología. Este rasgo es fundamental, como veremos más adelante, a la hora de enjuiciar las limitaciones precisamente del *camino cartesiano*, el camino que más frecuentemente tuvo en consideración Husserl, por proceder de la tradición de la filosofía moderna.

4.6 La fenomenología como crítica de la razón.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 158-163

La fenomenología como crítica de la razón

El principio de la fenomenología

Decía al comienzo que el antropólogo Barnett había añadido una quinta característica a las cuatro propuestas por Linton, a saber, el principio por el cual la estructura ejerce la función descubierta. Un hacha corta por ejemplo la madera porque tiene una dureza y un corte determinados; sin cualquiera de ellos, sería ineficaz. El descubrimiento del principio es fundamental para la dinámica de la invención, pues con el mismo principio, por ejemplo, con la misma dureza y el mismo corte, cabría emplear otro material; también con ese principio se puede intentar con otras formas o estructuras cumplir la misma función. Si ahora aplicamos este modo de interpretación a la fenomenología, debemos preguntarnos cómo puede ejercer su función la estructura mostrada. También nos debemos preguntar si existe una conexión necesaria entre la estructura y la función. También es importante preguntarse si existe una relación entre el principio y por un lado la ejecución de la función, y por otro aquel desplazamiento de la estructura que antes hemos mostrado; es decir, debemos preguntar si es importante que el sujeto no sea sujeto de la representación sino sujeto del mundo. En todo caso sería útil investigar con detenimiento en qué medida ambas estructuras contribuyen a la función, es decir, en qué medida ambas estructuras incorporan el principio.

En esta última parte de mi conferencia quisiera subrayar expresamente la importancia de las lecciones Einleitung in die Philosophie de 1922/23; en ellas, en efecto, se hace temático qué significa ser humano, y quisiera acentuar que eso es el principio y el fin de la fenomenología e incluso yo diría, de todo pensamiento filosófico. Con esto quisiera dignificar de nuevo una parte de la fenomenología de Husserl, en la medida en que su función depende de esta parte pero que habitualmente es minusvalorada. Con esto debo también revisar lo que en mi libro La estructura del método fenomenológico escribí sobre la segunda etapa de la fenomenología trascendental, es decir, sobre la reducción apodíctica.

Husserl concibe que la fenomenología trascendental se desarrolla en dos etapas; en primer lugar hay que descubrir la subjetividad y la intersubjetividad trascendental, para, en una actitud trascendental ingenua describir la empiria trascendental. Sólo después de haber descrito la pléthora de los fenómenos concretos de esta "selva virgen", como la llama en las Lecciones Einleitung in die Philosophie, podemos y debemos intentar llevar a cabo una crítica trascendental de esta primera etapa y para ello debemos emprender una reducción apodíctica para asegurar nuestro saber y convertirlo en una ciencia de última fundamentación y responsabilidad. En los escritos publicados de Husserl tenemos escasas indicaciones sobre esta reducción apodíctica; en todo caso, así lo creía, sería una práctica para aprehender en la experiencia sólo lo realmente dado, según el modelo de expuesto en 1907 y del que he hablado al principio. Según ese modelo sólo es legítimo mantener lo que se da a sí mismo, es decir lo realmente dado, por tanto la parte efectivamente dada de una vivencia o fenómeno, con lo que prácticamente todas las vivencias desaparecerían, pues todas ellas implican en sí menciones vacías.

La posibilidad de leer las Lecciones Einleitung in die Philosophie del Semestre de invierno de 1922/23, fue para mí decisiva. En una primera lectura parece difícil captar su sentido preciso, incluso se podría decir que esta difícil Lección de Husserl podría ser considerada como un fracaso de Husserl. Pero para captar su sentido se debe tener en cuenta lo siguiente: en primer lugar la conexión de la fenomenología con su aplicación; en segundo lugar, la conexión entre la estructura de la fenomenología y su función; y por fin, la conexión entre la fenomenología y la antropología. También hay que considerar que estas Lecciones las pronunció Husserl precisamente en los años en que escribió los artículos sobre la renovación para Kaizo y en que más ocupado estuvo con los problemas éticos y de filosofía de la historia. Además las primeras lecciones se

refieren explícitamente a este contexto, el contexto, a saber, entre la fundamentación de una ciencia de responsabilidad última y la vocación ético-política de la fenomenología. Con eso obtenemos la mejor vista posible sobre el significado último de la fenomenología de Husserl que ya era eficaz en la refutación del psicologismo, a principios de siglo, y en la valoración crítica de la historia y cultura moderna occidental. Mi tarea inmediata consistirá en esbozar brevemente ese sentido.

Quisiera empezar con el sentido antropológico de la refutación del psicologismo, con lo que significa esa refutación que constituye efectivamente el verdadero comienzo de la fenomenología. Es sabido que en el psicologismo se trata -simplificando masivamente- de una teoría epistemológica en la que el valor de verdad de los constructos matemáticos y lógicos estaría fundado en las estructuras cerebrales, que son casuales, fácticas como resultado de la evolución animal, de modo que podríamos tener otra lógica incluso en contradicción con la nuestra sencillamente si dispusiéramos de otras estructuras cerebrales. Esta parece ser una opinión frecuente e incluso razonable. Pero eso significa que la razón que opera en la ciencia sería totalmente contingente; o lo que es lo mismo, que el ser humano es de este modo pero podría ser también de otro modo. En el conocimiento humano no habría ninguna necesidad, todo sería casual, meros hechos de la evolución animal, de modo que todo dependería de circunstancias contingentes o casuales. Esta postura expuesta en un terreno teórico no deja de tener graves consecuencias en el terreno práctico. Pues si el ser humano es entendido de ese modo, no habría ninguna posibilidad de fundar un ética que obligara universalmente y en último término no tendríamos "ninguna medida sobre la tierra", por utilizar palabras del Prof. W. Marx, para evaluar los sistemas políticos, naturalmente aparte de la violencia que se impone por sí misma. Por tanto se trata de si ponemos como fundamento de nuestra vida humana y de nuestra vida política la violencia o la razón. Si pensamos que el ser humano es un mero producto de las fuerzas naturales que en su desarrollo no habrían producido ninguna necesidad que fuera independiente de esas fuerzas, perderíamos todo amarre para declarar algo como absolutamente inhumano, por ejemplo la matanza en la plaza de Tíannamen o incluso el Shoá u holocausto judío.

¿Cuál es la respuesta husseriana a eso? Husserl muestra que el ser humano que él llama sujeto trascendental no es una realidad casual que pudiera ser de otro modo, sino una esencia trascendental ligada a un *apriori* que es el fundamento de la razón y frente a la cual ninguna arbitrariedad, tampoco algún Dios, como dice frecuentemente Husserl, podría nada. Precisamente al descubrimiento de este *apriori*, a saber, las estructuras necesarias de la subjetividad trascendental, que somos cada uno de nosotros, está dedicada la Lección Einleitung in die Philosophie de 1922/23. Y este es el sentido de la exigencia de una ciencia de fundamentación última. Lo que Husserl llama reducción apodíctica constituye el núcleo de la refutación tanto del psicologismo como la fundamentación de la filosofía de la historia de Husserl; pero lo que se esconde detrás no es otra cosa que el ensayo de mostrar el carácter no contingente del ser humano y su relación al mundo.

Exactamente eso es lo que constituye el principio de la fenomenología, por el cual la estructura puede ejercer la función. Pues la estructura tiene una función práctica crítica, puesto que muestra esa necesidad del ser humano. La estructura de la fenomenología nos asegura el nivel en el que podemos tratar estos problemas, el nivel en el que superaremos aquella actitud en la que nos vemos como meros resultados del mundo; y por fin, sólo la estructura fenomenológica nos ofrece los análisis necesarios para poder entender el principio de la fenomenología, para, poder, por ejemplo, entender el auténtico y profundo sentido de la refutación del psicologismo e igualmente el sentido de la filosofía de la historia de Husserl.

Y ahora podemos ya responder a la última pregunta, cómo la estructura, en la medida en que prepara, fundamenta e incorpora el principio, cumple la función de la que hemos hablado. Al plantearnos esto podríamos caer fácilmente en la tentación de pensar que la fenomenología, como pensamiento puro, sería impotente para intervenir en el mundo humano. Pero las palabras están sumamente cargadas y alcanzan donde otros hechos del mundo no pueden llegar. La fenomenología promueve una imagen del ser humano en la que el hombre aparece como el verdadero lugar originario del sentido del mundo. Eso no cambia sólo el sentido del ser humano sino también el del mundo: el ser humano tiene un sentido cósmico y el mundo tienen un sentido humano. El compromiso esencial del ser humano que significa la reducción apodíctica de Husserl, llega hasta lo más profundo de la realidad del mundo, como las estructuras matemáticas que el matemático descubre a priori pertenecen también a las estructuras más radicales del mundo. Según mi opinión, sería imposible captar el profundo sentido de la reducción apodíctica si la subjetividad sólo tuviera que tratar con representaciones. Ahí radica la importancia del desplazamiento del sentido de la estructura que antes hemos mostrado.

Después de esta toma de postura por este sentido cósmico del ser humano, podemos decir con Husserl que la única lucha digna del ser humano es la lucha por la razón, lo que es lo mismo que la lucha por el ser humano en cuanto ser humano, eso significa: por todos los seres humanos, hombres y mujeres. Y de aquí en adelante, habría que decir que la tarea práctica ética de la fenomenología se cumpliría más en lo negativo que en lo positivo, mostrando qué actitudes, imágenes del hombre o cosmovisiones son incompatibles con la esencia del ser humano fenomenológicamente clarificada.

Y con esto termino; en la actualidad vive la humanidad en una etapa de su historia en la que ya no basta el crecimiento natural meramente orgánico. El descubrimiento de la razón reflexiva favoreció el desarrollo de la aplicación de la ciencia a la técnica, que ha aumentado la posibilidad de destrucción total millones de veces. Husserl, que no podía siquiera soñar hasta qué punto eso podía ser una posibilidad real y amenazadora, había visto, sin embargo, que en la edad planetaria la vida social no puede prescindir de la razón, si esta sociedad o incluso la humanidad quiere todavía seguir siendo humana. Si estamos convencidos de eso e intentamos configurar nuestra vida, nuestra cultura y nuestra vida política desde una razón libre, creo yo que el pensamiento de Husserl sigue siendo entre nosotros todavía una fuerza activa.

4.7 *El giro trascendental y la acusación de idealismo.*

Vamos a aportar dos textos como base para este capítulo, uno sobre la prudencia a la hora de interpretar ciertos términos; y el otro para entender el contenido del así llamado idealismo trascendental.

No debe olvidar que, para la comprensión de la fenomenología, es absolutamente fundamental entender esta cuestión, en concreto, el significado preciso del idealismo. Es una de las cuestiones que más confusión generó, no sólo a los profanos sino también a profesores o alumnos de Husserl. Sólo una perspectiva temporal más amplia nos ha permitido aclarar muchos aspectos hasta hace poco muy confusos

4.7.1 PRUDENCIA

de La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, p. 109
La prudencia en el uso de los términos

El problema de la fenomenología es o ha sido, sin embargo, que supone tal ruptura con la tradición que todos los términos que utiliza cambian de sentido, que sólo desde ella misma puede lograrse, "desde ella misma", e.d., desde una visión de conjunto, que sólo desde una cierta distancia se puede captar. Pues bien, la necesidad de captar los términos husserlianos desde la fenomenología en un sentido profundamente distinto del tradicional significa que cuando hablamos de idealismo nos estamos refiriendo a algo profundamente distinto de lo que significó tal término tanto para Kant como para Hegel, si bien también tendrá algo de los dos, lo que le autoriza a Husserl a usar dicho término. Lo mismo pasa con la noción de teoría o de subjetividad. La subjetividad husseriana, la subjetividad absoluta, nada tiene que ver con lo que habitualmente entenderíamos por subjetividad, en un lenguaje ya "preñado" por la tradición, por una tradición que lo ata en sus conexiones semánticas, haciéndolo un conjunto de paroles parlées, de palabras habladas. En Husserl, al contrario, y por utilizar esa terminología de Merleau-Ponty, no hay palabras habladas, habladas, a saber, por la tradición filosófica, sino palabras hablantes, paroles parlantes, palabras que instauran un sentido nuevo que hay que saber leer tras las apariencias.

Cuando Husserl nos commina a los filósofos a hacernos "espectadores desinteresados", nos commina a instaurarnos en una actitud que lo único que busca es la teoría pura, pero porque la teoría pura es el lugar donde la teoría pura es la praxis pura, el lugar donde el filósofo se convierte nada menos que en funcionario de la humanidad. Así llegará un momento en el que la noción de teoría deja de contraponerse a la praxis, porque en ese momento no puede haber praxis sin teoría ni teoría sin praxis.

Lo mismo nos pasará con el idealismo. Esta es una palabra dicha por la tradición filosófica. Nos ha hecho falta una considerable distancia de Husserl, y entre tanto la publicación de sus investigaciones inéditas, para ver que el "idealismo" de Husserl está fuera de la dicotomía idealismo/realismo, pero no porque lo descubierto por Husserl, como a veces pensó Merleau-Ponty, pueda ser adscrito de un modo ambiguo al materialismo o al idealismo, sino porque en relación a la realidad puesta a la luz por la fenomenología sería improcedente -absolutamente improcedente- hablar de materialismo o de idealismo. El sentido del idealismo trascendental fenomenológico sólo puede ser entendido desde la filosofía de Husserl. Personalmente he preferido llamarlo (en mi libro La estructura del método fenomenológico) incluso "materialismo fenomenológico"; pero creo que lo mejor sería prescindir de ambas palabras.

4.7.2 IDEALISMO TRASCENDENTAL

De La estructura del método fenomenológico, pp. 259-270

3. EL SIGNIFICADO DEL IDEALISMO TRASCENDENTAL

Uno de los puntos que más daño ha causado a la fenomenología de Husserl ha sido la comprensión que tiene de sí misma como idealismo trascendental. La reducción nos enseña que todo Sein se reduce a Bewusstsein, que, todo ser se reduce a ser consciente; que todo ser es sentido de ser y que como tal es resultado de la constitución de la subjetividad, fuente y origen de todo sentido. No se trata, está claro, de un idealismo subjetivista o psicologista en el cual la subjetividad «se entusiasma», cayendo en un juego narcisista y viendo la realidad como su propio producto. La subjetividad trascendental no es un Dios creador; sus efectuaciones son irreales. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la propia realidad conocida pertenece a la irrealidad constituida...

En la actitud trascendental «todo ser que antes valía para nosotros sin más es tomado exclusivamente como fenómeno, como sentido mentado y que se va

verificando». Pero no es tomado como un sentido frente al cual esté la realidad en sí; no hemos dejado de insistir en esta peculiaridad de la reducción trascendental de superar toda representación que actúe de mediadora en el conocimiento; en la reducción se toma conciencia de que aquello que en la actualidad natural se cree que va más allá del fenómeno no es otra cosa que un fenómeno posible. Todo ser es dado como sentido intencional de ser; tal vez sean las palabras de M. Meleau-Ponty las que mejor capten la situación trascendental: «Nous sommes comdamnés au sens» ; por eso, desde una perspectiva trascendental el mundo es posterior a la conciencia, así como la realidad amada es posterior al ser que ama, pues depende de él; nada puede haber que tenga un sentido de ser que no sea constituido en la subjetividad trascendental. La reducción fenomenológica trascendental nos lleva al idealismo trascendental, a la «tesis absolutamente evidente... de que todo ser está esencialmente relacionado al ego», y por eso la reducción, como apertura del reino de lo trascendental, es la «Marschroute», el camino al idealismo trascendental. Y para Husserl esta tesis es definitiva; recordemos lo afirmado en el Nachwort: «No quiero dejar de declarar expresamente aquí que absolutamente nada tengo que retirar de cuanto se refiere al idealismo fenomenológico-trascendental, que ahora, como antes, tengo por un contrasentido en principio toda forma habitual de realismo filosófico, y no menos todo idealismo al que se opone el realismo en sus argumentaciones o que el realismo "refuta"». No hay nada que quede fuera de la conciencia: «Inclusive todo sinsentido es un modo del sentido». Interpretar y analizar todo como sentido que se forma en la subjetividad trascendental, en la vida concreta del yo, es la tarea de la fenomenología. La prueba definitiva de este idealismo es la realización misma del programa de la fenomenología; sólo entonces podremos decir que «tener una visión de la subjetividad es tener una visión del mundo», o que «el dejarlo todo es ganar todo, que la renuncia radical al mundo es el camino necesario para mirar la verdadera realidad última». En la fenomenología no dejamos el mundo, sino que lo ganamos, al elevarnos a un nivel desde el cual se puede comprender el verdadero sentido del ser del mundo.

Ahora bien, todo esto, que tal vez era necesario decir, no contribuye demasiado a aclarar la pregunta que hemos hecho al final de] párrafo anterior y que venimos arrastrando desde el principio de este capítulo; de hecho todo se desenvuelve dentro del mismo círculo de palabras, cuyo contenido último se escapa, no porque realmente sea difícil de captar, sino más bien por resultar problemático, por lo menos en una primera aproximación. ¿Por qué este idealismo despertó tal desconfianza e incluso rechazo por parte de los alumnos más entusiastas de Gótinga? Es conocido que la publicación de Ideen I en 1913 supuso una considerable decepción en Gótinga y que jamás volvió Husserl a vivir los buenos días de maestro admirado de aquella Universidad. Vamos a tratar de situar el problema del idealismo fenomenológico, no tanto para ofrecer soluciones definitivas, sino para presentar pautas orientativas que ayuden a comprender la compleja obra de Husserl, situando sus conceptos en un marco estructural, a nuestro entender el único válido para la comprensión de los textos husserlianos.

En principio sólo se puede tratar el problema del idealismo si se está mínimamente de acuerdo en torno al significado mismo de la palabra, lo cual no deja de ser problemático. Mientras, por ejemplo, Platón para unos es idealista, porque, según él, la realidad estaría determinada por las ideas, para otros es un realista incluso «exagerado», porque, por lo menos en sus mitos, hipostasía las ideas. Algunas corrientes de la Escolástica medieval se llaman realistas, mientras que para una filosofía marxiana toda filosofía medieval es de corte idealista, por hacer depender la realidad de las ideas de Dios y explicar la realidad material en definitiva por el elemento inteligible; ahora bien, en la medida en que esta filosofía defiende que nuestro conocimiento «refleja» la

realidad externa, es realista. Es evidente, ante esta situación, la necesidad de decir qué entendemos por idealismo. Vamos a dar algunas características esenciales, siquiera para poder determinar las peculiaridades del idealismo fenomenológico.

Tal vez debamos empezar señalando la diferencia entre un idealismo ontológico y otro gnoseológico; el ontológico defiende que la realidad está determinada por las ideas, sean éstas entes subsistentes, formas divinas o diver momentos de la Idea Absoluta. De este concepto filosófico se deriva el sentido más habitual de la palabra idealismo como modo de vida, en el cual cuentan más los ideales que lo real; el idealista se mueve, o pretende moverse para realizar unas ideas, que de ese modo pasan a ser de' terminantes de la realidad. Como sistema opuesto a este tipo de idealismo no se suele hablar de «realismo ontológico», sino más bien de «materialismo», en el cual no son las ideas las que determinan la realidad, sino la realidad material concreta la que determina las ideas tanto en su existencia como en su contenido. El idealismo gnoseológico es muy distinto del ontológico; por otro lado, es el que más nos interesa; empecemos por caracterizar a su opuesto, el realismo gnoseológico o del conocimiento; este realismo, prescindiendo de lo que se postule respecto a la constitución de la realidad, se caracteriza por separar dos dominios o campos, lo interno y lo externo, lo inmanente y lo trascendente, el conocimiento y la realidad, afirmando, en segundo lugar, que en el interior, en lo inmanente, en el conocimiento, se conoce lo exterior, lo trascendente o la realidad, porque lo interior es una copia o reproducción de lo exterior; la realidad exterior, en consecuencia, es conocida tal como es en sí misma. Frente a este realismo, el idealismo del conocimiento, que no siempre va acompañado de un idealismo ontológico, postula que el sujeto determina el conocimiento que tenemos de la realidad; el conocimiento no sería un mero reflejo de la realidad; hay un «lado activo» del sujeto que mediatisa el conocimiento, que así deja de ser resultado de una actuación de la realidad sobre el sujeto, pasando a ser resultado de la actividad y espontaneidad del mismo sujeto que deja su impronta en el conocimiento; esta mediación de la actividad del sujeto es insuperable, por lo que, según este tipo de idealismo, nunca podemos conocer la realidad tal como es en sí misma, si no sólo en cuanto producto ideal de nuestra actividad.

Para el objetivo propuesto, creo que es suficiente con estas notas un tanto caricaturescas. Entender sin más que el idealismo es la antítesis, a todos los niveles, de lo afirmado en el realismo es pecar de ingenuidad filosófica; el realismo postula, por ejemplo, tanto la existencia del mundo o de la realidad como la del sujeto antes de que entren en una relación cognoscitiva, consecuentemente admite o afirma la realidad del mundo; un idealismo pensado como oposición total al realismo supondría negación de] mundo, negación de la existencia de la realidad. No es necesario mencionar la frecuencia de esta confusión. Pero esa tesis poco tiene que ver con el idealismo, sino más bien con el escepticismo, aunque venga disimulado en una fraseología idealista, diciendo, por ejemplo, que el mundo es un conjunto de ideas, pero que más allá de las ideas es una ficción. Por desgracia, en el idealismo gnoseológico hay una motivación escéptica que da pie a esa confusión, pues la postura idealista es escéptica respecto a la pretensión que el conocimiento tiene de llegar a la realidad en sí; sin embargo, esto no tiene nada que ver con la negación de la existencia de la realidad misma. En el caso que nos ocupa, el idealismo fenomenológico, hay que advertir que es aspectos, sobre todo en su presentación de Ideen I, donde culpa de Husserl haber contribuido a confundir estos dos se justifica el idealismo fenomenológico con el escepticismo, a saber, demostrando la dubitabilidad del mundo o con la prueba de la posibilidad de la no existencia del mundo. Creo que los análisis del capítulo V en torno a la motivación cartesiano de la epojé y de los presupuestos de la crítica de la experiencia, tal como se

desarrolla en Ideen I de 1913 y en Erste Philosophie de 1923/24, demostraron que no tienen otro objetivo que fundamentar una actitud escéptica frente al mundo, para, de ese modo, introducir la seguridad fenomenológica de lo fenoménico subjetivo; pero también nos hicieron ver que tanto la motivación cartesiana como la crítica de la experiencia no trascienden la conceptualidad típica de la actitud natural, y que por lo tanto en ningún caso pueden fundamentar el idealismo trascendental fenomenológico, que pretende precisamente haber superado esa conceptualidad, es decir, haber superado la distinción entre el mundo y la representación del mundo. Un estudio serio sobre la epoje y los presupuestos en que se basa lleva, pues, a comprender que demostrar la posibilidad de que el mundo no exista no tiene que ver absolutamente nada con lo que Husserl llama idealismo trascendental.

Pero entonces, ¿qué es el idealismo fenomenológico? En las Meditaciones cartesianas dice Husserl que el sentido de la palabra «trascendental» ha de ser entendido sólo a partir de su filosofía; exactamente lo mismo se debe decir, pero con mucha mayor insistencia, de la palabra «idealismo». Esto, no obstante, ha de haber alguna razón para que Husserl la emplee, la cual ha de estar en relación con lo que históricamente se ha entendido con esa palabra. Sólo viendo, en primer lugar, el sentido que él da a su idealismo; compulsando, en segundo lugar, las razones que le llevan a la utilización de tal concepto y viendo por fin, si realmente capta con precisión el sentido de su propia filosofía, podremos tomar una decisión sobre este problema, cuya formulación representa un punto crucial, si no en la práctica fenomenológica, sí al menos en la teoría fenomenológica.

Para empezar trataremos, pues, de fijar el sentido exacto del idealismo husserliano, para lo cual tal vez sea lo más útil citar el texto del Nachwort, que enlaza perfectamente con el segundo concepto de constitución: «Ante todo -dice Husserl-, el idealismo fenomenológico no niega la existencia efectiva del mundo real (en primer término la de la naturaleza) como si pensara que el mundo fuera una mera apariencia a la que sucumbiría sin darse cuenta el pensamiento natural y el científico positivo». Quede, por tanto, bien claro que el idealismo fenomenológico trascendental no se refiere a la existencia efectiva y real del mundo; pero entonces ¿a qué se refiere?; «su única tarea y efectuación es aclarar el sentido de este mundo, exactamente el sentido en que este mundo vale para cualquiera como realmente existente y vale con derecho» (ib.). El idealismo husserliano no se refiere a la existencia del mundo, sino al sentido de la existencia del mundo; en concreto, el idealismo fenomenológico acepta sin ningún temor el hecho de la constitución, a saber, que sólo conocemos dentro de un marco estructural, dentro de un «estilo de ser», dentro de un «sentido de ser» que ha tenido que ser «constituido». Cada objeto, cada región de ser, el mundo mismo incluye un estilo, un sentido, una forma de organización de los datos presentes, una aprehensión. Analizar y ver el origen de este sentido, de esta aprehensión es lo único que pretende el idealismo fenomenológico trascendental. El primer paso para ello será la captación del verdadero sentido del mundo, la obtención de una verdadera intuición del mundo, su descripción y fijación, según veíamos en relación con la fenomenología estática. El segundo paso ya sabernos que consistirá en el análisis de la génesis de los diversos sentidos y, en definitiva, de la génesis del sentido mismo del mundo.

El problema radica, evidentemente, en la definición de la palabra sentido. Está claro que Husserl piensa, interpreta o entiende el ser como sentido de ser, con lo que, aun afirmando que el idealismo en nada afecta a la existencia efectiva del mundo, siempre sacamos cierto malestar al constatar que no sabemos qué significa exactamente esta reducción del ser a sentido de ser y del mundo al sentido «mundo». Esta reducción justifica el hecho de que se utilice la palabra idealismo, tanto más cuanto que lo

descubierto por la fenomenología es, como nos dirá E. Fink, la «precedencia gnoseológica de mí mismo y de mi presencia respecto a lo dado en la experiencia, y una de las características fundamentales del idealismo es precisamente esta anterioridad gnoseológica del sujeto en relación al contenido del conocimiento. La reducción nos lleva al descubrimiento de la relación del mundo al sujeto, relación que se concibe como la constitución del sentido que el mundo tiene para el sujeto por la subjetividad trascendental.

Pero sería malinterpretar la fenomenología desconocer la novedad que en ella se anuncia; o considerarla como un nuevo idealismo, en el fondo encasillable con el resto de los idealismos. Vamos a tratar de diferenciar el idealismo fenomenológico de los restantes, manteniendo en todo caso un margen de aporeticidad que, como veremos, sólo se debe a una inadecuación entre su teoría y su praxis. Lo que caracteriza al idealismo fenomenológico es el descubrimiento de la experiencia como constitución de un estilo, tipo o sentido de ser y como aprehensión de los datos según ese sentido. En la medida en que esa constitución de sentido, estilo o tipo es lo fundamental, lo originario, lo *urstiftendes*, y en la medida en que el acceso a la realidad es precisamente constitución de ese sentido, la fenomenología puede concebirse como un idealismo; pero tal vez en este punto en concreto haya tomado Husserl una decisión no postulada por su método. En efecto, idealismo puede significar que la constitución de sentido es algo puramente fáctico e irracional, pero que proviene de la actividad de la conciencia; o puede significar sencillamente que no hay acceso a la realidad si no es «aprendiendo a acceder» a ella, es decir, constituyendo esquemas interpretativos de la realidad, que en unos aspectos tendrán una fundamentación práxico-vital, de tipo adaptativo biológico, y en otros nos vendrán dados por una praxis social. En este segundo caso el idealismo fenomenológico es muy peculiar y poco tiene que ver con los idealismos de tipo tradicional; la praxis fenomenológica de Husserl parece evidente que va en esta dirección, pues de hecho el aprender a ver, que nos encontrábamos en el número anterior, o el constituir un sentido, no es otra cosa que integrar una interacción comportamental entre el cuerpo y la realidad. Todo aquel que se haya asomado mínimamente a los análisis fenomenológicos de Husserl reconocerá que la *Urstiftung* de un sentido, del sentido «cosa», del sentido «realidad», por ejemplo, no es otra cosa que configurar una implicación somática y una implicación extrasomática; por ejemplo, la constitución del sentido «cosa» supone la constitución de la implicación mutua entre lo háptico y lo óptico; de la superficie plana y lo espacial, por tanto constitución del espacio como campo del movimiento del cuerpo y, por último, un grado de resistencia a mi propio cuerpo. Así, constituir un sentido es producir una integración de diversos tipos de comportamiento, muchos de los cuales sólo pueden existir sobre otros ya dados. En la medida en que Husserl es fiel a la descripción, la materialidad aparece a la base de nuestra realidad humana, y desde esta perspectiva el idealismo fenomenológico sería realmente un materialismo fenomenológico.

La realidad, desde una perspectiva trascendental fenomenológica, es un sentido de realidad; la realidad de la cual hablamos, que suponemos en nuestra praxis efectiva, no es otra cosa que aquello que cumple o es aprehendido dentro del sentido realidad; lo que se nos da como dato que implica toda una serie de posibilidades de comportamientos 'materiales' verificativos, trasposiciones hápticoópticas, resistencia somática, etc. Hablar de una realidad que no sea este sentido de realidad, es decir, que no esté dada en esta serie de implicaciones intencionales, en una palabra, de una realidad extrafenomenológica, es totalmente imposible y no tiene absolutamente ningún sentido.

Para concluir este tema es obligatorio mencionar dos aspectos problemáticos que más bien que poner en cuestión el idealismo fenomenológico tal como lo hemos

explicado, demuestran las contradicciones de la teoría husseriana, si se la considera en relación con la praxis fenomenológica. En el mismo texto que hemos utilizado para explicar la noción de idealismo dice que el mundo existe efectivamente, pero que es concebible su no existencia; el mundo existe, pero se puede pensar que no existe. ¿Qué puede significar esta afirmación precisamente en uno de los textos ya tardíos más maduros y pensados de Husserl? Creo no equivocarme si afirmo que no es más que una manifestación de la contradicción entre la Praxis fenomenológica y su comprensión teórica, es decir, entre la práctica y la teoría fenomenológica. Hemos visto que la teoría fenomenológica de la reducción y la constitución inician una praxis de análisis fenomenológico en el cual se explica la constitución de la experiencia como una integración implicativa de diversos momentos del comportamiento; la experiencia (Teoría) se remite o se convierte en un tipo de Praxis (esquemas implicativos que sólo se constituyen en la interacción del cuerpo con las cosas y que sólo verifican su efectividad en la misma praxis), la experiencia, veíamos de pasada, es una «Pasividad práctica»; la praxis fenomenológica demuestra la unidad de Teoría y Praxis; la praxis fenomenológica exige o lleva a una concepción práctica de la experiencia o del conocimiento.

Ahora bien, Husserl inicia la fenomenología desde unos presupuestos teóricos normalmente anclados en los prejuicios de la teoría del conocimiento (y en el fondo, de la teoría social y del hombre) de la tradición filosófica premarxista, el interés filosófico de radicalidad absoluta le lleva al descubrimiento del mundo fenoménico mediante la epojé del mundo real efectivo, pero el mundo real efectivo es el mundo de la praxis, en el que se desenvuelve nuestra acción real y al que se refieren nuestros objetivos; por eso la teoría fenomenológica comenzó asumiendo la separación tradicional entre teoría y praxis y formulando una crítica escéptica de la experiencia; si la experiencia es puramente teórica, ¿cómo puede llegar a la realidad? La teoría sólo puede poner teoría; el resultado de la experiencia sólo son formaciones ideales subjetivas; consecuentemente yo puedo «creer» que el mundo existe, pero a la vez puedo pensar que no existe. Desde el momento en que el objeto, según el primer sentido de constitución, es una pura unidad sintética ideal, el conocimiento (Teoría) está separado de la realidad; el objeto intencional no es el objeto real material; de éste se puede prescindir en la epojé, incluso se puede pensar que no existe. Este esquema es básico a la epojé. El paradigma de fondo de este planteamiento es el de la división de Teoría y Praxis; Espíritu, Materia; Conciencia, Mundo. El comienzo de la teoría fenomenológica se basa precisamente en este paradigma.

Ahora bien, en la medida en que el pathos de Husserl era la vuelta a las cosas mismas, la teoría fenomenológica inicia una praxis que irá superando la propia teoría que la puso en marcha. Sin embargo, la obra de Husserl está atravesada de una línea de fractura entre el paradigma inicial (separación de teoría y praxis) y el paradigma que introduce la propia praxis fenomenológica, la concepción práctica del conocimiento, la concepción práctica de la teoría. En otro lugar se verá la importancia que la teoría del otro tuvo en esta evolución de la fenomenología de Husserl.

Por otro lado, debemos mencionar un segundo aspecto sproblemático del idealismo fenomenológico y que también presenta cierta oscuridad, posiblemente como consecuencia del mismo enfoque inicial. El reconocimiento de la génesis intencional como implicación supone reconocer el carácter temporal de la conciencia; la Urstiftung se asienta en la conciencia del tiempo. La insistencia de Husserl en la constitución temporal de los diversos aspectos integrados en cualquier unidad de sentido o en una forma estructural puede producir la impresión de que el mundo como «sentido» (tal como lo hemos explicado) no es más que el resultado ideal del proceso abstracto-ideal

de la autotemporalización de la conciencia. Pero ¿es posible esta autotemporalización de la conciencia en abstracto?, es decir, ¿puede la conciencia constituir el tiempo y, por tanto, verse a sí misma en el tiempo en abstracto?, ¿no se constituirá el tiempo de la conciencia sólo en la medida en que se constituya la intencionalidad motriz o los sistemas de comportamiento, de modo que no sea sino la expresión de la intencionalidad del comportamiento? Personalmente, creo que la constitución del tiempo de la conciencia, aunque descriptible en abstracto suponiendo la existencia de un lenguaje que distinga modalidades temporales, no debe ser considerada como una característica autónoma de la conciencia, sino que ha de ser llevada al nivel concreto, en el cual el yo absoluto original (absolutes Urich) aparece como un yo somático, que se constituye a sí mismo integrando nuevos niveles de aplicaciones intencionales, nuevos esquemas de experiencia, en definitiva, nuevas posibilidades prácticas, incrementando con ello su trasfondo de «habitualidades». La reducción del mundo a la conciencia del tiempo no es destrucción del mundo; tampoco significa ese proceso la culminación de una trayectoria de creciente alucinación idealista en el sentido más peyorativo de la palabra. La reducción del mundo al yo absoluto no es otra cosa que la re-conducción del mundo a los procesos de integración temporal que están a la base de la constitución del sentido de ser de cada nivel de la realidad.

4.8 Preguntas sobre el tema tercero

- Cite las obras de la etapa de Gotinga (editadas en vida y póstumas) y exponga los conceptos fundamentales que aparecen en esos años.
- Haga una lectura de los §§ 1-10, que provienen de la sección primera de Ideas y teniendo en cuenta la "Meditación fenomenológica fundamental", que es la sección segunda, ¿qué deduce Usted?: a) Que Husserl propone una epistemología antipsicologista. b) Que Husserl describe un elemento fundamental de la estructura del mundo. c) Que Husserl quiere exponer la noción de esencia porque la fenomenología es una ciencia de esencias. d) Que Husserl sólo pretendería preparar la sección segunda.
- Trate de describir la epoje fenomenológica: a) Etimológicamente. b) En relación a la palabra 'época'. c) En el movimiento de ir a las cosas mismas. d) Como supresión del carácter tético.
- ¿Por qué la reducción trascendental es la ruina de la representación?
- ¿Puede describir las dos etapas de la fenomenología de cara a una crítica de la razón?
- ¿Qué papel juegan ahí las lecciones de 1922/23?
- ¿Puede exponer lo esencial del idealismo fenomenológico y en qué sentido ese idealismo tiene y no tiene que ver con lo que usualmente se entiende por tal?

5 Tema 4. Desarrollo y aplicación de la fenomenología en La crisis

5.1 Introducción

Este suele resultar uno de los temas más interesante y hermosos de la fenomenología. Los materiales que se ofrecen aquí son una primera toma de contacto con esta etapa de Husserl de la que ahora sabemos muchísimo más que cuando inicialmente escribimos esta introrucción a la fenomenología, y cuando la impartí como curso de doctorado, a partir del año 2001. Desde entonces el profesor Jesús Mi. Díaz ha publicado su libro sobre el problema de la historia en Husserl, y yo he publicado, hace un par de años un texto referido en gran medida a este tema, al llamado último Husserl, donde he descubierto nuevas perspectivas, que además vuelven a aparecer ampliados en mi publicación, a punto de salir este mes de octubre. Para una filosofía de Europa. Ensayos de fenomenología de la historia. El último capítulo es el texto original del artículo sobre el último Husserl, donde expongo con bastante detenimiento uno de mis descubrimientos más importantes sobre la fenomenología de Husserl, precisamente que, biográficamente, el tema del último Husserl es el tema de la filosofía como profesión, o si se quiere, el tema de la profesión del filósofo.

En este tema saldrá, por otro lado, uno de los conceptos husserlianos que más éxito ha tenido en la filosofía, el mundo de la vida. Pues bien, conviene tener muy presente, no olvidarlo nunca, que el problema del mundo, que se hace plenamente explícito en esta tercera etapa, está ya presente en otros momentos anteriores de la reflexión fenomenológica, especialmente en la noción de mundo del espíritu de las Ideas II. Ese mundo es el mismo que Dilthey estaba describiendo y es aquel en el que se desarrolla nuestra vida ordinaria y que las ciencias humanas toman como su objeto de estudio. Esta anotación es muy importante para no desenfocar el desarrollo de la fenomenología de Husserl.

5.2 Apunte biográfico: Husserl profesor en Friburgo (1916-1938).

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 26-29
Husserl en Friburgo (1916/1938)

El semestre de invierno de 1915/16 sería el último de Gotinga, ya que para el semestre de verano de 1916 se trasladó a Friburgo de Brisgovia, donde permaneció hasta su jubilación en 1928, un año antes de la edad reglamentaria, y hasta su muerte, el día 27 de abril de 1938, recién cumplidos los 79 años, siendo enterrado en Günterstal, al borde de los montes de la Selva Negra, cerca de Friburgo.

La actividad intelectual de Husserl durante los años de Friburgo se centra en el desarrollo y la ampliación de su fenomenología a los diversos ámbitos: la lógica, la psicología, la sociedad, el tiempo, el cuerpo humano, el mundo de la experiencia ordinaria, etc. Pero hay un punto decisivo que afloró inmediatamente después de la guerra, cuyo inesperado final le cogió tan de sorpresa como el principio: el tema que aparece después de la guerra es el del porqué y el para qué de la fenomenología. En efecto, el problema fundamental de todos estos años es el del comienzo de la fenomenología o de la filosofía fenomenológica, el de su historicidad, es decir, su anclaje en la vida.

Poco publicó Husserl durante esos años y casi siempre en razón de alguna circunstancia exterior. Los proyectos de una obra sistemática que sustituyera a la fallida de los tres tomos de Ideas siempre fueron interrumpidos por compromisos exteriores o por la necesidad de aclarar y elaborar mejor puntos oscuros. Pero la mayor parte de las veces todo desemboca o termina en la pregunta por el porqué, en la pregunta por la razón de la fenomenología, en la pregunta de cómo y por qué empieza la fenomenología. Ese problema late ya en las conferencias que pronunció en Londres en 1922, de cuyo texto derivan las reflexiones que leyó como texto de clase los años 1923-1924 y que tituló Filosofía primera. En cuanto a publicaciones, sólo dos pequeños textos, que aunque evidentemente son sumamente representativos de las preocupaciones teóricas de Husserl, eran prácticamente inaccesibles al público europeo, pues fueron publicados en la Revista alemana-japonesa para la ciencia y la técnica, el primero titulado "La idea de una cultura filosóficas, y el segundo titulado "Renovación. Su problema y su método", en la revista japonesa Kaizo, primero en alemán y después en japonés. El primer trabajo, incorporado parcialmente y por el propio Husserl al texto de Filosofía primera I, representa el comienzo de la preocupación histórica de Husserl, que ante todo tratará de definir el significado de Europa de cara a comprender lo que podríamos llamar el éxito o el fracaso de Europa. Estos temas constituirán la preocupación esencial de Husserl hasta el fin de su vida.

Un año antes de jubilarse, en 1927, pronunció unas conferencias en Amsterdan, en las que afloró la relación entre la fenomenología y la psicología, problema que, como más adelante veremos, es sustancial a la fenomenología desde el principio, aunque sólo lo tendrá en cuenta Husserl a raíz de las reflexiones de las clases de Filosofía primera. De ese mismo año data el artículo que escribió para el ítem 'fenomenología' de la Encyclopædia británica; en su redacción participó también Heidegger. A finales de 1928 escribió el prólogo para la publicación que Landgrebe había preparado de manuscritos de Husserl, sobre la génesis de las categorías lógicas, fundamentalmente provenientes de los años 1919-1920, prólogo que, escrito en dos meses, constituye el libro Lógica formal y trascendental. Inmediatamente después de terminar la redacción de la Lógica, pronunció Husserl, en febrero de 1929, unas conferencias en París, que, ampliadas, constituirán las Meditaciones cartesianas, publicadas primero en francés en 1931; el texto alemán tampoco quiso publicarlo Husserl por estar en relativo desacuerdo con él.

Ese mismo verano de 1929 rompió Husserl con Heidegger, a quien hasta entonces consideraba su más importante discípulo y continuador. La lectura detenida de Ser y tiempo, realizada durante ese verano, le hizo comprender que la fenomenología de Heidegger estaba orientada en un sentido profundamente distinto de la suya. Constatará también Husserl la acusación que se le hace de intelectualismo, en unos momentos de creciente auge de corrientes irrationales, en las que se piensa hallar soluciones a los problemas de la vida. Por eso se verá obligado Husserl a insistir en que su filosofía está empeñada en tratar y resolver los problemas últimos de la vida y de la sociedad humana. Por eso, para tratar de deshacer malentendidos, publicó también en alemán el texto destinado a prólogo a la traducción al inglés de sus Ideas, de 1913. Ese texto, publicado en alemán actualmente en el tomo V de la edición crítica (y en castellano como epílogo a la traducción de Ideas I), es un importante compendio de los problemas de la fenomenología, aunque resulta difícil de entender sin preparación o aclaración.

Una vez jubilado, Husserl todos los años siguientes los pasó intentando escribir una obra sistemática que terminara de mostrar la unidad de su obra y la significación

humana de su filosofía. Sin embargo, y a pesar de la inmensidad de textos que escribió sobre problemas diversos, no consiguió avanzar en la redacción de esa obra sistemática, hasta que interrumpió su proyecto para presentar una ponencia en el VIII Congreso de Filosofía a celebrar en Praga en 1934, ponencia que él mismo retiraría inmediatamente, pero cuyo tema volvió a tomar para unas conferencias en Viena en mayo del año siguiente y que constituirían el núcleo de la última obra de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*; en ella, sin aparecer prácticamente nada nuevo de lo que había ido desarrollando a lo largo de toda su vida, y sobre todo los años de después de la guerra, logró ofrecer en una sola obra y de un modo unitario la mayor parte de las cuestiones que le habían preocupado durante casi los últimos veinte años. Esta obra no representa en sentido estricto ninguna ruptura, aunque en ella puedan aparecer algunos aspectos mucho mejor tratados y más desarrollados. Ni siquiera la noción de *Lebenswelt*, o mundo de la vida, es tema nuevo, pues no es otro que el concepto al que Husserl antes llamaba "mundo de la experiencia" (*Erfahrungswelt*), aparecido ya en los años de Gotinga y que ya el año 1924, con motivo de una conferencia para celebrar el segundo aniversario del nacimiento de Kant, había llamado *Lebenswelt*. Pudiera ser que la influencia de Dilthey a través de la obra de Misch le hiciera adoptar definitivamente esa palabra, *Lebenswelt*, como más adecuada para designar el mundo de la experiencia ordinaria precientífica.

5.3 La influencia de la Primera Guerra Mundial.

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 107-109

El problema de la interpretación del último Husserl

y su tema medular

Hemos mencionado varias veces la relación de la fenomenología con el contexto sociopolítico, indicando, además, que el punto que sirve de articulación de su filosofía a ese contexto debería servir, a su vez, de hilo conductor para comprender los conceptos husserlianos y su desarrollo interno. Pues bien, posiblemente sea la comprensión del lugar que ocupan los temas del llamado "último Husserl" o "segundo Husserl", la más necesitada de una perspectiva más sociológica, es decir, más relacionada con el contexto sociopolítico. En efecto, entre los intérpretes es muy frecuente hablar sobre el Husserl tardío, el último Husserl, el Husserl, en definitiva, de su obra última, el Husserl de *La crisis*, como si el Husserl de esta obra fuera en sí mismo un "hecho" con un sentido pleno y diferenciable en el conjunto de la obra de Husserl, un Husserl, pues, radicalmente distinto del Husserl de las Ideas de 1913, o del de la Filosofía primera de 1923-1924 o incluso del de las Meditaciones cartesianas, escritas en 1929. Ese último Husserl, se suele decir, se diferencia de los otros porque está más atento a los problemas de la historia y de la vida, hasta el punto de que sólo en esa obra entra en juego el importante concepto de *Lebenswelt*, que es uno de los temas que más fortuna ha encontrado en la filosofía y, sobre todo, más aplicación en la filosofía de las ciencias humanas.

En este último capítulo vamos a tratar de desbloquear esa visión, que no sabe ver la conexión de ese Husserl último con el anterior y mucho menos captar la intención profunda de la fenomenología. Pues aun concediendo la trascendencia de la última obra de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*, para comprenderla es necesario conectarla con un marco más amplio. En efecto, creen algunos que tal obra, escrita a partir de 1935, sería una reacción a la creciente ola de barbarie que se abatía sobre Alemania y que el propio Husserl empezaba a notar precisamente por entonces. Otros piensan que podría ser una reacción a la obra misma de Heidegger, que habría obligado a Husserl a descender a un terreno más inmediato a las preocupaciones ordinarias de los hombres.

Pues bien, yo creo que el desbloqueo de la interpretación debe empezar por cuestionar esa presunta independencia de La crisis, de esa obra última de Husserl, para tomar como campo de análisis un período más largo, en el cual esa obra no sería sino el punto al que llega a partir de unas preguntas que no surgen en Husserl con motivo de la lectura de Heidegger, ni de la experiencia de los nazis; lo contrario implicaría, en mi opinión, un sociologismo muy mecánico, en absoluto acorde con la personalidad de casi ningún filósofo y mucho menos con la de Husserl. Si, pues, defendemos que el Husserl de La crisis no tiene sentido por sí mismo, aislado de un período más amplio, ¿qué período es ese?

A mi entender el Husserl que tiene sentido por sí mismo, que aporta alguna novedad sustancial, una problemática radicalmente nueva respecto a períodos anteriores, es el Husserl de después de la Gran Guerra del 1914, que coincide con el período que Husserl pasó en Friburgo de Brisgovia, tanto en activo como, después, jubilado. Mas ¿qué tema o temas radicalmente nuevos afloran en esta época? Quizá profundamente nuevos sólo uno, pero tan importante que todos los demás se van a constelar a su entorno, siendo el que llevará, quizás por su propia lógica, al desarrollo de las posiciones de la última obra de Husserl, La Crisis. Ahora bien, a mi entender ha sólidamente pasado desapercibida la razón de ese tema nuevo, lo cual ha impedido comprender la conexión profunda de este Husserl con el anterior y, en última instancia, con el primero. Quizás sólo Landgrebe, quien colaboró con Husserl precisamente durante los años en que este enseñaba en Friburgo, haya sido de los pocos que alude a este aspecto, precisamente por haberse dedicado al estudio del tema de la historia en Husserl.

[Ya he comentado en la introducción que sobre este tema se puede leer al menos mi artículo El último Husserl, en la revista Escritos de Filosofía, Buenos Aires, 2003, n.º 43, pp. 41-74. El mismo tema muy ampliado en el libro Para una filosofía de Europa, Biblioteca nueva, pp. 239-300]

5.4 La quiebra de la racionalidad europea.

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 109-112

La quiebra de la racionalidad europea

Ahora bien, ¿cuál es el tema profundamente nuevo que caracteriza la reflexión filosófica de Husserl de después de la guerra de 1914? Y ¿por qué este tema tiene tanta importancia como para definir un período en la vida de Husserl? Porque es notorio que cualquier trabajo intelectual de un pensador suele incorporar temas nuevos o dominios que antes no había roturado-, sin embargo, no suelen suponer una reorganización de la problemática, sino que en ellos se suele tratar más bien de aplicaciones de una estructura conceptual previa a campos nuevos. Hay también temas nuevos que pueden alterar profundamente el conjunto del campo temático, no porque cambie la definición de los conceptos, sino porque modifica el peso o el lugar que esos conceptos tienen. Pues bien, tal me parece que es el tema nuevo que aparece en el punto de mira de Husserl a principios de los años 1920 y que no abandonará hasta el final de su vida: este tema nuevo es la preocupación por el comienzo de la fenomenología. En torno a este tema, que aparece en el horizonte de Husserl hacia 1920, se constelan, a mi entender, todas las cuestiones fundamentales del Husserl de 60 años en adelante. Pero ese tema no sólo determina el resto de los puntos de esa época, sino que en él toma nuevo cuerpo, desplegándose con más precisión, la intención profunda de la fenomenología, que a partir de esa problemática llega a su plena concreción y se expresará con toda claridad en la última obra de Husserl, La crisis.

En efecto, ese tema es resultado del brutal dramatismo con que la crisis de la modernidad golpeó a Europa. La guerra de 1914, junto con todos los acontecimientos en torno a ella, hicieron ver a Husserl que la naturalización y cosificación de la conciencia, de las ideas y de la razón que él denunciara ya en 1910, por supuesto, años antes de que Lukács reivindicara la importancia de la cosificación de lo humano que denunció Marx, no sólo llevaba a contradicciones de carácter epistemológico, sino que en realidad eran síntoma de una enfermedad mucho más seria y profunda, pues en definitiva mostraba la bancarrota de Europa, como dirá en un manuscrito, en definitiva, el derrumbamiento de la cultura europea. La crisis de la cultura europea no era cuestión de eruditos e intelectuales, sino que había llevado a un terrible drama. En ese contexto aparece en primer término la pregunta por Europa: ¿qué es Europa? Y en la medida en que Europa no es un marco geográfico sino un espacio humano, un modo de vida, una posibilidad humana, ¿qué es el hombre europeo?, ¿es un hombre entre los demás? Es decir, ¿es el proyecto de humanidad diseñado en Grecia y del que Europa se siente heredera, uno más entre los diversos proyectos de las otras colectividades humanas, de las otras humanidades hasta el punto de ser indiferente para la humanidad como conjunto específico que se derrumbe el proyecto de Europa?

Obviamente, en primer lugar habrá que clarificar cuál es ese proyecto; sólo entonces se tendrá una guía para comprender la crisis europea y las consecuencias del derrumbamiento de ese proyecto. Pues bien, a mi entender, y teniendo en cuenta el momento en que Husserl define el proyecto europeo, ese es ni más ni menos el tema que subyace al Husserl de Friburgo y en ese contexto se asientan perfectamente, como iremos viendo, los temas que con más frecuencia aparecen en el quehacer de Husserl durante todos estos años, a saber, el tema de la historia, la preocupación husseriana por la historia y la nueva preocupación por el comienzo de la fenomenología, que según hemos dicho, es el tema realmente nuevo y que más resalta, porque parece ser el tema que acapara el interés de Husserl durante la década de 1920. Precisamente la insistencia de Husserl en ese tema haya quizás despistado a los lectores de Husserl, al dar la impresión de que la preocupación fundamental de Husserl sería precisamente esa. A mi entender, ese es el tema realmente nuevo, pero no es sino un instrumento del tema básico que es el del proyecto de Europa.

Nuestras afirmaciones nos obligan, primero, a definir ese proyecto de Europa, tal como aparece al principio de esta época dando sentido a la reflexión husseriana; en segundo lugar, deberemos conectar ese tema con el del comienzo de la fenomenología, el tema conocido entre los intérpretes como el tema de los caminos de la reducción; en tercer lugar, deberemos estudiar la conexión entre la cuestión de los caminos de la reducción o del comienzo de la fenomenología con la decisiva pregunta por la historicidad de la fenomenología, que implica o se realiza en dos vertientes: por una parte, al ver la fenomenología como el Telos y cumplimiento de la intención filosófica; y, por otra, al asignarle la función de pautar la salida de la crisis provocada precisamente por la desviación y avatares de esa misma intención filosófica, es decir, por el rumbo tomado por la filosofía en la modernidad. Todo esto nos llevará en último lugar a la exposición de lo que yo diría que es el testamento político de Husserl, en el que se resume la necesidad de Europa, la teleología de la historia y la función de la filosofía, de la mano del convencimiento y la fe en una definición del ser humano como ser anclado en la racionalidad, si bien una racionalidad que debe superar la "razón moderna".

5.5 La historicidad del sujeto trascendental.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 124-128

Husserl y el sentido de la "historia"

Hemos visto en la parte anterior los elementos fundamentales de una epistemología fenomenológica antipsicologista, cuya formulación sería el objetivo global de Husserl de antes de la Gran Guerra, durante aproximadamente los 20 años que dura la puesta a punto del método fenomenológico. En ese período Husserl ha utilizado la fenomenología tanto desde una perspectiva teórica como desde una perspectiva crítica. La crítica la ha llevado a terreno fundamentalmente epistemológico, criticando la psicología, primero como ciencia fundamental, en las Investigaciones lógicas, y después en cuanto ciencia psicológico-experimental, en *La filosofía como ciencia estricta*, puesto que una psicología que no parta del reconocimiento de la peculiaridad de lo psicológico, de lo que Husserl llama por esos años, 1912, (Mn. B II 19), la *distinzione phaenomenológica*, necesariamente tiene que operar con una conciencia cosificada. Sin embargo, en esta primera época Husserl no saca ninguna consecuencia crítica respecto a la cultura, ni apenas se preocupa por la historia, si bien en el mismo escrito en el que se habla de la cosificación de la conciencia, escrito por supuesto conocido por Lukács y que plausiblemente influyó en la redacción de *Historia y conciencia de clase*, en ese mismo escrito se rechaza también el historicismo como un sistema incapaz de leer en esa historia, que el historicismo eleva al máximo lugar, un sentido o una teleología de acuerdo a la cual podamos juzgar las etapas del desarrollo histórico. Sin embargo, aún no aplica Husserl la problemática global de la fenomenología a la Historia de la Humanidad. Habrá que esperar al impacto de la Gran Guerra para que Husserl comprenda que los errores epistemológicos que ha denunciado y que estaba esforzándose por superar, son de un alcance muy superior, en la medida en que no son sino síntomas de una enfermedad de la cultura europea, y en la medida en que la cultura europea, o algunos elementos de la cultura europea, parece ser un modelo al que todos los grupos tienden de un modo u otro, la crisis de la cultura europea que la Gran Guerra puso al descubierto es una crisis de la humanidad entera. A raíz de esa constatación se inicia un nuevo camino de investigación, que, empezando por los primeros años 20, terminará en el texto fundamental de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*.

A este respecto es importante tener presente esta trayectoria, por cuanto sólo desde ella se capta el sentido de la fenomenología, siendo preciso rechazar la falsa opinión de que Husserl sólo espoleado por Heidegger, primero, y por el acoso nazi, después, iniciaría su reflexión histórica. En mi opinión esta sería una completa malinterpretación de *La crisis* y que no tiene otro fundamento sino la consideración del año en que fue escrita, sin tener más referencias que el hecho de que Husserl alguna vez aluda a algún término heideggeriano. A mi entender lo que define la tarea husseriana fundamental de los años 20 es el ensayo husseriano por captar el sentido de la Modernidad como una profundización de la idea fundacional de Europa a la vez que como una peligrosa distorsión, que también se consuma en la Modernidad, de la idea de racionalidad y de vida desde la razón libre, que también definía el proyecto europeo. En esos años se esfuerza Husserl por conectar la fenomenología que ha definido antes de la Guerra con los análisis de la Modernidad; y esto ocurre ya a principios de la década, en 1922, y por supuesto en el texto de las lecciones sobre *Erste Philosophie* de 1923/249.

Basten estas indicaciones para una orientación crítica sobre el sentido de la obra de Husserl. Pero ¿en qué va a consistir la aportación fundamental husseriana en estos años y ya sobre todo en *La crisis de las ciencias europeas* y que sea relevante para nuestro tema, la comparación con el marxismo?

En la parte anterior, en la que he tratado de destacar el sentido de la estética trascendental como una epistemología antipsicologista, he procurado exponer un tema o concepción del conocimiento que sería necesario para la filosofía marxiana; por eso he propuesto como encabezamiento del sentido de esa parte una frase de Marx. Los análisis de Marx deben ser completados por Husserl, pues Marx no podría dar una respuesta definitiva -utilizando los conceptos operativos de que disponía en virtud de la tradición filosófica- a la pregunta de qué sean verdaderamente las relaciones de producción de la sociedad humana?; eso sólo sería posible desde un análisis fenomenológico en el que mediante la reducción hemos llegado a un nivel que no es ni naturaleza ni espíritu, porque la realidad originaria trasciende los conceptos de la metafísica.

Ahora vamos a intentar algo opuesto: en la consideración de la historia Husserl debe ser completado por Marx, precisamente porque los análisis de Husserl son limitados; pero para indicar que en sí mismos son perfectamente válidos, iniciamos esta parte con un texto husserliano plenamente legítimo para toda la tradición marxiana y cuya comprensión es en primer lugar imprescindible para entender esta segunda etapa de la obra de Husserl, pero que a la vez, y en segundo lugar, es necesario complementar con los análisis marxianos.

La frase aparece en La crisis y es fundamental; dice "Blosse Tatsachenwissenschaften machen blosse Tatsachenmenschen", "ciencias de sólo hechos hacen hombres de sólo hechos". Fundamentalmente a la interpretación de esta lapidaria frase, en el sentido antes mencionado, estará dedicada esta cuarta parte.

En primer lugar quisiera dejar sentado que de lo que ahora se trata no es tanto de recopilar la noción de historia e historicidad en Husserl como de situarse ya en un nivel político o sociocultural. ¿Por qué es preciso hacer esa matización? Cuando se dice que Husserl no ha tenido en cuenta la historia no se acostumbra a distinguir la historicidad individual de la historia de la especie. En la primera época la puesta a punto del método implicaba la fundamentación de la historicidad de la conciencia. Cada individuo es un ser histórico, pues lleva en sí una historia. Justamente esta característica la había expuesto Husserl en las Ideen II, cuando dice en la pág. 137 que esa es la diferencia entre las cosas y los seres animáticos; mientras aquellas pueden repetirse, los seres humanos no lo pueden, porque la historia no puede sino alterarse en el transcurso histórico. Frente a las cosas "a la esencia de la realidad anímica pertenece el que de un modo principal no pueda volver el mismo estado total"; por tanto al ser anímico pertenece la irreversibilidad.

Desde el momento en que además cada realidad anímica no es un ser aislado sino social desde su propia raíz, pues ya sabemos que toda subjetividad es intersubjetividad, aquella historicidad que caracteriza al ser humano es una historicidad que se extiende o constituye en la unidad y diversidad de las generaciones, si bien siempre a partir de la historicidad de la realidad originaria de cada uno que asume en un contexto generacional.

Ahora bien, el problema no es este carácter histórico de la conciencia, sino la posibilidad de fundar, legitimar o descubrir una trayectoria, una línea, una orientación o sentido de la historia como historia de la humanidad. Precisamente éste es el tema de la segunda etapa de la fenomenología, algunos de cuyos puntos es preciso destacar, aunque sea en rápidas pinceladas.

La aproximación husserliana a la historia de la humanidad empieza por la tematización de la cultura europea, del sentido de la cultura europea tal como se diseña en Grecia. En segundo lugar, sigue con el estudio de la Modernidad en la doble perspectiva de desarrollo de esa cultura filosófica alumbrada en Grecia y de la perversión de la misma. En tercer lugar, es un ensayo de fundamentar la necesidad de la

fenomenología a partir de problemas concretos producidos por la misma historia moderna. Estos dos últimos puntos llevan a estudiar la relación entre las ciencias y el sujeto o subjetividad que las produce. Esta tarea la realiza Husserl de modo preferente con tres ciencias o saberes: con la lógica, fundamentalmente en torno a los años 19/20, años de los que proceden los manuscritos que están en la base de Experiencia y Juicio; la psicología, siguiendo la tradición crítica anunciada ya en la primera época, actitud crítica que se agudiza y profundiza en la última obra, en La crisis. Y en tercer lugar, las ciencias físico-matemáticas.

5.6 El mundo de la vida.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 44-47

El Lebenswelt o el mundo de la vida, o el mundo vital

El tema del Lebenswelt es, a pesar de todo, un tema relativamente escurridizo, quizás por el éxito mismo que la filosofía contemporánea ha concedido a este concepto. En primer lugar hay que tener en cuenta que, siendo tal vez el último en aparecer, no es un concepto ausente en la filosofía de Husserl, incluso se puede decir que es fundamental en la fenomenología. Por tanto es necesario, para terminar de entender la filosofía de Husserl, averiguar el lugar que el Lebenswelt ocupa en ella, para lo cual es preciso saber ante todo qué es el mundo de la vida y qué papel desempeña en la arquitectura de la fenomenología. No son pocos, en efecto, los equívocos al respecto, pues es frecuente comprender ese concepto desgajado de todo el intento de la fenomenología de pensar una ciencia en sentido estricto, e.d. una ciencia en autorresponsabilidad absoluta, que además tiene que servir de modelo, en lo que concierne a la autonomía teórica que debe caracterizarla, también para la autonomía práctica. Sólo desde esta consideración se ha de profundizar en los diversos caminos que ha seguido este importante concepto, en torno al cual se va a aglutinar parte de la diversidad del pensamiento contemporáneo.

En el concepto de mundo de la vida se aúnan varias parejas de problemáticas que es conveniente desenmarañar y que están en el centro de las preocupaciones filosóficas de la actualidad. En primer lugar y por seguir el orden mismo de la exposición de Husserl en La crisis de las ciencias europeas, tendríamos la oposición mundo de la vida/mundo científico, donde nos encontramos con la oposición o el problema del mundo ordinario y su tecnificación o domesticación (haciéndole perder toda enigmática) por PRODUCTOS TEÓRICOS, al pensar el mundo ya como explicado por las teorías de la ciencia, y por PRODUCTOS PRÁCTICOS, al estar nuestro entorno totalmente habitado y controlado por la técnica, procedentes todos ellos de la ciencia.

En efecto, nuestro mundo actual es un mundo que sólo lo entendemos desde lo que nos dice la ciencia; para nosotros está ya interpretado y explicado por la ciencia, ha dejado de ser un enigma, un misterio. En segundo lugar, está también domesticado, controlado por la técnica, que es el resultado de la ciencia. También desde esa perspectiva ha dejado de ser una fuente de peligrosidad. El mundo científico ha descendido hasta el mundo de la vida prácticamente hasta convertirlo en algo irreconocible sin ciencia. Nuestro mundo de la vida, el mundo en el que vivimos, es el creado por los científicos, técnicos e ingenieros, hasta el punto de que han logrado que olvidemos que en realidad el mundo científico no es originario, no es el mundo del que tomamos el sentido de lo real. La tierra en la que vivimos no es el planeta que gira alrededor del sol, sino el suelo que nos sustenta y vemos a nuestro derredor. Mas cabe preguntarse si esta situación, propia de nuestro siglo, no tiene ninguna consecuencia, si no presenta ningún lado problemático. La ciencia moderna trata sólo de los hechos y sus relaciones. Eso significa que para ella la cuestión del sentido del mundo o de los valores

de la vida no entra en consideración. Mas entonces, la pérdida de sentido o ausencia de sentido del mundo y de la vida con que la ciencia se habitó a convivir se ha traspasado al mundo mismo ordinario, a medida que éste se tecnificaba o se convertía aparentemente en un mundo producto él mismo de la ciencia y tecnología. El olvido del mundo de la vida provocado por el objetivismo, es decir, por la exigencia metodológica de la ciencia de tener en cuenta sólo los hechos, con la desorientación y emprobrecimiento humanos que esta situación implica, no puede quedar sin consecuencias. Porque detrás de esa colonización del mundo de la vida por el mundo científico, por un mundo dominado por los hechos, se introduce una imagen del hombre sumamente peligrosa, una imagen del ser humano como ser de meros hechos, sin valores, sin ideales a los que someterse y que intentar realizar, con lo que la idea del ser humano promovida por esa situación no puede menos de ser políticamente peligrosa, porque transmite un desprecio total de los seres humanos como nunca se había dado antes. Con esto la crisis epistemológica se ha convertido en una crisis antropológica.

No es necesario advertir que esta situación que Husserl descubría y describía en los últimos años de su vida no sólo ha seguido en los años posteriores, sino que se ha afianzado. Por eso ahora estamos viendo esas consecuencias. La primera no se ha hecho esperar muchos años. La creencia y confianza absoluta en que la ciencia resolvería todos nuestros problemas, la confianza ciega por tanto en la tecnología, ha llevado a extender esa colonización del mundo de la vida hasta extremos tales que ha terminado por poner ya en peligro la propia subsistencia de la especie. El olvido de que en definitiva el mundo de la vida debe ser de la vida puede destruir el mundo como un mundo adecuado para la vida. La problemática del *Lebenswelt* lleva a plantear directamente la situación de nuestra cultura y civilización desde la perspectiva abierta por Husserl con este concepto

5.7 Preguntas del tema 4

- ¿Qué tema o temas radicalmente nuevos afloran en la obra Husserl a partir del período de la Gran Guerra del 14?
- ¿Supone el surgimiento de este tema o conjunto de temas un corte radical en la filosofía de Husserl? Razone la respuesta.
- ¿Qué entiende la fenomenología de Husserl como proyecto de Europa y qué supondría la quiebra de semejante proyecto?
- En su opinión ¿cree que cuando Husserl se refiere a la idea de Europa y al modelo de racionalidad que ella representa está cayendo la fenomenología en lo que solemos denominar como etnocentrismo? Razone la repuesta.
- Husserl establece en las Ideas II una diferencia entre las cosas puramente materiales y los seres anímicos. ¿Cuál es esa diferencia y en qué medida, a partir de ella, podemos comenzar a hablar de la historicidad y socialidad del sujeto?
- Exponga el significado que tiene la oposición mundo de la vida/mundo científico en La crisis de las ciencias europeas.
- Dada la pluralidad fáctica de mundos de la vida, ¿significa la reivindicación husseriana de una vuelta al mundo de la vida la legitimación de cualquier mundo de la vida posible? Razone la respuesta.

6 Tema 5. De la actitud natural a la actitud trascendental

6.1 Introducción

Como se ha dicho en la Introducción, después de ver el encaje biográfico de la obra de Husserl, es hora de empezar el estudio de sus conceptos más importantes o desde los elementos estructurales que componen la fenomenología, de manera que el alumno pueda adquirir una visión global de los temas fundamentales de la investigación fenomenológica. Naturalmente que no podemos ser exhaustivos. Nuestra oferta no es sino una selección de temas, pero nos hemos fijado en aquellos que, en nuestra opinión, resultan imprescindibles para no perder la perspectiva global que es necesario mantener. Como se dice en la presentación del curso, si no se percibe la unidad de fondo de las obras de Husserl, se puede hasta tener tres visiones opuestas, sin unidad alguna. En la fenomenología hay, por tanto, una intención profunda, que recorre toda la obra de Husserl y una realización concreta de esa intención en los diversos textos. Lo más difícil de la fenomenología es precisamente comprender cómo la intención se materializa en los diversos conceptos, o si se quiere, en qué medida los diversos conceptos que constituyen la estructura de la fenomenología contribuyen a cumplir la intención o función filosófica con que Husserl la concibe. Encajar esta dualidad, entre estructura y función, o entre conceptos e intención es lo que fundamentalmente perseguimos en esta segunda parte. En ella es muy importante comprender con la precisión que podamos los que podemos llamar conceptos estructurales, aquellos conceptos que pertenecen a la fenomenología como edificio de pensamiento, así como obtener una visión de la intención de la fenomenología en su conexión histórica, en su incardinación en un momento determinado de la historia. Y el primer concepto que hay que abordar, porque en él se ventila el que podamos entrar en la propia fenomenología son los conceptos de epojé y reducción. En torno a ellos se han centrado la mayor parte de los malentendidos, por eso es imprescindible detenerse un buen periodo de tiempo en ellos, y deshacer todos los malentendidos que sobre ellos se han ido acumulando.

La reducción ha sido uno de los conceptos que más trabajo le dio a Husserl. En realidad toda su vida le estuvo dando vueltas, incluso se hizo muy conocido un modo de hablar, que se ha consolidado, el de los caminos de la reducción. Si la reducción es el modo de acceder a la esfera propia de la fenomenología, Husserl lo presenta de diversos modos, y solo que se llama los caminos de la reducción. Usualmente se suelen distinguir tres caminos o vías por medio de los cuales se pretende acceder a la esfera trascendental propia de la fenomenología: Camino cartesiano, camino del mundo de la vida, al que también se lo califica, significativamente, como camino histórico, y camino a través de la psicología. Como la mayor parte de las presentaciones que se hacen de la fenomenología se efectúan a partir de las Ideas y estas utilizan la senda cartesiana, se suele definir la filosofía de Husserl como un cartesianismo refinado, confundiendo, así, el camino para alcanzar la fenomenología con la fenomenología misma. Por otra parte, no son pocas las veces que nuestro autor ha aludido críticamente al camino cartesiano, precisamente por los malentendidos a que dio lugar e, incluso, y lo que es más importante, por las dificultades intrínsecas del mismo. Semejantes dificultades tenían que ver, sobre todo, con los serios problemas que hay para justificar desde él la intersubjetividad y la historia, empobreciendo correlativamente la fenomenología y su viabilidad como filosofía. Es por eso por lo que Husserl, a medida que pasan los años, sin descartar nunca del todo la senda cartesiana, se inclinó claramente en favor de los

otros dos. Para una crítica del camino cartesiano puede verse el § 43 de La crisis de las ciencias europeas. Sobre la vías psicológica y la del mundo puede hojearse, en esta misma obra, la parte III, que está desdoblada en dos secciones, la A y B, siendo cada una de ella un acceso a la fenomenología a partir del mundo y de la psicología respectivamente.

6.2 La actitud natural: la actitud naturalista y la actitud personalista. Sobre la actitud natural entendida de un modo genérico.

Parágrafos 27 y 30 de las *Ideas*, sobre la actitud natural, es decir, la actitud normal en la que nos encontramos en la vida. Especialmente importantes son las últimas líneas del § 27 sobre los componentes de mi mundo, componentes de cosas reales que en realidad son cosas que valen y tienen un sentido práctico. Ese es el mundo de la actitud natural.

§ 27. El mundo de la actitud natural: yo y mi mundo circundante

Empezamos nuestras meditaciones como hombres de la vida natural, representándonos, juzgando, sintiendo, queriendo "*en actitud natural*". Lo que esto quiere decir nos lo ponemos en claro en sencillas consideraciones, que como mejor las llevamos a cabo es en primera persona.

Tengo conciencia de un mundo extendido sin fin en el espacio y que viene y ha venido a ser sin fin en el tiempo. Tengo conciencia de él, quiere decir ante todo: lo encuentro ante mi inmediata e intuitivamente, lo experimento. Mediante la vista, el tacto, el oído, etc., en los diversos modos de la percepción sensible están las cosas corpóreas, en una u otra distribución espacial, *para mí simplemente ahí, "ahí delante"* en sentido literal o figurado, Io mismo si fijo la atención especialmente en ellas, ocupándome en considerarlas, pensarlas, sentirlas, quererlas o no. También están seres animados, digamos hombres, inmediatamente para mí ahí; los miro y los veo, los oigo acercarse, estrecho su mano al hablar con ellos, comprendo inmediatamente lo que se representan y piensan, qué sentimientos se mueven en ellos, qué desean o quieren. También ellos están ahí delante, *en mi campo de intuición*, como realidades, incluso cuando no fijo la atención en ellos. Pero no es necesario que ni ellos, ni los demás objetos, se encuentren justamente en mi *campo de percepción*. Para mí están ahí objetos reales, como objetos determinados, más o menos conocidos, a una con los actualmente percibidos, sin que ellos mismos estén percibidos, ni siquiera intuitivamente presentes. Puedo dejar peregrinar mi atención desde la mesa de escribir en que acabo de fijarla justamente con la vista, pasando por las partes no vistas del cuarto que están a mi espalda, hasta el balcón, el jardín, los niños que juegan en el cenador, etc., hasta todos los objetos de los cuales justamente "sé" que están acá o allá en el contorno inmediato que entra en mi campo de conciencia -saber que no tiene nada de un pensar conceptual y que únicamente al variar la dirección de la atención, y aún entonces sólo parcialmente, y las más de las veces muy imperfectamente se convierte en un claro intuir.

Pero tampoco con el círculo de esta *copresencia*, intuitivamente clara u oscura, distinta o indistinta, que constituye un constante halo del campo de percepción actual, se agota el mundo que para mí está en forma consciente "ahí delante" en cada momento de la vigilia. Este mundo se extiende antes bien, en un fijo orden del ser, hasta lo infinito. Lo actualmente percibido, lo más o menos claramente copresente y determinado

(determinado hasta cierto punto, al menos), está en parte cruzado, en parte rodeado por un *horizonte oscuramente consciente de realidad indeterminada*. Puedo lanzar hacia él rasgos de la mirada iluminadora de la atención, con variable resultado. Representaciones primero oscuras, pero que se van avivando, acaban por destacar algo determinado, eslabonándose una cadena de semejantes representaciones; el círculo de lo determinado se ensancha más y más, y en casos tanto, que queda establecida la conexión con el campo de percepción actual, como contorno *central*. Pero en general es distinto el resultado: una niebla vacía, de oscura determinación, se puebla de intuitivas posibilidades o presuntividades, y sólo se diseña la "forma" del mudo justamente en cuanto "mundo". El contorno indeterminado es, por lo demás, infinito. El nebuloso horizonte, nunca plenamente determinable, está necesariamente ahí.

Lo mismo pasa con el mundo en el orden del ser de su presencia espacial, que es el que he considerado hasta aquí, pasa con él por respecto al *orden del ser en la secuencia del tiempo*. Este mundo que está ahí delante para mí ahora, y patentemente en cada hora de la vigilia, tiene su horizonte temporal infinito por dos lados, su conocido y desconocido, su inmediatamente vivo y su no vivo y pasado y futuro. Poniendo libremente por obra esa forma de experiencia que me hace intuir lo que está ahí delante, puedo perseguir estas conexiones de la realidad que me circunda inmediatamente. Puedo cambiar mi posición en el espacio y en el tiempo, dirigir la mirada acá y acullá, hacia delante o hacia atrás en el tiempo;; puedo procurarme percepciones y representaciones siempre nuevas más o menos claras y ricas, o también "imágenes" más o menos claras en que me intuitivo lo posible y conjeturable en las formas fijas del mundo espacial y temporal.

De este modo me encuentro en todo momento de la vigilia y sin poder evitarlo, en relación consciente al uno y mismo mundo, bien que cambiante de contenido. Este mundo está persistentemente para mí "ahí delante", yo mismo soy miembro de él, pero no está para mí ahí como un mero *mundo de cosas*, sino en la misma forma inmediata, como un *mundo de valores y de bienes*, un *mundo práctico*. Sin necesidad de más encuentro las cosas ante mí pertrechadas, así como con cualidades de cosa, también con caracteres de valor, encontrándolas bellas, feas, gratas e ingratás, agraciadas y desgraciadas, agradables y desagradables, etc. En forma inmediata hay ahí cosas que son objetos de uso, la "mesa" con sus "libros", el "vaso", el "florero", el "piano", etc. También estos caracteres de valor y estos caracteres prácticos son inherentes *constitutivamente a los objetos que "están" "ahí delante" en cuanto tales*, vuélvame o no a ellos y a los objetos en general. Lo mismo vale, naturalmente, así como para las meras cosas, también para los hombres y animales de mi contorno. Son ellos mis "amigos" o "enemigos", mis "servidores" o "jefes", "extraños" o "parientes", etc.

§ 30 La tesis general de la actitud natural

Lo que hemos expuesto para caracterizar la minera de darse algo en la actitud natural, y con ello para caracterizar a esta misma, ha sido un trozo de descripción pura anterior a "*toda teoría*". Teorías, lo que quiere decir aquí opiniones preconcebidas de toda índole, las mantenemos rigurosamente alejadas de nosotros en estas investigaciones. Sólo como *facta* de nuestro mundo circundante, no como reales o presuntas unidades de validez, entran las teorías en nuestra esfera. Pero tampoco nos proponemos ahora la tarea de proseguir la pura descripción hasta elevarla a una caracterización sistemáticamente completa o que agote las anchuras y las honduras de lo

que se encuentra en la actitud natural (ni mucho menos en todas las actitudes que cabe entretejer armoniosamente con ésta). Semejante tarea puede y debe -como científica que es- fijarse como meta, y es una tarea extraordinariamente importante, bien que hasta aquí apenas vislumbrada. Pero aquí no es la nuestra. Para nosotros, que aspiramos a entrar por las puertas de la fenomenología, está ya hecho en esta dirección todo lo necesario; sólo hemos menester, de algunos rasgos característicos muy generales de la actitud natural, que han resaltado ya, y con suficiente claridad, en nuestras descripciones. justo tal claridad nos importaba especialmente.

Ponemos de relieve, una vez aún, algo importantísimo, en las siguientes proposiciones. Yo encuentro constantemente ahí delante, como algo que me hace frente, la realidad espacial y temporal una, a que pertenezco yo mismo, como todos los demás hombres con que cabe encontrarse en ella y a ella están referidos de igual modo. La "realidad" la encuentro -es lo que quiere decir ya la palabra- *como estando ahí delante* y *la tomo tal como se me da, también como estando ahí*. Ningún dudar de datos del mundo natural, ni ningún rechazarlos, altera en nada *la tesis general* de la actitud natural "El" mundo está siempre ahí como realidad; a lo sumo, es aquí o ahí "distinto" de lo que presumía yo; tal o cual cosa debe ser borrada *de él*, por decirlo así, a título de "apariencia", "alucinación", etc., de él, que es siempre -en el sentido de la tesis general- un mundo que está ahí. Conocerlo más completa, más segura, en todo respecto más perfectamente de lo que puede hacerlo la experiencia ingenua, resolver todos los problemas del conocimiento científico que se presentan sobre su suelo, tal es la meta de las *ciencias de la actitud natural*.

6.3 La epojé y la reducción trascendental.

Para este punto vamos a aportar un texto de fundamental de La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pero deberá volver a leer el texto de La estructura del método fenomenológico, del tema tres, sobre el sentido de la epojé y la reducción

De *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón*, pp. 53-66

6.3.1.1 Epojé y reducción: el proyecto de una fenomenología crítica

Aquella exclusión o puesta fuera de consideración del tiempo objetivo del mundo, que parece necesaria para poder fijarse y describir el tiempo subjetivo, es lo que muy pronto llamará Husserl epojé, palabra que será utilizada en el seno de un ensayo de crítica general de la razón; es decir, no sólo va a servir para no mezclar lo que pertenece al dominio de la conciencia con lo que pertenece al dominio de lo objetivo real, sino para iniciar una fenomenología crítica, aunque en este caso no aplicada sólo al tiempo objetivo sino a todo lo trascendente, en una operación por la cual prescindimos o excluimos de nuestra consideración todo supuesto sobre el mundo y nos reducimos a la conciencia y sus fenómenos. Vamos a ver un poco más de cerca estas operaciones, tal como aparecen ya en 1907 en el contexto de la crítica del conocimiento, es decir, de una fenomenología crítica que se presenta como el primer paso de una filosofía responsable.

El punto de partida no es otro que la imposibilidad de explicar el conocimiento desde un supuesto psicólogo. Veamos brevemente los pasos de Husserl. Es evidente que el conocimiento es un hecho psicológico, que se caracteriza por referirse o alcanzar unos objetos; mas ¿cómo se dan los objetos en el conocimiento?, y ¿cómo sé que tales objetos son tal como se piensan que son según el conocimiento, que son tal como el conocimiento los menciona? ¿Son sólo "ficciones", como diría Hume, explicables desde la psicología? Sin embargo, también Hume pretende aludir a cómo ocurren las cosas en

el psiquismo humano, es decir, su filosofía pretende alcanzar una realidad, no fingirla, con lo que su filosofía parece incurrir en una contradicción consigo misma. Mas ¿qué valor tiene el principio mismo de contradicción?, ¿no es igualmente un hecho psicológico de carácter biológico, es decir, explicable desde la biología? «Recordamos, dice Husserl, la moderna teoría de la evolución, según la cual el hombre se ha desarrollado en la lucha por la existencia y merced a la selección natural; y, claro es, con el hombre, también su intelecto, y con el intelecto, a su vez, todas las formas que le son propias, es decir, las formas lógicas. ¿No expresan, por lo tanto, las formas y leyes lógicas la peculiar índole contingente de la especie humana, que podría ser de otro modo y que será otra en el curso de la evolución futura? El conocimiento es, pues, tan sólo conocimiento humano, ligado a las formas intelectuales humanas, incapaz de alcanzar la naturaleza de las cosas mismas, de las cosas en sí» (*La idea de la fenomenología*, pág. 30).

Ahora bien, sigue Husserl, no tardaremos mucho en percarnos del sinsentido de quienes discurren de tal modo, pues cabe preguntar si esas opiniones intentan decir realmente algo o sólo expresan una opinión que, de antemano, se pone a sí misma como opinión; es decir, la misma teoría de la evolución, ¿no pretende darnos una visión adecuada de cómo debieron ocurrir las cosas realmente? Mas si los principios mismos de la lógica se convierten en relativos, en puros hechos dependientes de otros hechos, se estaría admitiendo la posibilidad de que, por ejemplo, el principio mismo de contradicción no tuviera una validez absoluta, de que una verdad determinada fuera compatible con «la verdad de la proposición contradictoria», de que, por ejemplo, la teoría de la evolución, desde la que se quiere derivar la razón humana, sea y no sea a la vez y en el mismo sentido.

Si, pues, no somos capaces de comprender o explicar el conocimiento desde una perspectiva natural, será necesario iniciar un camino nuevo, en el cual hay que partir de un reconocimiento de la enigmática de lo trascendente del conocimiento, de la enigmática de unas operaciones que alcanzan algo que es independiente de ellas, algo que está fuera de él. Para empezar, pues, con una teoría segura, será preciso no contar en esa teoría con la realidad efectiva de lo trascendente. En esta realidad trascendente está incluido el sentido real mismo que afecta a todo lo psicológico, puesto que un acto de conocimiento es un acto real en el tiempo objetivo, en un espacio real. El fenómeno «en este sentido sucumbe a la ley a que hemos de someternos en la crítica del conocimiento: a la de la epojé respecto de todo lo trascendente» (op. cit., pág. 54). La crítica del conocimiento no puede utilizar nada de lo que haga referencia a lo trascendente, que ha de ser «afectado» con el «índice de la desconexión, o con el índice de la indiferencia, con el índice gnoseológico cero; con un índice que proclama: aquí no me importa en absoluto la existencia de todas estas trascendencias, crea yo o no en ella; este no es el lugar de juzgar acerca de ella; ese asunto queda aquí completamente fuera de juego» (op. cit., pág. 51). Practicar esta desconexión es lo que Husserl entiende en ese momento como «llevar a cabo la reducción gnoseológica» (ibidem).

Hemos visto, pues, que la reducción es una operación simultánea de la epojé y que está al servicio de una crítica del conocimiento, es decir de una fenomenología crítica. Vamos a tratar de desvelar este sentido crítico de la epojé y la reducción en esta su primera aparición. Inmediatamente después de haber expuesto lo anterior en la lección tercera del texto que comentamos, *La idea de la fenomenología*, pasa Husserl a ver qué queda, si no hacemos uso de lo trascendente; pues bien, contestará Husserl, queda el

mismo hecho del conocimiento, cartesianamente dice que queda la cogitatio, que representa una esfera de datos absolutos, es decir, datos que se ponen a sí mismos, que, por lo tanto, no deben su verdad al hecho de pertenecer a un mundo o a un yo que está inmerso en el mundo y, en consecuencia, sometido a una causalidad mundana.

Presumiblemente estas páginas de *La idea de la fenomenología* son de las más importantes de Husserl y es preciso captar bien su sentido. Al poner fuera de consideración la trascendencia objetiva de, por ejemplo una percepción, digamos, de esta mesa que veo, no en razón de que yo dude de ella, sino porque no puedo derivar el conocimiento de ninguna existencia anterior, porque esa misma existencia tendría problemas semejantes de legitimación, me quedo sólo con mi percepción en cuanto mía; esa percepción es un dato absoluto o un punto de partida absoluto, que para ser puesto, es decir para ser dado como real, no necesita de la existencia del mundo, es decir, yo no tengo que pensarle ningún soporte para derivarlo de él; se da en sí mismo; en este sentido es absoluto. Con esto llega Husserl a una conclusión: a todo fenómeno psíquico, es decir, perteneciente a mi psiquismo real, a este psiquismo que está en el mundo, en un espacio y tiempo objetivo, corresponde por la reducción fenomenológica un fenómeno puro que exhibe su esencia inmanente como dato absoluto.

Ahora bien, ¿nos podemos quedar sólo con el fenómeno en cuanto cogitatio, por ejemplo, en cuanto percepción? Y ahora hay que avanzar en un sentido muy importante en la fenomenología, que nos va a obligar a profundizar y ampliar el sentido de la palabra Irascidente' y, correlativamente, el sentido de su opuesta "inmanente"; vamos a citar para ello el propio texto de Husserl que después comentaremos:

«Mirada más atentamente, por cierto, la trascendencia tiene un doble sentido. Puede querer decir, de una parte, el no-estar-contenido-como ingrediente en el acto de conocimiento, de modo que por 'dato en el verdadero sentido' o 'dato inmanentemente' se entiende el estar contenido como ingrediente. El acto de conocimiento, la cogitatio posee partes ingredientes, partes que la constituyen como ingredientes; en cambio la cosa que ella menta y que supuestamente percibe, que recuerda, etc., no se halla en la cogitatio misma como vivencia, al modo de un fragmento ingrediente, como algo que efectivamente existe en ella. La pregunta, pues, es: ?cómo puede la vivencia ir, por así decirlo, más allá de sí misma? Por tanto, aquí 'inmanente' quiere decir 'inmanente como ingrediente en la vivencia del conocimiento'.

«Todavía hay, sin embargo, otra trascendencia, cuyo opuesto es otra inmanencia completamente diferente, a saber: el darse de modo absoluto y claro, el darse a sí mismo en el sentido absoluto. Este estar dado que excluye toda duda sensata, este ver y captar absolutamente inmediato el objeto mentado mismo y tal como es, constituye el concepto pleno de evidencia, entendida, por cierto, como evidencia inmediata. Es trascendente en este segundo sentido todo conocimiento no evidente, que menta o pone, si, lo objetivo, pero no lo ve él mismo. En él vamos más allá de lo dado en cada caso en el verdadero sentido; más allá de lo que directamente se puede ver y captar. La pregunta es ahora: ¿cómo puede el conocimiento poner como existente algo que no está directa ni verdaderamente dado en él?» (*La idea de la fenomenología*, págs. 45 ss.).

Nos hemos permitido citar este largo texto, porque tal como un poco más adelante veremos, las dos nociones de trascendencia van a jugar un importantísimo papel en el desarrollo de la obra de Husserl. Detengámonos ahora un poco en él. Hay, pues, dos

nociones de trascendente y, correlativamente, otras dos de inmanente. Una percepción incluye, por ejemplo, como ingrediente suyo la sensación cinestésica de los ojos que miran con atención y tensión una cosa; esa sensación es un ingrediente del acto mismo de percibir, es, por lo tanto, inmanente a la percepción; como opuesto a esta noción de inmanente, trascendente será lo visto en la percepción, esa superficie de color concreta que yo veo delante de mí. Pero junto a este sentido del par trascendente-inmanente Husserl postula otro par: inmanente es lo absolutamente dado, lo que se da a sí mismo de modo absoluto; desde esa perspectiva todo conocimiento no absolutamente evidente sería trascendente. ¿Qué se quiere decir con todo esto? La incidencia que estas nociones tienen en el desarrollo del concepto de reducción obligan a aclararlas todo lo que podamos; para ello es preciso conocer qué es un 'acto intencional' y el 'objeto' de ese acto.

Una percepción, por ejemplo la del reloj que tengo delante -prescindiendo de los rasgos práctico-culturales implicados en tal percepción-, incluye como ingredientes la mirada que yo siento principalmente como sensación cinestésica, es decir, una sensación en los músculos oculares, en el movimiento de los párpados. Esta mirada es inmanente a la percepción en el primer sentido, como trascendente a ella, en ese mismo sentido, es lo que yo veo del reloj y que vamos a llamar lo realmente dado. Ahora bien, lo realmente dado no es el objeto como tal, que sólo está mentado como unidad del conjunto de fenómenos que yo puedo ver sucesivamente desde diversas perspectivas, aunque cada vez lo vea de una sola manera, de una sola perspectiva. El objeto intencional es, pues, la unidad de todos los fenómenos que se dan y se pueden dar en un acto intencional. Pues bien, partiendo de estas nociones, Husserl introduce un segundo concepto de inmanente y trascendente: inmanente es no sólo lo que incluye la percepción como ingrediente sino también lo realmente dado, es decir, la percepción como acto y lo realmente percibido en tal acto, en el caso del reloj, lo que yo veo realmente del reloj; por su parte trascendente sería el reloj en cuanto tal, que yo nunca puedo ver, pues sólo veo de él una parte. El reloj en cuanto reloj no se da a sí mismo, pues sólo ofrece una cara o fenómeno; en ese sentido el reloj es trascendente, en la medida en que sólo se da mediante fenómenos, es decir de un modo mediato, no inmediatamente.

Esta distinción es muy importante, porque ella va a determinar el uso de la reducción para una fenomenología crítica, a la vez que revelará los problemas que tal reducción, y por lo tanto tal fenomenología crítica, implican. Veamos estos últimos aspectos. Al buscar Husserl una fundamentación del conocimiento partiendo de una Crítica de lo no fundado, empezando al estilo cartesiano: -la trascendencia es enigmática, suprimámosla, es decir, afectémosla con el índice de exclusión, practiquemos epojé en relación a ella-, está diciendo algo distinto a lo que había dicho al hablar del tiempo: el tiempo objetivo posee características distintas a las del tiempo subjetivo o de la conciencia; no podemos, por lo tanto, describir este con categorías de aquél.

Nos encontramos, pues, que en este momento la reducción -y la fenomenología, en la medida en que depende de la misma- tiene una doble función, por un lado la de descubrir y describir los fenómenos de conciencia, la vida subjetiva, en cuanto son independientes del mundo, es decir, en cuanto presentan una realidad que se da en sí misma, sin que sea lógicamente necesario pensarlos como relativos a otra instancia, sino sólo como míos, mi realidad absoluta; pero, por otro lado, la de fundar una crítica desde

el momento mismo del descubrimiento de esa esfera, considerando como fenómeno absoluto aquel que no incluye en sí ninguna trascendencia, o como más adelante dirá, lo apodícticamente dado, es decir algo que al no tener ninguna mediación no puede ser negado, porque incluye en sí la absoluta impensabilidad de la no existencia. Pues bien, todo el quehacer filosófico de Husserl estará determinado por estas dos funciones de la reducción.

Para poder entender más precisamente estos puntos, vamos a introducir otro par de conceptos que nos va a simplificar algunas descripciones. Para Husserl la actitud que mantenemos en nuestra vida ordinaria es la actitud natural, que se caracteriza por estar orientados a nuestras cosas, por fijarnos más en el tiempo objetivo, en el del reloj, que, ya sabemos, es a la vez el del sol y los astros, por vivir en el mundo, en un mundo en el que hemos nacido y en el que también vamos a morir, un mundo que nos circunda por doquier. Frente a esta actitud natural, actitud en la que también viven los científicos, Husserl trata en la fenomenología de instaurar una actitud fenomenológica, en la cual se prescinde de esa vida ordinaria, de ese convencimiento de la omnipresencia del mundo que todo lo abarca y todo lo determina; en la actitud fenomenológica interrumpe este modo de vida fijándose en la experiencia de las cosas, en la vida en la que aparecen las cosas, en lo que realmente veo del mundo, en el tiempo subjetivo y no en el objetivo; pues bien la reducción y la epojé tienen una primera función: asegurar que nuestras descripciones se refieren a ese ámbito subjetivo, es decir, conseguir y garantizar el paso de la actitud natural a la actitud fenomenológica. Ahora bien, al haber concebido el situarse en la actitud fenomenológica como la condición de una crítica de la razón, empezándola desde el principio, busca inmediatamente en esa actitud fenomenológica sin más preparación lo absolutamente dado y fundado, lo apodícticamente evidente.

Mas ¿qué pasó? Que antes de iniciar esa crítica de la razón era necesario anclarse firmemente en ese campo de los fenómenos, en la actitud fenomenológica, en el ámbito de lo subjetivo. Desgraciadamente las publicaciones fundamentales de Husserl, las *Ideas* de 1913 y las Meditaciones cartesianas (ya sabemos que en vida de Husserl sólo fueron publicadas en francés) exponían la reducción fundamentalmente desde la postura crítica o desde la fenomenología crítica que acabamos de ver; en las lecciones de clase, sin embargo, así como en sus trabajos de investigación fenomenológica, acostumbraba más a situarse en el ámbito fenomenológico y describir. Precisamente ya en 1910, en la *Grundproblemevorlesung*, se dio cuenta de que estaba trabajando con dos objetivos diferentes, que, por un lado, su epojé y reducción le servían para acceder a un campo nuevo que hay que asegurar ante todo y después describir en sí mismo, sin interpretarlos por prejuicios provenientes del campo de lo objetivo; y en segundo lugar, que con las mismas, es decir, con la epojé y reducción, quería a la vez llevar a cabo una crítica de la razón. Precisamente en ese momento intentó Husserl adecuar la epojé y reducción a esa fenomenología descriptiva, al margen de una fenomenología crítica, y por eso postuló la necesidad de excluir toda falsa limitación. Para ello vuelve otra vez sobre las nociones de inmanente y trascendente que antes hemos visto, añadiéndole un tercer par, con lo que tenemos ya tres conceptos de inmanente y otros tres correlativos de trascendente. Veámoslos en el siguiente esquema:

Nóesis	Nóema		
Cogitatio	Cogitatum		
Acto intencional	Objeto intencional		
Ingredientes reales	Lo dado realmente	Lo dable, e.d., implicado en lo dado	Objeto real, Cosa en sí, ni dado ni dable
Inmanente (1)	trascendente (1)		
inmanente (2)	trascendente (2)		
inmanente (3)	trascendente (3)		

No es difícil entender este esquema; un acto intencional, lo que en las *Ideas* llama Husserl una nóesis o cogitatio, tiene sus ingredientes, como ya lo hemos dicho anteriormente; en dicho acto se da un objeto intencional, lo que Husserl llamará *nóema* o *cogitatum*. La característica intencional de la conciencia dice que a todo acto de conciencia, a todo acto intencional, corresponde un objeto intencional, a toda cogitatio un cogitatum. Ahora bien, en el objeto intencional debemos distinguir lo que realmente está dado, por ejemplo, el aspecto que en este momento veo yo del reloj; lo que yo puedo ver del mismo objeto sucesivamente, todas aquellas perspectivas que de él puedo tener y que están implicadas en lo dado, y el objeto real, que seda la cosa en sí, que obviamente no es lo dado (que es sólo un aspecto) ni es dable, pues del objeto sólo se pueden tener aspectos parciales. Pues bien, ya sabemos que en La idea de la fenomenología maneja Husserl los dos primeros pares de conceptos de inmanente y trascendente, los números 1 y 2. La fenomenología crítica, situándose en el número 2, pide que se practique epojé de lo trascendente, es decir de todo aquello que no está realmente dado, quedándose sólo con lo realmente dado, que, junto con lo que pertenece a la vivencia como ingrediente, constituiría el ámbito de lo absolutamente dado, el ámbito de la inmanencia fenomenológica absolutamente fundada.

Ahora bien, en la *Grundproblemvorlesung* de 1910/1911 dice Husserl que con tal exigencia «la exclusión es tan radical que ya no encontramos nada para juzgar» (véase, Ha. XIII, pág. 160), es decir que se ha destruido el campo mismo de la vida subjetiva, con lo cual «toda la empresa de la desconexión pierde todo su sentido» (ibidem). En efecto, la vida subjetiva es un entramado en el que el presente -como ya lo sabemos- implica el pasado, una retención, y el futuro, una protención, aunque ni el pasado ni el futuro están ahí en presencia originaria, en sí mismos, pues sólo pueden estar a través del presente; en este sentido lo pasado sería una trascendencia. La descripción fenomenológica exige, pues, iniciar una revisión o profundización de esos conceptos, para lo cual propone Husserl un tercer concepto de inmanente y, en consecuencia, de trascendente, según el cual lo inmanente abarca no sólo a los ingredientes de las nóesis y a lo realmente dado, sino también a lo dable que está implicado en lo dado, por ejemplo, el pasado y el futuro, las experiencias que tuve y que puedo tener de un objeto, etc.; todas estas trascendencias (desde el concepto 2) son o pertenecen a la inmanencia fenomenológica. La fenomenología se dedica a estudiar este campo de inmanencia y practica epojé respecto a lo trascendente en el tercer sentido; por eso dice Husserl que «la fenomenología no pretende desconectar la trascendencia en cualquier sentido» (op.

cit., pág. 171); la fenomenología sólo exige practicar epojé de aquellos objetos que no se pueden dar en sí mismos, sino sólo mediante aspectos o fenómenos, las cosas materiales, en definitiva, la naturaleza en la medida en que abarca el conjunto de las objetividades que aparecen mediante fenómenos. La epojé es puesta entre paréntesis de esa naturaleza, de ese trascendente y la consiguiente reducción es reducción al mundo fenoménico, a lo inmanente en el tercer sentido, a lo que es fenómeno o puede ser fenómeno, lo que es lo mismo, la fenomenología se reduce al estudio de los fenómenos reales o posibles.

El concepto de "epojé" y la reducción trascendental: la destrucción de la "representación"

Una vez que hemos llegado a este punto es necesario avanzar hacia nuevos niveles de profundidad, referidos ya a la actitud fenomenológica y que nos van a llevar a un aspecto nuclear de la fenomenología. Hemos expuesto el esquema del concepto de trascendente para que se viera con claridad qué es lo que incluye. Sabemos que la fenomenología quiere estudiar lo inmanente, que abarca tanto a la cogitatio como al cogitatum, a la nóesis como al nóema. Ahora bien, el nóema o el cogitatum, o el objeto intencional, siempre se refieren a un objeto; es decir, los aspectos -tanto lo dado como lo dable-, todos los otros aspectos posibles no son algo que esté en el aire, sino que siempre son aspectos de una cosa, de un objeto, que, sin embargo, no aparece en sí mismo; con palabras de la tradición filosófica podemos decir que todos esos aspectos constituyen representaciones de objetos, son, podríamos decir, vistas abiertas hacia el objeto; por eso en el esquema anterior hemos dejado abiertas las filas del nóema, del cogitatum y del objeto intencional.. La representación del objeto es tal que implica o fundamenta la seguridad que, por ejemplo en la percepción, tenemos sobre los diversos objetos del mundo. Esta seguridad con que vivimos en el mundo es lo que Husserl llama la tesis de la actitud natural; pues bien, la epojé consiste en eliminar o "desconectar" esa tesis que parece atravesar el nóema o el objeto intencional, haciendo que pongamos en ellos la existencia de ese objeto trascendente. Pero ¿por qué o para qué se procede a esa desconexión?, ¿para 'reducirme' a la representación?, ¿a la vida subjetiva? Si decimos que la vida de experiencia implica la posición (es decir la tesis, del griego *títhemi*: poner) de los objetos de experiencia, del mundo como conjunto de estos objetos, la epojé consiste en neutralizar ese carácter télico de la experiencia, que parece arrastrar a la experiencia más allá de sí misma, hasta los objetos reales, hasta lo trascendente en el tercer sentido.

Estas explicaciones, que pueden parecer confusas, nos van a servir para avanzar hacia un nuevo sentido de la palabra reducción, cuya trascendencia procuraremos desvelar enseguida. La noción de epojé y reducción que hemos visto son un intento de dirigir mi mirada a mi vida psíquica, a la experiencia que tengo de las cosas y del mundo; el mundo, lo trascendente, queda fuera, limitándome yo a mi representación, a lo que hemos llamado inmanente -en el tercer sentido-. Nos reducimos a la vida psíquica en su doble vertiente: los actos mentales, en la conexión temporal que tienen y lo dado en esos actos mentales, también en su doble vertiente de lo realmente dado y lo que puede ser dado. Ahora bien, en este caso la fenomenología no parece tratar de la realidad, sino sólo de la representación de la realidad; incluso así parece ser desde el momento en que la propia fenomenología exige prescindir de la realidad, de la naturaleza, del mundo objetivo.

Pero ¿no nos estamos moviendo, aunque de una manera sutil en una contradicción?, pues ¿qué puede ser esa realidad que aparece mediante fenómenos, pero de la cual yo nada sé en sí misma, aunque hable continuamente de ella, hasta el punto de poder referirme a ella para ponerla entre paréntesis? Pues bien, si profundizamos en esa diferencia, la existente entre la representación y la realidad, no es difícil constatar que representación sería todo lo que yo puedo saber de la realidad, de las cosas, del mundo; mas entonces, todo rasgo de lo trascendente es un rasgo perteneciente a la propia representación. La posición de un objeto como independiente o situado más allá de la representación es una característica de la propia representación. Con lo cual llegamos a la conclusión de que la epoje inicial era sólo provisional, porque aquello que queda puesto entre paréntesis o desconectado en realidad no era sino un título que hipostasiaba -es decir lo convertía en algo independiente- lo que en realidad era resultado de mi propia vida. La epoje lo que hacía era suprimir el olvido, o iniciar los trámites para suprimir el olvido de que detrás de ese trascendente está mi propia vida, que era yo mismo quien daba sentido, el sentido que hemos utilizado continuamente al hablar de ella, a esa realidad que la epoje postula poner entre paréntesis. De esa manera, la realidad dada en la representación es llevada, es decir, re(con)ducida. o reducida a la experiencia de la realidad, que eso es lo que quiere decir la palabra 'representación' en este contexto.

Ahora bien, ¿es que lo real se ha convertido en sólo representación? no; al revés. La representación era una palabra inadecuada procedente de la tradición filosófica moderna, aunque anclada en teorías muy anteriores; procedente, en definitiva, de un pensamiento filosófico que introducía entre el sujeto y la realidad la representación como medio del conocimiento. Mas tal introducción entre el sujeto y la realidad es ampliamente contradictoria, porque todo lo que sepa de la realidad lo sé por el conocimiento, es decir, la realidad no puede estar más allá de lo conocido o cognoscible; y una representación a partir de la cual conozca la realidad es también contradictoria, pues necesitaría una representación para conocer tal representación, iniciándose un proceso infinito que convertiría el conocimiento en imposible. Por todo ello la conclusión tiene que ser que la realidad, ese trascendente inicialmente puesto entre paréntesis, no puede ser otra cosa sino la experiencia que de él tenemos o podemos tener. De este modo la epoje ha sido llevada a reducción trascendental y la realidad, que al principio aparecía como lo que no es dado ni dable, lo independiente del conocimiento, del sujeto, es re(con)ducida a la experiencia del sujeto.

Ahora bien, ¿es que esa realidad pierde el carácter de independiente? sí y no. En el capítulo siguiente veremos que en este punto tiene mucha importancia la consideración de la situación de los otros; pero ya ahora puedo decir que lo real, en la medida en que es la totalidad de la experiencia efectiva y posible, siempre es más que la experiencia que de ello tengo, por lo tanto siempre está más allá de mi experiencia efectiva: en definitiva, que es un camino de experiencias posibles; así, la trascendencia, sin ser destruida, queda asumida, es decir, reconducida a la experiencia del sujeto.

Se habrá observado que con la práctica de la reducción trascendental hemos superado el primer planteamiento, el primer nivel de la epoje y reducción. Con esto se nos aclara la distinción que quería introducir en la actitud fenomenológica, pues esta puede ser entendida desde el primer sentido de reducción o desde el segundo, que es el que acabamos de explicar; teniendo en cuenta esto: la primera actitud fenomenológica

equivale a lo que Husserl llamará la actitud fenomenológica psicológica, mientras que la segunda corresponde a la actitud fenomenológica trascendental.

6.4 Los motivos para efectuar la reducción fenomenológica.

De *La estructura del método fenomenológico*, pp. 43-49

Los motivos de la reducción

"¿Qué entiende por fenómenos la ciencia natural, que desde Galileo le gusta llamarse ciencia de los fenómenos?... Fenómeno significa un cierto contenido,- que es la base de la valoración de realidad. El científico no abandona esta valoración, sólo que considera como subjetivorelativo el contenido intuitivo en que se da. Esta consideración nos muestra los límites precisos en los que se mueve el lenguaje científico sobre los fenómenos."

Husserl: «Phänomenologie und Psychologie»
(1917), págs. 484 y s.

Con este capítulo empezamos la exposición ya en concreto del método fenomenológico; pero antes de centrarnos en los dos conceptos de reducción, cuyo sentido hemos procurado definir en las páginas anteriores, es preciso exponer la razón de por qué se llega a esos planteamientos reductivos. De lo que queremos hablar es de la *motivación de la fenomenología*. Pero dado que en las obras publicadas de Husserl la crítica de la ciencia aparece tardíamente, por lo menos así se piensa, será necesario dedicar un primer número a justificar ese enfoque, a expensas de una profundización mayor en otro lugar (II. 1). Inmediatamente después daremos unas notas, ateniéndonos sólo a los desarrollos husserlianoss, sobre el sentido de la ciencia considerando su origen (II. 2) y su método (II. 3), orientadas a profundizar en la limitación de la ciencia, aun teniendo en cuenta que estos dos últimos puntos en concreto proceden de un análisis muy tardío, pero que encaja perfectamente en este lugar. En el parágrafo siguiente (II. 4) estudiaremos los presupuestos no tematizados por la ciencia, que han de ofrecernos la posibilidad de tantejar en el capítulo posterior si la psicología científica, encargada aparentemente del estudio de esos presupuestos, logra sus objetivos.

1. LA CRITICA DE LA CIENCIA Y LA MOTIVACION DE LA FENOMENOLOGIA

El objetivo de este trabajo es introducir al método fenomenológico, mediante un estudio del marco estructural construido por los conceptos básicos de la fenomenología. Dado que la fenomenología lleva consigo un cambio radical de perspectiva en comparación con el resto de los saberes, debemos empezar por la exposición de los motivos de la misma tal como los ve el propio Husserl. Este enfoque nos exime de entrar en otro tipo de discusiones íntimamente ligadas al tema de este capítulo; es posible que los temas que se van a tratar en los próximos párrafos no estén a la altura que ha alcanzado la moderna epistemología. Pero el hecho de que este estudio esté dirigido a sacar conclusiones para la elaboración de un método fenomenológico libre de las posibles aporías que puedan ser descubiertas en Husserl aconseja limitarse al tratamiento que él dio a los diversos temas. Por otro lado se ha de tener presente, según se ha indicado ya, que para los objetivos propuestos es más importante

estudiar las relaciones estructurales de la obra de Husserl tomada en conjunto como una totalidad sincrónica que tomada según sus desarrollos fácticos históricos, pues éstos sólo tienen importancia cuando son imprescindibles para comprender las relaciones del conjunto, para descubrir, por ejemplo, los posibles cabalgamientos de determinados paradigmas opuestos; por eso, en los próximos capítulos tendremos que acudir más de una vez a la evolución de las ideas y planteamientos de Husserl. En este capítulo, por el contrario, la exposición fáctica de cómo Husserl llegó a la fenomenología y, en concreto, a la práctica de la reducción supondría más un entorpecimiento que un motivo de claridad, por lo cual no vamos a exponer los motivos concretos que le llevaron a la fenomenología. Es conocido que Husserl llegó a la práctica del método fenomenológico durante la reflexión sobre la lógica, porque ninguno de los modos propios de los últimos años del siglo XIX de tratar los problemas lógicos le parecían adecuados, y que sólo una vez en posesión de su nuevo método reflexionado sobre él descubrió, tal como veremos, la reducción trascendental.

Pero en este momento más que ese desarrollo fáctico interesa el sentido estructural de los diversos elementos del método fenomenológico, partiendo de la idea de que la fenomenología es un tipo de filosofía que se pone en marcha con el lema de vuelta a las cosas mismas. En este contexto no cabe otro enfoque que iniciar el estudio con una presentación de la crítica husseriana a las ciencias. Por ser saberes que no iban a las cosas mismas. Por otro lado conviene ya desde ahora insistir en que Husserl es sumamente respetuoso con la ciencia, de la que es gran admirador, y que toda su crítica no se refiere a la científicidad de la ciencia, sino al alcance que los científicos dan a su saber. La fenomenología no desautoriza la ciencia, sino a lo sumo lo que los científicos suelen decir sobre lo que ellos hacen.

Es posible que se objete al planteamiento aquí iniciado, poner la crítica a la ciencia como momento estructural de la motivación de la fenomenología, el hecho de que tal crítica apareciera tardíamente en la obra de Husserl, mientras que aquí la situamos en primer lugar. Pues bien, aun prescindiendo del hecho de que aquí nos interesa más la visión estructural del método, es preciso tener en cuenta que lo peculiar y original de la última obra de Husserl, la ya mencionada *Crisis*, es el estudio de -la ciencia desde una perspectiva fenomenológica, pero no la actitud crítica de la fenomenología respecto de la ciencia como un saber limitado. En realidad tal crítica aparece ya mencionada en el importante artículo de la revista *Logos* de 1910/11, la *Filosofía como ciencia estricta*; por otro lado, en un texto de 1917 publicado por van Breda en 1941, y titulado - Fenomenología y Psicología-, se expone con toda claridad y agudeza la diferencia de las nociones de fenómeno en la ciencia, la psicología y la fenomenología, tema que subyace a la crítica de la ciencia de la última obra de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*. Por eso desconocen el sentido de la fenomenología quienes piensan que el último Husserl estaría más atento a los problemas de la vida real y de la ciencia; el problema tanto de lo uno como de lo otro está a la base misma de la fenomenología; aunque a estos temas dedicaremos una de las obras anunciadas en la introducción.

En todo caso, es preciso defender aquí la pertenencia del problema de la ciencia al comienzo del método fenomenológico; teniendo, sobre todo, en cuenta

la conexión entre el planteamiento científico y el psicológico, que está presente desde el mismo comienzo de las *Investigaciones lógicas*. Este capítulo ha de ser visto en conexión con el siguiente, pues sus motivos son los mismos, y ambos son muy tempranos en Husserl. El hecho de que adoptemos una perspectiva sincrónica se debe no sólo a que la obra de Husserl lo permite, sino incluso a que lo exige, en realidad, los temas se repiten con machacona insistencia a lo largo de más de treinta años, desde que descubre la reducción en 1905 hasta los años últimos de su vida; lo único que varía, aparte de ciertos detalles que revelan los problemas nunca resueltos conscientemente y que más adelante expondremos, es la dedicación a un tema u otro, que hará que algunos conceptos se vayan desarrollando; pero ya en 1910 están presentes prácticamente todos los temas típicos de la fenomenología. Por eso, planteada la fenomenología como una vuelta a las cosas mismas, debemos exponer, en primer lugar, por qué no se puede decir que la ciencia haya vuelto a las cosas mismas.

Es un error considerar que la motivación de la fenomenología está en la descripción de la llamada *actitud natural*, pues siendo ella el modo típico de la vida del hombre, ninguna motivación específica encierra en sí; sólo el interés, por las razones que sean y de las que nos ocuparemos en otro lugar, de un conocimiento de las cosas mismas puede poner en marcha la fenomenología. La fenomenología como movimiento que se constituye en el deseo de ir a las cosas mismas como respuesta a un interés teórico radical significa el establecimiento de un ideal de saber absoluto.

Tal vez la insistencia husseriana en estas características de la fenomenología y su entrega total a la configuración de ese saber teórico haya dado a la fenomenología un tono de saber abstracto y alejado de la realidad concreta de la vida, que está más cerca de los intereses prácticos que de intereses estrictamente teóricos. Ahora bien, no hay ningún interés teórico que pueda constituir una parcela aislada del hombre y que sea totalmente contrapuesto a los intereses prácticos. El interés teórico radical del fenomenólogo ha de ser visto en conexión con un interés práctico radical; la radicalidad que el método fenomenológico lleva consigo sólo puede provenir de un interés vital por encontrar una base segura a nuestra acción. Por eso, cuando Husserl hace balance de su obra, no podrá menos de acentuar estas raíces prácticas del interés teórico fenomenológico, insistiendo en que la fenomenología es el saber necesario para la revisión de la forma de vida (*praxis*) de la sociedad europea. El problema del mundo, que según Husserl será el problema fundamental de la fenomenología, no es un problema estrictamente teórico, pues es el problema del sentido del mundo y del hombre que actúa en -este mundo; sólo puede ordenar nuestra *praxis* en el mundo si comprendemos correctamente el sentido del mundo; el hombre está en el mundo histórica y socialmente; sólo una perfecta comprensión de la forma coexistencial del hombre nos puede dar la clave de nuestra acción. La máxima teórica de la fenomenología ha de ser vista exclusivamente en este contexto práxico. A la onceava tesis marxiana sobre Feuerbach hubiera contestado Husserl que los filósofos aún no habían conseguido interpretar correctamente el mundo, y sólo por eso la historia de la filosofía era la historia de una serie de sistemas que siempre se edificaban sobre las ruinas de los anteriores; pero por eso mismo tampoco eran capaces de fundar una *praxis*, quedando reducidos a pura especulación, y en el peor de los casos, a

justificación teórica de una praxis que encontraba sus bases no en la filosofía, en la correcta interpretación del mundo y del hombre, sino en otros sistemas interpretativos nutridos unas veces en las tradiciones míticas y otras en la irracionalidad del desconocimiento de la propia realidad social del hombre.

En el período histórico en que se formó Husserl, la mayoría de los filósofos habían descubierto el carácter estéril de la filosofía tradicional, incapaz de aportar solución alguna a los problemas que la sociedad tenía planteados; pero frente a la filosofía había surgido un nuevo tipo de saber que era capaz de avanzar, la ciencia; una teoría científica siempre avanza sobre la anterior, pues de lo contrario nadie le prestaría oídos; la ciencia aparenta darnos un conocimiento de la realidad cada vez más aproximado. De ahí que la nueva tarea de la filosofía, si quería ser eficaz, fuera la de estudiar la ciencia para ayudarle a avanzar. En Alemania la filosofía se había convertido casi universalmente en *Wissenschaftslehre*, en teoría de la ciencia. El interés teórico de conocimiento del mundo se satisfacía primaria y exclusivamente con el saber científico, por una parte, con la ciencia de la naturaleza, que para simplificar llamaremos aquí Física, y por otra, con las ciencias del hombre, que cada vez iban despejando más las incógnitas en torno a este extraño habitante de la Tierra. Por otro lado, era ya patente que este nuevo enfoque del saber, con la acumulación de conocimientos teóricos que ofrecía, posibilitaba su conversión en técnicas capaces de solucionar multiplicidad de problemas prácticos; la ciencia era capaz de fundamentar una praxis; no hace falta decir que esta tendencia ha aumentado en progresión geométrica en nuestro tiempo.

Ahora bien, ¿se puede decir que las ciencias "van a las cosas mismas"? ¿Se puede decir que aceptando el espíritu científico, tal como éste se presenta de hecho, tendremos la teoría necesaria para "ordenar" toda nuestra praxis en el mundo? Es sabido que numerosas voces predicen en la actualidad el necesario sometimiento de la praxis humana a los imperativos técnicos basados en las teorías científicas. Es cierto que sólo gracias a las ciencias hemos podido "desarrollarnos". Pero ¿es el tipo de desarrollo posibilitado por las ciencias el desarrollo capaz de satisfacer al hombre, es decir, de realizar sus posibilidades? ¿No es cierto que el mismo científico, para orientar su vida, tiene que recurrir a valoraciones extracientíficas? Si esto es así, y de ello tenemos buenas pruebas en la actualidad sociopolítica mundial, es que la ciencia no cubre toda la amplitud del saber posible y, por tanto, no es capaz de fundar la totalidad de la praxis humana.

En este capítulo queremos contestar, en consecuencia, a la siguiente pregunta: ¿se puede decir, según Husserl, que la ciencia va realmente a las cosas mismas?, ¿satisface la ciencia el interés teórico radical de la vuelta a las cosas mismas, hasta el punto de ser ella sola capaz de fundamentar la totalidad de la praxis humana? Si no lo hiciera, sería necesario instaurar otro tipo de conocimiento no necesariamente corrector, pero sí al menos complementario. Tal vez la misma reflexión husseriana sobre la ciencia nos ponga en su camino. En todo caso, *la motivación estructural de la fenomenología no puede ser otra que el resultado negativo de una reflexión sobre las ciencias al constatar que éstas no pueden realizar el ideal teórico de un conocimiento capaz de fundamentar la totalidad de la práxis humana..* Por otro lado es conocido que

Husserl no es un hombre de formación inicialmente filosófica, sino matemática y que llegó a la filosofía a partir de su reflexión sobre las dificultades de la matemática; además, la lógica y la psicología ocuparán una buena parte de sus clases y de sus manuscritos inéditos, y por último, la consideración de los presupuestos de las ciencias físicas constituyen partes decisivas de su última obra sobre la crisis de las ciencias y de la sociedad europea. Por eso creo que se puede afirmar sin ningún recelo que la verdadera motivación de la fenomenología hay que buscarla en las limitaciones que Husserl descubre en las ciencias; por ello, la primera etapa de la fenomenología tiene que ser una reflexión crítica sobre la ciencia. Aquí hemos elegido, por razones de claridad, la ciencia física, porque tal vez sea en ella donde mejor se pueden ver los presupuestos no tematizados del espíritu científico, y porque gracias a ella podremos comprender mejor cuáles son los objetivos de la psicología naturalista y su limitación.

6.5 *Los caminos de la reducción.*

De La estructura del método fenomenológico, pp. 38-39

Mas para adoptar la actitud fenomenológica, sea en el primer sentido de reducción, sea en el segundo, se necesita una motivación a la vez que una preparación. La preparación para la reducción es tarea de los llamados "caminos para la reducción" (Wege zur Reduktion). Este es otro de los puntos en los que se observa una indescriptible confusión entre los diversos intérpretes. Para Husserl, la reducción fenomenológica es el único método de introducción a la fenomenología. Pero por las diversas presentaciones que Husserl hace de la reducción parece que existen diversas formas de entenderla. Es el propio Husserl quien habla de los diversos caminos, de los cuales unos son más perfectos que otros, por ejemplo, en el Epílogo a las Ideas, escrito en 1930 (p. 382).

Sin embargo, en la reflexión husseriana el tema de los caminos de la reducción aparece en fechas relativamente tardías. Pues bien, en la literatura secundaria sobre Husserl el tema de los caminos fue confundido inmediatamente con el de la reducción y el problema que el camino cartesiano plantea fue también confundido con un problema inherente al concepto de reducción. El error provenía de confundir los caminos para la reducción con la reducción misma. Husserl, sin embargo, no habla nunca de los 'caminos de la reducción' (que sería Wege der Reduktion), sino de 'caminos para la reducción' (Wege zur Reduktion). Así lo entendieron Fink y Landgrebe, que agruparon todos los manuscritos concernientes a la motivación de la reducción, los caminos para la reducción, bajo la sigla B I, mientras que la sigla B II incluye los manuscritos referentes a la práctica de la reducción. Pues bien, en la exposición del método fenomenológico, que empieza por la exposición del método reductivo, es común, y casi diría general, confundir lo que es la reducción con los diversos problemas a partir de los cuales Husserl llegó a formularla. Desgraciadamente esta equivocación invalida de raíz la mayor parte de las interpretaciones sobre Husserl y sobre la reducción, incapacitándose, en virtud de ello, para comprender el significado de la palabra 'constitución', tan decisiva en la fenomenología como la reducción.

El método fenomenológico, algunos de cuyos aspectos formales me he esforzado en exponer, no incluye, formalmente hablando, los caminos para la reducción, aunque las motivaciones concretas deberían ser tenidas muy en cuenta a la hora de exponer un acceso a la fenomenológico didácticamente programado. Pero, en todo caso, nunca se puede perder de vista que los problemas concretos que ponen en marcha la reflexión fenomenológica están necesariamente condicionados por un nivel de reflexión anterior a

la propia fenomenología. Este rasgo es fundamental, como veremos más adelante, a la hora de enjuiciar las limitaciones precisamente del camino cartesiano, el camino que más frecuentemente tuvo en consideración Husserl, por proceder de la tradición de la filosofía moderna.

Hasta aquí el texto ya publicado.

Para completar esta explicación, debemos añadir que, en general, los caminos de la reducción parten de la consideración de problemas fundamentales de la filosofía, pero hay tres problemas básicos que Husserl tiene muy en cuenta, el problema de la lógica, donde, partiendo de la lógica formal llega a la necesidad de una lógica trascendental, en la que las verdades absolutas de la lógica son reconducidas a las operaciones de la subjetividad trascendental. Segundo, el problema del mundo, en el que la realidad del mundo, única para toda realidad, pero a la vez diversa según las múltiples comunidades, es un gran enigma porque la propia subjetividad está en ese mismo mundo, creando lo que Husserl llama el gran enigma del mundo. El cuarto de los caminos que hemos mencionado, es el camino de la psicología, en el cual se parte de las limitación de una ciencia que quiere ser ciencia de la subjetividad, pero en realidad lo que pretende es reducir, en el peor sentido de la palabra, la subjetividad a la fisiología, es decir, reintegrar la subjetividad en el mundo, entendido éste como realidad estrictamente física. Como esa realidad física es más bien una realidad independiente del ser humano, la psicología se ve bloqueada en el mismo enigma del mundo.

6.6 Preguntas del tema 5

- Exponga brevemente las características de la actitud natural ordinaria, la actitud natural fenomenológica (psicológica) y la actitud trascendental (la que se obtiene propiamente practicando la reducción trascendental).
- ¿Qué relaciones cree que hay entre el concepto de actitud natural y el de mundo?
- ¿Por qué forman parte la actitud naturalista y la actitud personalista de la actitud natural?
- Delimite claramente los rasgos esenciales y las diferencias que hay entre la actitud personalista y la naturalista y diga si hay alguna preeminencia ontológica de alguna de ella sobre la otra.
- Defina la noción de epojé y diga cuál es la relación entre ella misma y el proyecto husserliano de una fenomenología crítica.
- ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que la fenomenología debe de ocuparse de lo inmanente y dejar fuera lo trascendente? Explique los tres conceptos diferentes de inmanencia y trascendencia que Husserl maneja y su significado en la economía de su filosofía: fenomenología crítica versus fenomenología descriptiva.
- ¿Qué diferencias hay entre el concepto de epojé y el de reducción entendida como reconducción: la reducción trascendental y la destrucción de la representación?
- Explique las limitaciones de las ciencias como motivo fundamental en el surgimiento de la fenomenología: el ideal de racionalidad europea y la justificación de la reducción.
- Explique el carácter inmotivado de la reducción en el camino cartesiano.
- Enumere los diferentes caminos que Husserl da para acceder a la fenomenología, detallando cuales son los problemas que presenta el camino cartesiano.

INTRODUCCIÓN A LA FENOMENOLOGÍA

PARTE SEGUNDA

1	Tema 6. En torno a algunos malentendidos	2
1.1	Introducción.....	2
1.2	Reducción trascendental y reducción eidética.	2
1.3	Reducción trascendental y reducción psicológico-fenomenológica: La arquitectónica de la fenomenología.	6
1.4	El concepto de constitución.	22
	Preguntas del tema 6	29
2	Tema 7. La subjetividad como ámbito fundamental de la investigación trascendental: las estructuras de la subjetividad trascendental I.....	30
2.1	Introducción.....	30
2.2	La intencionalidad: Nóesis y Nóema.	30
2.3	La conciencia del tiempo.	35
2.4	La corporalidad como carnalidad o somaticidad (cinestesias).....	37
2.5	El modelo humano de la fenomenología: la vida activa (yo).	69
3	Tema 8. Las estructuras de la subjetividad trascendental II. Para una fenomenología de la racionalidad.....	74
3.1	A modo de introducción	74
3.2	El principio de los principios.....	83
3.3	Evidencia, Razón y verdad: para una fenomenología de la razón.....	86
3.4	El concepto de creencia originaria (Urdoxa).....	88
3.5	La evidencia como telos de la intencionalidad.....	91
4	Tema 9 . Fenomenología y sociedad.	95
4.1	La intersubjetividad en la obra de Husserl.....	95
4.2	La reducción intersubjetiva y la constitución del otro.	97
4.3	La subjetividad racional como intersubjetividad: la constitución intersubjetiva de un mundo «objetivo».....	102
4.4	Explicaciones complementarias	107
5	Tema 10. Fenomenología e historia.	109
5.1	Introducción.....	109
5.2	La problemática de la historia en la fenomenología: el prejuicio de su ahistoricidad y el "segundo Husserl".	109
5.3	El yo trascendental como yo histórico.....	111
5.4	La reducción al mundo de la vida (Lebenswelt) como un mundo histórico.....	117
5.5	Filosofía de la historia de la fenomenología: el concepto de Europa.	123

1 Tema 6. En torno a algunos malentendidos

1.1 Introducción

El presente capítulo le debe servir a Usted para deshacer una serie de malentendidos muy usuales en la interpretación de la fenomenología. Son tan frecuentes que se hacen presentes en la mayoría de los libros de texto o presentaciones generales de la fenomenología. Por otro lado, son tan importantes que invalidan de lleno la eficacia filosófica de la fenomenología.

Los malentendidos están en relación:

- Con la confusión de la reducción eidética y la reducción trascendental. Como se verá por los textos propuestos, son prácticas muy distintas, en todo caso con objetivos diferentes.
- Con la confusión entre dos tipos de reducciones, una la psicológica y otra la trascendental. En la perspectiva fenomenológica son muy distintas. El texto que se da para trabajar facilita la comprensión de la diferencia. En relación a este punto le ofrezco el texto de una conferencia que pronuncié en la Universidad Complutense de Madrid, sobre la relación de la fenomenología y la psicología. Acompaño la presentación PowerPoint con la que la ilustré. Espero que le sirva. Especialmente importante es la diapositiva 7
- Con el concepto de constitución, concepto muy complejo pero que explicado desde la perspectiva aquí propuesta debe aclararle incluso la problemática del llamado idealismo trascendental.

1.2 Reducción trascendental y reducción eidética.

De La estructura del método fenomenológico, pp. 26-36

Reducción fenomenológica, eidética y epojé:

Primer sentido de reducción

El método fenomenológico, que se fraguó a partir del lema de la necesidad de volver a las cosas mismas, se configuró en Husserl a través de varios elementos, cuyo sentido formal debemos aclarar, como paso previo a un estudio concreto más sistemático que diacrónico de método. Los elementos constitutivos de esa vuelta a las cosas mismas fueron designados por Husserl -y así han pasado a la comprensión casi popular de la fenomenología- como una epojé, una reducción fenomenológica y una reducción eidética. Dado que la mayor parte de las incomprensiones de la fenomenología de Husserl provienen precisamente de una lamentable confusión de estos tres términos, y teniendo en cuenta que, en gran medida, en este punto radica el motivo clave de la esterilidad que muchos contemporáneos creen típica de la fenomenología, nos interesa por ahora exponer la relación que, en un análisis de aspecto formal, guardan estos términos entre sí, sin profundizar en los desarrollos concretos husserlianos sobre estos puntos.

Hemos indicado al final del número anterior los dos aspectos esenciales que incluye la vuelta a las cosas mismas. Volver a las cosas mismas, podemos decir con una frase de Eugen Fink, el asistente que colaboró con Husserl íntimamente durante los diez últimos años de su vida, ha de significar ganar las cosas mediante la eliminación de todas las capas de sentido con que las ciencias las ha cubierto. Por eso la vuelta a las cosas mismas incluye un primer momento negativo, que se refiere a esa supresión de todo lo que nos impide ver las cosas en sí mismas. Husserl llama a ese momento epojé.

Epojé viene del griego epejo, que etimológicamente significa "tener sobre", y en voz media, (epéjomai) "tenerse" o "contenerse", es decir, retenerse, abstenerse, por tanto, de ir adelante, de seguir el movimiento espontáneo en su inercia natural. Una palabra muy importante en las lenguas europeas procedente de este sentido es la palabra «época», que etimológicamente significaría un acontecimiento que contiene o retiene la historia, cerrando un período de tiempo, para explicar desde él mismo todos los demás acontecimientos. Desde el acontecimiento «epocal» quedan clarificados o iluminados los demás acontecimientos; por eso ese acontecimiento marca una época; desde él se observan los demás acontecimientos como un espectador que en un alto en el camino se detiene para otear el horizonte que queda configurado por la situación del observador. Es decisivo captar este sentido de la palabra «epojé» y hacer hincapié en este elemento de su significado, en lo que supone "detenerse a mirar", con la consiguiente abstención de seguir para poder mirar.

Para Husserl epojé es Zurückhaltung, literalmente "echarse para atrás" para mirar. La vuelta a las cosas mismas exige, en primer lugar, esta actitud crítica abstencionista, para poder mirar libremente.

Este sentido, negativo inicialmente, positivo por sus resultados, está implícito en el otro término decisivo del método fenomenológico, la reducción. Debo practicar epojé de todo aquello que tengo que dejar en la reducción. Así, si reduzco mi presupuesto, tengo que hacer epojé, es decir, abstenerme de contar con aquella parte del presupuesto que he reducido; debo prescindir de una parte que antes estaba en mi presupuesto y que la he eliminado. Si en la consideración de un problema me reduzco a lo fundamental, prescindo o me abstengo de utilizar o contar con todo lo accesorio.

Ahora bien, y esto es absolutamente decisivo para todo lo que en este trabajo se refiere a la metodología fenomenológica de Husserl, la epojé no puede agotar el sentido lógico de la reducción. Mas esto que aquí aparece en un análisis del significado mismo de las palabras y que a lo largo de este trabajo mostraremos acudiendo a textos del propio Husserl, constituye un punto nuclear de la consideración del método fenomenológico, que, por haber pasado desapercibido, ha llevado, a mi entender, a no comprender con precisión dónde estaban los problemas en la presentación husseriana, y como consecuencia, a utilizar términos incorrectos para definir aspectos sustanciales del método; o a criticar como una nota fundamental de] método lo que sólo era una mala formulación o una utilización incorrecta del término. Sin embargo, conviene decir de antemano que la distinción de la epojé y la reducción representa también en el propio Husserl un constante problema, a cuya evolución tendremos que dedicar muchas líneas.

La traducción de «practicar epojé» es abstenerse o prescindir. El sentido de la palabra «reducción, por el contrario, no se agota en el hecho de prescindir. Reducir el mundo no es prescindir del mundo, como reducir el presupuesto no es prescindir del presupuesto. Toda reducción lleva consigo una epojé, pues en ella se prescinde de algo; pero también —y nunca se puede olvidar— necesariamente indica o apunta a un término positivo, a lo que queda, al residuo; si me reduzco a lo fundamental, —es que me quedo con lo fundamental, prescindiendo —haciendo epojé— de lo accesorio.

Entendida la reducción en su sentido dinámico, la epojé alude a lo negativo del movimiento; por el contrario, el peso de la reducción recae en lo positivo. La reducción incluye una abstención pero sólo si se complementa con una retención o atención a algo positivo. La reducción tiene, pues, un doble valor semántica, un valor negativo y otro positivo.

Pero aún hay que ir más allá en este análisis, que hemos calificado de formal. La relación entre la epojé y la reducción se puede entender de dos formas que es preciso tener en cuenta, pues en ellas se perfilan dos modalidades posibles de fenomenología. Dada

la importancia de este punto, interesa la mayor claridad posible. En la primera forma de entender esa relación, la reducción sería comprendida como un movimiento en el que se deja algo, de lo que se hace epojé, para conseguir otra cosa, que sería el residuo.

Si me reduzco a lo fundamental, esto fundamental es el residuo de la epojé que hago de lo accesorio; es, por tanto', residuo de un movimiento de abstención. Reducción significa aquí 'limitación' (*Einschränkung*); el horizonte de la limitación es lo dejado o perdido. Dentro de un campo homogéneo, reducir sería acotar una parcela haciendo epojé del resto.

La interpretación usual de la reducción husseriana se ha movido casi en exclusiva en estos cauces de comprensión, aunque en la bibliografía sobre la fenomenología se puede presentar en tres variantes diferenciadas, si bien creo que aún no han sido expuestas con claridad. Para unos, la reducción era epojé del mundo externo, limitándonos al mundo interno de la vida mental del sujeto; la insistencia de Husserl en la necesidad de la 'purificación' (*Reinigung*) a que el sujeto tenía que someterse en relación a todos sus aspectos mundanos, apoya esta concepción.

Si nos fiamos en una segunda posibilidad, en la que también coincide una gran mayoría de intérpretes, el fenomenólogo, al practicar la epojé, se reduce, es decir, se limita y prescinde de lo demás, a la esfera de lo individual propio de mi yo, a lo egológico; desde ese momento los problemas de la sociedad serían para un planteamiento fenomenológico problemas marginales o, estrictamente hablando, extrafenomenológicos.

Un claro exponente de una tercera posibilidad se hallaría en las afirmaciones de Marvin Farber, quien llama a la reducción *restriction*, porque -la reducción limita la investigación a las estructuras y relaciones esenciales»; en esta postura se anuncia la frecuente confusión entre reducción fenomenológica y reducción eidética.

Puesto que a lo largo de este trabajo se estudiará a fondo la problemática de las dos primeras variantes recién mencionadas, diremos unas palabras sobre el pensamiento de Husserl en torno a esta última cuestión, aunque ello suponga en este momento separarnos del análisis formal que habíamos adoptado en estas líneas. La razón es que esta tercera variante introduce una posibilidad, que siendo coherente, no responde al pensamiento de Husserl. Con este pequeño excuso justificaré, además, por qué en un trabajo sobre el método fenomenológico prescindo de la reducción eidética, aun sabiendo la importancia que Husserl le da. En todo caso no considero que los problemas que puede plantear sean específicos de la fenomenología; sólo lo son, y, además, incorrectamente, cuando se la confunde con la reducción fenomenológica.

Por la reducción fenomenológica se consigue lo que Husserl llama una actitud fenomenológica. Si reducción fenomenológica equivaliera a reducción eidética, esa actitud sería eidética, es decir, una actitud en la cual sólo nos interesa lo esencial de las cosas. Pues bien, Husserl tiene perfecta conciencia de que la actitud fenomenológica no es una actitud eidética. Lo opuesto a la actitud eidética es la actitud dirigida a lo concreto fáctico. Ahora bien, nos dice Husserl: «todas esas objetividades que llamamos fenomenológicas (es decir, logradas gracias a la reducción fenomenológica, J. S. M.), son pensadas como singulares, objetividades individuales, cada fenómeno como (un, J. S. M.) esto aquí (*Dies-da*) individual como absoluta unicidad»

Lo opuesto a la actitud fenomenológica es la actitud natural. Estando situado en una actitud natural, se puede adoptar una actitud eidética, es decir, un interés teórico por las estructuras esenciales; por el contrario, estando en actitud fenomenológica, se puede situar uno bien en actitud eidética, bien en actitud concreta fáctica. Por eso puede decir Husserl que el mundo conseguido por la reducción fenomenológica es -un mundo de ser individual-, que obviamente se opone al mundo que se tiene en cuenta tras una reducción eidética: -la reducción fenomenológica-eidética me sitúa en el nivel de una posible mónada en general, pero no precisamente de una mónada pensada idénticamente desde una

perspectiva individual-; es decir, mientras la reducción fenomenológica me sitúa ante un mundo concreto individual, la reducción eidética me sitúa en un plano distinto, que estará construido sobre el anterior, si la reducción es fenomenológico-eidética. Pero Husserl distingue, como aún tendremos oportunidad de ver, ambos niveles y actitudes, pues son distintos.

Baste citar algunos textos significativos de Husserl, tomados entre otros muchos sobre el tema. El primero lo sacamos de la *Grundproblemevorlesung* 1910/11 escrita, como hemos dicho, antes de la redacción de la obra fundamental *Ideen I*: "Es necesario considerar que dentro de la actitud de la reducción fenomenológica llegamos a algo que no puede ser mantenido como válido con el mismo derecho que lo que antes era llamado 'dado absolutamente dado"'; pues bien, a este texto que nos habla de la modificación de valor que la reducción introduce al adoptar una actitud fenomenológica, añade Husserl una aclaración marginal en la que dice: "Todavía no ha sido practicada la reducción eidética" ..

Un par de años después escribe: "Podemos practicar la actitud eidética, pero en ello hacemos una posición de realidad...., lo cual significa, tal como veremos, que estamos en actitud natural , en la cual cualquier juicio se refiere a lo real, aunque sea -a la realidad en cuanto Idea» ; la reducción fenomenológica trascendental debe desconectar y modificar esa posición de realidad, según veremos ampliamente en el capítulo VI, y por eso concluye Husserl en este importante manuscrito que precedió a la redacción de *Ideen I*, "no debe confundirse (la red. trascendental, J. S. M.) con la eidética" (ib.), pues en la reducción fenomenológica no se trata de pasar de la consideración de lo concreto fáctico del "hic et nunc" a lo esencial, como 'hace la reducción eidética sino que se trata de superar la actitud natural.

No menos claro es otro texto de los años 1920 en el que dice Husserl que puede reflexionar "en relación a mi yo y a mi Faktum en actitud fenomenológica, sin Eidética". Es posible practicar una reducción fenomenológica y acceder a un ámbito en el cual se tomen en cuenta no estructuras, sino situaciones fácticas; otro problema es que con situaciones fácticas no constituye una filosofía como ciencia estricta. Pero en la medida en que el problema ha estado en la comprensión de la especificidad del método fenomenológico, no del método eidético, creo que nuestra tarea fundamental es aclarar aquél. Pero aún existen más textos ilustrativos. En efecto, la reducción eidética ha de ser comprendida en función del interés husserliano en hacer ciencia estricta.

En cierta ocasión, en uno de esos manuscritos que son exclusivamente testimonio de su propio pensamiento, se pregunta después de haber expuesto el sentido de la reducción fenomenológica: ¿Cómo puedo convertir mi yo trascendental en tema científico...-; y se responde a sí mismo: "Entro en actitud eidética". En este mismo sentido se ha de interpretar aquella afirmación de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl, según la cual el método fenomenológico consta de reducción fenomenológica y de reducción eidética, puesto que el tal método está pensado para la elaboración de una filosofía como ciencia; pero lo esencial del método fenomenológico es en este contexto la reducción fenomenológica.

Es incomprendible que después de las precisas anotaciones de Oskar Becker sobre las diversas posibilidades del método fenomenológico y de aquella afirmación explícita de Husserl de que con lo desarrollado en su obra de 1913, *Ideen I*, aún no se había llevado a cabo "una ciencia de la subjetividad fáctica trascendental», todavía no se haya aclarado del todo la relación entre reducción fenomenológica y reducción eidética y se sigan confundiendo lamentablemente ambas reducciones, tal como hemos visto que ocurría en el caso de Farver. Si llamamos a la actitud natural N; a la eidética, E, a la fenomenológica no eidética, T, y a la fenomenológica eidética, F, variantes que nos han ido apareciendo en este recorrido de textos, tendríamos formalmente diseñados los pasos de una actitud a otra

según varias posibilidades; los NE y TF implicarían pasar a una actitud eidética, es decir, practicar una reducción eidética; los EF y NT son pasos que exigen una reducción fenomenológica, y tal como veremos con más precisión, una trascendental.

Creo que los textos citados avalan esta interpretación de Becker..

Aún tenemos otro claro testimonio de Husserl procedente del epílogo a las Ideen I, epílogo escrito por Husserl precisamente para aclarar algunas malinterpretaciones que habían tomado carta de naturaleza con más insistencia, razón que convierte al texto en especialmente importante; en este texto se expresa Husserl con gran claridad precisamente sobre los objetivos del análisis fenomenológico, pues a la eidética hay que acudir para poder llevar a cabo una ciencia de la subjetividad fáctica trascendental, es decir, del hombre en su realidad fundante y radical concreta, que evidentemente es personal e individual; pues con el estudio llevado a cabo en las Ideas de 1913 no se puede decir que "con ello se ha desarrollado ya una ciencia de la subjetividad trascendental fáctica". El recurso a la Eidética es un camino necesario para poder comprender esa -empiria trascendental- de la que habla en la conferencia "Fenomenología y Antropología", pronunciada en Berlín en 1931. Lo fenomenológico no es por sí mismo eidético, por eso hay "empiria fenomenológica" y por eso hay que dar un paso más allá de la reducción eidética.

Presumiblemente, y dentro de ciertos rasgos inseguros por la ausencia de textos en la que se desenvolvió, tal vez sea Merleau-Ponty quien mejor comprendió esta relación de la reducción eidética y la fenomenológica, que él interpreta sin tomar como punto de partida un estudio concreto de los conceptos, como aquí lo estamos intentando, sino desde una consideración de la situación global de la fenomenología. En el excelente prólogo a su Fenomenología de la percepción nos dice: "Está claro que la esencia no es el fin, sino que es un medio, pues lo que hay que comprender es nuestro compromiso fáctico con el mundo". Este texto podría ser una traducción resumida de aquel otro de Husserl, casi con toda seguridad desconocido para Merleau-Ponty: "Al comienzo, situándose al alcance de nuestra vista, sólo que sin estar concretamente analizado, tenemos un Faktum, que sólo progresivamente analizaré como Faktum. Pero pronto se comprende que no puedo penetrar en un esclarecimiento real universal del Faktum, sino que me tengo que situar ante el problema de la forma esencial de este ego y de sus estructuras esenciales"

1.3 Reducción trascendental y reducción psicológico-fenomenológica: La arquitectónica de la fenomenología.

Para estudiar este epígrafe le voy a ofrecer tres textos, dos de ellos pertenecientes al capítulo cuatro de La estructura del método fenomenológico, y el tercero al capítulo VI. De ellos deberá sacar Usted la estructura de la fenomenología, esforzándose en distinguir la reducción fenomenológica y la reducción eidética, por un lado, y por otro la reducción trascendental y la reducción psicológica. Gran cantidad de malentendidos de la obra de Husserl proceden de no tener en cuenta estos matices. Sobre la estructura de la fenomenología pronuncié una conferencia en un Congreso en Santiago que la he puesto como punto de arranque del libro Para una filosofía de Europa, libro que ya he citado en el tema cuatro. La razón de poner ese texto como capítulo primero de un libro de fenomenología de la historia, es que entender la estructura de la fenomenología es decisivo para poder abordar cantidad de temas desde esta perspectiva. Si lee detenidamente ese primer capítulo, habrá dado un paso importante en la comprensión de la fenomenología

De La estructura del método fenomenológico, pp. 103-111.

La epojé y reducción psicológica en su realización práctica

a) La epojé y reducción en las «intencionalidades reales»

Con la teoría general de la epojé no hemos conseguido aún su realización práctica y, consecuentemente, tampoco hemos logrado practicar la reducción. Debemos ahora progresar hacia la adquisición de ese ámbito que tiene que mostrársenos como «un campo universal de experiencia psicológica», como lo llama en un manuscrito. ¿Dónde empezar? En la Crisis propone Husserl, con razón, empezar por la vida psíquica más inmediata, la que se refiere precisamente al mundo exterior, por «las intencionalidades reales», por los actos en los que nos relacionamos con las cosas reales de la vida cotidiana, tal como Husserl lo había presentado ya en la Erste Philosophie II. En segundo lugar, tendremos que considerar la epojé y reducción en otras manifestaciones más complicadas de la vida de la conciencia, en los actos de doble intencionalidad, primero propios y luego referidos a los otros.

Si nos fijamos en una percepción, por ejemplo, la que tengo de esta habitación en la que escribo, y nos atenemos a la definición de la epojé, practicar la epojé exige prescindir de todo lo objetivo real para quedarnos sólo con lo que depende del sujeto y que se muestra como elemento de mi percepción. El hecho de la habitación en sí no de, pende de mí, no es algo subjetivo, pues está aquí antes de que yo entre en ella; es, pues, un hecho externo a mi vida psíquica. También es externo a mi percepción todo lo que la ciencia psicológica naturalista me ha enseñado sobre los procesos reales (*Vorgänge*) de mi percepción. Todo eso es algo objetivo real, cuyo modo de existencia será la propia del mundo corpóreo extrapsíquico objeto de la ciencia. Evidentemente, la habitación no es sólo una pura cantidad espacial y la relación de sus paredes y objetos; a la habitación también pertenece su color, temperatura, tamaño, etc., que son cualidades independientes de mí; por eso, también de todo ello tengo que prescindir, pues todos esos aspectos se muestran como realidades objetivas independientes de mí.

Mas la perspectiva en que la veo, el que ahora sea esta pared de libros la que tengo enfrente; que a mi espalda esté la otra; que este objeto esté al alcance de mi mano y la ventana a mi izquierda; que esta pared tenga una forma romboidal, etc., todos estos datos dependen exclusivamente de mí. Pero aún hay más: los modos en que se me da esa habitación, que es un hecho real, no se terminan en la habitación sin más; encima del techo viven otras personas, que yo podría conocer; la habitación no se termina con la puerta, el suelo de mi habitación implica -no causa- una continuidad fuera de la habitación; y no se trata de que esa continuidad exista realmente, sino de que está implicada en la percepción misma de la habitación. Más aún, podría darse el caso teórico de que esa continuidad en sí hubiera desaparecido, mas si yo no lo supiera, la habitación seguiría siendo percibido como teniendo una continuidad; y al revés, si, no habiendo desaparecido, se tiene la más mínima sospecha en esa implicación, me causaría inmediatamente pavor la inseguridad en la que me encontraría.

Es útil detenerse a considerar la relación que el suelo de la habitación en la que estoy mantiene con el suelo del pasillo desde una perspectiva física, y en el hecho psicológico de la visión de la habitación. Desde un punto de vista objetivo, el suelo se continuará detrás de

la puerta, porque ambas partes del suelo están sostenidas realmente por unas vigas comunes que se apoyan en las paredes del edificio; pero entre una parte y otra del suelo no hay ninguna relación física; como máximo puede haber una relación de mutua resistencia de los bloques materiales que las constituyen; o quizás no hay más que un contacto, debido a que toda la fuerza la ejercen hacia abajo. Por eso, la forma de ser de una y otra parte del suelo es externa; teóricamente, teoría que podría llevarse a la práctica, pueden existir independientemente una de la otra. Desde un punto de vista psicológico, por el contrario, la situación es profundamente distinta; el suelo de mi habitación implica necesariamente su continuidad; la otra parte del suelo, el pasillo, está incrustado en la percepción del suelo de la habitación, del mismo modo que el revés de una moneda está implicado en el envés; o la parte posterior de una casa, en la anterior que ahora veo.

Así, pues, mientras en lo psicológico las relaciones son de implicación, en lo real en sí las relaciones son de coexistencia, resistencia o causalidad: mientras aquéllas son internas, éstas son externas. Precisamente el descubrimiento de la implicación, de la intencionalidad de lo psíquico o subjetivo como implicación, supone un paso decisivo y fundamental que separa a Husserl de Brentano. En resumen, la percepción de mi habitación pertenece esencialmente esa implicación; en general, «estos plexos (*Zusammenhänge*) pertenecen de un modo que se puede investigar a la esencia de la posición de cosas... (y) son una realidad mostrable y constatable, y lo que aquí hay que conocer no tiene nada que ver con una investigación de las cosas en el sentido de la física».

Pero aún hay más: esta habitación que yo veo ahora no es sólo mi habitación actual, sino que es la misma que estaba aquí esta mañana y al mediodía cuando he llegado del trabajo, y que hace unos años estaba vacía sin mis cosas. Todo esto implicado en mi percepción no es nada en sí que se pueda investigar con métodos de la física, pues no tiene ninguna de las propiedades que muestra la realidad física corporal ni el mundo de los objetos en general. Precisamente, al prescindir del 'mundo en sí', se me abre todo este otro ámbito claramente diferenciable del mundo en sí y que constituye el mundo psíquico, sólo por el cual tengo el mundo en sí presente. El interés psicológico no está en ese mundo en sí, sino en este otro mundo, tratando de seguir los contextos o conexiones de la subjetividad, al margen de lo que pueda suponer la realidad fisiológica o física. El análisis fenomenológico psicológico deberá analizar con precisión todo este mundo psíquico que depende de mí y que está implicado en cualquier percepción de una cosa real. Para ello es preciso prescindir de todo interés en las cosas en cuanto realidades en sí ajenas a la subjetividad y cuyo modo de ser no es el de la implicación, el de implicar o motivar otra serie de posibilidades perceptivas, tal como ocurre en cada percepción ordinaria; pues, con otras palabras, y conviene decirlo expresamente, lo que hasta ahora hemos dicho es que una percepción normal o una experiencia ordinaria aun de cosas externas lleva en sí misma una serie de posibilidades de otras experiencias que le dan sentido, pues las implicaciones a que antes hemos aludido son posibles experiencias, dadas o implicadas en cualquier experiencia ordinaria.

Si en lugar de referir la reducción y epoje psicológicas a un acto concreto de percepción, las extendemos o las pensamos como aplicadas a la vida perceptiva, por la cual tengo un mundo o estoy presente en un mundo de cosas, tendríamos acceso a una capa fundamental de la subjetividad, que sería ya un ámbito disponible para el análisis fenomenológico psicológico. Obsérvese que en el análisis fenomenológico, cuyo comienzo es la reducción como consecución de un ámbito para una nueva experiencia, no hemos encontrado ninguna 'sensación' en el sentido habitual de esta palabra en el sensualismo: las

'sensaciones' como datos científicos son constructos científicos que no pertenecen al mundo fenomenológico. Si, por el contrario, siguiéramos los análisis fenomenológicos aquí iniciados, veríamos que inmediatamente aparecería el cuerpo como mediador de lo percibido, pues las perspectivas varían en consonancia con cambios de mi cuerpo; éste no aparece como un conjunto de músculos y nervios anatómicos, sino como un sistema intencional, controlado o a disposición de mí mismo; el cuerpo se presenta como mi apertura y estancia en el mundo. Así con esta reducción en aquella experiencia por la cual tenemos acceso a las cosas del mundo, hemos conseguido «una primera cumbre de la subjetividad pura», de una subjetividad que no es abordable con métodos de una ciencia natural.

b) La epojé y reducción en los actos del recuerdo

Por la importancia de los actos del recuerdo es conveniente dedicarles unas líneas, pues son especialmente aptos para mostrar la efectividad del método en orden a cambiar una perspectiva de investigación, lo que Husserl llama la actitud, y comprender de ese modo con más claridad lo que estamos tratando de explicar; y es que, aun dejando de lado el hecho de que estos actos son fundamentales en la vida subjetiva, su análisis ayudará a introducirnos poco a poco en las peculiaridades del método fenomenología, lo que constituye uno de los objetivos de estas líneas.

Cuando me acuerdo de qué he hecho esta mañana, tengo acceso no a un mundo presente ahora, sino a una situación ya pasada. ¿Cómo practicar la epojé y reducción en estos actos? Empecemos por practicar epojé de toda explicación fisiológica, pues nada fisiológico está implicado en el recuerdo; la famosa teoría, por ejemplo, de los restos 'engramáticos', como residuo inscrito en nuestro cerebro, sea cual sea su verdad, no nos puede servir, porque, entre otras cosas, tales restos son siempre actuales, los tengo ahora y de lo que se trata es del acceso al pasado. Con las explicaciones fisiológicas de los recuerdos ocurre como con la teoría de la representación, que me haría falta otra representación para conocer la representación; los residuos cerebrales del pasado deberían ser conocidos como pasados, con lo cual debería tener un acceso anterior al pasado, que es de lo que se trata. Tenemos que practicar, pues, epojé de toda explicación objetiva para centrarnos exclusivamente en el recuerdo en cuanto tal.

El recuerdo implica, en primer lugar, una situación presente; es ahora cuando me acuerdo de lo que hice esta mañana. Sin esta situación presente no existiría el recuerdo. En el mundo objetivo de la física no hay situaciones presentes que impliquen en sí mismas otras pasadas; el pasado le es exterior. En la situación presente del recuerdo, por el contrario, el pasado configura y da a este acto presente la peculiaridad de ser un recuerdo. En el mundo natural el pasado causa el presente; pero una vez causado el presente, el pasado le es ajeno. Es cierto que el paisaje natural es resultado del pasado; pero ese pasado sólo pertenece al presente para un sujeto que los une; en sí mismo el pasado y lo que en él ocurrió es ajeno al presente, le es exterior. En el recuerdo, por el contrario, se da una vida presente que no está cerrada en su presente, sino que se prolonga en una serie ininterrumpida de implicaciones que llegan hasta el momento recordado. El momento recordado, por su parte, implica lo recordado, a mí en esa situación; si yo recuerdo mi visita al Museo del Prado, me acuerdo de mí mismo visitando el museo; pero si me acuerdo del museo, de cómo es, también recuerdo mi estancia en el museo viéndolo; tenemos, pues, un rasgo muy Peculiar, que no debe pasar desapercibido; el recuerdo como situación presente implica otra situación entonces presente, recordada, en la cual el que pasa al recuerdo soy

yo mismo haciendo o viendo un aspecto del mundo; el recuerdo es recuerdo de una percepción. Pues bien: así como hemos practicado epojé en el recuerdo en cuanto situación presente, debemos mantener también la epojé en la percepción que es recordada y que tiene que ser tomada en el sentido fenomenológico descrito en el número anterior. En los actos del recuerdo existe, por tanto, una doble epojé y reducción, una en el presente y otra referida al pasado recordado. En este caso esa reducción y epojé es, si cabe, más importante, pues en los recuerdos normalmente aparecen objetos del mundo exterior, sin tener conciencia de que tal objeto no es un objeto en sí mismo, sino un objeto que se presentó a mí mismo en ese momento, que era, por ejemplo, un objeto percibido; está, pues, implícito un acto perceptivo, que está implicado en el recuerdo y que sin la reducción fenomenológica pasa 'desapercibido'.

Del mismo modo que en la percepción actual la reducción nos ha de dar la vida actual de la subjetividad con todas las implicaciones que conlleva, la segunda reducción que acabamos de describir y que se ha de practicar en el recuerdo, debe dar lo que es puramente psíquico de aquella parte de mi vida recordada, en su temporalidad propia, con las implicaciones que el propio recuerdo lleva. La vida subjetiva pasada descubierta por la epojé y reducción psicológicas no está en un tiempo objetivo, asequible directamente, sino en un tiempo subjetivo anclado en mi propio presente, que se caracteriza psicológicamente por estar abierto internamente al pasado y al futuro. La vida subjetiva lograda de este modo como un campo de experiencia nueva, es decir, capaz de ser recorrido por un análisis psicológico fenomenológico, no aparece como una vida determinada por un contexto causal fisiológico, sino como una vida que es descriptible sólo por la experiencia fenomenológica.

Con las dos reducciones, o con los dos momentos de la reducción hasta ahora explicados, hemos descubierto, utilizando modelos puntuales, una vida que ordinariamente pasa desapercibida; un rasgo fundamental de esa vida es el implicar posibilidades de experiencia que constituyen su presente, es decir, el estar internamente abierta a un futuro posible. Por el recuerdo descubrimos que ese presente no está cerrado al pasado, sino que 'tiene la posibilidad de volver 'internamente' a él. Hemos puesto el ejemplo de un recuerdo; la realidad es mucho más complicada, porque, si somos capaces de recordar, es porque la vida presente está directamente abierta a un pasado que en los recuerdos es apresado conscientemente. Una profundización en estos aspectos ya sería objetivo específico del análisis fenomenológico que queda posibilitado por la epojé y reducción expuestas.

Es necesario, en todo caso, tener presente la noción de tiempo que aquí se descubre; el tiempo de la vida subjetiva no es una serie de momentos sucesivos externos los unos de los otros, sino un tiempo que implica internamente tanto lo pasado como lo futuro; por eso la historia humana se diferencia radicalmente de la historia exterior; la historia humana se dice que esa historicidad; lo histórico es elemento constitutivo del presente que lleva el pasado en sí mismo. El tiempo objetivo, por el contrario, es una sucesión de instantes, en los cuales unas cosas pueden causar otras, pero que mantienen mutuamente una relación de exterioridad; el pasado del tiempo subjetivo no 'causa' el presente, sino que lo constituye; el presente es su historia, su pasado; a su vez, el presente constituye el pasado en pasado, al ser él mismo presente.

De La estructura del método fenomenológico, pp. 111-122.

c) La reducción psicológica intersubjetiva

Pero aún nos queda otro importante sector, que es especialmente urgente traer a colación y practicar en él la epojé y reducción psicológicas; pues Husserl no sólo plantea la reducción en relación a mi vida propia presente o pasada, sino que también propone llevar a cabo una reducción intersubjetiva psicológica. Con esto entramos en un punto clave de esta exposición y que esperamos sirva para despejar profundos malentendidos e incomprendiciones.

En primer lugar, conviene dejar clara la función que este capítulo desempeña, función de la que proviene su propia limitación, pero que es también ineludible; la reducción psicológica constituye una etapa fundamental de la reflexión fenomenológica, en orden a motivar y preparar la reducción trascendental que ha de abrir el nivel verdaderamente filosófico. Hasta ahora estamos preparando progresivamente el acceso a la fenomenología trascendental, pues tal fenomenología exige un importante cambio de actitud; para practicar ese cambio es necesario previamente contar con unas mínimas nociones de fenomenología, conseguidas, como veremos, en una actitud natural que permita ciertos análisis fenomenológicos, sin llevarlos demasiado lejos en sus aplicaciones. De hecho, algunos análisis anteriores pueden servir también de introducción al estilo del análisis fenomenológico, que, por otro lado, no presupone ningún esfuerzo peculiar, pues no hemos puesto en tela de juicio ningún postulado previo, ni hemos mantenido ninguna actitud escéptica respecto a la realidad. Sólo hemos exigido una epojé del mundo objetivo y reducción a este mundo fenomenológico, describiéndolo en sí mismo sin mezclarlo con otros niveles, por ejemplo, el del mundo que constituye el presupuesto de la ciencia física. Pues bien, estas páginas tienen otra importante función: procurar encauzar la comprensión del método fenomenológico sin concesiones a las falsas interpretaciones habituales y que, por lo general, provienen de no haberse detenido en este nivel fenomenológico psicológico, que ha estado presente en Husserl desde el comienzo de su obra, aunque no aparezca explícitamente formulado hasta los años 20, años en que vuelve sobre sus anteriores escritos y Sitúa con precisión los diversos niveles en que opera cada reflexión.

Presumiblemente, el punto que ahora vamos a abordar es el que más de incógnito ha pasado en la fenomenología. Se ha hablado de «un camino de la psicología» para la reducción; se ha hablado de la reducción trascendental; se ha dicho incluso que en ésta se plantea a Husserl el problema de la sociedad o intersubjetividad; pero no se ha dicho nunca que el problema de la intersubjetividad está ya planteado en el nivel de la reducción psicológica fenomenológica y que su exposición en este nivel es fundamental para resolver los problemas que se puedan plantear en el nivel verdaderamente filosófico, que es el trascendental. Más aún, nunca se ha dicho que los problemas que se pueden haber planteado en torno a esta cuestión en el nivel trascendental han provenido siempre de no haberse detenido lo suficiente e imprescindible en esta etapa; nosotros aquí nos detendremos lo estrictamente necesario, porque en otro lugar expondremos con más detenimiento la problemática de la reducción intersubjetiva y explicaremos los motivos y génesis de las dificultades que Husserl encontró en este campo; en esencia, podemos adelantar, se deben por parte de Husserl a que éste empieza la teoría de la reducción operando con un paradigma típico de la filosofía moderna, que los propios desarrollos de la fenomenología lograrían superar. Por parte de los intérpretes, en primer lugar, a no haber atendido a los diversos niveles en que Husserl reflexionaba; en segundo, a no haber captado de dónde surgía el problema y haber sido incapaces de seguir la reflexión del propio Husserl; pero en

todo caso, habría bastado con haber empezado por tener conciencia explícita de que los análisis psicológicos no son válidos sólo para mí, sino también para los otros, gracias a la reducción psicológica intersubjetiva; lo fundamental de esa reducción, cuya práctica expone Husserl en la Erste Philosophie II, estaba ya presente en la Grundproblemevorlesung 1910/11, sólo que en esta Vorlesung no había logrado aún plena conciencia sobre los dos niveles de la reflexión fenomenológica, es decir, sobre la diferencia entre la fenomenología psicológica y la fenomenología trascendental.

Husserl ha comenzado la reducción psicológica en los actos perceptivos o intencionalidades reales, por los cuales estamos presentes en el mundo; posteriormente hemos aplicado la reducción a los actos del recuerdo, por los cuales tenemos acceso a nuestro pasado, a un pasado que sólo puede ser abierto o «traído de nuevo al corazón» (recordado) porque pertenece al propio presente: los recuerdos surgen por motivaciones concretas de nuestra vida presente. Los recuerdos son posibles porque la vida subjetiva está temporalmente constituida, implicando interna y un después. La totalidad del antes es mente un antes mi pasado, un pasado que es constitutivo del presente. El recuerdo es un acto concreto que vuelve a la conciencia de un modo intuitivo un pequeño episodio de ese pasado.

Pues bien, el modo en que Husserl piensa la reducción fenomenológica en el recuerdo y el consiguiente acceso al campo de la experiencia fenomenológica en el pasado será también modelo para aquella reducción que él mismo llama intersubjetiva. La reflexión fenomenológica, que ha tenido que empezar por una vuelta a la experiencia inmediata, parte, obviamente, de «mi» experiencia inmediata, porque la experiencia necesariamente es mía. Pues bien, en esta experiencia inmediata se dan todo un conjunto de actos, implicaciones, percepciones, etcétera, por los cuales mi experiencia, siendo mía, me da la presencia de otros, que hacen que yo exista de siempre en un «contexto intersubjetivo» (intersubjektiver Zusammenhang), como decía ya en 1910/11, refutando por adelantado lo que posteriormente será acusación continua de quienes no entendieron la fenomenología más que a partir de algunos capítulos de obras publicadas en vida de Husserl. Estos «actos» son, en realidad, como en el caso del recuerdo, actos concretos que abren o convierten en concreto un horizonte continuo de presencia de los otros en mi vida; del mismo modo que mi vida psíquica implica una capa sensitiva que comprende el conjunto del mundo dado en la experiencia inmediata; o una vida pasada que implica una serie ininterrumpida de mí mismo en los sucesivos cambios y movimientos que mi vida ha ido realizando, igualmente mi vida psíquica implica toda una capa cuya amplitud en la vida mental es tan amplia que es casi coextensiva con mi propia vida psíquica, la capa, a saber, que se refiere a la sociedad y, en general, a los otros; los otros no se me dan puntualmente en un acto, sino que están como horizonte ininterrumpido de la vida mental, que desde sus cimientos está referida toda ella a los otros. Si pensamos que en la experiencia externa se me da la realidad objetiva y hemos dicho que esa experiencia constituye una capa fundante y fundamental de la vida subjetiva, tenemos que decir que la referencia al otro es también coextensiva con la vida subjetiva, por lo me: nos en este nivel de la reflexión en el que ahora nos movemos, porque «a la apercepción objetiva pertenece un horizonte intencional que se refiere a los otros», de modo que la vida subjetiva es una referencia continua a los otros. Esta vida se «constituiría» a partir de los actos llamados, como dice el propio Husserl, de un modo bastante malo- (ziemlich schlecht), Einfühlungen, palabra que asume Husserl, por ser la consagrada en el contexto en el que él se desenvuelve, pero que él sustituye ordinariamente por la palabra menos comprometida de «experiencia del otro», Fremderfahrung, o percepción del otro, Fremd-wahrnehmung.

Pues bien, es fundamental realizar la reducción fenomenológica psicológica en estos actos, pues es decisivo para lograr el campo de la experiencia subjetiva en toda su amplitud. A esta reducción llama Husserl reducción intersubjetiva. Practicar esta reducción exige, antes de nada, evitar un prejuicio que laстра gran cantidad de interpretaciones tópicas sobre Husserl y que parten de confundir lo psíquico con lo interno, incluso en el sentido más craso de la palabra; si se parte de esa interpretación, la epojé será entendida como una eliminación de lo externo, confundiendo lo externo como lo que está fuera de mi cuerpo. Desde esa perspectiva el otro es inaccesible a la experiencia fenomenológica y la reducción es reducción a mi yo individual y aislado; por eso para muchos la fenomenología se mostraría incapaz ante la cuestión filosófica de los otros y, en consecuencia, ante la cuestión política de los otros. De ahí que, antes de exponer el curso de la reducción intersubjetiva, convenga dejar claro que nada de eso tiene sentido en la fenomenología de Husserl. En la epojé practicada en la percepción no se ha dicho que lo psíquico de la percepción sea interno respecto a mis límites corporales; precisamente la mayor parte de los aspectos subjetivos descritos en absoluto están localizados en mí cuerpo, en el cual sólo podemos localizar las sensaciones cinestésicas que pueden provocar cambios perceptivos; por ejemplo, si muevo la cabeza, cambia la perspectiva de mi alrededor; el movimiento de mi cabeza está localizado en mi cuerpo, pero no así el cambio de la perspectiva. Sólo algunos pensamientos e imaginaciones pueden ser situados en mi cuerpo, aunque también pueden ser situados fuera de él. Tampoco tendría sentido localizar el tiempo subjetivo en mi cuerpo; más aún, el tiempo subjetivo supone el espacio en el que está el cuerpo más los movimientos del cuerpo a través del espacio; en definitiva, el mundo de la percepción; y nada de esto está dentro de mí físicamente. No tener conciencia de lo que acabamos de decir significaría no haber practicado la epojé y reducción en el sentido en que han sido descritos, porque significaría mantener como puntos de referencia un espacio objetivo -en sí-, en el cual estaría lo psíquico objetivamente localizado, a saber, en un cuerpo de ese mismo espacio. Precisamente la epojé y reducción psicológica exigen prescindir de ese espacio como un concepto óntico, para limitarse a lo psíquico tal como se da. Para la cuestión de la intersubjetividad, y en conexión con ella para toda la fenomenología, es necesario tener en cuenta lo que se acaba de decir.

hora bien, así como la percepción del mundo exterior, del mundo que se sitúa en torno a mi cuerpo, en ese espacio en torno a este cuerpo mío que constituye el fenómeno cero de ese espacio, es algo propio mío, aunque no interior a mí, también las experiencias¹ que tengo de los otros son experiencias mías, por lo que tengo que practicar epojé y reducción en ellas en cuanto experiencias mías presentes del mismo modo que lo tenía que hacer en mis percepciones y en mis recuerdos, no tratando de explicar tal experiencia por ningún presupuesto fisiológico de ningún tipo, pues con tal explicación sólo conseguiría una explicación de carácter físico que siempre dejaría sin explicar lo estrictamente psicológico, dándose, tal como ya sabemos, una metábasis eis allós genos, de la que la epojé debe salvaguardarnos. Debo tomar la experiencia del otro tal como se nos da directamente.

Pues bien, la experiencia del otro es, ante todo, experiencia de un cuerpo; de un cuerpo que tiene cualidades como las de cualquier cosa que está en el mundo; eso supone que ese cuerpo, como cualquier cosa, está sometido a la epojé. ¿Qué significa eso?, ¿qué «ha caído a la epojé»?, ¿qué ha desaparecido? ¡Nada de eso!

Se olvida al pensar así que también mi propio cuerpo está sometido a la epojé, es decir, que ha dejado de ser considerado como un objeto de la naturaleza; más en concreto, como el objeto de la fisiología; y NADA MAS .

Del mismo modo que cualquier cosa de una percepción a la que se haya aplicado la epojé deja de ser pensada como una cosa que existe en un contexto corporal-físico, para convertirse para la experiencia psicológico-fenomenológica en un índice de experiencias reales y posibles, así el cuerpo del otro se convierte en un índice de experiencias reales y posibles,- el cuerpo del otro queda de ese modo reducido a lo que implica como objeto de mi experiencia; así como la habitación, que hemos utilizado como ejemplo, implicaba otras experiencias posibles, el cuerpo del otro implica otra serie de experiencias más que me darían más perspectivas sobre ese cuerpo, nada de lo cual está implicado en el hecho «en sí» de ese cuerpo. Así como una cosa implica fenomenológicamente una serie de relaciones, por ejemplo, a mi cuerpo, a otras cosas espaciales que se sitúan a su derecha, implicando esta derecha la posición de mi cuerpo, que es el que define esa derecha, mientras que, como hecho en sí, no implica nada de eso, sino que es exclusivamente efecto de una serie de causas todas ellas exteriores, igualmente el cuerpo del otro que esté en mi percepción no debe ser tomado como cosa en sí situada en un espacio objetivo, sino como un ser que en mi vida psíquica implica una serie de experiencias de un modo interno a mi propia percepción, por lo cual tales experiencias no pueden ser consideradas como relaciones de exterioridad, sino como relaciones implicativas.

Mas équé implica el cuerpo del otro? En primer lugar, una semejanza con mi cuerpo; así como la cara de una cosa implica el reverso, el cuerpo visto de frente implica la espalda; la voz de una persona implica la experiencia posible de su presencia corporal semejante a la mía. Pero también sus movimientos implican una semejanza con mis movimientos, con mi comportamiento; de ahí que implique lo mismo que implica la experiencia de mi propio cuerpo, el ser órgano de una acción: el otro cuerpo puede actuar; ser centro de una vida perceptiva; el otro cuerpo se presenta como un cuerpo que ve como yo, que oye como yo, que toca como yo. Ese cuerpo, que no está situado en un espacio objetivo, sino allí, en relación a mí, que estoy aquí, implica ser centro como yo; él es centro de su mundo, y así como yo hablo de mi experiencia, él hablará de la suya; y si yo soy para mí mi historia y mi cuerpo, él será para él su cuerpo, su vida y su historia; y así como él es para mí ese otro que está ahí, yo seré para él el otro que está ahí; con lo cual yo me desdoble en mi yo para mí, centro de mi mundo, y en ése para el otro, siendo así «un» hombre en el mundo.

Pero hemos dicho que Husserl practicaba una doble reducción en el recuerdo y que en varias ocasiones introduce la reducción intersubjetiva en relación con el método que aplica al caso del recuerdo. ¿Dónde están aquí las dos reducciones que, según hemos dicho, eran necesarias en los actos de doble intencionalidad? Pues bien, en la breve descripción que acabamos de hacer de las implicaciones de la experiencia del otro y que en otro lugar ampliaremos en todo lo necesario, se incluyen las dos reducciones, porque la experiencia del otro es necesariamente una experiencia construida sobre dos intencionalidades. La primera reducción ya la hemos explicado, y es necesaria para quedarnos con el cuerpo del otro como puro índice de implicaciones; pero la segunda, la más importante, hay que llevarla a cabo en el mundo del otro; pues así como en el recuerdo se abría un mundo pasado, que no era el «hecho en sí- pasado, sino un mundo percibido, índice de experiencias posibles pasadas, también ahora debo practicar la epojé en ese mundo que el otro tiene, que tampoco es un hecho en sí, en el cual las relaciones sean de exterioridad, pues cualquier cosa de ese mundo del otro mantendrá para el otro relaciones de implicación, siendo un mundo

fenomenológico como el mío. De la misma manera que el cuerpo del otro no es para mí un hecho «en sí», tampoco lo será para él, sino que será centro de su mundo, de un mundo que depende de él, como el mío depende de mí, y respecto al cual él es el centro de toda perspectiva.

Con esto conseguiremos no sólo mi vida subjetiva, sino también la vida subjetiva del otro, y además la unidad implicativa de nuestras experiencias, pues mi experiencia implica la del otro, al verme como un hombre, y viceversa, pues también él me trata como un hombre; por eso mi mundo, el mundo de mi experiencia inmediata, no es sólo mi mundo, sino también el mundo del otro, teniendo los dos el mismo mundo. El mundo no es mi mundo, sino nuestro mundo; y la subjetividad no es sólo mi subjetividad, sino que, gracias al sistema de implicaciones, es intersubjetividad. Así, mediante la epojé y reducción, conseguiremos lo puramente psíquico no sólo de mí mismo, sino también "lo puramente psíquico del otro" y, por tanto, de la intersubjetividad.

Pues, según Husserl, "hay que fundamentar también para la intersubjetividad una actitud de experiencia universal como puramente psicológica en una epojé que ha de avanzar de modo consecuente", es decir, la experiencia psicológica no debe tener un valor estrictamente individual, sino que ha de ser experiencia subjetiva de la propia intersubjetividad, válida también para los otros; para ello debo partir de mi propia experiencia, pero siguiendo las implicaciones de la experiencia del cuerpo del otro. Ahora se podrá entender con más precisión la definición que Husserl hace de la psicología en un texto de la *Crisis*, que merece ser transcrita: «La psicología descriptiva tiene su objeto específico en lo propiamente esencial de las personas como tales, como sujetos de una vida exclusivamente intencional que ha de ser considerada, especial. mente al tomar como tema la vida individual, como un contexto propio y puramente intencional. Pero cada vida mental se encuentra también intencionalmente unida en comunidad con otros, es decir, en un contexto puramente intencional, interno y esencialmente cerrado, el contexto de la intersubjetividad»; este contexto intencional intersubjetivo sólo se puede lograr mediante el método de la epojé y la reducción fenomenológica intersubjetiva psicológica, por la cual vemos que lo que «antes de la epojé era un estar lo uno fuera de lo otro (*Aussereinander*), por la localización de la vida mental en los cuerpos, se convierte con la epojé en un estar lo uno dentro de lo otro de un modo intencional. De ese modo la psicología intencional puede aspirar a convertirse en ciencia, pues su experiencia no es individual, sino sometida a una posible contrastación en el seno mismo de una colectividad.

No parece conveniente insistir en toda la compleja problemática que aquí queda apuntada y que incide directamente en la comprensión de la fenomenología. Teniendo revisto tratar esos problemas con más detenimiento en otro lugar, las repeticiones serían inevitables y aquí sólo interesa exponer lo más brevemente posible el sentido de la reducción intersubjetiva psicológica y su relación con la epojé psicológica, como una primera etapa en el método de ir a las cosas mismas. Por ahora, baste insistir en el hecho de que la primera fase de la fenomenología, la psicología intencional, incluye una reducción intersubjetiva, es decir, una reducción en la experiencia de los otros no como medio para prescindir de los otros, sino exactamente al revés, como medio de lograr una experiencia psicológica válida también para otros.

Puesto que nuestro objetivo no es en este momento construir una psicología fenomenológica, no nos interesa detenernos más en este lugar; pero sí queremos resaltar, a modo de conclusión de este número, que la reducción a la intersubjetividad psicológica nada

tiene que ver con el establecimiento de ningún tipo de solipsismo, que para el propio Husserl sería un sin sentido. La experiencia humana es social, intersubjetiva, y la fenomenología asume ese hecho sin ninguna dificultad y desde su propia metodología. Para Husserl el solipsismo en la actitud natural es un sin sentido. Por eso, en el nivel de reflexión fenomenológica psicológica no ve Husserl ningún problema especial en partir de la experiencia individual; en realidad, tal como lo hemos mostrado, el método para conseguir ese campo de experiencia psicológica es, a la vez, método para lograr lo puramente psíquico del otro; la reducción psicológica es, a la vez, reducción intersubjetiva: «Una vez establecido el método de una autoexperiencia pura, está también dado sin más el método para la experiencia del otro puramente subjetivo, la experiencia de la subjetividad pura de los otros hombres y animales», es decir, es el método para captar la Vida subjetiva del otro en sentido no físico material, sino en su sentido puramente psicológico; la validez del análisis fenomenológico habrá de establecerse desde esa base. En todo caso es necesario tener en cuenta que a este nivel no se presenta ningún problema de incapacidad comunicativa para la fenomenología, que parte, tal como hemos visto, de la noción de subjetividad humana temporal, corporal Y social.

En este texto se le ofrece otra perspectiva para determinar la complejidad estructural de la fenomenología. La reflexión puede darse en varios niveles, según se intente una u otra cosa. Léalo con detenimiento y aplíquelo a algún ejemplo de su vida cotidiana. [Recientemente ha salido un artículo mío, que se titula "Manifiesto por el sujeto trascendental" que podéis utilizar para haceros una amplia idea de la fenomenología. El último apartado está dedicado al lugar que ocupa la reflexión en la vida humana y en la fenomenología. Los que han estudiado ya antropología filosófica, conocen la reflexión como un modo de actuar posibilidad radical de la vida humana. El texto mencionado est'apublicado en los Cuadernos Gris de la Universidad Autónoma de Madrid, libro que se titula La cuestión del sujeto. El debate en torno a un paradigma de la modernidad, Edición al cuidado de Eduardo Álvarez, Cuaderno Gris, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2007, pp. 63-88.]

De La estructura del método fenomenológico, pp. 198-210

LAS ESTRUCTURAS DE LA REFLEXIÓN Y LA REDUCCIÓN

En el número anterior hemos recorrido a grandes rasgos la marcha de la fenomenología desde la perspectiva de la noción del fenómeno para destacar con precisión el lugar donde se sitúa la reducción trascendental; ahora vamos a hacer lo mismo desde la perspectiva de la subjetividad. Hemos visto que esa reducción es la conversión de *til* fenómeno psicológico, o del fenómeno en el sentido limitado en que lo toma la psicología fenomenológica, en fenómeno trascendental; evidentemente la captación de este paso es, o supone, la práctica de la reducción trascendental. Ahora bien, todo fenómeno es fenómeno de o para una subjetividad; el fenómeno en sentido psicológico es fenómeno de la subjetividad mundana; consecuentemente, el trascendental será fenómeno de una subjetividad trascendental; si la reducción es el paso de uno al otro por parte de la subjetividad será el paso de la subjetividad mundana a la trascendental. Para ver con claridad qué supone este paso vamos a estudiar en este número las estructuras reflexivas que la fenomenología supone.

Hemos descrito en el número anterior los tres significados de fenómeno; mas todo fenómeno es fenómeno de una subjetividad; en consecuencia, también aquí deberíamos distinguir tres tipos o niveles de subjetividad; pero ya desde ahora tenemos que advertir que la correspondencia no es estricta, porque todo descubrimiento de la subjetividad de un fenómeno supone una situación refleja de la subjetividad que reflexiona; por ello hablar de subjetividad del fenómeno natural implica dos situaciones de la subjetividad, la del fenómeno y la refleja que descubre la subjetividad del fenómeno. Vamos a describir estas situaciones reflexivas, para ver las diversas etapas de la reflexión fenomenológica en orden a situar con la máxima precisión donde la reflexión se convierte en trascendental, es decir, donde se sitúa la reducción trascendental.

2.1. La reflexión natural.

La reflexión es una actitud normal en la vida ordinaria. La reflexión puede ser de muy diversos tipos y sobre los temas más variados; el científico reflexiona sobre su método, sobre sus observaciones concretas sobre, sus teorías; muchas veces, cuando reflexiona sobre algo que ha visto en el laboratorio, no niega su percepción; tal vez sólo trate de afinarla; en una reflexión de este tipo acepta los datos de la experiencia ordinaria. Otras veces, la reflexión parte de una pregunta ante un problema planteado por nuestra relación práctica con la realidad, que por algún imprevisto se ve interrumpida o amenazada; en estos casos la experiencia perceptiva ofrece algún aspecto oscuro o impreciso, siendo tal vez necesario clarificarlo para la acción. En la reflexión tenemos una doble actitud o una doble postura de la subjetividad: por un lado, tenemos al hombre que actúa basado en un conocimiento seguro y confiado de 'la realidad y del carácter de las cosas'; frente a esta actitud la reflexión introduce una postura a veces analítica, a veces crítica, en relación a aspectos concretos de las cosas; la reflexión supone una diferencia entre el sujeto anónimo que se relaciona perceptiva y prácticamente con las cosas o con otros sujetos y el sujeto que reflexiona analíticamente o críticamente sobre su experiencia de las cosas, pretendiendo asegurar su conocimiento de las cosas o de los hombres para adecuar su praxis a la realidad. Veamos esta situación en un caso concreto, por otro lado, relativamente frecuente: el amor entre dos personas. A un hombre 'enamorado' (es decir, que 'ha caído' o que se ha metido en el amor) no se le ocurre ya pensar en sí mismo independientemente de la persona amada; vive 'en' en el objeto de su experiencia amorosa; si hace planes sobre su vida futura, cuenta para ellos con la otra persona; el enamorado pasa un tiempo sin pensar en el amor; su interés no es el amor, sino la persona amada; su amor está ya presupuestado en toda planificación práctica. Pero esta situación de anonimato del sujeto del amor obviamente no suele durar en exceso; antes o después el sujeto enamorado se pregunta por qué se ha enamorado, aunque sin poner en cuestión o dudar de su amor; más bien tratará de analizar las motivaciones de su amor. Así, frente a la primera actitud de entrega absoluta al objeto del amor, ahora el sujeto se fija más en sí mismo en cuanto ama que en la persona amada; si en la primera actitud el sujeto que ama no vive en él, sino en la persona amada, 1 como una madre se olvida de sí misma cuando un hijo suyo está enfermo, en la segunda, el sujeto se fija en sí mismo tratando de analizar su experiencia amorosa; la persona amada ya no es el término directo de esta actitud, aunque perdure como término obílico al estar englobada en la misma experiencia analizada, la propia del sujeto que ama. Ahora bien, esta reflexión, o esta experiencia refleja, en la que se tiene presente como campo de análisis al sujeto en cuanto ama, es experiencia de un sujeto anónimo que cuestiona a su objeto, al sujeto que ama, sobre los motivos de su amor; no se excluye en

esta situación que el sujeto anónimo origen de la reflexión sea cuestionado sobre las razones de su misma reflexión: por qué, por ejemplo, me he puesto a pensar analíticamente en este momento, o por qué me he puesto a pensar en mi amor en lugar de seguir pensando en mi amada.

Cuando en el número anterior hablábamos de fenómeno natural, estábamos adoptando una actitud reflexiva, puesto que nos fijábamos no en las cosas sin más, sino en las cosas en cuanto presentan toda una vertiente fenoménica que depende de] sujeto; la ciencia y la psicología natural, al aceptar afinándolo el sentido de fenómeno natural, descubrían todo un nivel subjetivo del que dependen las cualidades secundarias; adoptaban, por tanto, una actitud refleja respecto al fenómeno; sólo que su interés no era el fenómeno, sino la realidad. La noción vulgar y científica de fenómeno se basa ya en una actitud refleja, en la cual se descubre que los objetos ordinarios de experiencia, es decir, que los objetos dados a un sujeto que permanece anónimo, tienen toda una vertiente, las cualidades secundarias, que dependen de ese sujeto anónimo. Lo que en la elaboración científica del fenómeno surge a la luz estaba ya ahí de modo anónimo; este descubrimiento lo elabora un sujeto que mira no tanto a las cosas como a nuestra experiencia de las cosas. Esta misma situación, u otra de estructuras análogas, se presenta en cualquier tipo de experiencia; cuando un científico trata de asegurar una observación que sea básica para su teoría, procura ser explícitamente consciente de las condiciones subjetivas de la observación; de las diversas perspectivas en que se puede ver el mismo objeto; de su situación respecto al objeto; procurará constatar todas las operaciones y pasos que ha dado para llegar a producir o provocar el resultado adquirido; en esta situación el científico tiene una actitud reflexiva; en ella no trata tanto de descubrir el objeto presente o resultado del experimento, como de asegurar la repetibilidad del experimento; en ese momento de la metodología investigadora tan importante como el resultado del experimento, tan importante como el objeto, es el sujeto que observa o provoca la aparición de un objeto; un científico serio nunca podría prescindir de este nivel reflexivo.

Las situaciones anteriormente consideradas son situaciones acríticas; en ellas no se pone en tela de juicio la experiencia como tal; el enamorado que reflexiona sobre su amor, acepta el amor; el científico que trata de asegurar las condiciones de observación, acepta el resultado. Pero en la actualidad natural, sea científica o precientífica, cabe la posibilidad de instaurar una actitud reflexiva crítica. En el caso del amor es muy frecuente preguntarse si las vivencias que uno tiene respecto a la otra persona son realmente amor o son de otro signo; si su amor es real y verdadero o es una ilusión pasajera. Igualmente el científico, antes de dar a conocer su experimento, reflexionará sobre las condiciones de experimentación, para estar seguro de que el fenómeno no es una ilusión, o manipulará repetidas veces las variables necesarias para confirmar la correcta interpretación estableciendo la cadena causal que ha provocado este fenómeno. Está claro que entre el científico que describe un fenómeno provocado por un experimento y el mismo científico tratando críticamente ese dato hay una diferencia de actitud; en la primera el sujeto está entregado al objeto; en la segunda el sujeto no mira tanto al objeto como a sus propias operaciones o interpretaciones.

2.2. La reflexión fenomenológica-psicológica

La reflexión natural siempre supone tematizar al sujeto en sus operaciones o en sus datos, pero admite toda una serie de prejuicios desde los cuales reflexiona; el científico acepta la metodología de la observación; si no actúa críticamente es porque cree que en su

experimentación se cumplen los requisitos metodológicos; si su actuación es crítica, tratará de ver si ha cumplido con las exigencias metodológicas. En el otro caso citado, el enamorado no crítico supone que él ama; si, por el contrario, se comporta críticamente, supone también una noción sobre qué es el amor; en ambos casos, se tematiza al sujeto, el científico tematiza al sujeto que observa, el enamorado reflexiona sobre el sujeto que ama; pero en ninguno de los dos casos se estudia el fenómeno como tal ni la subjetividad de ese fenómeno, porque el interés último está en el fenómeno provocado por el experimento o en la persona amada; en la reflexión natural analiza al sujeto que observa o que ama para ver si su situación es correcta y así validar el fenómeno del experimento y a la persona amada en cuanto amada.

En la actitud fenomenológica, por el contrario, lo que interesa es precisamente el mundo de los fenómenos, no las cosas en sí; no interesa ni el objeto dado en la investigación científica ni el objeto amado; mientras la reflexión natural es un modo de asegurar la situación del objeto, normalmente en orden a la praxis, la actitud fenomenológica pretende estudiar los fenómenos mismos; en el caso del amor no le interesaría ver si en este caso se da o no amor, sino describir qué es en una cultura dada la vivencia a la que se llama amor; los componentes de diverso tipo que tal vez la integren; las líneas proyectivas que la componen, etc. En el caso del científico, antes de nada tratará de delimitar la situación del fenómeno como tal, puesto que la observación científica es un tipo de percepción, deberá establecer qué es una percepción; las relaciones de la percepción con otras conductas, como, por ejemplo, con la conducta lingüística, etc. La actitud fenomenológica pretende instaurar una actitud refleja científica dedicada a la descripción científica de los fenómenos, es decir, a todos los diversos modos de las múltiples experiencias para ver qué es lo que realmente incluye cada experiencia, sea ésta predicativo, perceptiva, desiderativa, sexual, valorativa, etc. Por eso la actitud fenomenológica no pre-juzga la validez de ningún objeto; por eso debe practicar una epoje del valor real de los objetos.

En esta nueva actitud el fenomenólogo descubre todo un mundo de fenómenos en los cuales nos relacionamos a la realidad de muy diversos modos; pero esta actitud es limitada por definición, pues se limita a los fenómenos. Todos los fenómenos dependen de la subjetividad; mas la subjetividad que estudia la actitud fenomenológica psicológica se caracteriza por estar en el mundo o por ser una parte del mundo; la forma en que la subjetividad psicológica es tematizada como subjetividad del mundo de los fenómenos es tal que sitúa lo fenoménico subjetivo frente a la realidad en sí, pero de modo que la misma subjetividad con sus fenómenos pertenece a la realidad en sí; la propia subjetividad del fenómeno psicológico es parte del mundo, es una realidad mundana. La actitud fenomenológica psicológica no cuestiona el hecho de que el mundo se dé a la subjetividad mediante fenómenos que dependen de ella y que, a la vez, ella esté en el mundo.

La delimitación del fenómeno en sentido psicológico supone, por lo tanto, el sujeto que hace la psicología fenomenológica, por un lado, y la subjetividad del fenómeno, por otro; la reflexión psicológica es, en consecuencia, bipolar; pero hay que tener en cuenta que, a su vez, introduce una importante bidimensionalidad en la subjetividad, al considerarla, por un lado, sujeto del fenómeno, y, por otro, parte del mismo mundo.

2.3. La reflexión trascendental

Toda experiencia supone una subjetividad; si la experiencia es directa, la subjetividad permanece anónima, aunque su autoconciencia está presente desde el momento en que

cualquier interrupción sobre su experiencia puede ser respondida; esta subjetividad sale de su situación anónima en la reflexión o experiencia refleja, cuyo objeto es precisamente esa subjetividad hasta hace poco anónima; la experiencia fenomenológica es una experiencia refleja cuyo objeto es la subjetividad anónima de los fenómenos mediante los cuales nos relacionamos con el mundo en los diversos modos de experiencia y acción. La limitación de esta experiencia fenomenológica radica en que su objeto, el mundo fenoménico, se opone al mundo real, limitándose aquélla al estudio del fenómeno; pero, por otro lado, es una experiencia aporética, por tratar de un objeto cuya característica es oponerse al mundo y, a la vez, ser parte del mundo. La psicología fenomenológica no es consciente de esta aporía, que sólo aparece en la medida en que la psicología fenomenológica es reasumida en el interés de radicalidad que la instauró.

Esta situación aporética se supera mediante la reducción trascendental, que consistirá fundamentalmente en la conversión del fenómeno psicológico (el mundo fenoménico) en fenómeno trascendental, y consiguientemente, la subjetividad psicológica del fenómeno psicológico, en subjetividad trascendental del fenómeno trascendental. El descubrimiento de la trascendentalidad de la subjetividad del fenómeno psicológico es lo mismo que la conversión del fenómeno psicológico en trascendental; en realidad, sólo se comprende la trascendentalidad de la conciencia si se ha visto esa conversión; a veces la insistencia de Husserl en el yo trascendental puede ocultar su necesaria referencia al fenómeno trascendental; cuando Husserl dice que la pregunta decisiva de la reducción es saber cómo se da la «subida al yo trascendental», no se debe olvidar que captar la trascendentalidad de la subjetividad es convertir el fenómeno psicológico en trascendental.

Esta conversión no es un paso metodológico sin contenido, sino que es un descubrimiento consecuente al nuevo nivel de radicalización; la reflexión fenomenológica, constatada la situación paradójica, descubre el carácter trascendental de esa vida, anónima antes del descubrimiento fenomenológico psicológico. Conviene subrayar este último punto, pues de él depende la comprensión de la doble dimensión de la trascendentalidad. El yo trascendental es descubierto en la vida anónima de mi subjetividad mundana; el yo trascendental es el «residuo trascendental de mi ser mundial»; la reducción trascendental consiste en captar la trascendentalidad de la vida psíquica descubierta por la epoje psicológica; por eso la reducción trascendental no inventa nada, sino que descubre la trascendentalidad; eso significa que la relación entre el yo trascendental y el fenómeno trascendental es una relación trascendental; como más adelante veremos, Husserl entiende la trascendentalidad como constitución; el yo trascendental constituye el fenómeno trascendental; la constitución trascendental es una actividad del sujeto trascendental PREVIA a su descubrimiento por la reducción, sólo que antes de la reducción era anónima; el yo trascendental 'no sabía' de su trascendentalidad. La reflexión fenomenológica, en la medida en que descubre la trascendentalidad de la conciencia, es también trascendental, pero no a nivel directo, sino a nivel reflejo; el objeto de la reflexión fenomenológica trascendental es la experiencia trascendental del yo trascendental; por eso no se puede decir que la constitución trascendental sea lo originario de la reflexión trascendental; el yo que reflexiona fenomenológicamente, una vez descubierto por la reducción el yo trascendental, lo único que hace es describir la experiencia trascendental constitutiva previa a la reflexión trascendental; en la medida en que la fenomenología trascendental es una experiencia refleja, no 'constituye' su objeto, sino que desvela la actividad constitutiva del sujeto trascendental, describe la experiencia trascendental; esta descripción puede ser llamada 'reconstitución'. En este sentido se puede decir que «reducción es reconstrucción».

2.4. La triple estructura de la reflexión fenomenológica trascendental

La reducción al yo trascendental se hace, consecuentemente, mediante la puesta en juego de tres niveles de subjetividad, o, como también se suele decir, mediante tres yos; sin tener en cuenta esta triple estructura, la reducción es totalmente incomprendible. En toda reflexión se da un desdoblamiento del yo, pues tenemos, por una parte, el yo que reflexiona y, por otra, el yo sobre el que se reflexiona. En la reflexión fenomenológica psicológica el yo que reflexiona sobre la subjetividad distingue en la subjetividad sobre la que reflexiona el sujeto del fenómeno psicológico que se opone al mundo y el sujeto como parte del mundo; la identificación de estos dos niveles significa incurrir en una situación aporética. En la reflexión trascendental, instaurada por la reducción trascendental, se descubre que el sujeto o el yo del fenómeno psicológico es un yo o sujeto trascendental. Según esto, tenemos, en primer lugar el yo que reflexiona, el yo que hace fenomenología trascendental, el 'observador desinteresado' o, como también le llama Husserl, «el yo fenomenologizante»; pero toda reflexión o experiencia refleja es sobre la experiencia que yo tengo, que en la reflexión se convierte en lo dado, en lo experienciado (das Erfahrene); ahora bien, lo experienciado de la experiencia fenomenológica trascendental no es «el hombre y la persona humana», sino yo mismo como subjetividad constitutiva y, por tanto, trascendental, del fenómeno del mundo, y en ese fenómeno de mí mismo como yo mundano, como persona o como hombre. Esta triple estructura está claramente indicada en el siguiente texto de las «Conferencias de París»: «Con la reducción fenomenológica se produce por lo tanto una especie de división del yo: el observador trascendental se sitúa sobre sí mismo, se mira y se ve a la vez como el yo anteriormente entregado al mundo, se encuentra por lo tanto en sí mismo pensado (cogitatum) como hombre, encontrando en las cogitationes correspondientes (a ese cogitatum) la vida y el ser trascendental que constituye (ausmachende) el conjunto mundial». Consecuentemente, carece de fundamento la desconfianza con que algunos comentaristas de Husserl han visto esta triple estructura como si no fuera originaria de Husserl, atribuyéndola a una interpretación exaltada dei por entonces joven E. Fink, que fue el primero que la expuso con toda claridad.

Esta triple estructura del yo es la única que permite comprender la reducción; ésta es la instauración de la experiencia trascendental fenomenológica, pero en toda experiencia tenemos el hecho de tener una experiencia por parte de mi yo y lo dado en esa experiencia; si la experiencia es refleja, el que experimenta soy yo en cuanto me he constituido en reflexivo al volver mi atención hacia mí mismo; el objeto de la experiencia refleja es algo de mi propia vida; el objeto de la reflexión natural es una faceta de la vida del yo natural; si esta reflexión está dirigida y orientada por un interés científico de analizar lo que aparece en tal reflexión, tenemos entonces una reflexión fenomenológica psicológica. Para que la experiencia sea trascendental, lo dado en la experiencia ha de ser trascendental; pero la experiencia trascendental, como toda experiencia, puede ser directa o refleja; la experiencia trascendental refleja es la experiencia fenomenológica, cuyo objeto es el yo trascendental en su vida trascendental; este yo trascendental es el descubierto por la reducción.

Esta triple estructura no aparece sólo en la reflexión fenomenológica trascendental; por el contrario, es necesaria en toda investigación que mantenga una diferencia entre un nivel trascendental y otro empírico, positivo o Mundano; todo autor que hable de una fundamentación trascendental del conocimiento, sitúe la trascendentalidad en el carácter constitutivo o en la determinación lingüística o en cualquier otro aspecto, si es consecuente,

deberá distinguir estos tres niveles, pues de lo contrario tendrá que reducir el propio conocimiento a una positividad, negando con ello la posibilidad misma de la fundamentación trascendental. Toda fundamentación trascendental supone, pues, distinguir un nivel empírico o positivo en el que aparece al principio el propio sujeto del conocimiento; en segundo lugar, el nivel trascendental en que se origina el mismo conocimiento, y en tercer lugar, la actitud reflexiva del filósofo que descubre ese «doble humano». lo discutible, por tanto, no es la triple estructura, sino la base dual descubierta por la reflexión y que en el fondo no es otra cosa que la dualidad de la subjetividad de ser sujeto y objeto a la vez; si se admite un valor operativo a esta dualidad, que supone dos actitudes del sujeto ante el mundo, surge una tercera actitud, la reflexiva que convierte esa misma dualidad en tema de estudio. La ventaja del planteamiento fenomenológico es que permite clarificar las relaciones entre los tres niveles. La marcha de la reducción nos muestra que el yo trascendental descubierto por la reflexión fenomenológica es el mismo que antes vivía olvidado de su trascendentalidad; sólo en la reflexión fenomenológica que practica reducción trascendental emerge a la luz la autenticidad trascendental de ese yo mundano; la subjetividad que hace fenomenología trascendental «se conoce a sí misma respecto a su pasado, en el cual no era subjetividad trascendental fenomenologizante, pero sí subjetividad trascendental»; la actitud natural en que vivía el yo trascendental, viéndose a sí mismo como un yo mundano, es, pues, una actitud del yo trascendental; yo soy un yo único»; es decir, no hay tres yos, sino tres actitudes de mi único yo; yo me veo a mí mismo como hombre entre los hombres; «el hombre es una autoobjetivación de la subjetividad trascendental». El yo trascendental descubierto en el hombre como su «residuo trascendental» no es, sin embargo, una parte del ser hombre; la conciencia husserliana no se compone de dos partes, una trascendental y otra empírica, como la kantiana, sino que toda ella es, en una actitud natural, conciencia humana, conciencia empírica en terminología kantiana, y toda ella es conciencia trascendental en la reflexión trascendental, sólo que en esta reflexión aparece la conciencia humana como una autoobjetivación de la trascendental. Pero de todo esto tendremos que ocuparnos en otro lugar, teniendo en cuenta que ahora ni siquiera sabemos qué es realmente lo trascendental.

1.4 *El concepto de constitución.*

De La estructura del método fenomenológico, pp. 244-259

EL CONCEPTO DE CONSTITUCIÓN

Para Husserl 'depender' de la subjetividad significa ser 'constituido' en la subjetividad; la conciencia o la subjetividad es trascendental precisamente en cuanto constitutiva; reducción trascendental es descubrimiento del mundo como constituido en la subjetividad; el concepto de 'dependencia' nos remite, pues, al de 'constitución'. Con esto se afirma una igualdad que conviene no perder de vista y que deberemos aclarar. Hemos dicho que el mundo es lo dado en mis experiencias reales o posibles, de modo que fuera de ser objeto de experiencia real o posible es una nada; ahora bien, en la fenomenología de Husserl esto equivale a decir que el mundo se constituye en la subjetividad; ser correlato de experiencia significa ser constituido en la experiencia. A primera vista no aparece la equivalencia entre esas proposiciones; sin embargo, en la teoría husserliana tal equivalencia es decisiva y nuclear. No podríamos entender la reducción sin comprender el significado de la constitución. En las siguientes páginas no le dedicaremos más de lo estrictamente necesario para una introducción a la teoría y práctica fenomenológica, teniendo en cuenta que el concepto de constitución es, sin lugar a dudas, uno de los más ambiguos de la obra de Husserl y que, por tanto, todo lo que sobre él se diga será fragmentario, parcial y fuente

de nuevos problemas. El concepto de constitución es ambiguo, porque con él se refiere Husserl a la dación de realidades muy diversas, donde parece que 'constituirse' expresa conceptos totalmente distintos, o porque es utilizado en niveles diferentes, sin que la constitución en un nivel u otro denote situaciones homogéneas. En este número vamos a tratar de delimitar dos conceptos fundamentales de constitución, sin que queramos decir con ello que sean los únicos; sin embargo, creo que se puede decir que son los fundamentales, a los cuales se remiten todos los demás.

2.1. Primer sentido de constitución: constitución como síntesis objetiva

Curiosamente, no abundan en Husserl las definiciones de la constitución; casi se puede decir que su significado tiene que ser deducido de la reducción y de la praxis fenomenológica; a pesar de ello, aún se pueden encontrar algunos textos orientadores. Una de las primeras definiciones de 'constitución' se halla en la *Idee der Phänomenologie*, que, como se sabe, consta de cinco clases que leyó Husserl como introducción a la llamada *Dingvorlesung* durante el semestre de verano de 1907. «El constituirse significa, dice Husserl, que los datos inmanentes no están simplemente en la conciencia como en una caja - tal como al principio parece-, sino que se exponen cada vez en algo así como 'fenómenos'; en fenómenos que no son ellos mismos los objetos ... 'fenómenos' que en su mutable y notabilísima estructura (*Bau*) en cierto modo crean (*schaffen*) los objetos para el yo, ... ». Constituirse es, por lo tanto crear un objeto a partir de los diversos fenómenos presentes en la actualidad de la conciencia. Mas en este texto se escapa el significado de 'crear', teniendo en cuenta, sobre todo, que, por un lado, se ha prescindido de la realidad en sí y que, por otro, dos días después anunciaría en clase el tema de estudio diciendo: «Lo que queremos estudiar es, por tanto, el constituirse -también se podría decir el anunciararse- la objetividad de experiencia en la experiencia más inferior». Aquí, constituirse equivale a anunciararse, atestiguarse, en una palabra, presentarse. El hecho de que una vez hable de 'crear' (*schaffen*) y otra de 'anunciararse' (*sich beurkunden*) no ayuda demasiado a clarificar este concepto.

En otros textos nos dirá qué es exactamente lo que se crea o lo que se constituye: «La constitución de un objeto significa una intencionalidad que se desarrolla genéticamente en una subjetividad, en la cual aparece originariamente al sujeto una idea». Aquí la constitución se define como producción de una idea. También en un texto anterior se pronuncia en este sentido. Del yo se puede decir que se concibe por sí mismo, mientras que «los *conceptus* de toda res en sentido de naturaleza han de ser creados en sentido puro a partir de él (del yo)». La reducción nos lleva a la subjetividad trascendental como constitutiva de toda realidad, pero no de la realidad material efectiva, sino de todo concepto de realidad. Pero, evidentemente, entonces se podrá preguntar qué es lo que conocemos, la realidad o el concepto de realidad, reiniciándose de nuevo toda la problemática prerreductiva. Pero dejemos esto de momento y sigamos el tema de la constitución. Constitución parece equivaler ante todo a 'creación' de una idea, de un concepto, en definitiva, de un 'sentido'; antes de nada, constitución significa creación o formación de sentido. Pero entre los primeros textos citados y estos últimos parece haber una considerable diferencia, e el objeto, mientras pues en unos parece que se constituye el objeto, mientras que según los otros lo que se constituye es un sentido determinado. En todo caso habrá que determinar la relación entre la constitución de] objeto y la constitución de un sentido.

Vamos a comenzar con un texto de las *Meditaciones cartesianas* para determinar y, si es posible, justificar el primer concepto de constitución. «Toda vivencia, dice Husserl, tiene

su temporalidad vivencial»; consideremos aquellas en las que «aparece como cogitatum un objeto del mundo»; ahora bien, una cosa es la vivencia o percepción de un objeto y otra es el objeto percibido; el contenido de la percepción puede incluso ser diverso sin que por ello cambie el objeto; y si el contenido es el mismo, está estructurado de tal modo que remite a otros muchos contenidos posibles que aparecerán siempre como diversas manifestaciones del mismo objeto. Mas, ¿cómo a través de una serie de momentos o fases perceptivas diversas con contenido muchas veces distinto se manifiesta el mismo objeto? «su unidad (de las diversas fases) es unidad de la síntesis»; las diversas fases perceptivas tienen que sintetizarse para que sus diversos contenidos tengan una unidad y sean así manifestaciones de un único objeto; en esa unidad de las diversas fases de las vivencias «se constituye la unidad de una objetividad intencional como la misma de una multiplicidad de modos de aparición». ¿En qué relación con la conciencia está este objeto que se presenta como resultado de una actividad sintética de la subjetividad? No debemos olvidar que por la epoje se ha prescindido de la realidad material efectiva, es decir, del objeto real, el objeto que se manifiesta como un mismo objeto a través de la diversidad de los fenómenos -está en ella ten la conciencia) descriptivamente, como también está descriptivamente en ella el carácter de ser uno y lo mismo»; es decir, que describir la conciencia es describir la unidad del objeto, describir por lo tanto el objeto. El objeto es inmanente a la conciencia, pero, sigue, «esta conciencia inmanente es un modo totalmente específico de estar-dentro, no es un estar dentro como componente real, sino intencional, como un ideal estar-dentro que aparece, o, lo que es lo mismo, estar dentro como su sentido objetivo». El objeto de la conciencia, el objeto dado en una percepción, no es un objeto porque exista como un objeto; la unidad o identidad del objeto consigo mismo «no viene a la conciencia desde fuera, sino que yace implicado en ella misma como sentido, y esto es como una efectuación intencional de la síntesis de la conciencia».

Tal vez sea éste uno de los textos más claros en orden a dar un primer contenido al concepto de constitución y, consecuentemente, al de dependencia, por lo menos en la aproximación más inmediata; que la conciencia constituye significa que, frente a la diversidad temporal de las vivencias o de las diversas fases de las vivencias, la conciencia se sintetiza y así -produce una objetividad unitaria intencional. Constitución significa producción de la unidad objetiva a partir de la diversidad temporal de la conciencia. Pero esto quiere decir que desde una perspectiva trascendental los objetos sólo son correlatos ideales de la experiencia, que son, por tanto, -formaciones subjetivas» de la subjetividad trascendental y que consecuentemente dependen de la conciencia; no son, Por lo tanto, realmente trascendentales a la vida subjetiva, y aunque presenten el carácter de trascendencia, su trascendencia es «ideal». Este sentido ideal de la trascendencia encaja perfectamente con las diversas descripciones que de ella encontramos en numerosos textos, en los que la trascendencia siempre aparece como la cualidad que un dato presenta de «estar remitido más allá» (*Hinausgewiesensein*), o el darse algo siempre con un horizonte de posibles y futuras experiencias en el modo de 'precaptar' (*Vorgreifen*), es decir, darse de tal forma que lleve consigo una expectativa que desborda' lo dado, insinuando o mencionando por todo ello más de lo dado. Desde esta perspectiva está claro que la trascendencia es «una forma de la inmanencia, pues no es más que una forma del carácter fundamental de la intencionalidad misma que consiste, según las Meditaciones cartesianas, en «mentar-más-allá-de-sí».

Ahora bien, la reducción se refiere al mundo y al ser real, no sólo al ser intencional; ahora nos encontramos con que la formulación que Husserl hace de la constitución es, con toda evidencia, idealizadora; lo dado en la forma de la trascendencia es ideal, está formado

o constituido por la subjetividad; el objeto real es una idea formada en la propia conciencia, por lo cual los objetos dependen de la subjetividad. Pero, ¿no conocemos los objetos como realmente independientes de la conciencia e incluso no actuamos con ellos partiendo de ese presupuesto? ¿No vemos inmediatamente una diferencia fundamental entre un objeto sólo recordado o esperado y un objeto dado perceptivamente? ¿A quién se le ocurriría, por ejemplo, vender un cuadro fingido o pintar un cuadro en la realidad con pinturas sólo recordadas? ¿Qué puede significar en este contexto la dependencia, el ser correlato, el estar constituido en la conciencia, en definitiva, el que «todo ente esté encerrado en mi ego»?. Si el ser del mundo consistiera en ser constituido en el sentido expuesto, la pretensión aparente de la fenomenología no sería otra que destruir el mundo real efectivo convirtiéndolo en ideas o unidades ideales.

Sin embargo, Husserl nos dice que mediante la reducción «nada se le ha quitado al ser plenario del mundo como universo de las realidades». Pero entonces surge inmediatamente la pregunta sobre el resultado de la constitución: ¿es que la constitución no afecta a la realidad en el sentido estricto del término? ¿No volverá de nuevo aquella duplicidad que, según habíamos visto, era la que impedía la universalidad de la fenomenología y que, en consecuencia, había que superar mediante la reducción? ¿No tendremos, por una parte, la realidad constituida y, por otra, la realidad en sí? No hace falta advertir que todo esto parece chocar con los postulados de la reducción.

Son varios los aspectos que se entrecruzan en estas reflexiones sobre el concepto de constitución, produciendo una desagradable sensación de oscuridad. En primer lugar, conviene dejar sentado que esta noción es fundamental en la fenomenología de Husserl por varias razones: primero, porque es la primera y más inmediata descripción que se puede hacer de la constitución, una vez situados en el nivel fenomenológico, pues es evidente que lo único que podemos percibir de las cosas son aspectos parciales y que un ente no es sino el conjunto de estos aspectos parciales. Constituir un objeto es necesariamente sintetizar o mantener la unidad de los múltiples y diversos fenómenos de un objeto. La constitución como síntesis objetiva es la consecuencia lógica del desarrollo de la epoje y del descubrimiento de la actitud fenomenológica; por eso encaja perfectamente en la fenomenología psicológica o incluso en la neutral, en la cual no nos pronunciamos sobre el estatuto ontológico de la realidad. En segundo lugar, jamás abandonó Husserl este concepto, e incluso determina el enfoque específico de partes decisivas de la fenomenología, como el tema de la intersubjetividad, que sólo se comprende a partir de este concepto, ya que gran parte de los esfuerzos de Husserl se dirigen precisamente a mostrar que el otro presenta una verdadera trascendencia frente a la trascendencia ideal de las cosas constituidas como síntesis objetivas de fenómenos.

Sin embargo, la utilización que Husserl hace de este concepto es ideológica y aporética. La reducción del ser a correlato ideal puede ser válida en la fenomenología neutral, en la cual no se toma partido respecto a la realidad efectiva, pues de ésta se prescinde por la epoje; o en la fenomenología psicológica, que se sitúa explícitamente en el nivel de la representación; pero nunca puede ser correcta en la fenomenología trascendental, pues en ella supondría idealizar el mundo, la realidad efectiva, es decir, la materialidad concreta; afirmar que la realidad se reduce o equivale a realidad constituida en este sentido supone una evidente depreciación de la realidad. Pero, además, es una noción insuficiente, pues en ella se deja sin explicar las motivaciones de la síntesis objetiva; el por qué de tal síntesis y no otra cualquiera; por esto mismo es aporética, pues en la medida en que se trate de llenar de contenido descriptivo la unificación sintética, aparece

la identidad espacial dada en la relación dialéctica práctica cuerpo-espacio, superando con ello la connotación idealista inicial. Por el contrario, de no atender a este factor unificador concreto, se vuelve a una noción de objetividad de corte kantiano, de lo cual se tiene una clara impresión en las descripciones del § 131 de Ideen I, donde se habla del objeto como la pura X con abstracción de todos sus posibles predicados, X por tanto vacía, el «algo», «soporte del sentido» noemático. En la medida en que esta unidad es resultado de la síntesis de la conciencia, parece que no hemos avanzado mucho sobre la noción de unidad objetiva de apercepción kantiana..

Sin embargo, Husserl jamás hubiera suscrito el concepto kantiano de objetividad, y si la lectura de Ideen I produce esa sensación, se debe exclusivamente al nivel de abstracción que expresamente elige Husserl como introducción a la fenomenología. Tanto en la teoría como en la práctica fenomenológica, la constitución como síntesis objetiva se prolonga y se supera en el segundo concepto de constitución que veremos inmediatamente y en los análisis concretos que este segundo concepto exigía y que de hecho, eliminaban cualquier tendencia idealista; por otro lado, este segundo sentido de constitución es el auténticamente importante para la fenomenología.

2.2. Análisis intencional estático y genético. Segundo sentido de constitución: la Urstiftung

La fenomenología es descripción de los fenómenos vividos; dado el carácter intencional de lo vivido, la descripción fenomenológica es análisis intencional, que en la fenomenología trascendental es análisis de la intencionalidad constitutiva de la subjetividad trascendental. Ahora bien, Husserl distingue la fenomenología estática de la genética, correspondiendo a cada una un tipo distinto de análisis. Partiendo de esta distinción, procuraremos exponer el segundo concepto de constitución.

El texto quizá más claro sobre el análisis estático y genético se halla en el apéndice a la Lógica formal y trascendental. Dice Husserl: «Un único y mismo objeto, a priori, puede estar presente a la conciencia en muy diversos modos de conciencia siendo alguno de los modos básicos y esenciales: la percepción, el recuerdo, la conciencia etcétera. Entre ellos, el modo de conciencia por experiencia, el original, tiene preferencia; a él se refieren todos los demás con sus modificaciones intencionales».

«Ahora bien: la modificación intencional posee como característica propia el reenviar en sí misma a lo no modificado. Cuestionando en cierta medida el modo de dación modificado, nos dice él mismo que es modificación de tal modo original. Esto implica para el sujeto que tenga tal modo de conciencia (...) tender a partir del modo no original, hacia el original o eventualmente representificarse explícitamente el modo original, y clarificarse el sentido objetivo... Todo modo intencional de dación como conciencia-de se puede analizar, estáticamente de este modo». Por eso, el análisis estático está dirigido «por la unidad del objeto mentado, yendo de los modos de dación oscuros a la presentación clara, siguiendo los reenvíos intencionales implicados en las representaciones oscuras»; lo que el análisis estático pretende no es otra cosa que obtener el mejor conocimiento de un objeto recurriendo al óptimo de experiencia efectiva, o en el caso, por ejemplo, de un cálculo matemático, a las operaciones concretas que implica; un objeto recordado, por su parte, deberá ser traído, si es posible, al presente y dado en una percepción.

Antes de cualquier intento de crítica seria, hay que saber de qué estamos hablando, el sentido de las cosas de las que queremos hablar; por ello hay que empezar con una

descripción de los modos en que se dan y tal como se dan. El hecho de limitarse a la dación, y dentro de ésta al modo original, incluye un comienzo de crítica, pues un análisis de este tipo demostraría que muchos de los objetos que creemos existir o que consideramos como elementos integrantes y decisivos de nuestro mundo no son más que puras ficciones o puras palabras sin contenido y cuya única función muchas veces no es sino enmascarar la realidad efectiva. Pero no es éste el objetivo fundamental del análisis estático. Su objetivo es el de fijar el sentido de ser que cada cosa o nivel de realidad tiene; fijar qué es cada cosa según la experiencia óptima que tenemos; cuál es su estructura y en qué se diferencia de otras estructuras, de otras realidades; qué caracteriza, por ejemplo, a una cosa material, a un animal, a un contenido judicativo, a un número, a una persona, etc. El análisis estático analiza un objeto de experiencia ya dado descubriendo la estructura del objeto y la síntesis que la fundamenta; por eso no se debe pensar que la fenomenología estática es pura descripción de objetos, pues no sólo incluye la clarificación e intuitivación de la experiencia del mundo, sino también «la búsqueda de la estructura esencial de la subjetividad que tiene experiencia del mundo, que es condición de posibilidad para la construcción de una intuición perfecta del mundo como un mundo posible según su forma esencial ontológica» (ib.).

La fenomenología estática permite delimitar tanto el sentido de cada cosa como la síntesis que lo fundamenta. El sentido de cosa, por ejemplo, lleva consigo el ser dado en una perspectiva espacial, en siluetas o aspectos que varían a medida que el objeto se mueve o que yo me muevo; así la síntesis objetiva de una cosa espacial se fundamentará en la permanencia de la relación de mi cuerpo con el lugar de la cosa; la cosa, por otro lado, tiene su específica relación al tiempo, a las otras cosas, etc. Así cada región o cada tipo de ser tiene su 'sentido de ser', su 'estilo de ser' y por lo tanto su modo de darse. Es evidente que no es igual el modo en que yo veo que $2+2=4$ que el modo en que veo un árbol. También es distinta la duración de un árbol y la de una igualdad matemática; o la relación entre las cosas materiales y la que los objetos matemáticos mantienen entre sí. El análisis estático debe desvelar las diversas modalidades de objetos y sus diversos modos de dación y constitución en el primer sentido de la palabra.

Ahora bien, el sentido tiene una génesis; el sentido «surge en una fundación», en una Stiftung, en la que se constituye ese sentido, el estilo de ser típico de cada región. Según Husserl, esta génesis puede ser activa y pasiva; en la activa «el yo funciona como constituyente, como productivo, por medio de actos específicos del yo»; pero esta constitución genética activa siempre supone la pasiva, que es la que procura los materiales sobre los que actúa el yo activo; mas la actuación de éste no interrumpe la síntesis pasiva, la constitución de cosas dadas en intuiciones pasivas; las cosas siguen apareciendo como cosas, «transcurren los múltiples modos de aparecer, los cuadros visuales y táctiles de la percepción en cuya síntesis evidentemente pasiva aparece una cosa, en ella una forma, etc.». Pero el hecho de que los fenómenos sean sintetizados de esta forma para 'constituir' una cosa muestra una historia: «Pero precisamente esa síntesis, como síntesis de esa forma, tiene su historia que se anuncia en ella misma». Sólo puedo percibir una cosa porque he aprendido a percibir cosas, he constituido el sentido 'cosa'; sólo entonces serán los datos percibidos como cosas; por eso, dice Husserl: «Con muy buenas razones se dice que tenemos que aprender en la primera infancia a ver cosas» (ib.). Sólo podemos conocer si aprendemos a conocer: «Todo lo conocido remite a un aprender a conocer original. ; este 'aprender a conocer' (Kennenlernen) significa la constitución de un sentido de ser, de un estilo general de ser, de modo que siempre que se presentan determinados datos serán ya sintetizados dentro del 'estilo general original'. Esta constitución del sentido de ser es lo

que Husserl llama Urstiftung, creación o fundación original que constituye una forma estructural de familiaridad (íb.), que se mantendrá como forma habitual del yo.

Así, mientras el análisis estático trata de delimitar los componentes estructurales de las diversas regiones de ser o las formas estructurales que en cada caso funcionan, describiendo su modo de darse y aparecer junto con las síntesis que los constituyen, el análisis genético se refiere a la constitución misma de esos sentidos de ser, de esas estructuras originales de la experiencia del mundo; por eso dice Fink, con gran acierto, que «Fenomenología genética es la teoría de la fundación originaria (Urstiftung) y de la habitualidad». El análisis genético tiene que considerar la historia concreta de] sujeto, por lo cual «se dirige al conjunto concreto total en el que se sitúa toda conciencia y su objeto intencional en tanto que tal. Entran, por tanto, en cuestión las otras aplicaciones intencionales que pertenecen a la situación, ... entra, en consecuencia, al mismo tiempo en consideración la unidad inmanente del tiempo de la vida que tiene en esta temporalidad su historia, de modo que toda vivencia particular de conciencia tiene en esta unidad temporal su propia historia». El análisis genético no explicita las implicaciones intencionales de una percepción concreta, sino el estilo mismo dentro del cual se da esa implicación; el análisis genético cuestiona el conjunto concreto, «el conjunto temporal en el que se entremezclan todos los elementos estáticos»; de ahí que el análisis genético lleve a la «presencia originaria» del tiempo o a la «corriente» de la conciencia, que constituye la base previa (Vorsein) de toda constitución de sentido, cuyo análisis es el objetivo fundamental de la fenomenología genética.

Teniendo en cuenta que la experiencia del mundo no puede salirse de este marco intencional-constitutivo de la subjetividad trascendental, el verdadero programa de la reducción trascendental se cumple en el análisis genético. Sólo así podremos, además, saber cuál es el verdadero sentido de cada objetividad, sentido, por otro lado, que está a la base de la misma constitución de la vida ordinaria o de la actitud natural, si bien puede estar oculto por otras actividades que, sin destruir el sentido originario, no lo dejan aparecer. Sólo este estudio genético nos permitirá conocer el verdadero sentido del mundo.

Con esto se ha dado un importante paso en la marcha de esta exposición y se han puesto las bases para una ampliación posterior; pero antes resumamos un poco lo hasta ahora conseguido, sobre todo, en orden a situar una problemática que venimos arrastrando desde el principio del número y que todavía está sin resolver. Hemos conseguido destacar dos sentidos distintos de constitución; el primero se refiere a la constitución de un objeto como unidad sintética ideal de múltiples fenómenos reales y posibles de ese objeto concreto. Esa unificación o síntesis de fenómenos se hace en base a un sentido de ser, a un estilo típico que orienta el tipo de implicaciones de un dato presente. El objeto es la serie de datos implicados en el dato presente. Ahora bien: la implicación de datos depende de mi vida pasada, de que haya 'constituido' un sentido de ser. Constituir en esta segunda perspectiva es algo muy distinto de constituir como síntesis objetiva. Constituir un sentido es aprender a conocer, lo cual significa constituir esquemas de implicación. Pero aprender a conocer o constituir esquemas de implicación no es otra cosa que aprender la relación de comportamiento de las cosas entre sí, de las cosas con mi propio cuerpo y de mi cuerpo con los demás cuerpos, esto es, unir en una unidad de sentido una serie de manifestaciones tomando conciencia habitual de que una manifestación determinada incluye tales otras; por todo ello la constitución pasiva del sentido de ser está en íntima conexión con la praxis, con el comportamiento; la constitución husseriana en este sentido básico no puede ser desligada de una concepción práctica de la experiencia, que ya el mismo Husserl consideraba

«pasividad práctica». Pero este aspecto lo debemos dejar para otro lugar; lo único que nos interesa resaltar es qué significa a nivel concreto constitución y cómo, si seguimos su significado, nos vemos obligados a la consideración de la experiencia como praxis.

Pero aún tenemos que tener en cuenta otro aspecto clave de esta temática. Sabemos que la reducción trascendental no se refiere a mi representación del mundo o de las cosas, sino al mundo verdadero y a la realidad misma de las cosas; ahora veo que constituir una cosa en su sentido más originario es constituir un sentido de ser, un estilo de ser «cosa» como esquema estructural de implicación y, en segundo lugar, constitución de la unidad concreta de cada cosa según ese esquema de implicación. Pero todavía podré preguntar, volviendo a la cuestión que nos persigue desde el principio del capítulo, ¿en qué relación está el ser y el sentido de ser?, ¿se reduce el ser al sentido de ser?; mas, si «sentido de ser» significa, tal como hemos visto, «forma estructural de familiaridad» o -esquema de implicación intencional», ¿es que el mundo no es otra cosa que el conjunto de estos esquemas de implicación que yo puedo constituir?, ¿es que el ser real se reduce a esto? Vamos a tratar de responder en el próximo número.

Preguntas del tema 6

- ¿En qué se diferencia la epojé de la reducción?
- ¿Es la reducción eidética una exigencia sólo de la fenomenología? ¿Por qué?
- ¿Podría explicar, por ejemplo, en el caso del recuerdo, qué sería ahí la practicar una reducción psicológica y qué sería practicar una reducción trascendental?
- ¿La reflexión fenomenológico-psicológica es natural y es fenomenológica, tiene, por tanto, un parecido con la reflexión natural y otro con la trascendental? ¿en qué se parece a la primera y en qué a la segunda?
- ¿Cuál le parece el concepto de constitución más importante, el primero o el segundo? ¿por qué?
- ¿Sería capaz de explicar por qué el programa de la reducción se cumple en el análisis genético?

2 Tema 7. La subjetividad como ámbito fundamental de la investigación trascendental: las estructuras de la subjetividad trascendental I.

2.1 Introducción.

Estamos con este tema en uno de los más interesantes de la fenomenología, pues en él se ve el rendimiento del análisis fenomenológico para el conocimiento de las estructuras básicas de la subjetividad humana, por tanto, para el conocimiento de lo que somos. Husserl no se lo plantea como una antropología filosófica, pero no hay que dejarse engañar por las palabras. Los textos elegidos de los libros básicos muestran hasta qué punto este análisis de las estructuras básicas lo hace Husserl dentro de análisis orientados a otros objetivos, tales como la ética. Respecto a la bibliografía husserliana al respecto, sería necesario trabajar, para la fenomenología del cuerpo, el texto de las Ideas II que Antonio Zirión ha puesto a nuestro alcance en una magnífica traducción.

2.2 La intencionalidad: Nóesis y Nóema.

Para este epígrafe voy a proponer la lectura de las páginas 144 a 147 de La estructura del método fenomenológico, y los párrafos 98 y 99 de las ideas de Husserl

Análisis psicológicos previos
De La estructura del método fenomenológico

La necesidad de unos análisis psicológicos previos para entender la epojé se ve considerando la estructura del texto que, publicado en vida de Husserl, es el más importante de los dedicados a la exposición de la epojé, a saber: la sección segunda de las Ideas de 1913, titulada «Meditación fenomenológica fundamental»; después de explicar en el capítulo primero qué es la epojé, inicia en el segundo unos análisis en los que «no nos preocupamos de ninguna epojé trascendental»¹. La palabra trascendental es una corrección tardía, pues en la primera edición habla de 'epojé fenomenológica'; la corrección es lógica, pues esos análisis, de acuerdo con el título del § 34, son psicológicos², para lo cual ya sabemos que se requiere una epojé fenomenológica psicológica. Estas correcciones son muy importantes, pues demuestran que Husserl ha tomado conciencia de la necesidad de la psicología fenomenológica para el acceso a la fenomenología trascendental. Según el propio Husserl, en el primer capítulo se ha entendido el sentido de la epojé, «pero no su posible efectuación» (Leistung) (o. c., pág. 69); mas la epojé propiamente hablando no es un concepto, sino una práctica; si no se entiende su posible efectuación es que aún falta algún elemento básico en su sentido, pues eso significa no saber dónde y cómo aplicarla; entender la epojé significa conocer el terreno de su aplicación; la misión de estos análisis psicológicos es precisamente analizar, siquiera provisionalmente, la conciencia para poder aplicar la epojé.

Para poder aplicar la epojé se requiere antes de nada conocer por lo menos en lo imprescindible los elementos que componen una representación. Si en los manuscritos inéditos es muy frecuente la utilización de la palabra 'representación', en los textos publicados habla normalmente de nóema, que literalmente significa 'lo pensado'. En la terminología de Husserl, 'nóema' significa no sólo lo pensado, sino lo conocido, lo imaginado, lo querido, lo que yo sé de una cosa, etc. El nóema abarca la totalidad de la representación que yo tengo de algo. Para entender plenamente la epojé es imprescindible tener unas nociones de los diversos componentes que integran un nóema. Yo puedo tener conciencia de una cosa, por ejemplo, de un árbol, de muy diversos modos; yo puedo ver el árbol, puedo tocarlo, puedo oír el ruido de sus hojas, puedo recordarlo, imaginarlo, desecharlo, puedo pensar en que lo voy a ver a la vuelta de la esquina, es decir, en un futuro inmediato, etcétera. En todos estos actos de conciencia encuentro un núcleo idéntico, merced al cual puedo decir que pienso en un árbol, que veo un árbol, que recuerdo un árbol, etc. El nóema contiene, por tanto, y en primer lugar, un núcleo que permanece idéntico en diversos modos de conciencia. No nos sería fácil determinar el alcance del núcleo dentro del conjunto del nóema, pero en este momento no es relevante (Ideas, pp. 243).

El núcleo noemático no se da de modo independiente; siempre viene acompañado de unos caracteres de presentación y de ser determinados; el núcleo noemático 'árbol' se presenta necesariamente en un modo de presentación o de dación; se da como recordado, percibido, imaginado, etcétera. Dentro de cada carácter de presentación caben multiplicidad de modalidades, por ejemplo, imaginado desde esta perspectiva, más o menos cerca, con más o menos nitidez, etc. Junto a los caracteres de presentación tenemos, además, los de ser, que pueden presentar diversas modalidades: ser real, irreal, posible, probable, dudoso, etc (§ 103 y ss. de Ideas I).

La actividad del sujeto en la que se da un nóema, según la terminología de Husserl, la nóesis, término con el cual designa Husserl el contenido real y efectivo del psiquismo, puesto que lo noemático no constituye realmente la conciencia, ya que es evidente que el nóema 'árbol' no está en la conciencia. Por parte de las nóesis, los caracteres de presentación se corresponden con una 'percepción', con un 'juicio' en el sentido de actividad judicativa, con un 'deseo' o con una 'imaginación', etc. A los caracteres de ser corresponde un modo télico, según el cual los diversos actos noéticos ponen el nóema en un determinado carácter de ser; así, por ejemplo, el acto noético 'percepción' pone sus nóemas en el carácter de ser 'real'; el nóema de una percepción siempre será un ser real, la nóesis 'imaginación' pondrá sus nóemas con el carácter de ser 'irreal' etc. El modo télico fundamental es el modo dóxico, por el cual una nóesis pone el carácter de ser real. Puesto que la representación del mundo da un mundo real, la representación del mundo tiene un carácter dóxico; la representación del mundo está atravesada de una doxa, de una Glaube, por la cual esa representación no es mera representación subjetiva, sino que se trasciende siendo representación de un mundo real; por este carácter dóxico, la experiencia del mundo nos da un mundo cierto.

Desde una perspectiva psicológica el nóema 'mundo' es el correlato noemático de una doxa o de un modo dóxico; el nóema 'mundo' es lo puesto (la tesis) en la vida de conciencia; lo que caracteriza a esta tesis es que a ella está referida todo lo dado en cualquier experiencia télica dóxicaincluida mi propia vida, mi conciencia y mi propia actividad, de modo que también yo, como hombre, vivo en la doxa del mundo, en la certeza del mundo. La continua referencia que de nosotros mismos así como de todas las demás cosas dadas en las diversas percepciones hacemos al mundo es lo que Husserl llama la apercepción del mundo.

No hay que olvidar, sin embargo, que estamos en un nivel psicológico; que el mundo del que ahora hablamos es un mundo noemático desde una perspectiva psicológica, aunque como correlato de una doxa tenga el carácter de real; el carácter noemático 'real' no es lo real en sí; aunque para la psicología lo 'real' noemático no es 'mera' representación, sino que tiene la virtud de darnos lo real en sí.

La provisionalidad de estos análisis es patente, pero su objetivo no es otro que resaltar el carácter tético y dóxico del mundo de la experiencia; según Husserl, mostrar este carácter es una parte fundamental de la epoje. todas las exposiciones de la epoje empiezan por la descripción de la actitud natural, aunque sólo mediante unos análisis de tipo psicológico se puede saber qué significa decir que el mundo es la tesis de la actitud natural.

Parágrafos 98 y 99 de las Ideas

[239]

S 98. MODOS DE SER DEL NÓEMA. MORFOLOGÍA DE LAS NÓESIS. MORFOLOGÍA DE LOS NÓEMAS

Pero aún son menester importantes complementos. Ante todo es muy de advertir que todo

pasar de un fenómeno a la reflexión que lo analiza en sus ingredientes o a la reflexión de dirección enteramente distinta que analiza su nóema, da origen a nuevos fenómenos, y por tanto incurriríamos en muchos errores si confundiésemos los nuevos fenómenos, que en cierto modo son transformaciones de los antiguos, con éstos, y atribuyésemos a los primeros lo que haya de ingrediente o de noemático en los [240] últimos. Así, no se quiere decir, por ejemplo, que los contenidos materiales, digamos los contenidos de color que matizan, se hallen en la vivencia de percepción exactamente lo mismo que se hallan en la vivencia que analiza la anterior. En ésta se hallaban, para citar sólo un punto, contenidos como ingrediente, pero no estaban percibidos, no aprehendidos como objetos. En cambio, en la vivencia que analiza la anterior son objetos, punta a que se dirigen las funciones noéticas y que no figuraban antes como tales. Aun cuando estas materias siguen ejerciendo sus funciones de exhibición, estas últimas han experimentado un cambio esencial (un cambio perteneciente a otras dimensiones). Es cosa que se expondrá aún más adelante.

Es patente que esta distinción entra esencialmente en cuenta para el método fenomenológico.

Tras esta observación, dirigimos nuestra atención a los siguientes puntos, pertenecientes a nuestro tema especial. Antes que nada, toda vivencia es de tal forma que existe en principio la posibilidad de volver la mirada a ella y a sus ingredientes, igualmente, en la dirección opuesta, al nóema, digamos, al á visto en cuanto tal. Lo dado en esta dirección de la mirada duda es, en sí y dicho lógicamente, un objeto, pero un objeto absolutamente no-independiente. Su esse consiste exclusivamente en su "percipi" —sólo que esta afirmación es válida en cualquier sentido menos en el de Berkeley, ya que aquí el percipi no contiene el esse como ingrediente.

Esto es transportable, naturalmente, a la consideración noética: el eidos del nóema remite al eidos de la conciencia noética, ambos están en correlación eidética. Lo intencional en cuanto tal es lo que es en cuanto componente intencional de conciencia en tal o cual de sus formas, que es conciencia de él

Pero, a pesar de esta no-independencia, permite el nóema que se le considere por sí, se le compare con otros nóemas, se indaguen sus posibles transformaciones, etc. Cabe esbozar una morfología universal y pura de los nóemas, a la que se opondría correlativamente una universal y no menos pura morfología de las vivencias noéticas concretas con sus componentes hyléticos y específicamente noéticos.

Naturalmente, estas dos morfologías no estarían entre sí en modo alguno en la relación, por decirlo así, de dos espejos enfrentados [241] o tal que de cada una de ellas se pasase a la otra con un simple cambio de signo, *verbi gratia*, sustituyendo un nóema cualquiera, N, por "conciencia de N". Esto resulta ya lo que expusimos más arriba respecto a la correspondencia entre las cualidades unas del nóema-cosa y las multiplicidades hyléticas de matización en las posibles percepciones de la cosa.

Pudiera parecer que otro tanto fuese necesariamente válido también por respecto a los elementos específicamente noéticos. Cabría en especial apelar a aquellos elementos que hacen que una compleja multiplicidad de datos hyléticos, digamos de color o táctiles, vengan a ejercer la función de matizar múltiplemente una y la misma cosa objetiva. Basta recordar que en las materias mismas no está, por su esencia, inequívocamente diseñada la referencia a la unidad objetiva, antes bien, el mismo complejo de materias puede experimentar variadas apercepciones que pasen unas a otras a saltos, discontinuamente, y en que por ende resulten conscientes diversas objetividades. ¿No resulta con esto ya claro que en las apercepciones animadoras mismas, como elementos de las vivencias, hay diferencias esenciales, o que se diferencian con los matices o escorzos a los que siguen animando a los cuales constituyen un "sentido"? Por tanto, podría sacarse esta conclusión: existe sin duda un paralelismo entre la nóesis y el nóema, pero de tal suerte, que las estructuras correspondientes tienen que describirse por ambos lados y en su esencial corresponderse. Lo noemático sería el campo de las unidades, lo noético el de las multiplicidades "constituyentes". La conciencia que une "funcionalmente" lo múltiple y constituye a la vez la unidad nunca muestra de hecho identidad cuando se da la identidad del "objeto" en el correlato noemático. Cuando, por ejemplo, diversos cortes de una percepción duradera y constituyente de la unidad de una cosa muestran algo idéntico, este árbol invariablemente en el sentido de esta percepción —que ahora se da en esta orientación, luego en aquella, ahora por delante, en seguida por detrás, y en lo que respecta a las por cualidades visualmente aprehendidas de una porción, primero indistinta e indeterminadamente, más adelante distinta y determinadamente, etc. —el objeto con que nos encontramos en el nóema es consciente como es en los distintos cortes de su duración inmanente [242] una conciencia idéntica, es sólo una conciencia ligada, una, sin solución de continuidad. Con todo cuanto hay de justo en lo dicho, no son, empero, las conclusiones sacadas enteramente correctas, como quiera que en estas difíciles cuestiones es siempre imperiosa la mayor cautela. Los paralelismos aquí existentes —y hay varios de ellos, los cuales con demasiada facilidad se mezclan unos con otros—están afectados de grandes dificultades todavía muy menesterosas de aclaración. Necesitamos tener cuidadosamente a la vista la distinción entre las vivencias noéticas concretas, las vivencias junto con sus elementos hyléticos, y las nóesis puras o meros complejos de elementos noéticos. Y necesitamos mantener bien distinguidos el pleno nóema y, por ejemplo en el caso de la percepción, el "objeto que aparece en cuanto tal". Si tomamos este "objeto" y todos sus "predicados" objetivos —las modificaciones noemáticas de los predicados de la cosa percibida puestos pura y simplemente como reales en la percepción normal— es aquél y son estos predicados sin duda unidades frente a las multiplicidades de las vivencias de conciencia constituyentes (las nóesis concretas). Pero también son unidades de multiplicidades noemáticas.

Así lo reconocemos tan pronto como hacemos entrar dentro del círculo de nuestra atención las características noemáticas del "objeto" noemático (y de sus "predicados"), que hasta aquí hemos malamente descuidado. Así, es cierto, por ejemplo, que el color que aparece es una unidad frente a las multiplicidades noéticas y en especial de tales caracteres noéticos de apercepción. Pero una investigación más detallada revela que a todos los cambios de estos caracteres corresponden otros noemáticos paralelos, si no en el

"color mismo", que sigue apareciendo siempre, sí en sus cambiantes "modos de darse", por ejemplo, en la "orientación relativamente a mí" en que aparece.

Así, pues, en las "características" noemáticas se reflejan en general otras noéticas. Cómo es éste el caso, tendrá que ser un tema de amplios análisis, y no simplemente para la esfera de la percepción tomada aquí por ejemplo. Hemos de analizar unas tras otras las distintas formas de conciencia con sus múltiples caracteres noéticos, para estudiar especialmente los paralelismos noético-noemáticos.

[243]

Pero persuadámonos por adelantado de que el paralelismo entre la unidad del objeto noemático "mentado" de tal o cual manera, del objeto que tenemos en la "mente", y de las formas de conciencia constituyentes ("ordo et connexio rerum —ordo et connexio idearum") no debe confundirse con el paralelismo de la nóesis y el nóema, en especial entendido como paralelismo de los caracteres noéticos y de los correspondientes caracteres noemáticos.

A este último paralelismo se refieren las consideraciones que ahora siguen.

S 99. EL NÚCLEO NOEMÁTICO Y SUS CARACTERES EN LA ESFERA DE LAS PERCEPCIONES Y LAS REPRESENTACIONES

Nuestra tarea es, pues, ensanchar considerablemente el círculo de lo que se ha señalado en las dos series paralelas de los procesos noéticos y noemáticos, para alcanzar el pleno nóema y la plena nóesis. Lo que hasta aquí tuvimos preferentemente a vista, cierto que sin sospechar aún qué grandes problemas encerraba, era sólo un núcleo central y ni siquiera deslindado inequívocamente.

Recordamos ante todo aquel "sentido objetivo" con que nos encontramos más arriba¹, al comparar nóemas de representaciones heterogéneas, de percepciones, recuerdos, representaciones por medio de "imágenes", etc., como algo susceptible de ser descrito con puras expresiones objetivas, y hasta con expresiones idénticas e intercambiables en el caso límite favorablemente elegido, de un objeto, por ejemplo, un árbol, perfectamente igual, igualmente orientado, en todo respecto igualmente aprehendido, que se exhibe en la percepción, en el recuerdo, en una imagen", etc. Frente al idéntico "árbol que aparece en cuanto tal", con la idéntica forma "objetiva" de su aparecer, quedan las diferencias del modo de darse, variable o cambiante de una forma de intuición a otra y según las restantes formas de representárselo.

Lo idéntico es consciente una de las veces "originariamente", otra "en el recuerdo", una tercera "en una 'imagen' ". Pero estas [244] expresiones designan caracteres del "árbol que aparece en cuanto tal", con los que nos encontramos al dirigir la mirada al correlato noemático y no a la vivencia y sus ingredientes. No se trata, pues, de "modos de la conciencia" en el sentido de elementos noéticos, sino de modos en que se da aquello mismo que es consciente y en cuanto tal.

Como caracteres de lo "ideado", por decirlo así, son ellos mismos "ideados" y no ingredientes. En un análisis más exacto se advierte que los caracteres puestos por ejemplo no pertenecen a una serie.

Por un lado tenemos la simple modificación reproductiva, la simple representación, que por su propia esencia se da, harto notablemente, como modificación de algo distinto de ella. La representación remite por su propia esencia fenomenológica a la percepción, por ejemplo, el acordarse de algo pasado implica, como ya advertimos anteriormente, el "haber percibido", así, pues, en cierto modo es la "correspondiente" percepción (percepción del mismo núcleo de sentido) consciente en el recuerdo, pero sin embargo no está contenida realmente en él. El recuerdo es, justo por su propia esencia, "modificación de" una percepción. Correlativamente, se da, lo caracterizado como pasado, en sí mismo como algo

que "ha sido presente"; así, pues, como una modificación del "presente", que, sin modificación, es justo el "originario", el "presente en persona" de la percepción.

Por otro lado, pertenece la modificación de la representación por medio de una "imagen" a otra serie de modificaciones. Esta representa "por medio de" una "imagen". Pero la "imagen" de ser algo que aparezca originariamente, por ejemplo, la "imagen" "pintada" (no la cosa "pintura", aquella de la que se dice, por ejemplo, que cuelga de la pared)² que aprehendemos perceptivamente.

1 Cf. supra, § 91, p. 221

2 Cf. sobre esta distinción más infra, § 111, p. 262.

Pero la "imagen" puede ser también algo que aparezca reproductivamente, como cuando tenemos representaciones de "imágenes" en el recuerdo o en la libre fantasía". A la vez se observa que los caracteres de esta nueva serie no sólo se refieren retroactivamente a los de la primera, sino también que suponen ciertos complejos. Esto último, en vista de la distinción entre "imagen" y "modelo", inherente noemáticamente [245] a la esencia de esta conciencia. Se ve también en que aquí el nóema encierra en sí siempre un par de caracteres en referencia mutua, aunque pertenecientes a distintos objetos de la representación en cuanto tales.

Finalmente, un tipo cercano y sin embargo nuevo de caracteres noemáticos modificadores (a los que, como siempre, corresponden otros noéticos paralelos) nos lo ofrecen las representaciones por medio de signos, con su análoga oposición del signo y lo significado, en las cuales figuran de nuevo complejos de representaciones y, como correlatos de su peculiar unidad en cuanto representaciones por medio de signos, pares de características noemáticamente complementarias en pares de objetos noemáticos.

También se observa que así como la "imagen", en sí, de acuerdo con su sentido de "imagen", se da como modificación de algo, que sin esta modificación estaría allí en persona o como algo representado en sí mismo, exactamente igual se da el "signo", tan sólo simplemente a su modo, como modificación de algo.

2.3 La conciencia del tiempo.

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 50-53

El estudio de la percepción implica el estudio del tiempo y del espacio, pues toda percepción y todo objeto percibido se enmarca en un tiempo y un espacio y mientras que la vista actúa más en el espacio, el sonido tiene una estructura más temporal; en ese contexto empieza Husserl a analizar el tiempo para ver cómo se forman en la conciencia los actos en los cuales oímos un sonido. En este contexto de los análisis de las bases intencionales de la percepción describe o toma Husserl conciencia de la reducción y epojé, primero en el análisis del tiempo de la conciencia, el año 1904-1905 y después en el prólogo a la lección sobre los análisis del espacio y la noción de cosa, en 1907. En efecto, en 1904 nos dice:

«Lo primero en un análisis fenomenológico de las vivencias del tiempo es la exclusión total de todas las suposiciones en relación a un tiempo objetivo. Hablando objetivamente puede ser que cada vivencia tenga su tiempo, su lugar objetivo en el tiempo; podemos suponer cómo hay que juzgar el orden objetivo temporal de estas vivencias, por ejemplo de las vivencias de un acto de percepción en relación al contenido y objeto de percepción, de la vivencia del recuerdo y de lo recordado. Pero en la fenomenología no hay lugar para ello, a no ser que queramos describir y luego expresar el fenómeno de ese juzgar, de ese aparecer como algo dado fenomenológicamente, como evidente, que intenciona las relaciones

temporales objetivas en las cuales se pone la intención de esta o aquellas menciones temporales. Aquí pasa algo semejante a lo que ocurre con una fenomenología de las vivencias espaciales. El niño recién nacido, que no conoce ningún espacio objetivo tiene seguramente (por lo menos así lo admitimos la mayor parte) un campo visual lleno; ¿se puede preguntar por la situación objetiva espacial de ese campo visual?» (Para una fenomenología del tiempo interno de la conciencia, Ha. X, pág. 187).

Es decir, en la fenomenología sólo habrá que considerar lo objetivo cuando queramos estudiar expresamente las vivencias que se dirigen expresamente a lo objetivo.

(Este texto proviene del año 1904. Compárese con el Prólogo a la segunda edición de las Investigaciones lógicas).

Si queremos describir el tiempo de la conciencia, las vivencias con su característica temporal, debemos prescindir del tiempo objetivo. Tiempo objetivo es el tiempo del mundo señalado o marcado por el movimiento de los astros, que, a su vez, regula el tiempo de los calendarios y los relojes. Todo tiene su momento en ese tiempo general objetivo; yo también y, por lo tanto, las vivencias de mi propia conciencia, que son las que yo quiero describir. Ahora bien, describir el tiempo de la conciencia no es describir ese tiempo objetivo. Pero ¿es que hay un tiempo distinto del tiempo objetivo? Una reflexión mínima nos demostrará que existe un tiempo propio de la conciencia distinto del tiempo objetivo, al estilo de ese campo visual del niño, que sería absurdo intentar confundir con alguna parte del espacio objetivo; basta, en efecto, pensar que el tiempo que nosotros vivimos no transcurre con la misma uniformidad que el tiempo del reloj; todas las horas tienen sesenta minutos, pero iqué diferencia entre unas horas y otras! hay tiempos largos y tiempos cortos; tiempos llenos y tiempos vacíos, etc. Pues bien, un presupuesto fundamental de la fenomenología será que para describir ese tiempo de la conciencia, de cuya peculiaridad tenemos alguna noción incluso en la vida ordinaria, hay que prescindir de toda suposición en torno al tiempo objetivo. Precisamente una de las primeras tareas de la fenomenología será la de describir ese tiempo subjetivo en su radical diferencia del tiempo objetivo.

Puesto que lo que sigue es necesario para conocer el sentido de la intencionalidad, tal como Husserl la entiende, vamos a señalar una diferencia fundamental entre el tiempo objetivo y el subjetivo. Hemos dicho que la intencionalidad husseriana difería de la de Brentano porque asumía la presencia de un movimiento latente, que daba sentido a los diversos actos intencionales. Pues bien, el ensayo de Husserl en el escrito de 1904-1905 es precisamente describir ese movimiento que subyace a cada acto y que no es otro que la temporalidad misma de la conciencia. Mas esa temporalidad no es la objetiva, sino la subjetiva, cuyo rasgo característico es su "continuo fluir" del presente al pasado manteniéndose el pasado en el presente y preteniendo en el presente el futuro. El tiempo subjetivo es vivo; Husserl le llamará más adelante, en la década de los 20, presencia viviente, lebendige Gegenwart, pues es como un palpitarse, que man-tiene lo que fue (es decir, lo re-tiene) y pre-tiene lo que será. El tiempo subjetivo, que es la base o el núcleo de la intencionalidad de la conciencia, es una unidad en perpetuo flujo, que de si misma genera un horizonte de pasado y un horizonte de futuro, es una presencia que está constituida a la vez por una retención y una protención.

A diferencia de este tiempo subjetivo, el tiempo objetivo no es viviente, es decir, no man-tiene ni pre-tiene nada; sólo es un conjunto de instantes sucesivos externos unos a otros. Con esto estamos preparados para comprender otra característica fundamental del

tiempo subjetivo a diferencia del tiempo objetivo; o quizá no se trate en realidad de una nueva característica, sino de otro modo de decir lo mismo. El tiempo subjetivo -y la intencionalidad- se caracteriza por implicar lo que no es él mismo. El presente implica el pasado y el futuro, los lleva en si mismo. El tiempo objetivo, por el contrario -por lo menos tal como lo pensamos-, no implica nada. La intencionalidad husseriana es implicativa, porque el tiempo mismo de la conciencia, el tiempo presente viviente, es una unidad de implicación

2.4 La corporalidad como carnalidad o somaticidad (cinestesias).

Husserl dedica muchos textos al cuerpo, aunque muchos de ellos están en función de la aclaración fenomenológica de la experiencia del otro, que obviamente se tiene a través de su cuerpo. En este curso le propongo, de mis textos, leer parte del texto que escribí para explicar la experiencia del otro. De Husserl, puede leer los textos publicados también en la selección de textos de Husserl que sigue a *La fenomenología como utopía de la razón*, publicado como textos 3.2, pp. 163-167; 3.4, pp. 170-175; y 3.5, 176-177, éste publicado en una nueva traducción en Husserl, *Problemas fundamentales de la fenomenología*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 197-198. Este último texto es muy interesante para ver el nivel de los análisis fenomenológicos. Y como ya he dicho en las explicaciones complementarias pronto saldrá también un libro entero sobre el cuerpo, en el que el autor de este curso ha escrito un comentario al más importante texto de Husserl sobre el Leib, que puede leer ya si pincha en el siguiente enlace [APUNTES PARA UNA TEORÍA FENOMENOLÓGICA DEL CUERPO](#)

De *La fenomenología como utopía de la razón*, pp. 98 y s.

En este momento es preciso ya comentar brevemente la autoexperiencia de mi propio cuerpo, pues es mi cuerpo el que, según Husserl, tiene que actuar de mediación. Varias veces, aunque sin detenernos, hemos utilizado dos palabras, que ahora es necesario precisar: Körper, que traduciré como cuerpo, y Leib, que traduciré como soma, basándome en el propio Husserl, que así lo entendía. El cuerpo es la realidad material corporal que se mueve y está localizada en el espacio y que puede ser percibida como cualquier otro cuerpo, estando, por lo tanto, inmerso en el sistema de causalidad que une todas las cosas del mundo. Pero en mi caso ese cuerpo es vivido desde dentro de sí mismo, tiene sobre sí una «perspectiva somatológica», es un soma, un Leib, es decir, está animado de campos sensitivos, de un conocimiento interno, siente, etc. Cualquier movimiento de mi cuerpo es corporal, o sea se compone con otros movimientos, y a la vez somático. Pues bien, para mí, sólo yo tengo experiencia somática. Mas en la experiencia del otro yo percibo su cuerpo no sólo como cuerpo sino también como soma, aunque su carácter somático no lo puedo realizar. ¿Cómo paso del cuerpo del otro a su soma? Esa es la pregunta importante, puesto que ese soma no es dado realmente sino sólo implicado en ese cuerpo.

Husserl postula que para eso es preciso que se dé una «asociación emparejante», que se tenga o se haya tenido experiencia de algo análogo en situación análoga. Pues bien, la única experiencia que puedo tener de un soma es la mía; luego sólo por el emparejamiento de mi soma con mi cuerpo puedo percibir el cuerpo del otro implicando su soma. Esta explicación suele ser rechazada precisamente porque la experiencia de in? cuerpo es una experiencia somática, radicalmente distinta de la de otros cuerpos, cuya experiencia, por definición¹ no es somática. Así se lo reprocha a Husserl Ortega y Gasset en su libro *El hombre y la gente* (tomo VII de las Obras completas, p. 163). Sin embargo, para explicar este tema introducirá Husserl un punto sumamente importante, que tiene la virtud de

mostrar cuál es el talante de la subjetividad trascendental. Ese punto, por otro lado, no aparece en la V Meditación cartesiana, aunque a él se remiten muchas páginas de los textos mencionados editados en 1973.

En efecto, la experiencia de mi cuerpo es radicalmente diferente de la de cualquier otro cuerpo, uno es soma y el otro sólo es cuerpo; más aún, un rasgo fundamental del soma es que es punto cero del espacio, a partir del cual se orientan todos los otros puntos del espacio. El espacio subjetivo es, por lo tanto, radicalmente in-homogéneo, pues está orientado en torno a mi soma que es el punto cero que yo designo con la palabra "aquí" y frente al cual todos los demás puntos son "ahí" o "allí". Precisamente este carácter céntrico de mi soma corporal lo diferencia radicalmente de cualquier otro cuerpo que está necesariamente situado en un punto del espacio "allí". ¿Convierte esta diferencia fenomenológica en imposible todo emparejamiento de mí soma con el cuerpo del otro?

La solución de Husserl es considerar el soma o el cuerpo somático como cuerpo práxico, porque esa es la condición de superación de la diferencia entre mi soma y el cuerpo del otro, al ser esa la condición de superación de la inhomogeneidad del espacio subjetivo. Porque el "aquí" del soma no está ligado a ningún lugar preciso del espacio homogéneo, ya que por su movimiento puede convertir cualquier "allí" en "aquí", que a su vez se convertirá en "allí", surgiendo de ese modo una homogeneidad del espacio a partir de la inhomogeneidad primaria, mediante la capacidad motora del propio soma que permanece idéntico en cualquier lugar. Pero esa superación de la inhomogeneidad del espacio lleva a la vez a la aparición del propio soma como cuerpo en ese mismo espacio, siendo todo movimiento del soma movimiento corporal. Así mi soma corporal queda igualado con el otro no en el espacio inhomogéneo sino en el espacio homogéneo, en el cual tanto los otros como yo nos movemos de unos lugares a otros.

De esa manera el movimiento natural de mi cuerpo está siempre acompañado de un movimiento subjetivo en el espacio inhomogéneo y viceversa, el movimiento de mi soma en el espacio inhomogéneo tiene su correspondencia corporal en el espacio homogéneo. Eso significa que la interioridad está directamente exteriorizada y que toda exterioridad tiene un interior. Por eso mi soma es cuerpo y mi cuerpo soma: mi cuerpo es «el primer campo de expresión», lo que posibilita que yo comprenda el cuerpo del otro inmediatamente como expresión de su vida, expresión en la cual no se da primero la percepción de una materialidad que luego se interpreta, sino que se percibe inmediatamente minimizando incluso la materialidad corporal estricta, del mismo modo que minimizamos -Husserl dice: percibimos neutralmente- la inmaterialidad de un cuadro o la materialidad de las letras y pasamos inmediatamente al sentido que se expresa en las letras o a las figuras pintadas o sugeridas en el cuadro. Se comprenderá desde esta perspectiva el importante papel que el cuerpo propio con su acción somática cumple en la fenomenología.

TEXTO 3.2

3.2. Necesidad de mi soma para la percepción del otro
(Del texto nº, 8, Ha. XIII, pp.. 264-267, 1914-1915)

Después de todo eso los puntos principales son los siguientes:

- 1) Mi soma está constituido como cuerpo. A la esencia del cuerpo le pertenece la posibilidad de representarlo transferido desde el fenómeno-cero¹ en que es dado, a

cualquier fenómeno externo. A la esencia de todo cuerpo dado en fenómenos externos pertenece igualmente la posibilidad de poderlo traer a la orientación-cero, y así pertenece en general a la esencia de todo cuerpo toda orientación posible, también la orientación cero, bien que una ley empírica describa fácticamente que a mi sólo cierto cuerpo se me puede dar perceptivamente como fenómeno-cero y consecuentemente todos los otros cuerpos en apariciones externas.

2) El cuerpo que yo llamo el mío, mi somacuerpo, es, soma y como soma está constituido en una nueva apercepción fundada en el grupo de las apariciones-cero. Ahora bien, en la autopercepción, la que da originariamente, del soma, o correlativamente, del yo empírico, me aparece una capa de características que puedo aprehender, en el somacuerpo que aparece, como sus propiedades o sus pertenencias: por ejemplo, el soma no es en general sólo cuerpo, sino cuerpo sensible, móvil, etc. En la medida en que represento el soma-cuerpo externamente, le aplicaré también aperceptivamente esta nueva capa cualitativa (*Beschaffenheitsschicht*). Sin embargo, originariamente [265] ésta sólo aparece en el fenómeno-cero del soma, en el exterior sólo es consciente de un modo mediato, en cuanto el fenómeno externo es consciente como exteriorización de la autoaparición.

3) Precisamente porque yo atribuyo somaticidad al somacuerpo que aparece externamente o es pensado como tal, se desdobra el yo, pues yo soy y permanezco dado para mí mismo con mi soma en la aparición originaria del soma que pertenece al aquí. La ficción del yo movido fuera y de sus modos externos de aparecer desde mi soma pierde el carácter contradictorio, justamente si el yo no es actual, sino un segundo yo, cuyas multiplicidades cinestésicas están localizadas en un segundo soma, etc.

Con ello a la esencia de la autoapercepción, de la apercepción propia de mi cuerpo como soma, de la unidad del yo puro, con la corriente de conciencia, con este soma, del modo de aparición de cuerpos alrededor para este yo, y de nuevo en relación a la aparición del soma como cuerpo-cero, pertenece el que yo puedo ganar antes de la experiencia efectiva de otro sujeto una representación posible de un otro. Este modo de representación prescribe cómo podría darse otro sujeto y cómo se puede documentar como una representación ponente².

En el modo de la percepción no puede darse una aparición externa de mi soma, pero un segundo yo (un yo empírico), correspondiente al yo que había sido traspasado afuera de un modo lleno de contradicciones, puede tener la percepción de un soma correspondiente a mi representación externa representificativa³, que surge al trasplantarme fuera. Entonces el otro, que con ello lo tengo pensado, tendría esa percepción. Inversamente, yo tendría del otro una percepción externa del soma. El otro es el yo puesto fuera que no puedo mantener como idéntico conmigo mismo. Dado que yo formo la representación de cómo aparecería somáticamente desde allí, puedo formar correlativamente la representación de cómo aparecería puesto allí o movido desde aquí. Si estoy realmente aquí y si tomo como otro al puesto fuera que está allí, eso significa que yo tendría desde aquí una percepción del soma del otro.

[266] Con eso está prediseñada la posibilidad (que encuentro realizada como experiencia): en la experiencia «externa» puedo encontrar un cuerpo que puedo aprehender, que puedo «percibir» como soma de un sujeto. Pero, naturalmente, no puedo aprehender así cualquier cuerpo, no todo fenómeno externo cumple las condiciones para la posibilidad de esta aprehensión. En la determinación esencial de un fenómeno externo sólo

está incluido lo que formalmente le prescribe sentido: correlativamente, el sentido «cosa», «cuerpo espacial», «cosa material». Las determinaciones que lleva consigo el «soma y el yo empírico» no son propiedades físicas, ciertamente suponen corporalidad, pero la posibilidad de su experiencia exige una nueva apercepción que le prescribe condiciones. Las condiciones son estas: yo puedo aprehender el cuerpo ajeno como soma si me puedo trasplantar con mi soma que me aparece en fenómeno cero a aquel cuerpo, mirar ese cuerpo como si fuera mi soma, sólo que desde aquí considerado externamente -como si fuera mi soma, o tan parecido a mi soma que todavía posibilita la modificación que debo desarrollar entonces, el «trasladarse dentro», «el sentir dentro». También puedo decir:

Un cuerpo que aparece externamente me es dado externamente como un hombre, como un soma y un sujeto somático, si por su semejanza con el mío exige la apercepción como soma y el ser portador de un sujeto (exige la apercepción de un soma y sujeto semejante al que a mí me aparece y me es dado internamente). La apercepción es del tipo siguiente, como cuando en el sentido de aquella representación contradictoria y luego coherente en la transposición de mi yo y de mi soma-yo, no solamente tengo un fenómeno externo de mi somacuerpo, sino un fenómeno que reenvía hacia una aparición interior correspondiente, a una semejante a como yo la tendría si me trasladara allí, al lugar de ese somacuerpo ajeno, o si yo estuviera allí.

Con ello el yo ajeno es puesto como análogo «del yo a Ilí», del yo trasladado allí en pensamiento, y que de acuerdo a esta analogía está él mismo dado en un fenómeno interno, y que si se pensara trasladado a mi lugar tendría [267] una representación representificante, es decir una aparición externa de su soma, que se correspondería con la percepción externa que yo tengo realmente de él. Y de nuevo con ello se da el que el otro es puesto de modo tal que desde mí, según mi corporalidad somática, él tiene un fenómeno externo, y este fenómeno debe ser interpretado como yo (a saber, yo en el modo de aparición externa para él), análogamente a la representación que puedo formarme de mí, como yo aparecería desde allí visto desde aquí.

Todo sujeto se ha constituido en cuanto sujeto empírico de modo tal que puede percibir externamente a todo otro sujeto que le sea semejante somática y mentalmente. La semejanza es, sin embargo, semejanza para él: todo sujeto empírico puede tener experiencia de todo otro sujeto en cuanto sujeto en la medida en que, pueda ponerse en lugar del otro analógicamente, introyectarse en él, comprenderle desde dentro.

Si yo no tuviera soma o si no me estuvieran dados el soma o el yo empírico (originariamente según sus dos capas), tampoco podría «ver» ningún otro soma, ningún otro hombre, la percepción del yo empírico propio, o de modo correlativo, la percepción del soma propio es en un cierto modo el fundamento para la percepción del ajeno. Esto no significa que yo deduzco al otro desde mi soma, no significa que mi soma sea, antes de todo, objeto de atención, pero mi soma debe ser perceptivamente consciente, sea atendido o no, objeto temático o no.

De un modo bien entendido también es correcto decir: yo sólo puedo captar el soma ajeno en una interpretación de un cuerpo somático semejante al mío en cuanto soma y con ello como portador de un yo (un yo semejante al mío).

3.4. ¿Qué es el soma (Leib)?

(Apéndice XXXIII, Ha. XIV, pp. 281-285, 1922)

Para el tratamiento de la intersubjetividad se necesita mayor precisión:

1) El soma propio está constituido de un modo especial, y lo que, por así decirlo, entra en consideración para la primera Einfühlung para que sea posible, y que en no menor medida entra en consideración en toda Einfühlung posterior, aunque esencialmente como fundamento efectivo de motivación, es aquello que constituye al soma perceptivamente: ya como cosa.

El soma se constituye perceptivamente como cualquier cosa primero como «phantom»¹ y sólo después en una etapa superior por una causalidad intuitiva como cosa de propiedades. Ahora sólo tomamos en cuenta la primera etapa, el phantom soma y su conformación para la percepción originaria del soma completo que ya está presupuesto en esta configuración, tal como parece, o si con eso se dice demasiado, siempre juega su papel operativo para todas las demás percepciones externas. De todos modos con las cinestesias, que de modo originario transcurren instintivamente, transcurren de modo paralelo procesos sensitivos, los movimientos del ojo que aún no está constituido como phantom, por no decir como cosa, [282] hacer transcurrir datos ópticos. Con los ojos cerrados en la oscuridad, con las cinestesias, transcurren datos sensibles táctiles y de un modo que no vamos a explicar más de cerca, pueden constituirse ya ahí unidades de phantom, el phantom visual del soma (que siempre es el más próximamente dado), el táctil, y mientras ambos sentidos colaboren como de ordinario, entonces se separan el phantom táctil y visual del soma tocado dado del phantom de la mano que toca (sólo visualmente), que sin embargo de nuevo puede ser tocada con la otra mano.

En la medida en que ahí se constituye el soma como phantom, se constituye necesariamente siempre con otras rasgos somáticas específicas. Toda parte del soma está constituida como phantom y también como «órgano» como moviéndose cinestésicamente, como cuando, por mí libre «yo muevo», hago transcurrir los datos, moviéndose en consecuencia y según eso en todo tiempo siendo, de un modo conocido, subjetivamente móvil. Mientras tanto suceden cambios ya en el campo sensible táctil. Pero cuando toco otras partes del soma, el campo táctil es recorrido en una cierta parte (superficie táctil del muslo) y a la vez se da siempre otro pedazo del campo táctil de otro modo, en aquel del tocar (del dedo que toca), etc.

Por tanto, a una con el phantom se constituye también esto: que tiene una capa paralela como superficie sensible que le pertenece, y que puede ser recorrida por el tacto del órgano operativo. Al revés, puesto que el dedo tiene superficie táctil, que puede operar como tocador, en la cinestesia libre de este dedo, así bajo el título de órgano operativo el phantom del dedo recibe justamente la unidad con una multiplicidad cinestésica, que puede ser recorrida, actualizada, y por ello el mover subjetivo del dedo es actualizar la movilidad subjetiva que le pertenece. Mas ésta tiene una posición instrumental práctica en los toques posibles. El dedo se constituye como subjetivamente móvil y como órgano instrumental, como órgano para mi «capacidad de tocar» ahora configurada.

El phantom de entonces es unidad de fenómeno s que en el transcurso de un percibir libre, en el funcionar libre de los órganos perceptivos puedo recorrer y constituir en una unidad coherente. Pero el phantom de mi muslo, mi pecho, etc., tiene también una capa de ubiestesias² (Empfindnis) que yo puedo recorrer simultáneamente y que, dada en una percepción táctil, encuentro como perteneciéndole. Y así tengo en diferentes direcciones aspectos que pertenecen al phantom de mi soma (que como phantom total se constituye sólo

en un funcionar adicional sucesivo de partes somáticas individuales como órganos de percepción).

Tenemos, por tanto, para la constitución perceptiva del soma una situación distinta que para cualquier otra cosa. No lo hemos constituido sólo por un sistema de fenómenos que presentan (en escorzos), sino que para él el sistema de escorzos constituyente del phantom en cuanto tal está entrelazado con un sistema de varias capas [283] y, a saber, entrelazado por copresentación³. La copresentación juega ya en todo caso un papel para la constitución de todo phantom, en cuanto que todo lo que pertenece a un contenido momentáneo de un escorzo está unido por copresentación, y a eso pertenece también que en un transcurso libre de «yo tengo experiencia», cada escorzo momentáneo anticipa el escorzo del momento próximo de antemano, de un modo más o menos determinado, como algo que en el transcurso sólo determinadamente llega a presencia efectiva y a una copresencia con lo ya presentado (en el caso más sencillo de lo que no cambia). Más allá, como copresencia de las diversas capas del phantom, que en cada momento, también en la medida en que no están actualizadas, pueden recibir sus copresentaciones. Pero para el soma tenemos las capas específicas del soma. Unas se refieren a otras; en el transcurso efectivo del conjunto en el que son actualizadas no surgen meramente en conjunto, sino que operan en relación unas a otras como «presentantes». Las intenciones de expectativa que significa la expresión «referencia» son expectativas cumplidas en el transcurso, y cumplidas por dación originaria, por percepción, presencia originaria. Los transcurtos cinestésicos que operan en toda realización de un phantom, siempre ejercen naturalmente funciones apresentativas para toda percepción de cosas, pero no pertenecen a la cosa, mientras que pertenecen por ejemplo al órgano del tacto, la mano, es decir, mientras que ésta en cuanto a su superficie táctil, y a su ubiestesia táctil, tiene constitutivamente esas propiedades. Y aún más, el soma, mi soma, mantiene respecto al conjunto de mi vida interna y a la vida del yo una relación especial, el dolor y el placer sensibles⁴ pertenecen inmediatamente a ciertas ubiestesias, y toda vida del afecto y de la voluntad lleva consigo un cambio del sentimiento sensible. También los sentimientos de frescura somática, de ligereza, la disponibilidad ligera, etc., o, por otro lado, de torpeza penosa, la excitabilidad, la cólera, se irradian en los sucesos somáticos, y esta irradiación significa de nuevo una copresentación unilateral, que ciertamente en esta perspectiva no lleva a una capa constitutiva de la somaticidad como objeto de experiencia, porque en esos casos no se trata de una co-dación para la que, interesado en mi soma y mirando de un modo identificatorio, tuviera un interés especial de identificar. Sin embargo, también está preconstituida esta propiedad del soma, trayendo con los diversos afectos tales copresentaciones. Esto aún habría que estudiarlo. Finalmente también la causalidad sensible de cosas es una figura constitutiva de copresentaciones.⁵

¿En qué consiste la semejanza del cuerpo ajeno con el mío, que posibilita la Einfühlung [284]? El soma propio está distribuido según órganos, que normalmente están actuando, además el soma tiene como conjunto y en sus miembros una típica también en el comportamiento externo variable. El soma ajeno es semejante al propio en el todo y en sus miembros, pero también según el conjunto del comportamiento externo, el tocar, agarrar, empujar, chocar, llevar, etc. Pero en mi soma eso es una exterioridad que está unida por copresentación con una capa interna por la que está en correspondencia con toda mi subjetividad, mi yo, mi mundo que me aparece así y así, que está orientado en torno a mi soma que aparece, mientras tanto mi suceso somático correspondiente es un hacer o padecer, un estar determinado bajo la situación motivadora de este u otro modo, según ello un actuar o reaccionar somáticamente. Las daciones somáticas no transcurren meramente como cualquier dación de una cosa, sólo determinadas en una causalidad cósmica, y en todo

caso determinadas después como consecuencia de mi intervención según su causalidad, sino que las daciones de mi propio soma transcurren como una exterioridad (cosicidad espacial) que a la vez tiene un lado subjetivo y después como un ser y suceder que está en mi contexto subjetivo, que se mueve por cinestesias y que está movido porque he visto tales y tales cosas y ante ellas me asusto, me escapo, o porque las quiero coger para objetivos, las cojo, a lo que sigue que yo las coma, etc. Lo que en ese caso es exterioridad, como la muestra toda cosa, está dotado de una «interioridad» que prescribe por motivación a la marcha de la exterioridad una regla, se trata de una unidad de mutua pertenencia en los procesos externos y en los procesos subjetivos que le pertenecen.

En la medida en que en el soma ajeno el comportamiento externo por su analogía «recuerda» a un comportamiento interno, a una subjetividad que tiene su «órgano» en este soma, esto es ahora lo esencial, que en ese caso no se trata sólo de una semejanza de cosas estática, ni tampoco de una mera semejanza de comportamiento de cosas a las que yo sólo mirara, desde la perspectiva de sus cambios y de la causalidad de sus cambios. Sino que se trata de una semejanza de un «comportamiento» con mi comportamiento «somático» en cuanto somático, por ejemplo, un proceso recuerda como análogo a mi retroceso ante una cosa que me asusta, al evitar algo o ser atraído por una comida, cogerla, comerla, etc. Pero no sólo recuerda, sino que en el transcurso del proceso ocurre algo como cuando yo, después de hacerlo, frente a una cosa, de haberla cogido, ahora hago esto, la como, y cada uno de los nuevos fenómenos está motivado por el anterior y a la vez se ratifica justamente por lo que se muestra de modo externo en la objetividad de la experiencia externa, en cuanto aquello de lo que me acuerdo inmediatamente surge en la exterioridad [285]. Y ahora esos análogos de una interioridad correspondiente, que para mí no está copresentada, porque, despertada en el transcurso siempre nuevo pero de un modo típico y exigiendo una exterioridad, también la muestran en una ocurrencia efectiva, reciben una fuerza representativa, la exterioridad es esperada, y a la vez la correspondiente interioridad no es meramente representada, no es mera analogía, sino que está ahí, sólo que para mí no es experienciable en sí misma, justamente no es mi interioridad.

En este texto se trata de un experimento mental, recurso propio de los literatos, y por supuesto de la fenomenología; en él se juega y opera lo que se llama la variación imaginativa, por la cual variamos una experiencia, no con el afán de lograr un gusto estético -que es lo propio de la literatura-, sino de obtener una perspectiva segura sobre las estructuras ontológicas que definen un ser porque se resisten a que podemos variarlas si hemos de respetar las reglas ontológicas, o lo que la realidad impone.

CORPORALIDAD COMO MEDIACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

«Necesidad del soma para la subjetividad»¹

(Apéndice XXIX, Ha. XIII pp. 229-230, presumiblemente de 1912)

«¿Cómo se podría pensar la realidad espiritual, el sujeto yo sin cuerpo? Tendrían que estar presentes, en todo caso, todos los grupos de sensaciones, tanto las sensaciones somáticas específicas (sensibilidades) que no experimentan ninguna aprehensión como representantes de propiedades externas de cosas, como también aquellas sensaciones que la reciben, con la única excepción de aquellas que hacen aparecer al cuerpo mismo como cosa física. Naturalmente, el mundo fáctico en su conjunto no puede permanecer el mismo,

pues los cuerpos en cuanto cosas son obviamente algo y ejercen o padecen efectos de tipo físico. Todo lo que le pertenece debería ser excluido.

Por el contrario, debería permanecer el conjunto del mundo físico (en general, por lo menos según el tipo), debe ser experienciado así y debe ser experienciable continuamente. Los movimientos y sensaciones táctiles con que construyo la conciencia de la cosa tocada según las propiedades correspondientes, están ahí, discurren según la misma regla, todas las sensaciones musculares que sirven a la motivación. Sólo que ahí no hay ningún músculo, ningún dedo que toque, en general ningún cuerpo.

También puedo mover las cosas voluntariamente, no por mi mano, pero ¿cómo? (yo puedo tocar voluntariamente en la medida en que hago transcurrir voluntariamente las sensaciones musculares motivantes, con las que, como consecuencia, están dadas para el objeto visual ciertos recursos de sensaciones táctiles). Yo muevo la cosa primero en la medida en la llevo al tacto, a "agarrar", a "empujar" con ciertas sensaciones de esfuerzo y actos de voluntad. Yo tendría entonces todo el cuerpo de sensaciones, de sentimientos, de voluntad, pero ningún cuerpo físico! Ninguno que yo mismo pudiera ver, que me fuera dado como cosa, que actúe como cosa. Es decir, un "espíritu", un fantasma (que, sin embargo, no podría ya aparecer en la forma de una sombra fantasmal).

[230]Pero ¿qué pasaría si yo, que tengo un cuerpo, fuera tocado o empujado por tal espíritu sin cuerpo?

Ahora bien, si la misma cosa que ahí es mi cuerpo como cosa física ha de poder ser tocada por otro, esa identidad significa que mis series de fenómenos y las correspondientes del espíritu [del fantasma] constituyen lo mismo, y la identidad exige cognoscibilidad, cognoscibilidad intersubjetiva, por tanto la posibilidad de comprensión recíproca. Si ese espíritu tiene tales series de sensaciones táctiles y visuales, etc. etc., como yo, tiene en ese caso el fenómeno o eventualmente experiencia y donación de experiencia de una cosa exactamente igual, que tiene exactamente ese aspecto, que se toca de ese modo, prescindiendo naturalmente de la corporalidad específica que estaría excluida para él. Pero la identidad no puede ofrecer aquí ningún sentido. Si por otro lado yo siento la serie de sensaciones táctiles de modo paralelo con las del espíritu [a las del fantasma], exactamente igual sin que yo me toque, supondría ciertamente en ese caso que alguien toca ahí (como ocurre en la oscuridad en que no veo a quien me agarra). Pero si no veo al otro, diré que tengo alucinaciones; igualmente, si a la vez que veo al que toca, al intentar tocarlo, agarro el vacío a través del "fantasma" de color que está ahí, diré entonces: eso no existe.

En el mundo fáctico la corporalidad mediatiza la comprensión de los espíritus de esos cuerpos, la comprensión de los hombres en su conjunto según su "vida anímica" ¿Es pensable la comprensión de otro modo que a través de los cuerpos. Todo curso de conciencia es algo totalmente separado, una mónada, y permanecería sin las ventanas de la comprensión si no hubiera fenómenos intersubjetivos etc. Esa es también la condición de posibilidad de un mundo de cosas, que es uno y el mismo para muchos yoes.

APUNTES PARA UNA TEORÍA FENOMENOLÓGICA DEL CUERPO

(Este texto saldrá en breve en un libro sobre el cuerpo en la UNED,

editado por

Jacinto Rivera de Rosales y M^a Carmen López)

por Javier San Martín
UNED

Aunque el objetivo de este artículo es muy limitado, puede ser de cierto interés para quienes estén interesados en los análisis del genial fundador de la fenomenología. En realidad no pretendo otra cosa que, mediante un comentario, llamar la atención sobre los §§ 35-41 de las Ideas II de Husserl, donde se puede encontrar una serie de anotaciones fundamentales para una teoría fenomenológica del cuerpo. Con esto pretendo, además, hacer ver hasta qué punto esa teoría está ya presente en el Husserl que hacia fenomenología en Gotinga, es decir, por los años de la redacción de las Ideas I. En cuanto al modo concreto de tratamiento del texto, procuraré, ante todo, servir de ayuda, a quienes estén interesados en estos problemas, para leer el texto husserliano siempre desde el convencimiento de un lector de Husserl con cierta experiencia de que esos textos son casi inagotables, como la filosofía misma. Por supuesto, también se puede leer este trabajo sin tener que consultar el texto de Husserl.

1.- Naturaleza y estructura de la obra Ideas II

En general, el libro Ideas para una fenomenología pura y para una filosofía fenomenológica, es un proyecto muy amplio en el que Husserl quiso, ya a una altura relativamente madura de su vida, a saber, en 1912, cuando tenía 53 años, presentar lo más sustancial de su método, tanto en los aspectos metodológicos como en los aspectos sustanciales. Su intención primordial era presentar el método de acceso a la fenomenología así como los resultados del análisis fenomenológico. En el proyecto originario el libro constaba de tres tomos, en el primero, Ideas I, el único que Husserl llegó a publicar en vida, se presenta el método de acceso a la fenomenología, así como algunos conceptos básicos, tales como la naturaleza ideal-lingüística del mundo ordinario. Así, en su primera sección se procura trasmitir la idea de que el mundo está traspasado por una estructura ideal, de manera que el mundo no es el mundo de los hechos, a diferencia de lo que pocos años después dirá el Wittgenstein del Tractatus, sino el mundo de los hechos clasificados. La clasificación es obviamente resultado de la estructura esencial trasmisida por el lenguaje. La segunda sección es la presentación de la teoría de la epoje y reducción como métodos de acceso al campo fenomenológico. La tercera sección es un estudio del campo fenomenológico básico, un estudio de las estructuras noético y noemáticas. Y, por fin, la última sección es una presentación de la fenomenología de la razón, que abre el paso a los análisis constitutivos que deberán ser el tema del tomo segundo de las Ideas, tomo que Husserl no llegó a publicar en vida, y cuyo manuscrito siguió muchos avatares¹ hasta que fue publicado póstumamente en Husserliana IV y V. El tercer tomo previsto de las Ideas debía dedicarse a la reflexión fenomenológica sobre el saber, siendo una especie de epistemología fenomenológica, pero Husserl no llegó a escribirlo o se ha perdido el manuscrito. Lo que está publicado como tomo tercero de las Ideas en Husserliana V no es, por tanto, realmente el texto que respondería a esa tercera parte.

A nosotros nos interesa el tomo dos, tomo interesantísimo y relativamente desconocido, primero, por haber sido publicado sólo póstumamente, segundo, por no disponer en relación a él de tantas traducciones como en relación al tomo primero; tercero, por ser relativamente complicado, al tratarse de un trabajo que Husserl no terminó de pulir de

modo definitivo para su edición. Es, sin embargo, un texto básico para la fenomenología husseriana y una fuente fundamental para la meditación filosófica.

El libro consta de tres secciones básicas, que se corresponden con la triple estructura de la realidad, la realidad material, la realidad animal y la realidad espiritual. Esta última palabra puede desorientar a muchos, pero en Husserl, o en alemán, espiritual significa directamente "cultural", tal como está aludido en la denominación de las Geisteswissenschaften, las mal llamadas ciencias del espíritu, porque esas ciencias son sencillamente las ciencias socioculturales. Desde una visión fenomenológica, en el mundo tenemos que contar con tres niveles de realidad, la materia, el alma, y espíritu. Las dudas pueden venir de la palabra 'alma', que en una cosmovisión religiosa siempre representó una entidad superior, respecto a la cual se plantearon preguntas de carácter ontológico de difícil tratamiento filosófico, tales como su independencia ontológica con relación a la materia. Pero en una visión fenomenológica no está permitido mantener postulados ontológicos de ningún tipo, al menos si somos conscientes de ellos. Por eso, en esa visión el alma representa sencillamente el nivel animado de la realidad. Alma en alemán se dice Seele, y el adjetivo correspondiente es beseelte, es decir, animado, pues de eso se trata, en la segunda sección de Ideas II, de la realidad animada, o, sencillamente, de la animalidad. Tenemos, por tanto, en la visión de Husserl tres elementos constituyentes, materia, animalidad, y espiritualidad. Entre la materia y espíritu está la vida, que aquí se entiende como vida animal. En relación a esto podemos encontrar varios problemas. En primer lugar tendríamos que reconsiderar la constitución de la materia desde las dos perspectivas posibles, desde la vida, y abstrayendo o prescindiendo de ella. En segundo lugar tendríamos que distinguir la vida sensible de la vida insensible, es decir, la vida animal de la vida vegetal. Husserl no se refiere a ésta, por lo que sus trabajos constitutivos sólo aluden a las tres realidades antes mencionadas, la realidad material, la realidad animal y la realidad espiritual. Pero nunca se debe olvidar que con la palabra 'vida anímica' Husserl se refiere a la vida animal, al alma, o, en general, a la sensibilidad. Todo esto constituye la vida animal.

El ser humano aglutina los tres niveles o partes que constituyen el mundo, pero la experiencia de la muerte nos indica que es la vida la que mantiene tanto la parte material como la parte espiritual del ser humano. Entre las tres hay una inmensidad de interacciones. Las condiciones materiales determinan la vida y el espíritu, pero también el espíritu determina la vida y las condiciones materiales. Ahora bien, la existencia o no de vida hace que exista el espíritu y que la materia sea lo que es. El espíritu, siendo, por un lado, el resultado de la vida humana, es, por otro, el que introduce la ausencia en la presencia y la reflexión sobre la vida. Esa reflexión es toma de postura, es decir, lo que llamamos el yo. Los resultados de esas tomas de postura se sedimentan en la materia, constituyendo la cultura, pues la realidad queda ya impregnada de los actos del yo, de las actuaciones de la vida, en la faceta espiritual que ella sostiene. El presente queda, entonces, representificado, desdoblado en una dúplica que, por el hecho mismo de ser sólo representación, muestra la ausencia misma de lo real. Así, la mejor prueba del espíritu es el lenguaje, fundamental soporte del sentido, esa tenue capa material que desdobra y enriquece la realidad hasta el infinito. A través del lenguaje, la vida alcanza hasta una siempre ausente totalidad, como cuando decimos esas palabras tan cargadas de carácter meta y ultrafísico porque pretenden abarcar la totalidad, por ejemplo, esa misma palabra 'totalidad', o las palabras 'nada', 'siempre', 'nunca' o 'infinito'. En todas estas palabras la vida, anclada, con pertinaz e insuperable tozudez, en los límites de un aquí y ahora, se trasciende

radicalmente a sí misma. Pues bien, la materia, el alma, (como vida) y el espíritu, en el sentido expuesto, son los temas básicos de las Ideas II de Husserl.

2.- La sección segunda de Ideas II

La sección segunda de Ideas II, sección que trata de la vida animal, consta de cuatro capítulos, el primero de los cuales es una introducción dedicada nada menos que al "yo puro". Es comprensible que llame la atención que Husserl empiece esta sección dedicada a la vida animal con un capítulo sobre algo tan etéreo y poco concreto. Seguro que su mero enunciado desanimará a más de un posible lector, por entender que desde la fenomenología husseriana poco se puede lograr, si, al inicio de unos análisis que pretenden centrarla en temas concretos, aparece una introducción dedicada al yo puro. Pero hay que entender cuál es, en la economía del método fenomenológico, la función de este capítulo introductorio. En efecto, se trata de situarse en el lugar preciso, en el lugar necesario, en un lugar que no esté contaminado por opiniones distorsionantes, pues, de no aclararse este extremo, podríamos pensar que estamos analizando, en este caso, la vida desde prejuicios de la actitud natural, por ejemplo, el que hemos mencionado antes sobre la naturaleza ontológica del 'alma'. Por tanto, y sin que podamos entrar en el contenido de la advertencia, se trata de un capítulo de recuerdo del lugar desde el que la fenomenología analiza, y, en segundo término, de un aviso de prevención, para no deslizarse hacia la aceptación de prejuicios no fundados en el propio análisis fenomenológico.

El capítulo segundo propone las características fundamentales de la realidad anímica frente a la realidad material. No distingue Husserl, al menos aquí, la realidad animada de la realidad vital en general. Es evidente que entre la realidad material no viva y la realidad material viva hay una gran diferencia, pero también en ésta existe, desde una perspectiva estrictamente fenoménica, una gran diferencia al menos entre el llamado reino vegetal y el reino animal. Husserl no investiga esa diferencia, y se atiene sólo a lo que llama vida animada, vida animal, tal vez por ser la que concierne a la vida humana.

Pues bien, la característica fundamental, al menos de la vida animal, es la irreversibilidad absoluta, es decir, la imposibilidad de volver a un estadio anterior semejante. El tiempo ejerce un efecto imborrable, por tanto irreversible. Sus efectos podrán ser contrarrestados, pero no eliminados. Contrarrestar no es eliminar, sino ejercer una fuerza que mantenga o convierta en ineficaces los efectos del tiempo. En realidad lo vivo suele incorporar los resultados del tiempo a la continuidad de la vida. La vida, el alma, la realidad animal es histórica.

Una vez delimitada la realidad anímica, Husserl se centra en el estudio del que para nosotros debe ser el modelo fundamental de realidad anímica, el más cercano a nosotros porque nos constituye, el cuerpo propio, y esto es el tema del capítulo III: La constitución de la realidad anímica, es decir, animal, a través de lo que Husserl llama el Leib, el cuerpo propio o carne.

En primer lugar, debemos citar la función del capítulo en la economía de la obra, que, como hemos dicho, es la constitución de ese segundo nivel de la realidad, la realidad anímica; y el hecho de hacerlo a través del estudio del cuerpo propio es porque el cuerpo propio, el Leib, va a funcionar como modelo fundamental para dar sentido a esa realidad anímica. Sabemos qué es el dolor porque lo sufrimos; somos conscientes de qué es el placer

porque lo sentimos y gozamos. Esa es la importante lección de este capítulo, tomar el cuerpo propio como el modelo de la realidad animal, siendo, a la vez, la presentación fenomenológica de la realidad carnal del ser humano. Esa es la gran ventaja del capítulo tercero, pues cumple una función en las Ideas II, pero cumple una función más amplia en la obra de Husserl tomada en su conjunto, pues nos sirve como una magnífica descripción de la realidad de nuestra carne.

Antes de seguir, quiero aludir al modo de traducir la palabra husseriana Leib como carne, cuerpo propio, soma o intracuerpo. En realidad, sólo la descripción del capítulo nos va a dar el sentido del Leib, y por tanto la adecuación de una u otra traducción. Para distinguirla de la palabra husseriana Körper, que sed refiere al rasgo físico material de nuestra carne y cuerpo, la traduciré generalmente como carne, aunque alguna vez aparezca la palabra soma. Dejaré la palabra cuerpo propio, por menos adecuada, y así mismo no utilizaré la traducción orteguiana de intracuerpo, por no haber cuajado en la tradición lingüística, a pesar de haberla lanzado Ortega al ruedo hace más de medio siglo. No hay que pensar, por otro lado, que Husserl tuviera clara desde el principio de su investigación la diferencia entre el Leib y el Körper².

3.- Estructura y temas del capítulo III

Como preparación para el comentario, conviene tener muy presentes tanto los temas de los párrafos como, a ser posible, la estructura que los constituye y que sólo se puede detectar después de conocer su contenido, por lo que esa estructura aquí es provisional.

a.- Temas de los §§ 35-42

- § 35.- Introducción.
- § 36.- La experiencia del Leib/Körper mediante el tacto: las ubiestesias.
- § 37.- Lo táctil y lo visual.
- § 38.- La carne y la voluntad.
- § 39.- Contenido y función del Leib
- § 40.- Carácter de la localización de las sensaciones.
- § 41.- Constitución del cuerpo como cosa material espacial.
- § 42.- Constitución solipsista.

b.- Estructura

Teniendo en cuenta los temas que acabamos de mencionar, en el capítulo se pueden distinguir dos partes fundamentales, a las que hay que añadir una introducción (§ 35), y un epílogo (§ 42). Las dos partes constan del mismo número de párrafos o secciones, a saber, tres cada una, la primera constaría de los §§ 36, 37 y 38, y su tema es la descripción de la experiencia del Leib, la carne, el soma o el intracuerpo, como le llama Ortega y Gasset. La segunda parte se refiere, a partir de los análisis anteriores, a la constitución del Leib como una realidad específica, ya que es Leib/Körper, una carne (Leib) que a la vez es una realidad física (Körper), pero Husserl lleva a cabo su análisis profundizando en la función que la carne desempeña en la estructura de la subjetividad. Para cerrar el capítulo, Husserl añade una consideración a modo de epílogo, en la cual

distingue la constitución solipsista de la constitución intersubjetiva, que será el tema del capítulo siguiente.

4.- Las tres perspectivas sobre el ser humano: a modo de introducción

Empieza Husserl con unas consideraciones para preparar el paso al análisis de la constitución del ser humano como naturaleza, es decir, como realidad natural, lo que es igual al ser animal del hombre en consideración naturalista. Aquí se anuncian las tres visiones que podemos tener sobre el ser humano: primero como cuerpo material; sobre éste estaría la capa constitutiva somático-anímica, que es una nueva capa de ser, en la que aparecen también algunos elementos que proceden de la tercera, la capa personal o espiritual. Tenemos, por tanto, tres capas, que en realidad se reducen a dos, el hombre como naturaleza y el hombre como espíritu. Hay que tener en cuenta la primera triplicidad y su posterior reducción a una duplicitad, en la que se ofrecen los dos tópicos fundamentales de la fenomenología: la naturaleza y el espíritu. Puesto que a la primera, a la naturaleza, pertenece tanto por su realidad material como por su carácter de ser animal, por la carne, ésta hará de mediación entre la naturaleza y el espíritu, de acuerdo a los §§ 38 y 39.

Por otro lado, hay que advertir que el espíritu es el yo en cuanto persona. En páginas posteriores de la obra se verá que el yo en cuanto persona o espíritu es el productor de la cultura, por tanto, en la contraposición entre naturaleza y espíritu se ventila en la fenomenología de Husserl la contraposición entre naturaleza y cultura.

El segundo párrafo de la introducción va a la búsqueda del punto de partida, del Ausgangspunkt, y aquí hace buena Husserl una tesis fundamental que habrá pasado desapercibida a muchos, o que fuera de la consideración fenomenológica apenas es mencionada, pero que en la fenomenología resulta un tanto elemental: la realidad material analizada en la primera parte de las Ideas II "se refiere a sujetos animales", es decir, el contenido de la realidad material, tema de la primera sección de la obra, no es el que le atribuye la física, —dicho en negativo—, sino el que le viene de los sujetos animales. Al analizar la realidad material desde una perspectiva fenomenológica me encuentro con contenidos de un entorno que lo es para animales, por ejemplo, encuentro colores, sonidos, sabores, mas aquéllos no son vibraciones de luz, ni los sonidos vibraciones del aire, o los sabores efluvios químicos. Por tanto, la realidad es una realidad propia de la vida, una realidad para seres vivos, profundamente distinta de la realidad sin seres vivos, en la que no habría elementos referidos a los seres vivos. Es preciso percatarse de la profunda diferencia de estas dos consideraciones, y convencerse de que la aproximación fenomenológica acepta la perspectiva humana en que nosotros vivimos.

La consecuencia que saca Husserl de su punto de partida es que eso se aplica también al propio Leib, a la propia realidad material humana, que antes de llegar a poder ser considerada como realidad material, en un sentido estricto, tal como la ve, por ejemplo, el naturalista, por tanto, "como cosa material plenamente constituida", tenemos que abordarla como esa realidad previa, que es correlativa a la naturaleza material del sujeto psicofísico, que se constituye, por tanto, antes, o de modo correlativo a la realidad material del sujeto psicofísico. Lo dice Husserl en una frase un poco complicada: así como en la realidad material tenemos un sentido animal, que ha sido el tema de la primera sección, ahora, en el

caso del ser humano debemos perseguir esa realidad previa a la realidad material plena: "tenemos que perseguir lo que se constituye antes, o correlativamente a, de la naturaleza material del sujeto psicofísico".

La coherencia sigue: puesto que la realidad material es la perspectiva ofrecida o surgida por la presencia de animales, debemos perseguir el elemento correlativo a ese carácter animal de la realidad, aún sabiendo que esa realidad animal es anterior a la propia realidad material del sujeto psicofísico. Y todo esto, anuncia Husserl, llegando en el análisis tan lejos como podamos, si contamos sólo con la propia experiencia, es decir, sin acudir a las aportaciones de los otros, naturalmente salvada la necesidad del concurso intersubjetivo por el uso del lenguaje, lo que aquí no hace al caso, pero que para evitar susceptibilidades prefiero dar por descontado. En conclusión, del ser humano hay tres perspectivas distintas, como realidad material, o realidad física en sentido pleno, pero que no es la inmediata. La inmediata, que es la de la propia carne, realidad animal correlativa al sentido animal de la realidad material no humana. En tercer lugar, tenemos ya la perspectiva del ser humano como ser espiritual creador de cultura. El tema fundamental de este capítulo, incluso de la sección entera, de la que este capítulo es el fundamental, es esa perspectiva más inmediata sobre nosotros mismos, nuestra realidad animal. Con esto podemos entrar ya en la descripción fenomenológica del Leib o carne.

5.- Descripción del Leib o carne

Los §§ 36, 37 y 38 constituyen el grueso de la descripción husseriana fundamental de la experiencia de la carne, y en la economía del capítulo abarca aproximadamente lo mismo que los párrafos que estudian la función de esa estructura de experiencia, unas ocho páginas. Husserl aborda la descripción de la carne en tres acometidas fundamentales: la experiencia de la mano, el mundo táctil, no toca la otra mano. Puesto que este párrafo es fundamental, lo estudiaremos con cierto detenimiento. El párrafo consta de cuatro párrafos, el primero de los cuales abarca más de la mitad del total del texto, y es que el grueso de la descripción está en él.

Se trata, ante todo, de describir la somaticidad, la carnalidad, esa carne animal que está siempre presente en la percepción de aquella realidad que ha sido descrita en la primera sección del libro, y, para ello, Husserl toma el caso privilegiado del cuerpo que percibe al propio cuerpo. Se trata de describir el Leib, la carne presente en la percepción, pues veamos qué ocurre cuando lo percibido por la carne es la propia carne pero que a la vez que es cosa física, por eso aquí emplea Husserl la palabra compuesta Leibkörper. El cuerpo carnal, entendiendo cuerpo como realidad física. En este sentido, y sin profundizar en ello, prefiero aludir a lo que Husserl llama Leib como carne o soma, y a lo que llama Körper, como cuerpo físico, así Leibkörper será cuerpo carnal o somático.

La primera constatación es que la carne, dentro de ciertos límites, tiene experiencias de sí misma. Los límites se refieren a que hay partes del cuerpo que pueden ser palpadas pero no vistas, por eso se fija y empieza por las partes visibles y palpables. Primero, puedo recorrer esas partes como cualquier otra cosa y ocurre lo mismo que en esas cosas, por ejemplo, el envés alude a un revés; si me fijo en un punto, éste estará rodeado de un horizonte interno y externo; me puedo concentrar en un punto para verlo o tocarlo con máxima atención, exactamente igual a como lo puedo hacer en el caso de cualquier otra

cosa, entonces la serie de apariciones, de fenómenos, mantienen el mismo nexo, la misma urdimbre, la misma conexión o nexo que en cualquier otro caso. Eso da a esa realidad la misma consistencia que la de las otras cosas.

Pero ahora viene la diferencia, que se hace patente con las sensaciones visuales y táctiles referidas a esa carne que se percibe a sí misma. La diferencia arranca de la diferencia de los sentidos, y esto nos pone en la pista de lo que va a seguir, pues parece que todo se va a jugar en la diferencia entre los sentidos de la vista y del tacto; no se trata de la diferencia de la percepción en general, sino de la percepción mediante el tacto y la percepción mediante la vista. Aquí empieza la descripción de la experiencia de la mano que toca la otra mano (ver 144, l. 31/184)3. Veámoslo. Tocando mi mano izquierda con la mano derecha, no sólo siento sino que percibo, es decir, tengo "apariciones táctiles", fenómenos táctiles; eso quiere decir que a través de esos fenómenos se me aparece una cosa, la mano izquierda. Las apariciones, los llamados fenómenos, son mediaciones de o para la percepción. Ellas mismas son sólo fenómenos, sensaciones, pero a través de ellas llegamos al objeto, aquí, la mano izquierda. Mediante esos fenómenos táctiles mi mano izquierda aparece con sus cualidades, como lisa, huesuda: "formadas así y así", (so und so geformten (144, l. 33/184).

Esas sensaciones son "representantes", —representierenden (144 s./184)— de la mano izquierda. Ahora bien, esas sensaciones, por ejemplo, la lisura, que yo atribuyo, predico o percibo en la mano izquierda, o por ejemplo, los nudillos que al tocarme la mano izquierda siento, se los atribuyo a la mano izquierda. Tanto la lisura como los nudillos que sobresalen, pertenecen a la mano izquierda, aparecen objetivados en ella. Ahora bien, en realidad, en cuanto sensaciones que median la presentación de la mano izquierda, pertenecen a la mano derecha, porque es la mano derecha la que siente, en ella están localizadas esas sensaciones.

Aquí termina el primer movimiento de la descripción. Veamos el segundo (p. 145, l.3/184). En la descripción anterior la mano izquierda aparece como cosa, pero al tocarla, ella aparece también como propietaria de cualidades sensibles, "series de sensaciones táctiles", que no son, como la lisura, propiedades físicas. Puedo prescindir de ellas, pero si las tomo en cuenta, no es la cosa física la que se enriquece "sino que se vuelve carne", —es wird Leib—, es decir, siente (p. 145/184). A cada "lugar objetivo del espacio que aparece" de la mano izquierda, es decir, que es tocado, pertenece también una sensación de ser tocado, pero lo mismo pasa con la mano que toca. En el caso del toque apenas hay diferencia, pero ésta es patente con un pinchazo o un pellizco. El dolor no está en la mano que lo produce sino en la otra. Si con mi mano derecha me pellizco la izquierda hasta hacerme daño, el daño está en la izquierda, mientras que la presión del pellizco aparece en la derecha.

Con este caso entraríamos en el tercer movimiento de la descripción, pues si es cierto que hay sensaciones en las dos manos, en cada una hay una sensación diferente, pero ambas son de la carne, del Leib, cada una de las manos son carne: "jeder zugleich Leib" (145, l.. 23/185). En este tercer movimiento aparece el hecho de que ambas manos sean carne a la vez. De aquí se puede sacar ya una conclusión: las sensaciones se localizan cada una en un lugar de la carne que aparece por ellas, perteneciéndoles fenomenalmente. Por tanto, la carne se constituye de un modo doble, por un lado es realidad física, materia, con su extensión objetiva, con sus cualidades físicas y, por otro, en ella encuentro sensaciones, por ejemplo, calor en el dorso de la mano, frío en los pies, el toque en la punta de los dedos. Esta experiencia de la localización se puede seguir en unas experiencias más comunes que

cita Husserl, demostrando su perspicacia: noto, siento, dice Husserl, "la presión y tirantez de la ropa" (ib.); la presión me hace presente mi carne como realidad física en el espacio y como carne. Cuando la mano descansa sobre la mesa, tengo, por un lado, las cualidades de la mesa, pero si pongo atención en la mano, lo que se puede hacer en cada momento, encuentro en la mano las sensaciones táctiles, que ya no son de la mesa, sino que son sensaciones de la mano, la mano que es parte de mi carne; lo mismo ocurre con el peso, que es una cualidad de la cosa que pesa, pero si me fijo en mi cuerpo, se me hace presente la tensión de éste, se trata de mi propio cuerpo tenso, de sus músculos o de la carne del brazo, que es la que aguanta el peso del paquete que sostengo en las manos, o la tensión de mi espalda que tiene que mantenerse rígida para aguantar, a su vez, la rigidez del brazo. Así, el peso es una cualidad del paquete que sostengo, pero a la vez el peso es una tensión localizada en mi propia carne: "así en general, mi carne, al entrar en relación física con otras cosas materiales (un golpe, la presión, un empujón) no depara meramente la experiencia de sucesos físicos referidos al cuerpo y a las cosas, sino también sucesos corporales específicos de la especie que llamamos ubiestesias (Empfindnisse)" (p. 146/185 s.).

Empfindnisse es traducido por el maestro Antonio Zirión Quijano con este neologismo que me parece adecuado; de esta manera se distingue de la sensación que es un genérico y que Husserl denomina Empfindung. Sensaciones las hay de varias clases, unas son las cinestesias: sensaciones de los órganos o partes del cuerpo que se mueven. Por comparación con ellas, las sensaciones localizadas, las ubiestesias, son resultado de una actuación, como dice en el siguiente párrafo, son "Wirkungseigenschaften" (146, l. 18/186), "propiedades de efecto" que surgen de una acción efectuada sobre mi cuerpo físico, y que tiene como resultado un acontecimiento doble, pues tenemos, por un lado, una realidad física que actúa en otra, en un lugar preciso, y por otro, el resultado de esa acción, y que ya no es una acción física sino una propiedad de la cosa carne. La "sensación localizada", que eso es la ubiestesia, es un acontecimiento situado local y temporalmente. Precisamente por eso clavan la carne al espacio y al tiempo, pero trascienden la mera realidad física, porque aparecen como "propiedad resultado" en la carne o dentro de ella, como por ejemplo en el levantamiento de un peso.

En el párrafo tercero se repiten los logros anteriores, pero con más claridad, siendo un resumen de lo que ya dicho: el tocar es un proceso en el que se nos da la cosa física, por ejemplo, este pisapapeles de la mesa, pero puedo cambiar la atención hacia el órgano que toca, que entonces se hace presente en las sensaciones de toque localizadas en los dedos, las que ha llamado ubiestesias. Pero ahí aparecen también las sensaciones cinestésicas, las sensaciones de movimiento. Estas sensaciones actúan de dos modos, por un lado son las que presentan las cosas, por ejemplo, el pisapapeles, pero, por otro, siempre que me vuelva hacia la mano, la hacen presente: las mismas sensaciones son una vez aprehendidas como percepción de las características del objeto, del pisapapeles o de la mesa, y "en otra dirección de la atención", (p.146, l. 39/186) como sensación de los dedos, haciéndose por ellas presentes los dedos. Con la mano que toca pasa lo mismo, sólo que allí las sensaciones se duplican, es decir, la misma sensación física tiene cuatro versiones: [I] por un lado está la presentación de la mano izquierda cuando es tocada por la derecha. [II] Por otro, es sensación de la mano derecha cuando me fijo en la mano derecha. [III] Son sensaciones que me presentan la mano derecha cuando la tocó con la izquierda. [IV] Son sensaciones de la mano izquierda cuando me fijó en ella. Hay dos casos que son parecidos, pero que en realidad no son iguales, pues de la mano derecha puedo tener dos percepciones, una, de ella misma como órgano que toca la mano izquierda, y la otra, cuando accedo a ella a través de la

mano izquierda. Precisamente esta característica de ser objeto tocado y a la vez sujeto que toca es la mayor enseñanza de la experiencia de la mano que toca.

Para terminar, y después de haber atribuido a la conexión entre la presentación táctil de una cosa y la sensación localizada en la carne una necesidad, alude Husserl a la posibilidad de que este mundo táctil sea el único existente para muchos, por ejemplo para los ciegos de nacimiento. Habla Husserl de dos nexos necesarios, en primer lugar, la percepción de una cosa está necesariamente ligada a la percepción de la carne; la conexión es la correspondiente sensación localizada, la ubiestesia. Este plexo, nexo o complejo es un nexo de necesidad entre dos aprehensiones posibles; si pensamos que para una percepción es necesaria una aprehensión, parece que la primera proposición no se sostiene, por tanto hay que pensar en una percepción sin aprehensión, algo así como si la percepción de la carne no estuviera más que como un trasfondo al que siempre puedo volver, quizás porque innumerables veces se me ha hecho presente. La aprehensión se refiere a ese cambio de atención, de la sensación como presentación de la cosa física, a la sensación como ubiestesia presentadora de la carne. Puesto que ésta no siempre se da, la primera proposición significa que la percepción de la carne está siempre presente como compresencia en la percepción del mundo, que es, por otro lado, el punto de partida, o al menos, uno de los elementos del punto de partida.

Y con esto podemos aludir ahora al mundo de los ciegos, que nos enseña hasta qué punto el mundo puede constituirse a través de estas correlaciones, porque el mundo de los ciegos sólo se puede constituir a través de una ampliación masiva de la experiencia táctil, que siempre opera de ese modo. Precisamente esta alusión, al final del § 36, al mundo de los ciegos da paso al § 37, en el que va a explorar a Husserl la diferencia entre el mundo táctil y el visual, o entre la región visual y la táctil, una diferencia de mucho calado y muy importante para la filosofía fenomenológica. Junto con el decisivo § 36, este § 37 representa uno de los puntos culminantes de la filosofía husseriana. Ya he dicho que en la economía del capítulo los §§ 36 y 37 son los fundamentales como punto de partida de toda la reflexión. Precisamente el § 37 depende de los logros del 36, porque la diferencia fundamental de lo táctil y lo visual es que en lo visual no hay ese desdoblamiento que ha sido el principal logro del párrafo anterior. Ya sabemos lo que ocurre en el mundo táctil. En él tenemos, por un lado, la constitución de las cosas a través del tacto, es decir, tenemos la presentación de cosas con cualidades táctiles, pero en esa presentación se hace presente la carne que toca. Además, el órgano que toca puede tocarse y adquirir así una consistencia doble: "tenemos además dedos que palpan el dedo" (p. 147, l. 20/187), con la densidad que esa experiencia conlleva. Aquí Husserl repite los resultados de la descripción anterior, "tenemos las sensaciones dobles (cada una tiene sus sensaciones) y la aprehensión doble como nota de una u otra parte de la carne como objeto físico". (ib.) Así, este párrafo no es sino un resumen de las cuatro posibilidades que antes hemos visto: cada sensación es doble, podríamos llamarla técnicamente ubiestesia (*Empfindniss*) o fenómeno (*Erscheinung*), o mejor, al revés porque generalmente éste está antes; las cosas aparecen antes, y luego, con el correspondiente cambio de atención, las sensaciones que han hecho de mediadoras aparecen como ubiestesias; pero la misma sensación es doble, es decir, es aparición de la cosa física y ubiestesia de la carne. Mas en el caso de que la realidad tocada sea una parte del propio cuerpo, es, a la vez, aparición de lo otro y ubiestesia del primero. Tenemos, pues, una sensación doble y una aprehensión doble. Por fin ha puesto Husserl nombre a las cuatro experiencias que antes he descubierto: sensación doble, es decir ubiestesias de la mano derecha y de la mano izquierda; para ello sólo tengo que alterar la dirección de mi atención.

Segundo, aprehensión doble, aparición o fenómeno, una vez, de la mano izquierda y, otra, de la derecha.

Pues bien, después de terminar Husserl la extraordinaria descripción de la mano que toca la otra mano, ya puede avanzar al estudio de la decisiva diferencia con el mundo visual, porque "nada parecido tenemos en el objeto que se constituye de un modo puramente visual" (ib.), mas la diferencia está en que el "ojo no aparece visualmente" Los colores que le objetivamos al objeto, que se los atribuimos como cualidades objetivas, como hacemos también en el caso de las sensaciones táctiles, aquí no tienen ninguna correspondencia visual: no me veo la carne como me toco la carne. Lo que falta es "una aparición visual de un objeto que ve, esto es, en el que la sensación de luz sea intuida como existente en él" (148, l. 11/187 s.). Veamos esta difícil frase.

Fijémonos en la mano donde hay un "fenómeno táctil" de un objeto; la lisura o el frío de la mano como fenómeno táctil se convierte en ubiestesia, que es, entonces, sensación localizada de la mano que toca; la misma sensación es fenómeno de la cosa y ubiestesia de la mano. Pues bien, la sensación visual es el color, la sensación lumínica, pero esa sensación no se puede convertir en sensación que enseña al ojo que ve: "la sensación de luz" no es intuida como existente en el ojo; las sensaciones visuales no están en el ojo. Es cierto que la sensación de luz sólo es una sensación presente cuando se abre el ojo, pero no afecta para nada al ojo, en ella no se hace presente el ojo. Y termina Husserl: si las sensaciones visuales se adscriben al ojo, es por una vía indirecta. Precisamente esa simultaneidad de la sensación táctil, —abro los ojos, lo que sé por la sensación cinestésica detectada por su contenido táctil— y la aparición de la luz, implica que la sensación visual queda adscrita al hecho de abrir los ojos, pero fenomenológicamente son de carácter absolutamente distinto.

Precisamente, si las sensaciones visuales no están localizadas ése podría decir que son sensaciones? ¿Hay alguien que "sienta" el color? El color no se siente sino que se ve: veo el color en el objeto, por eso el color es radicalmente objetivo y en absoluto es contenido de la conciencia, a diferencia de lo táctil que es ubiestesia, porque está en la carne; la sensación visual no lo está, y por eso es un tipo de sensación muy peculiar, porque no hay ubiestesias visuales, en relación al ojo no hay sensaciones visuales localizadas, sino que el ojo se constituye como un órgano visual de manera táctil, no de manera visual. No haber ubiestesias visuales es una de las advertencias filosóficas más importantes de estas páginas. Pero lo mismo pasa con el oído, el sonido sentido tampoco está en el oído, pues de éste sólo tengo sensaciones táctiles, como de la vista.

Una vez aclarado esto, Husserl quiere distinguir las propiedades de las cosas dadas a través de los sentidos y las ubiestesias, las sensaciones localizadas. La diferencia está en que las primeras se constituyen "a través de un esquema sensible y de multiplicidad de matización" (149, l. 31/189). Husserl habla de Ausbreitung y Hinbreitung para expresar el modo de la localización de las ubiestesias en la carne, frente al de las cualidades de las cosas que son extensas. Ausbreitung y Hinbreitung frente a Ausdehnung; mientras ésta es extensión, aquéllas son "difusión" y "propagación" (Ideas II) —esta última en el sentido de "profundización" o "penetración"—, como si las ubiestesias tuvieran una característica activa; la ubiestesia se difunde en la carne hacia los límites e interior de ésta, mientras que la extensión sería como estática. Las primeras se constituyen mediante un "esquema y multiplicidades de matices, de escorzos", es decir, como cualquier realidad material que permanece idéntica en la pluralidad o multiplicidad de los matices que pueda adoptar o en que puede presentarse, de manera que a pesar de las diferencias de los matices, se

mantiene un esquema. Por ejemplo, el color siempre está referido a la visión, a una distancia, a una luz y a un conjunto de colores. Segundo la luz no varía sólo un color, sino que varían todos siempre de acuerdo a un esquema, como las figuras varían de acuerdo al movimiento de deformación imprimido al medio en que están dibujadas. Un triángulo dibujado en un globo variará según las deformaciones de la superficie del globo pero siempre permanecerá el esquema que la topología se encarga describir. Ese esquema es el que subyace siempre a la donación de una realidad material.

Lo mismo ocurre con la cualidad de las cosas, pero no así con las ubiestesias: "para la ubiestesia no tiene ningún sentido hablar de algo semejante" (ib.) y la razón que da Husserl es que en el caso de las ubiestesias no hay diferencia de matices frente a un esquema, porque la ubiestesia no es estado de la cosa material que es la mano, sino la mano misma. La ubiestesia no es mediación para la mano sino la mano misma. La diferencia entre la ubiestesia y la cualidad cósica consiste, por tanto, en la ausencia del modo de la extensión y del carácter esquemático. En la ubiestesia el órgano es la misma mano, no hay diferencia que permita a la ubiestesia matizarse, presentarse en esquema. Sin embargo, Husserl parece aquí un tanto dogmático, pone como afirmación aquello que tendría que mostrar, no termina de aparecer con claridad el fenómeno que quiere mostrar: "La manera en que ella está en mí trae consigo que yo, el sujeto de la carne, diga: lo que es cosa de la cosa material es suya y no cosa mía". (150, I. 10/189) Es una frase curiosa, que creo que muestra que aquí Husserl está como colapsado, no puede avanzar mostrando el argumento fundamental, sino que argumenta por la consecuencia: veo que es distinto, que la ubiestesia es mía, mientras que la dureza o el frío de la superficie es de otro, pero eso no significa que sean distintas que es lo que quería mostrar. Ahora sigue: todas las ubiestesias pertenecen a mi alma; mas esto es decir lo mismo de antes, pues si no son de la cosa son mías. Ser mías es pertenecer a mi alma, pertenecer a mi conciencia, a mi vida. En la superficie de la mano siento sensaciones de toque y "precisamente con ello se manifiesta inmediatamente como mi carne" (150, I.15/190) (bekundet sie sich unmittelbar als mein Leib).

Tenemos que insistir en esta diferencia. En las cualidades de las cosas habría una especie de "mediación" entre el matiz y el esquema, en el caso de la mano, en cambio, hay una manifestación inmediata. Tal vez la diferencia sea exactamente esa, la cualidad de la cosa es extensa, se constituye en el esquema mediante la multiplicidad de matices o escorzos, mientras que en la ubiestesia no habría extensión (estática) sino difusión y penetración; no habría "constitución"⁴ sino Bekundung, manifestación inmediata.

También es interesante e igualmente curiosa la última característica que menciona —por ejemplo, en el caso de que sea un engaño—, lo que no ocurre en el caso de la ubiestesia, ésta no desaparece (150, I. 19/190). ¿Qué puede significar eso? Se me ocurre que la mano que se manifiesta en la ubiestesia no puede desaparecer, que respecto a ella no hay engaño posible; mientras la extensión desaparece si desaparece el ser, la ubiestesia no desaparece porque su ser, el ser al que inhiere, no desaparece, como parte de mi carne permanece aunque la ubiestesia ya no esté. De todas maneras no es fácil interpretar esa frase, que las ubiestesias no desaparecen, es difícil de interpretar al menos si la tomamos en sentido estricto. En última instancia, como las ubiestesias no son realidades, no parece que tenga sentido aplicarles "determinaciones del ser", lo que no significa que no cesen. El dolor y la sensación de frío es evidente que cesan, lo que ocurre es que no se puede decir que desaparezcan, sino sencillamente que "han pasado", mientras que lo real puede haberse convertido en irreal, con lo que entonces no podemos decir que "ha pasado" sino que no ha

existido; en la ubiestesia eso no es posible. Si la mano me duele, cuando ya no me duele es que dejó de dolerme; no que no me dolió.

Una vez analizada la diferencia entre las ubiestesias y las sensaciones visuales, que en realidad son cualidades de cosas y por tanto se podría decir que sólo son sensaciones en un sentido muy lato, anuncia Husserl uno de los temas básicos de este § 37, que es consecuente con lo anterior, la identificación de la carne con las ubiestesias: de no haber éstas, no hay carne. La referencia de las cosas al cuerpo es a través del tacto, porque las podemos tocar, pero lo mismo pasa con nuestra carne, sólo porque tiene ubiestesias aparece, se manifiesta; en consecuencia: sin ellas no habría carne, por tanto un cuerpo dotado sólo de vista no tendría una carne que se le mostrará, no se le mostraría su propia carne en cuanto carne (150, l. 25 s/190). Los movimientos cinestésicos no aparecerían enraizados en el cuerpo, habría motivaciones cinestésicas, de manera que si moviera la cabeza, variarían las perspectivas de modo correspondiente, pero el movimiento de la cabeza sería un acto no sentido, pues sólo por el tacto, por la sensación táctil muscular, notamos el movimiento⁵; ni siquiera podríamos decir que nos vemos nuestra carne porque nuestra carne no tendría la característica de carne, sería, por tanto, mera realidad física.

Aquí tenemos, entonces, un avance hacia la realidad de la carne e incluso de la realidad de las sensaciones cinestésicas, que sólo son reales gracias a las sensaciones táctiles, a la densidad sensible de la carne, que procede de las ubiestesias. Por eso concluye Husserl que la carne sólo se constituye en el tacto y todo lo relacionado con el tacto, el calor, el frío, el dolor, etc.

Las cinestesias representan una capa interesante de la carne, que, para Husserl, está vinculada, como hemos visto, a lo táctil, pero Husserl distingue entre ciertas cualidades táctiles, por ejemplo, el calor o el frío y las sensaciones cinestésicas. Entre sensación táctil y temperatura, hay una correspondencia estricta, siento frío o calor justo dónde toco; por tanto hay un "paralelismo escalonado" [abgestufte Parallelität (151, l. 10)]: el calor está donde toco. Eso no ocurre en las sensaciones cinestésicas, pues ese paralelismo es sólo aproximado. La sensación cinestésica sólo tiene una "localización bastante indeterminada" (ib. l. 14), pero no por ello carece de significación; y una vez más nos encontramos con una frase difícil: la localización, esa localización, bastante indeterminada, "hace la unidad entre la carne y la cosa móvil más íntima" (ib/191), como si dijéramos que entre la carne y lo que con ella movemos hay una unidad más íntima porque la localización es indeterminada, imprecisa pero a la vez presente. Podríamos decir que la cosa móvil aparece en relación directa y más íntima con la carne, porque esa relación no aparece localizada con toda precisión, la unidad aparece con la carne en conjunto.

Para terminar resume Husserl sus reflexiones insistiendo en que la carne, por más que sea vista como cualquier otra cosa, sólo se hace carne porque en ella introducimos las ubiestesias, la sensación en el palpar, en el dolor, etcétera. Las ubiestesias se cubren con las sensaciones visuales, y sólo así surge la idea de una cosa que siente, una cosa que tiene o puede tener sensaciones del tipo de las ubiestesias (*Empfindnis*), y esa realidad es la condición de todo el resto de sensaciones. Sin ubiestesias no habría carne, al menos no habría carne tal como nosotros tenemos experiencia de ella. La vista constituye nuestra carne sólo por su cubrimiento con el tacto, lo mismo que las sensaciones cinestésicas.

La nota número 100, que en la traducción al español termina el § 37 (p. 191), en lugar de rematar el § 38, que es donde la ha incorporado Husserl, tiene una importancia especial. En

efecto, Husserl la ha puesto al final del § 38, en el que el cuerpo, como carne, es el órgano de la voluntad, el medio para cualquier otra actividad en el mundo, para cualquier otro movimiento. Son varias las características que menciona Husserl, todas ellas muy importantes, aunque al final comente, en la nota aludida, que no basta con lo descrito en este parágrafo, pues habría que introducir algunas consideraciones sobre el "mover subjetivo". Éste, por tanto, está antes del querer. Por tanto, Husserl distingue el mover subjetivo del mover voluntario. Para que la carne sea órgano de la voluntad, la carne tiene que estar ya configurada en las diversas etapas que han sido descritas. Y aquí echa Husserl en falta una descripción del movimiento subjetivo, como si echara en falta una especie de dinámica fenomenológica, una investigación sobre la constitución del cuerpo como carne móvil, carne que se mueve, lo que llama el movimiento subjetivo. Una vez dicho esto, veamos las características de la carne como órgano de la voluntad.

Órgano de la voluntad significa que la carne es lo que la voluntad mueve inmediatamente, por tanto, que todo el resto sólo se mueve mediamente. Segundo, estos actos libres, en los que muevo libremente mi carne, son aquellos por los cuales se constituye mi mundo de objetos, en la serie múltiple de percepciones. Tercero, y ésta es una apreciación muy interesante, aunque está latiendo desde el principio del capítulo, la carne es el contramiembro, aunque Husserl apura la precisión, y dice que el contramiembro es el yo al que le es inherente la carne, como campo de localización de las sensaciones. Así, el ser animal al que está referido el mundo material descrito en la primera sección de Ideas II es un yo que dispone de carne, un yo carnal, en cuya carne se localizan las sensaciones, las ubiestesias. Por la anotación número 100 ya sabemos que no basta con ese movimiento voluntario del yo, que antes del yo hay un movimiento subjetivo, que, por tanto, la carne tiene una movilidad preegoica, que sería lo que Husserl llama movimiento subjetivo, pero esto no altera sustancialmente la descripción.

Con esto se concluye la primera parte del capítulo, la que podríamos llamar parte descriptiva, para pasar ahora a la segunda, en la que se trata de aclarar la función que la carne cumple en la economía de la subjetividad, aunque el objetivo sea profundizar en las características ontológicas de la carne.

6.- Contenido de la carne a través de su función.

La segunda parte del capítulo, que abarca los §§ 39, 40 y 41, es un estudio de la especial función que cumple el cuerpo para, de esa manera, determinar con mayor precisión la constitución del cuerpo carnal o somático, constatando la naturaleza especial de esta realidad, lo que, en sentido estricto no es sino una continuación de lo expuesto en el § 38, que es donde se inicia el estudio de la carne en su aspecto funcional. Al hablar de la carne como el órgano del yo, estamos considerando el cuerpo desde una perspectiva funcional. Ahora, en los §§ 39 y 40, en aras de seguir con la constitución del cuerpo somático, se va a profundizar en aspectos funcionales altamente importantes. Ya en el título del parágrafo se alude a este carácter funcional, aunque el § 39 como tal no sea más que una especie de pórtico al fundamental y difícil § 40. El título del § 39 muestra la articulación con el parágrafo anterior, pues indica que la carne no sólo es órgano del querer, de la voluntad, sino que —y es el título— tiene una función o "significado" —significado está empleado en un sentido amplio, como función— en la constitución de las objetividades superiores, porque, —y la primera frase nos da una importante introducción— "el cuerpo también está cabe todas las otras 'funciones de la conciencia'" (p. 152/192). Husserl utiliza la preposición bei, traducida como "cabe"; lo que se quiere decir es que el cuerpo está presente, está ahí siempre. Al "cabe" añade Husserl dabei: presente ahí. Precisamente para

analizar esta presencia, desde todos los elementos que la integran, nos ofrece Husserl anotaciones de largo alcance en torno a lo que podemos llamar el contenido o la densidad de la carne, lo que hasta ahora no había salido.

Hasta este momento, en efecto, ya conocemos las ubiestesias, con su localización dada en intuición inmediata, de las que ya sabemos que actúan de representantes de las cosas tocadas. No olvidemos la diferencia que exhiben con las "sensaciones" visuales y auditivas, que sólo tienen una localización atribuida. Pero junto a las ubiestesias, tenemos otro un grupo de sensaciones, "sensaciones de grupos enteramente distintos" (152, l. 25/192), que Husserl llama los "sentimientos sensibles", las sensaciones de dolor o placer, bienestar o malestar, que, aunque aquí no lo diga así Husserl, se suelen llamar sensaciones cenestésicas. Así, junto a las ubiestesias, tenemos las cenestesias, y si aquéllas son representantes de las cosas tocadas, es decir, sirven de fenómenos de las cosas del tacto, ahora las cenestesias desempeñan el papel de materia para los actos de "valoración, las vivencias intencionales de la esfera del sentimiento" (ib.), o correlativamente, para la constitución de los valores. El papel o función que las cenestesias desempeñan es el mismo que desempeñan las ubiestesias en la esfera de la experiencia.

Tengo que añadir que Husserl no distingue aquí los dos conceptos de sensación, la Empfindung de la Empfindniss, como lo hace en el caso de la experiencia. Pero tenemos que concluir que habla de ubiestesias por la alusión a la localización dada en intuición inmediata. Las "sensaciones visuales" no están localizadas de manera inmediata, por eso no constituyen realmente el soma, nuestra carne. Yo no siento la luz. Esas "sensaciones" no son contenido ninguno del cuerpo, no lo constituyen en sentido estricto, aunque en cierta medida los colores puedan representar en relación a la experiencia, es decir, para la apercepción o aprehensión, un papel semejante al que pueden representar las ubiestesias. Quizás por eso Husserl no desciende aquí a un análisis preciso. Lo cierto es que estaba hablando de las sensaciones localizadas, por tanto de las ubiestesias. Estas representan en relación a la experiencia lo mismo o algo semejante a las cenestesias en relación a la estima sensible. Dicho de otra manera, el sentimiento de placer gustativo es la materia que me sirve para constituir el valor de un comestible, o para la vivencia intencional de estimar ese valor; lo mismo con algo relativo al placer sexual, o a un placer que me procure un bienestar, por ejemplo, la valoración de la silla en que descanso, o de la cama en que reposo.

Pero lo importante aquí es que las sensaciones cenestésicas llenan la carne, son su contenido junto con las ubiestesias. Husserl cita muchas otras sensaciones, algunas de las cuales quizás no son sensaciones cenestésicas en sentido estricto, sino sensaciones cinestésicas, por ejemplo, habla Husserl de "diversas sensaciones de difícil análisis y discusión [...] sensaciones de contracción energética y relajación", de inhibición, parálisis o liberación interiores" (153/192). Creo que el adjetivo 'inneren', que acompaña a Hemmung, (l. 5) se aplica sólo a este nombre, pues puedo tener una "inhibición interior", me siento inhibido desde dentro, pero cuando me libero ya no es interior, porque mi cuerpo ya está realmente desinhibido. Pues bien, esta sensación de inhibición interior es una sensación cenestésica, pero la "contracción energética" es una sensación cinestésica acompañada de una sensación cenestésica.

Ahora bien, lo que más nos interesa aquí es que han aflorado, por fin, todos los tipos de sensaciones que constituyen el Leib, la carne, las sensaciones del tipo ubiestesias, las sensaciones cinestésicas y las sensaciones cenestésicas. Por cierto, todas son ubiestesias, por eso tienen una "localización inmediata carnal" (153, l. 7/ 192). Pertencen de manera

inmediata a la carne. Es la carne, el Leib lo que se siente en cada una de estas sensaciones, lo que responde, lo que entra en consideración. Pues bien, todas estas sensaciones constituyen "el substrato material", la "stoffliche Unterlage", de la vida desiderativa y valorativa, a lo que debemos añadir que las localizadas táctiles —no cenestésicas— sirven para la constitución de las cosas de la experiencia.

Y ahora sigue Husserl, en una especie de segunda parte del párrafo, con este aspecto fundamental, y además lo subraya: ese substrato está enlazado con las funciones intencionales, así las materias reciben "geistige Formung", formación o configuración espiritual, lo que no hace sino repetir lo anterior. Volveré otra vez al paralelismo: del mismo modo que las "sensaciones primarias", es decir, las ubiestésicas primeras, eran materia para las aprehensiones, y así sirven para la percepción, estas cenestésias sirven para las funciones intencionales. Por supuesto, por encima se constituyen los juicios de todo tipo. Tenemos, por tanto, una capa inferior; que es el contenido de la carne, constituida por sensaciones ubiestésicas, sensaciones cinestésicas y sensaciones cenestésicas; todas ellas son aprehendidas para constituir objetos de experiencia y objetos valorados. Sobre ellos, a su vez, habrá otros niveles de la conciencia, por ejemplo, los juicios de experiencia o valorativos, o lo que queramos. A lo indicado en esta última frase Husserl llama "configuración espiritual" (*geistige Formung*) o "intentionale Funktion" o *Auffassung*, mediante las cuales las ubiestésicas entran en la etapa posterior. De este modo sigue Husserl: "La totalidad de la conciencia de un ser humano está enlazada en cierta manera con su carne mediante su base [es decir, su infraestructura] hilética" (p. 153/193).

La carne, por tanto, da o constituye el soporte [*Unterlage*], base, sustrato o infraestructura hilética de la conciencia, aunque eso mismo lleva a decir a Husserl que lo que sobre ella se construye ya no está localizado en la carne, no le pertenece. Esto está claro, en general, tanto en el caso del tacto como en la estimativa. Si porque me produce placer valoro positivamente un objeto, es obvio que la valoración no está en la carne que siente el placer, "la percepción en cuanto aprehender táctil de la figura no se asienta en el dedo que palpa" (ib. [p. 193]). Si los "contenidos de sensación entretejidos" —es decir, la carne—, están realmente localizados en una localización "intuitivamente dada", las intencionalidades ya no lo están; ni la percepción está en la mano, ni el pensamiento en la cabeza. Esta localización es evidentemente una adscripción sólo por "trasferencia", "nur in Übertragung" (ib.). Con esto tenemos ya muy delimitado el contenido de la carne, siendo lo interesante de este párrafo sobre todo las correspondencias que se citan con relación a la función que aquel contenido desempeña en la arquitectura de la vida humana.

Con esto podemos pasar ya al § 40, largo y difícil, pero que cumple también un papel decisivo en el capítulo tercero. Y ante todo hay que aludir a su primera frase, que hace de resumen del párrafo anterior y que, por ello, es muy útil para entender el párrafo que acabamos de comentar. Todo lo "material" —no en el sentido de la materia analizada en la primera sección sino en el sentido de lo hilético que hace de material para las intencionalidades superiores— o está localizado en la carne o está referido a ella por la localización. Aquí tenemos tres aspectos importantes: por un lado todo lo material hilético está referido a la carne, es decir, en el ser humano lo hilético, el material de lo intencional, viene de la carne o se asienta en ella. Sabemos, por otro lado, que no todo se adscribe a la carne por una localización "intuitivamente dada", sino de una manera mediata, por ejemplo, lo visual y auditivo; tercero, que esos rasgos materiales o hiléticos constituyen "de ese modo" (*dadurch*) "la objetividad carne". Pero aún no ha dicho ni qué significa ni cómo se

constituye esta objetividad. Esto es lo que ahora se pregunta Husserl: "como hay que entender esa constitución" y "qué es lo que ahí crea unidad".

Antes de seguir convendría detenerse mínimamente en la palabra "constitución", que sale continuamente en este texto, así como en la obra de Husserl, creando muchos malentendidos. Como se sabe, la fenomenología es ante todo análisis constitutivo, pero en qué sentido hay que entender la constitución no es fácil. El sentido de "constitución" puede ser tan diferente según los contextos, que posiblemente sea difícil entender una sola cosa bajo esa palabra. En principio la palabra "constitución" tiene dos versiones, podemos decir, una más estática y otra más dinámica. Digo más estática, y no sólo estática, porque aun la más estática tiene un aspecto dinámico. En la primera, la palabra constitución alude al entramado que compone una realidad o entidad, del tipo que sea, respondiendo a la pregunta: ¿de qué está constituida esta entidad?, por ejemplo, ¿cuál es la configuración de este Estado?, es decir ¿cuál es su constitución? El texto que lo rige es entonces su Constitución. De esta misma manera, toda entidad, del tipo que sea, política, física, cultural, tiene así una constitución. El sentido más activo de la palabra constitución se refiere precisamente al hecho de crear o producir esa constitución. Es obvio que no se crea esa constitución de la nada, sino desde una configuración anterior, que es modificada o cambiada para sacar otra nueva figura; por tanto, constituir en este segundo sentido es crear una nueva configuración. En este acto lo que se hace es colocar, situar, poner las cosas, los elementos, las partes diversas, en el sitio que deben ocupar en la nueva configuración. Una vez colocados, las cosas o elementos constituyen esa nueva configuración. Si pregunto cuál es la constitución no es normal contestar aludiendo al acto constituyente, que pertenece a la historia, sino exponiendo la configuración o posición de los elementos en el conjunto. Precisamente esa entidad aparece en su constitución, en su configuración. En cierta medida constituirse una cosa es manifestarse, aunque para manifestarse debe tener ya una constitución. Cuando Husserl pregunta por la constitución de la carne, alude a cuáles son los elementos que integran el cuerpo, y en qué medida esos elementos tienen alguna unidad, o que unidad tienen⁶.

Ya sabemos, por el párrafo anterior, que las ubiestesias son fundamentales para el cuerpo; sabemos que, además de las ubiestesias, hay sensaciones cinestésicas y cenestésicas, aunque todas ellas tienen un carácter ubiestésico, es decir, son sensaciones localizadas, por más que no todas se localicen de igual manera, así, la "inhibición interna" que puedo sentir, por ejemplo, cuando ante una sorpresa fuerte me quedo absolutamente paralizado, ¿cómo siento ese impedimento que surge de mi interior?; o cuando tengo mal cuerpo, me sería difícil describir lo que me ocurre; sólo sé que me cuesta moverme. De todas maneras, todas esas sensaciones son elementos que presentan mi carne, que constituyen su "Objektität", "objetidad", dice Husserl, evitando cuidadosamente la palabra "Gegenstand" —palabra alemana para objeto—, porque la carne, así constituida, está muy lejos de ser un objeto en sentido pleno, por más que tenga cierta consistencia. Este es el tema del párrafo, aunque como vamos a ver, lo más interesante es que esa consistencia no es una cualquiera sino fundamental desde una perspectiva funcional, por lo que, prosiguiendo el párrafo la intención de describir la naturaleza de la carne, se adentra decididamente en aspectos funcionales.

Empieza Husserl, con "la carne física" (*Der physische Leib*). La palabra "física" es un añadido posterior a 1924/25. En cierta medida con esa palabra está adelantando Husserl el final, porque la característica de la carne es ser cosa material (*materielles Ding*), pero en qué medida lo sea está aún por analizar. Al añadir la palabra "físico" Husserl parece querer

avanzar en ese aspecto de la objetividad a la que acaba de aludir. La carne como objetidad es una presencia, se me muestra, y se me muestra como carne física, a la que pertenece el estrato de las ubiestesias. Pero la pregunta es entonces ¿cómo se unen las ubiestesias a la carne?.

Para mostrarlo cita Husserl algunos casos como ejemplos a partir de los cuales establecer algunas comparaciones. El sonido tiene una intensidad, con la que mantiene una unidad esencial; no puede haber sonido sin una intensidad, del mismo modo que no puede haber color al margen de una extensión; aquí Husserl comete lo que podríamos llamar un error terminológico, pues habla de *Ausbreitung* para el color, mientras que, de acuerdo al § 37, en el caso de la vista, no se debe hablar de *Ausbreitung* (difusión), sino de *Ausdehnung*, (extensión). En estos casos, es decir, en el caso de las unidades objetivas —visuales y auditivas— tenemos por un lado "unidades reales", lo visto y lo oído. Para determinar la otra parte de la alternativa, se hace Husserl una pregunta muy iluminadora: ¿tenemos, por el otro lado, "meros contenidos de sensación?" (Ideas II, 193).

Hay, sin embargo, un problema de interpretación. La frase "Aquí tenemos en efecto..." ¿a qué casos se refiere? ¿a los que va a rechazar, el modo como las sensaciones visuales y auditivas se unen a sus objetos, o al caso de la carne? En mi opinión es una frase correlativa con la anterior: "Esto ciertamente no es del modo X (tener contenidos de sensación), porque aquí tenemos Y (unidades reales)". La pregunta es si Y —lo visto y lo oído, como unidades reales—, ofrece frente a las "unidades reales" meros contenidos de sensación. No olvidemos que está tratando un ejemplo para ver la conexión de la carne con sus ubiestesias, y ese modo no es el de la "unidad de esencia" del sonido ni de lo visto con sus cualidades. Husserl no contesta a la pregunta y eso provoca cierta inquietud en la interpretación de la frase, que se podría entender de modo adversativo, es decir, cambiando el plano anterior, no refiriéndose, por tanto, a la vista y al oído, sino al caso que quiere ilustrar, la conexión de la carne con sus ubiestesias. Pero yo me inclino por la primera interpretación, sólo que con la pregunta está cuestionando Husserl que en el caso de las "sensaciones no localizadas" se pueda hablar realmente de "meros contenidos de sensación".

Pero Husserl no responde y sigue su meditación para analizar el modo de pertenencia de las ubiestesias a la carne. Por eso invita a seguir la reflexión: "Meditemos", dice, poniendo un ejemplo: si un cuerpo me toca varias veces de la misma manera y con la misma presión, siempre producirá las mismas sensaciones: "el resultado es obviamente siempre de nuevo el mismo" (Ideas II, 194), porque el cuerpo no sólo es estimulable en general, sino de tal manera y en tales circunstancias, es decir, la estimulación está sometida a una norma, y esta norma es la que interesa a Husserl. A continuación establece Husserl que "los efectos de los estímulos tienen un sistema" (Hua. IV, 154, l. 22)7. En mi opinión, los "efectos de los estímulos" —los *Reizwirkungen*— se refieren al conjunto de las sensaciones producidas por los estímulos, no al estímulo que produce el efecto. Las *Reizwirkungen* son, entonces, las sensaciones localizadas. Así, lo que quiere establecer Husserl es que éstas tienen o muestran un carácter sistemático, que no son, por tanto, aleatorias; por contra, a los cuerpos que aparecen, es decir, al cuerpo que me toca, le corresponden diferencias de lugar; por supuesto, estas cosas que me aparecen también son sistemas, a los que corresponden aquellas diferencias de lugar, pero de manera tal que a cada lugar pertenece un horizonte de otras diferencias que dependen otra vez de los efectos estimulados, es decir, de nuevos efectos de estímulos.

Se trata de una frase difícil, pero manteniendo la perspectiva correcta se entiende. Husserl parte de un objeto que me toca (estímulo: *Reiz*) y de lo que produce (efecto: *Reizwirkung*); si me toca de la misma manera, produce el mismo resultado. Los efectos tienen un sistema, es decir, mantienen una relación precisa entre ellos. En el estímulo, es decir, en la cosa que me toca, hay diferencias de lugar; esta cosa también es un sistema, cada lugar permite una exploración ulterior, que abre diferencias nuevas, que dependen a su vez de los efectos que causen, es decir, de las sensaciones que provocan. Hay, por tanto, una correspondencia entre el sistema de las cosas que aparecen y el sistema de los efectos de los estímulos, el sistema de las sensaciones. Por eso dice Husserl: "en las sensaciones radica un orden 'que coincide' con las extensiones aparentes [que aparecen o se muestran, erscheinenden]" (154, l. 30 s./194), es decir, con el orden de las diferencias locales de las cosas que me tocan o me aparecen mediante el tacto. Pero esta coincidencia está desde el principio, de ahí que las ubiestesias, los efectos de los estímulos, no aparecen como algo extraño y sólo producido, que aparece en mí de manera extraña, rara, ajena a mi voluntad, sino que desde el principio aparecen como algo perteneciente "al cuerpo carnal que aparece y al orden extensivo" (p. 154, l. 33 s./194.) y subordinado en un orden coincidente.

¿Qué quiere decir Husserl? Subrayemos, ante todo, la importancia de estas frases, teniendo en cuenta que estamos en los principios, o en los elementos más bajos de la conciencia, en los principios de lo material. Lo que provocan los estímulos, los efectos de los estímulos, primero, pertenece al cuerpo físico y carnal y al orden extensivo, es decir, mantiene ese orden coincidente; y segundo, están subordinados a ese orden. Se mantiene un paralelismo que rompe, en consecuencia, su aislamiento. El efecto tiene un carácter más allá de sí mismo; la ubiestesia no está encerrada en sí misma porque aparece subordinada a un orden coincidente, por tanto —y es una conclusión clave—: "en ninguna sensación carnal se capta la mera sensación, sino que ésta es aprehendida como perteneciente a un sistema —exactamente correspondiente al orden extensivo— de posibles consecuencias funcionales que lo materialmente real tiene que experimentar en consecuente paralelo con influencias materiales posibles"⁸. La sensación no aparece como mera sensación, sino como perteneciente a un sistema de posibles cambios funcionales que lo real ha de padecer, dadas ciertas influencias. La sensación siempre es anuncio de lo real, no se da aislada sino siempre en ese orden de correspondencia con lo real. Aquí tenemos anunciada la base fundamental de la intencionalidad: desde la sensación más material y carnal aparece lo otro, el orden extensivo, lo real, porque la sensación no aparece aislada sino como perteneciente a un sistema coextensivo con el orden secuencial que lo real experimenta.

Con esto pasa Husserl a un nuevo tercio, el de los campos de sensación, los Empfindungsfelder, pero partiendo de una frase, que puesta en relación con lo anterior, nos da un buen guión de la intencionalidad. Para Husserl, que lo presenta como advertencia para precisar aún más lo anterior, "los campos de sensación que están en cuestión están siempre íntegramente colmados" (155, l. 3/194), como ha traducido Antonio Zirión "vollständig ausgefüllt", es decir, están saturados, llenos de sensación, de la sensación que les corresponde. "Campos de sensación" es la palabra técnica para cada uno de los sentidos. La frase de Husserl quiere decir que ese sentido tiene desplegado el sentido del mundo al que tiene acceso. Ese sentido no empieza de nuevas con cada una de las sensaciones, sino que cada una de éstas es más bien sólo una modificación. Esto quiere decir que el mundo visual, el de los sonidos o el táctil, están ya ahí de siempre, en ellos sólo percibimos modificaciones; decimos esto porque debemos conectar la frase de que "los campos de sensaciones están íntegramente colmados" con las anteriores. Si cada sensación no es mera sensación sino parte de un sistema que se corresponde con el orden extensivo, es decir, con

el sistema que constituye las cosas reales, dada la completud de los campos de sensación, lo que tenemos diseñado en cada campo de sensación de siempre es un sistema de correspondencias, a saber, una faceta del mundo que se nos abre por ese sistema sensorial. Teniendo en cuenta que los tres sistemas sensoriales fundamentales para la percepción del mundo son el tacto, la vista y el oído, el mundo como realidad resistente al tacto, como realidad que aparece en la luz y como espacio sonoro, nos está siempre dado, a la espera de las modificaciones que puedan acaecer en el sistema sensorial. Todo cambio es aprehendido de entrada como cambio "de la extensión", es decir, del sistema exterior con el que el campo sensorial está conectado. Todo cambio es, Husserl insiste, aprehendido (*erfährt eine Auffassung*), como dependiendo de la extensión; y una vez más, el campo "recibe localización" (*erhält Lokalization*) "como consecuencia de las circunstancias estimulantes particulares" (155, l. 3/194).

Después de estas importantísimas consideraciones sobre el modo de ser de la sensibilidad, avanza Husserl en una dirección más ajustada al objetivo del párrafo, la determinación de la carne y de cómo le inhieren las sensaciones. Y aunque alguna palabra nos pueda resultar ambigua, el sentido global del texto es claro: "El nuevo estrato que la cosa ha recibido por localización... ". La ambigüedad está en la palabra "cosa", que se podría referir tanto a una cosa externa como a la cosa "carne". Yo creo que se refiere a esta última. La localización es una cualidad cósica, se da en un espacio, por más que no sea tanto una *Ausdehnung* (extensión) como una *Ausbreitung* (difusión). Ahora bien, el interés actual de Husserl es profundizar en la faceta ontológica de la carne, y justamente ese carácter de "estimulación plena" del campo sensorial significa una constancia del campo (*Beständigkeit*), y frente a ella, el nuevo estrato recibido con la alteración, "una especie de propiedad real". Por los ejemplos aducidos, podemos interpretar las frases, que siempre insisten en la correspondencia del sistema sensorial con las condiciones reales o "circunstancias reales" en las cuales siente. En los dos ejemplos aportados, el de un picotazo, y la entrada en "una habitación con una temperatura excesiva", los cambios de sensación tienen denominaciones "objetivas", que aluden a esas circunstancias reales: "sensaciones de punzada", o aumento de calor. La sensación, una vez más, no queda encerrada, no está encerrada en sí, sino referida al sistema de condiciones reales que la han provocado. Porque, y ahora viene una frase que podría resumir todo lo que estamos diciendo: "la sensitividad [Empfindsamkeit] de la carne se constituye por completo como una propiedad 'condicional' o psicofísica" (155, l. 22/195). Husserl tiene que aclarar esta frase difícil; por un lado, la carne es sensible, de acuerdo a los ejemplos, siente calor y le duele el picotazo. Pero, por otro lado, tanto el calor como el picotazo son realidades objetivas que están en el sistema del mundo, en el que también está la carne, que exhibe unas condiciones alterables. Entrar en una habitación en la que hace un calor muy fuerte, altera las condiciones de la temperatura del cuerpo, como de cualquier cosa sensible al calor, como puede ser el vino, un helado, etc. El cuerpo pertenece a esa situación objetiva mundana. Por eso dice Husserl que a la percepción de la carne pertenecen la aprehensión "cosa" y la de los campos sensoriales, perteneciendo éstos al cuerpo carnal (al *Leibkörper*), es decir, a la unidad psicofísica que es siempre nuestro cuerpo. Esa pertenencia tiene su traducción fenomenológica en la forma "si ..., entonces": si aumenta la temperatura, sentiré calor; si un mosquito me pica en la mano, sentiré un picotazo; si se me toca la mano, sentiré el tacto; la mano siempre está ahí como "unidad física estesiológica" (p. 155/195), como unidad sensible y realidad física, como todo el cuerpo. La separación de los dos aspectos de la unidad psicofísica sólo es abstracta, es decir, sólo la captamos aplicando un poder de separación, porque "en la percepción concreta la carne está ahí como una unidad de aprehensión de nueva especie" (p.156/195).

Veamos esta unidad de nueva especie. En primer lugar, por ser una cosa, le corresponden los predicados formales de la idea de realidad, que exhibe una constancia frente a las cambiantes circunstancias, por más que muchas otras dependencias "reales" queden abiertas y sólo en sucesivas experiencias puedan ser determinadas, y así aparecerán como "propiedades reales del mismo objeto real" (p. 156/196). Pero a esta unidad psicofísica que es la carne colmada, lo que Husserl llama ahora "estrato primario de sensaciones", el del tacto, y las sensaciones dependientes de él, es decir, todas las ubiestesias, las sensaciones localizadas, también le son atribuidas, enriqueciéndose con ello, todas sensaciones que se le adjuntan de "modo mediato" [mittelbar zugeordnet 156, l. 28], por ejemplo, el campo visual.

Hay que advertir que respecto al campo visual Husserl desliza unas frases que no pueden afirmarse desde un método fenomenológico, a saber, que depende de las cualidades del ojo y del sistema central cómo se llena o colma el cambio visual. Es obvio que fenomenológicamente nada sabemos del sistema central. Lo cierto es que estos nuevos campos de sensibilidad adscritos al cuerpo, a la carne, por sus campos primarios, enriquecen la aprehensión de la carne, así "se constituyen "nuevas propiedades reales de la carne"" que ya no están en relación con la propiedad hasta ahora exhibida, la extensión. En esas propiedades reales la carne "participa como carne constituida ya en otra parte", es decir, la carne estaba ya con su densidad antes de admitir los nuevos campos adscritos, la vista y oído. Éstos, ya no son propiamente hablando elementos de extensión sino de otro nivel. Podríamos discutir esto respecto a la vista, si el color no es radicalmente, es decir, en unidad esencial, una cualidad extensa, pero creo que Husserl estaba hablando de un tipo de cualidades extensas, la táctil resistente y consistente; mientras que la vista pertenece, diríamos, a una extensión fantasmal, aparente, porque no es táctil. Las propiedades extensivas serían las propiamente materiales, de manera que las otras, o sea, las que no son táctiles, tienen fuentes distintas. Pues bien, éas constituyen en la carne la capa mediante la cual "se entrelaza la carne material con el alma" (p. 157/196). No es que las otras no sirvan para eso, sino que, se podría decir, el hecho de que estas nuevas cualidades no posean esa consistencia ubiestésica, quizás las hace menos materiales y más adecuadas para las funciones intencionales, que antes veíamos.

No sé cómo interpretar estas frases de Husserl de modo distinto. Ya lo había dicho, el nivel de la carne es la materia hilética para las funciones espirituales. Ahora recuerda esto justo después de atribuir a la carne la ampliación de sensibilidad. Sin embargo, no parece lógico atribuir a esta etapa ampliada ninguna función específica. La expresión de Husserl no parece ambigua, pues, después de hablar de la ampliación más allá del estrato de sensaciones primario, el "estrato ubiestésico", comenta que "con ello" [damit] se constituyen "nuevas propiedades reales de la carne" [reale Eigenschaften des Leibes]. Por la parte que sigue se ve que ese *damit* se refiere a lo que acaba de decir, pues añade, de la carne que "participa aquí como carne ya en otra parte constituida", a saber, en el estrato primario de sensación. Con esto, tenemos una especie de nueva región ontológica: "La estimulabilidad en general se convierte así en un título de una clase propia de propiedades reales que tienen una fuente enteramente distinta que las propiedades propiamente extensivas (y por ello materiales) de la cosa" (p. 157/196). Pues a esta nueva región, la de la estimulabilidad general, atribuye Husserl el enlace de la carne y el alma.

Este nuevo "grupo de propiedades reales", que son verdaderamente reales, porque "se constituyen en lo real mediante la referencia circunstancias reales" consta de los dos elementos ya considerados, el que depende directamente de la carne, el sustrato primario,

y el que depende de la ampliación, de los sentidos, pues Husserl se refiere en general a lo que es "aprehensible como estrato localizado de la carne, y más, lo que es aprehensible como dependiente de la carne (en pleno sentido, incluyendo ya este estrato) y de los órganos sensoriales" (ib.). El estrato procedente de la ampliación depende de los órganos sensoriales, no directamente de la sensibilidad. Pues bien, ahora Husserl vuelve a aplicar la teoría fundamental anterior a la totalidad de lo perteneciente a la carne: "todo ello compone, bajo el título materia [Stoff] de la conciencia, un subsuelo [Untergrund] de la conciencia" (p. 157/197). La sensibilidad aparece, así, como la materia, el Stoff, Hyle, el subsuelo de la conciencia, que en esta conexión aparece como el alma, o el yo anímico. Porque, si el subsuelo tiene un carácter real, también su contrapartida, el alma, el yo anímico, que quedan aprehendidos en la misma función realizadora, de manera que el yo o el alma tiene su carne.

Para terminar este denso párrafo, tenemos que aclarar en qué sentido se da esta "realización". Ante todo rechaza Husserl la comprensión naturalista procedente de la ciencia psicológica, que diría que esa carne como realidad física, "como cosidad físico-material", brinda "mediante sus procesos materiales precondiciones reales para 'sucesos de conciencia'" (ib.), o a la inversa", que, dados unos 'flujos de conciencia', en la realidad material hay dependencias en relación a sucesos de conciencia ocurridos en ese flujo. Dicho de otra manera, dados unos sucesos conscientes, se pueden detectar las correspondencias equivalentes en el subsuelo material de la conciencia, es decir, en la carne. No es esto lo que quiere decir Husserl, o al menos no se quiere decir que sea sólo eso, con lo que Husserl parece estar admitiendo esa posibilidad. Pero yo creo que rechaza de plano que esa interpretación naturalista dé en la diana, porque tal interpretación naturalista podría ser tomada desde una perspectiva científica, buscando los procesos causales en el nivel de la naturaleza, por ejemplo, buscando los procesos neurales, eléctricos y químicos que ocurren en la realidad material, en la carne como realidad física. No es que Husserl rechace esa posibilidad, sino que le parece insuficiente.

Para explicar por qué esa postura no es suficiente añade Husserl una frase sobre la causalidad que no se termina de entender. Como la causalidad pertenece a la realidad, los sucesos de conciencia sólo como "estados de conciencia" [seelische Zustände] tienen realidad. Pero con esto no se ve por qué lo anterior es insuficiente. En realidad la verdadera razón está en la frase siguiente: el alma y el yo tienen carne, no una realidad física, no una "mera cosa material, sino carne, una cosa material de cierta naturaleza", "como campo de localización de sensaciones y emociones afectivas, como complejo de órganos sensoriales", es decir, la carne no es ese campo fisiológico para los procesos fisiocoquímicos que investigan el fisiólogo, el neurólogo, el naturalista, etcétera, sino carne sensible con todas las sensaciones primarias —ubiestesias, cinestesias y cenestesias—, y con las sensaciones atribuidas por la ampliación que hemos mencionado, los campos sensitivos localizados indirectamente. Esa es la carne del yo, del alma, y esa carne es la que es "miembro y contramiembro [Mitglied und Gegenglied] fenomenal" de toda percepción. La carne es, primero, miembro presente [Mitglied] en toda percepción, pero un miembro copercibido; en la percepción la carne está siempre copercibida, está siempre, diríamos, en la parte del objeto, pero a la vez, es el sujeto, "contramiembro" [Gegenglied]. Por eso habla Husserl de "comiembro y contramiembro". El ojo es siempre sólo contramiembro, pues en cuanto ojo, él no es visto, aunque a través de la localización indirecta el ojo está también ahí como una realidad material como la mano, siendo parte del cuerpo al que pertenece y completa, además estando integrado en el contexto mundial normal. Así, esta definición husserliana de la carne como "co-miembro y contramiembro" termina deparando una de las

mejores imágenes de lo que representa la carne como esa sala de cine que comenta Merleau-Ponty, de acuerdo a la cual la cámara de proyección se opone a la pantalla, pero ambas pertenecen en el plano real a la misma sala de proyección; me basta con alterar la postura para ver la pantalla. La cinta y la máquina de proyección son la contrapantalla, pero a la vez tiene el mismo carácter que la pantalla, pues todas ocupan un lugar en la propia sala. Así la carne, en su calidad de "miembro y contramiembro", "constituye" el lugar fundamental de la donación real del alma y del yo. Es que esta donación pasa efectivamente por la realidad de la carne, a cuyo contenido se refiere siempre. El alma y el yo de cada uno se nos dan en el lugar de la carne.

Con esto creo que hemos dado un gran paso, tal vez definitivo, en la aclaración fenomenológica de la carne, así como en lo que se refiere a su conexión con el alma, entendida ésta como yo animico.

7.- Carne, alma y yo

El concepto de alma en estos textos puede resultar un tanto ambiguo, pues, por un lado, la carne, como ya sabemos, es estudiada como modelo de "realidad animada", de realidad animal, pero, por otra parte, también sabemos que de acuerdo a los análisis, el alma se destaca de la carne, porque el alma tiene una carne. Pero si uno se fija bien, cuando sale la palabra "alma", ésta se relaciona con la conciencia y con el yo. Es conveniente detenerse, aunque sea brevemente, en el desarrollo de este concepto en estos textos. Y lo primero que tenemos que tener en cuenta es que el concepto de alma, en estos textos, queda adscrito a un topos superior, que está por encima de la carne. Por eso vamos a empezar viendo los lugares en los que aparece algo que podría ser conceptuado como superior a la carne, bien porque la usa, bien porque la carne opera de materia para ese elemento superior.

Lo primero que nos salió fue en el § 38, cuando Husserl menciona que la carne es el órgano de la voluntad. En ese párrafo la carne es "el único objeto que para la voluntad de mi yo puro es móvil manera inmediatamente espontánea" (p. 152/191). El yo puro es el sujeto, contramiembro de la naturaleza material y al que como campo de localización de las sensaciones pertenece la carne, que él mueve espontáneamente. Aquí tenemos pues una especie de estructura: naturaleza, carne y yo. La carne pertenece al yo, que aparece aquí como sujeto que percibe "un mundo exterior" mediante los órganos de la carne (p. 152/192).

En el § 39 vuelve a aparecer esta contraposición, aunque en un terreno ligeramente distinto, tal vez más general que el anterior. No debemos olvidar, sin embargo, que en el que acabamos de comentar, la carne ha empezado por ser el órgano de la voluntad, y se ha terminado en una generalización muy importante, pues el movimiento libre de los órganos queda conectado a la percepción del mundo exterior, sin que Husserl nos aclare ahí esa simultaneidad, pero se puede colegir que el hecho de ser órgano de la voluntad no es independiente de la percepción del mundo, aunque aquí es justo donde Husserl lamenta la insuficiencia de su texto al no haber introducido "el movimiento subjetivo".

En el § 39 va más allá, dando a la carne un carácter más amplio. Ahora la carne, el estrato sensible, recibe "configuración espiritual", de manera que "la totalidad de la conciencia de un ser humano [das gesamte Bewußtsein eines Menschen] está enlazada en

cierta manera con su carne mediante su sustrato [Unterlage] hilético" (153/193), por más que las vivencias intencionales ya no estén localizadas ni formen parte de la carne. Aquí tenemos, pues, una contraposición entre conciencia y carne, ésta es aprehendida en una "configuración espiritual" que la desborda; pero parece que el sustrato hilético [hyletische Unterlage] lo comparten la conciencia y la carne. Parecería, hasta cierto punto, acercar la conciencia, que ya no puede ser localizada, y el yo, sujeto o voluntad del parágrafo anterior. Aquí esa conciencia conlleva la configuración espiritual de la sensibilidad. Pero todavía no nos ha salido la palabra alma.

Pues bien, hasta el final del § 40 no aparece la palabra alma, ahora en la anotación de que la carne, en la totalidad de su sensibilidad, está mezclada, entrelazada con el alma, constituyendo el subsuelo [Untergrund] de la conciencia (157, l. 13/197). Hasta ahora no hemos avanzado demasiado, pero en este momento da Husserl un paso decisivo, pues la capa sensible de la carne —lo que constituye el subsuelo de la conciencia— se realiza [erfährt seine realisierende Auffassung] "a una con ésta [la conciencia] en cuanto alma y yo anímico" (157, l. 14 s./197). Aquí sí que hemos dado un paso importante, aunque no está claro que tenga una necesidad fenomenológica, quiero decir, que proceda de una exhibición fenomenológica clara. Esa conciencia, que nos había salido hasta ahora, primero, como voluntad, luego como yo y sujeto, luego, en general, como la conciencia que comparte el sustrato hilético [la hyletische Unterlage] con la carne, ahora se realiza como alma y yo anímico.

No veo clara esta realización porque me parece que depende de las teorías que hemos heredado de la tradición en torno a la contraposición entre el cuerpo y el alma. Si queremos perseguir el contenido de estos conceptos, es muy posible que, de acuerdo a la experiencia, la exposición husseriana sea válida. El único contenido posible del alma, siguiendo los datos fenomenológicos, no pueden ser otros que los expuestos, es decir, el alma como contrapuesta al cuerpo no representaría más que la realización de la conciencia, conseciente, a su vez, a la realización de la carne. Pero la vez, el propio análisis fenomenológico nos muestra que el cuerpo realizado, contrapuesto al alma, no deja de ser una naturalización que extirpa al cuerpo su carácter de alma, su carácter de carne. Así, el alma no se puede contraponer al cuerpo, porque su sustancia es la carne, sólo que por encima de la carne están las funciones espirituales, la voluntad, el yo, el sujeto de los actos que ya no están en la carne. El alma, como vida animada, se asienta en la carne; por eso termina Husserl diciendo que la carne es el lugar fundamental, el Grundstück, de la donación real del alma y del yo (157/197). Por eso dicen los textos publicados como anejos que la carne es "más que cosa material, porque tiene una capa perteneciente a lo anímico" (Hua V, p. 118).

8.- La carne como cosa

Una vez que hemos visto la problemática de la carne como parte del alma, que proporciona la materia a la vida consciente, puesto que además es cosa entre las cosas, por más que sea una cosa especial, quiere terminar Husserl por el diseño de las peculiaridades de la carne como cosa. Empieza aclarando la peculiaridad de la carne de ser "centro de orientación" respecto a las cosas, el punto cero en relación a las otras cosas; todas ellas están a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, más cerca o más lejos. La carne es el centro de orientación de un espacio que justo por eso es un espacio no homogéneo. Así, "todas las expresiones de orientación llevan consigo la referencia" a la carne. Pues lo lejos

es lejos respecto a mi carne. Igualmente, la capacidad de movimiento de la carne puede alterar esas orientaciones, pero en esos cambios el aspecto de las cosas, la serie de fenómenos, la serie de las formas en que nos aparecen, "conserva su sistema fijo" o "la forma de la intuición, la legalidad de los matices, y con ello la forma del orden de la orientación con un centro" (158 s./198); el yo, o la carne está siempre en el punto cero. Ahora bien, ese punto, en cuanto lugar objetivo, lo pueden cambiar, aunque de nuevo será llevándose encima todo el sistema de orientación, como el caracol su casa, aunque de una manera prudente termina Husserl advirtiendo que aún no estamos adelantados en los análisis como para poder dar contenido pleno a esa designación de "lugar objetivo".

Subrayemos este último aspecto. Yo puedo cambiar mi lugar objetivo, pero no puedo abandonar el hecho de ser punto cero: "no tengo la posibilidad de alejarme de mi cuerpo o de alejarlo a él de mí" (159, l. 18/199)", por eso hay una parte de mi cuerpo que se me aparece —como cosa física— de modo restringido, por ejemplo, mi cabeza, que es invisible. Y ahora termina Husserl con una frase que ha hecho historia: "La misma carne que me sirve como medio de toda percepción me estorba en la percepción de sí misma y es una cosa constituida de modo curiosamente imperfecto" (p. 159). La carne como cosa está constituida de modo imperfecto, quiere decir que no tengo libertad para desarrollar la serie infinita de formas de aparición táctil y visual que tengo respecto a otros cuerpos o cosas. Respecto a mí las limitaciones hacen que por ejemplo respecto a mi espalda o mi cabeza, o con relación a ciertas perspectivas de mí mismo, tenga unos límites insuperables, que yo no pueda enfrentarme a ellas como sujeto directo, que, por tanto, esos contenidos no "constituyen" el sentido intuitivo de mi cuerpo o imagen corporal directa. Yo me veo siempre directamente de frente.

Todo esto no deja de tener consecuencias prácticas sobre la imagen propia, por ejemplo, sobre la percepción de nuestro envejecimiento. No percibimos directamente nuestro envejecimiento, porque éste se da fundamentalmente en la cara y en el aspecto de la espalda, justo partes que no percibimos, mas la experiencia biográfica no da el envejecimiento. Así nos podemos sentir profundamente jóvenes mientras que como cuerpo físico podemos mostrar la evolución real y el efecto del tiempo. Por supuesto, para las acciones prácticas sobre nosotros, en relación a la dieta o al control, también es decisivo este hecho, el que la constitución del cuerpo propio, de la carne como cosa sea "curiosamente imperfecta".

Pero aún hay una tercera característica señalada por Husserl. A pesar de las dos notas anteriores, el ser punto cero insuperable y no abandonarle, así como el ser una cosa constituida de modo imperfecto, el cuerpo propio en cuanto cosa está enmarcado en el contexto real causal del mundo, de manera que sus movimientos, por más movimientos subjetivos que puedan ser, es decir, serie de sensaciones cinestésicas, son también movimientos en el espacio físico, que se componen con otros movimientos, o que tienen efectos en otras cosas, de manera que todo movimiento es simultáneamente movimiento subjetivo y movimiento físico en el espacio y siempre puedo aprenderlo en una u otra perspectiva, aunque una vez más, y así termina Husserl, hay una diferencia muy importante entre la vista y el oído, por un lado, y el tacto por otro. Mientras en este caso, por ejemplo, si toco mi mano con algo caliente, mi mano se calienta físicamente pero a la vez siento ese calentamiento de manera que cualidad táctil física, calor, es también cualidad táctil sentida. La cosa física mano es, por tanto, punto de trasferencia o transbordo de lo físico a psíquico [Umschlagspunkt]. No ocurre lo mismo en la vista y el oído. Mi mano puede ser iluminada como cualquier otra cosa; si me pego con la otra mano "arrancó un sonido a la

"mano", distinto de si golpeo, por ejemplo, la mesa; pero respecto a la vista y al oído, es decir, el "proceso físico 'iluminación roja de mi mano' no es seguido por un rojo sentido de la misma manera que el calentamiento de mi mano es seguido por la sensación de calor" (160, l. 34/200), falta el punto de transferencia, de transbordo. Y con esto se nos da otra característica fundamental de la carne, ser ese punto de transferencia de lo físico a lo psíquico, o como dice Husserl, de lo causal a lo condicional: si hago esto, siento tal, lo que, una manera muy sutil de señalar la diferencia entre el tacto por un lado y el oído y la vista por el otro. En estos casos el cuerpo, la carne, no existe en relación a las cualidades físicas dadas en la percepción. Lo que ya nos había dicho en el § 38.

Para terminar el capítulo Husserl propone como epílogo una reflexión de que todo lo expuesto hasta ahora se resume en las dos vistas posibles sobre nosotros, una, la correspondiente a una vista desde el interior, es decir, en una visión de nosotros mismos desde nuestra experiencia; la otra, la vista desde el exterior: En la primera el cuerpo aparece como carne, en la segunda como cosa. Ambas perspectivas, la carne y el cuerpo físico, están "Miteinander da", uno con otro, copresentes; éste es el sentido de aquel "comiembro y contramiembro" simultáneos. Como carne somos contramiembros, y como cuerpo somos miembros del mundo, aunque ambos siempre uno con otro Miteinander da, ambos siempre co-presentes. Como contramiembros somos punto cero inamovibles como tales, pero móviles como miembros del mundo, al cambiar el lugar objetivo del cuerpo

Ahora bien, termina Husserl, la constitución imperfecta que tenemos de nosotros mismos no nos permite una donación de nosotros mismos como la de todas las otras cosas. Es decir, desde una perspectiva individual solipsista no conseguimos la donación plena de nosotros mismos como cosa; para ello me hará falta introducir en mi autodonación la mirada del otro, o mi mirada como otro, lo que solamente se llevará a cabo por la mirada del otro. Sólo así podré constituirme totalmente como cosa en el espacio. Pero esta nueva perspectiva ya no aporta nada más al análisis fenomenológico de mi carne.

2.5 *El modelo humano de la fenomenología: la vida activa (yo).*

Textos tomados del último capítulo de La fenomenología como una teoría de la racionalidad fuerte, pp. 289 y ss. donde se habla de la imagen del ser humano que la fenomenología halla, con la que Husserl opera. Aquí se puede ver la doble estructura del ser humano. Sobre una capa de pasividad, en la que Husserl insiste aquí, se eleva la capa del yo, que es la capa del yo de actos, que toma postura afectiva, en la valoración; teórica, en el juicio; y práctica en la decisión. Las diversas efectuaciones de la vida activa se depositan en la vida humana como efectuaciones pasivas, constituyendo una pasividad secundaria. Husserl suele trabajar este tipo de temas como preparación de los análisis de la ética o la cultura.

... mientras en la idea de ser humano está necesariamente implícita la intracorporalidad, la Leiblichkeit, por la cual tenemos una primera capa sensible, quizás en la idea de un yo puro (o de una subjetividad pura en el sentido de yo puro, el de actos), no lo está. Sospecho que Roth fue llevado a esa conclusión por el temor a tener que confesar que Husserl estaba suponiendo que la ética se basaba en la antropología, cuando, como enseguida veremos, la idea de antropología de que Husserl disponía era sólo la de la antropología biológica. Pero no se puede ocultar que en estos textos Husserl está pensando en otro saber del ser humano distinto de esa antropología. Precisamente una de las cuestiones decisivas de la ética husseriana en esta época es reivindicar la diferencia entre ser humano y yo puro, porque

como veremos, la primera etapa de la subjetividad humana, o del ser humano, es una etapa sin yo, una *ichlose Sphäre*, de donde por otro lado surgen elementos estimativos fundamentales y primarios, que dan el cuerpo a la ética husserliana.

[Tratando Husserl de defender el paralelismo entre el ámbito teórico y el estimativo, nos dice que] en éste ámbito existirían también las dos posibilidades que existen en el ámbito teórico, tener una mera representación de algo y el cumplimiento de esa representación, su *Wahrnehmung*, su percepción, es decir, su "verdadera (*wahr*) captación (*nehmung*)", en la que lo dado se da en su *Leibhaftigkeit*, en su propio cuerpo, en su propia persona, no mediante ningún sustituto. En la estimativa detrás del deseo hay un *Wert-halten*, un tener por valor, que es el valor supuesto; a ese "tener por valor" corresponde también un posible cumplimiento, una captación de valor, una *Wert-nehmung*, en la que tenemos el valor *leibhaftig-da*, verdaderamente en persona. En el hedonismo siempre se confunden los dos niveles, con lo que irremediablemente cae en el subjetivismo. Un sentimiento, *Gefühl*, sólo puede ser valor si es objeto de otro sentimiento, si motiva otro sentimiento, es decir, si él mismo se ha convertido en bien valorado. Esta es la razón, concluye Husserl, de que el hedonismo caiga en definitiva en un regreso in infinitum. Por eso, del mismo modo que para resolver el subjetivismo psicologista en el ámbito del conocimiento se necesita una « teoría trascendental del conocimiento », es necesario también en el ámbito de la ética es necesaria « una teoría trascendental de la razón valorativa y de la razón práctica» (p. 121 del manuscrito F I 28, de 1920). La subjetividad del sentimiento es la misma que la del juzgar, lo que no significa que en el sentimiento no exista un dominio de la razón, es decir, un ámbito objetivo, de acuerdo al cual podemos determinar también si un sentimiento es verdadero o falso, del mismo modo que podemos decir si un juicio es verdadero o falso. Precisamente la subjetivización llevada a cabo por el hedonismo lleva a la « errónea opinión de que el sentir (*Fühlen*) es algo en sí irracional» (p. 123).

Pero en realidad se da un paralelismo entre los sentimientos sensibles (*sinnliche Gefühle*) y los datos de los sentidos (*Sinnesdaten*); así como estos son el material para la percepción, aquellos lo son para la *Wertnehmung*, para la valoración (p. 125), de modo que forman como un « fondo continuo » (*beständiger Hintergrund*) que se despierta con cada sentimiento suscitado (*erregtes Gefühl*), que encontraría su resonancia en ese trasfondo e influiría todo el medio del sentimiento, de modo que « se integra en la unidad del humor (*Stimmung*) ». Con esto nos vamos acercando al modelo de ser humano que Husserl pone a la base de su ética. Como vemos, lo que está haciendo, como nos ha dicho un poco antes, es una fenomenología del *Gemütsleben*, de la vida anímica o del psiquismo en toda su amplitud, en la que, como muy bien vio también Kant, la vida afectiva es fundamental. Precisamente la equivalencia de *Gemüt* y *animus* indica esta raíz afectiva del ánimo. El ánimo, el psiquismo humano en toda su amplitud, no el alma como opuesta al cuerpo, está constituido por un fondo afectivo conectado o en íntima urdimbre con los datos de los sentidos, lo que más adelante llamará Husserl la *hyle originaria*, a partir del cual se generará toda la actividad estricta de la persona.

Esta descripción de Husserl, que se lleva a cabo no en un nivel propio de la actitud natural sino de la conciencia pura, es muy importante, pues en ella podemos ver con claridad el modelo o imagen del hombre con el que él está operando y que obviamente está muy alejado del tópico del "Espectador desinteresado", que tanto interés ha habido en promocionar como la conciencia husserliana. La conciencia husserliana no es el espectador desinteresado, eso es el fenomenólogo que hace fenomenología, sino la conciencia

trascendental que el fenomenólogo describe. Esa conciencia es ante todo y en primer término este beständiger Hintergrund, este trasfondo afectivo que no tiene aún ninguna Bestimmung, [ninguna determinación] aunque ya sabemos que constituye una Stimmung, [es decir, un humor, un talante] que sería la pasividad previa a toda actividad valorativa y que es « el sentimiento sensible que acompaña ya a la más primitiva donación y predonación del conocimiento, que colorea afectivamente (gefühlmäßig) el entorno de percepción más primitivo» , pues, sigue Husserl, « todo mero color, o tono, u olor tienen antes de toda actividad valorativa un carácter afectivo, fundado en algo que es ya pero que no es afectivo» . Es posible deconstruir esa coloración afectiva del mundo en torno, pero entonces « tenemos un mundo artificialmente privado de valores y de bienes» (eine künstliche entwertete und entgüterte Welt), que es impensable como un mundo real « pues es impensable que para un yo» haya objetos que no le significan nada, « que de ningún modo toquen su afectividad, que no pongan sus tendencias en movimiento, y que, si es racional, no le motiven a las correspondientes actividades» .

Creo que estas citas son suficientes para saber cómo pensaba Husserl por lo menos en 1920. Yo creo que siempre había pensado así. Pero de todos modos estos textos ponen sobre el tapete de la discusión qué significa para Husserl realmente la conciencia o la subjetividad pura.

Hay además dos tipos de motivación, la racional, de la espiritualidad activa y la irracional, la espiritualidad afectiva affektive Geistigkeit, donde reina una motivación « del nivel más bajo anímico. Y ahora sigue Husserl explicando esa « niedere Stufe» , que es la de lo « meramente anímico» , sobre la que se construye « la de la espiritualidad en un sentido estricto» . Esta capa es la de la « pasividad pura» , que tiene el carácter de «ichlos» , sin yo, es decir, « del trasfondo que transcurre sin una participación activa del yo» , trasfondo siempre presente para el yo en el modo en el que lo psíquico puede estar presente, en el modo de la conciencia. En esta esfera, que está por debajo del carácter egoico (unter-ichliche Bewußtseinsphäre), se dan génesis, se mezclan motivaciones, « de un modo totalmente pasivo» en el modo de la asociación y de la formación de la percepción.

Hay que distinguir, no obstante, la pasividad primaria y la secundaria. Esta segunda procede de las formas constituidas en la actividad, en el contexto de los actos del yo, de las tomas de postura del yo, pero los resultados de esas tomas de postura se pueden hundir en el reino de la pasividad para permanecer en el trasfondo pasivo mezclados con otros, de un modo inactivo, pero ejerciendo una « fuerza pasiva de motivación» (pag. 148). A esta esfera no se le pueden plantear preguntas de razón, porque ella no es en sí misma un acto del yo, pero todos los actos del yo toman de esta conciencia de trasfondo (hintergründigen Bewußtsein) su « alimento» . Del mismo modo los « sentimientos no egoicos» (ichlose Gefühle), que surgen en el fondo anímico en pasividad pura y originaria, no son ni razonables ni no razonables, porque el reino de la razón es el de los actos del yo, de las tomas de postura y posiciones que adoptamos, que tienen su motivación por la que ya nos podemos cuestionar.

Y ahora ya se ve Husserl en la necesidad de centrarse en este punto, es necesario ya clarificar el ámbito de lo humano espiritual, para saber por fin a qué se refiere la ética y es aquí donde inicia el famoso Excurso. Tengamos en cuenta que hasta ahora prácticamente no ha hablado nada de qué es la ética. Lo que aún está haciendo es, a partir de la refutación de teorías, desescombrar el terreno, pero no tanto para buscar una teoría positiva de lo ético

como para acotar el ámbito de lo humano donde podamos hablar de normas éticas. Y ha llegado, podríamos decir, a ciertos elementos fundamentales. En primer lugar lo que va buscando Husserl es una imagen del conjunto del ser humano, una imagen del hombre total, es decir, un ser humano que no esté disminuido en su realidad. Es cierto que a ese saber no le llama antropología, porque para él antropología es sólo la antropología biológica. Hoy en día podemos decir que lo que Husserl buscaba como base fundamental de su ética era una correcta antropología filosófica, es decir una antropología que se hiciera cargo de la totalidad de la experiencia humana, de la lebendige Subjektivität, no sólo de un aspecto o nivel. Precisamente de cara a esta antropología y ya como refutación del naturalismo del hedonismo o del utilitarismo ha empezado a descubrir ese ser humano del que nos ha mostrado una estructura doble, una estructura que consta de dos niveles, el de la esfera primera sin yo, donde actúa la sensibilidad afectiva constituyendo un mundo en el que los objetos están afectivamente dados, y una capa egoica, en la que el yo de actos toma decisiones de un modo activo en relación a ese trasfondo en el que siempre vive el yo.

Después de describir las características de la esfera pasiva, que está radicalmente conformada por la afectividad, porque antes de toda determinación ya tiene un contenido cognitivo y afectivo, indica que sobre esa capa actúa la determinación predicativa y valorativa, que se puede constituir en habitualidad y de ahí en tradición; con esto tenemos ya algunos de los rasgos fundamentales del mundo concreto en el que vivimos, en el que hay que destacar «la enorme plenitud de caracteres de significación» (pag. 96), que se depositan sobre los objetos culturales, constituyéndolos en tales objetos por la donación de sentido que se realiza desde las funciones de la voluntad, es decir, desde el funcionamiento que la cultura asigna a esos objetos. Las funciones de la voluntad se fundamentan en funciones valorativas, pues esas cosas culturales, las casas, las calles, avenidas, jardines, campos, bosques o ciudades, etc. son objetos que tienen carácter de medios o cosas instrumentales en virtud de ciertas valoraciones.

Preguntas

1. En una representación, en el sentido genético de acto de conciencia, por ejemplo el ver un árbol, exponga cuáles son los elementos noemáticos (caracteres de presentación y de ser) y noéticos (los correspondientes a ambos caracteres noemáticos).
2. Desde la teoría de la intencionalidad ¿qué peculiaridad ve Vd. a la psicología fenomenológica, teniendo en cuenta la estructura noético/noemática? (cfr. La estructura del método fenomenológico (EMF), p. 124).
3. En la p. 244 del § 99 de Ideas se dice que "En un análisis más exacto se advierte que los caracteres puestos por ejemplo no pertenecen a una serie": ¿Qué quiere decir Husserl con esto?
4. ¿Por qué la fenomenología no puede ser encasillada en una filosofía metafísica de la presencia?
5. ¿La componibilidad del movimiento es una rasgo definitorio del cuerpo pero no del soma, qué significa eso?
6. ¿Cuál es la imagen de ser humano que se defiende en los textos citados en el último epígrafe de este número? ¿Cuál es la doble estructura de la subjetividad? ¿Qué es el Gemüt, el ánimo?
7. ¿Qué es "pasividad primaria" y "pasividad secundaria"? (La Fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte p. 303).

3 Tema 8. Las estructuras de la subjetividad trascendental II. Para una fenomenología de la racionalidad

3.1 A modo de introducción

Hemos visto en el capítulo anterior la estructura de la subjetividad humana, vamos a ver ahora algunos aspectos fundamentales más relacionados con la vida intencional consciente que caracteriza a esa vida, tanto en la pasividad como sobre todo en la actividad. Este capítulo es posiblemente el crucial en la fenomenología de Husserl y, sobre todo, en su apuesta por un modelo humano. El anterior debe ser tomado como una preparación para éste. En nuestro curso este capítulo representa también el punto decisivo para entender la apuesta husseriana por la racionalidad, una apuesta que no se basa en una decisión voluntarista sino en las aportaciones del análisis fenomenológico. Es posible que a más de un intérprete le haya pasado desapercibida la fenomenología de la razón presente en la obra de Husserl, incluso es muy posible que, siendo la apuesta por la razón el tema decisivo de la obra de Husserl, sea algo ni siquiera mencionado en las presentaciones que se suelen hacer de la fenomenología. Pues bien, cuando eso ocurre es que no se ha captado nada de los objetivos básicos de la fenomenología, o de la manera como Husserl la lleva a cabo.

La fenomenología de la racionalidad es el tema de la cuarta sección de las Ideas, como hemos dicho ya en el número 3. En este número se recomienda la lectura de cuatro párrafos de esa sección. En el primero (§ 128), Husserl define con precisión el problema de la razón, la referencia a un objeto, el hecho de la pretensión del conocimiento de ser realmente conocimiento de las cosas, el hecho de llegar la conciencia al objeto, no a un objeto ficticio, a una representación, sino al objeto realmente él mismo. Cuando decimos que una cosa es así y lo decimos razonablemente pretendemos que eso es efectivamente como lo decimos y además que toda persona racional debe admitirlo en los mismos términos. Si no fuera así, lo que yo digo se presentaría como mi opinión, una opinión más entre otras, más o menos plausible, pero no definitiva. Cuando yo digo que algo es como yo lo digo, si por ejemplo, digo que vivo en Madrid, viviendo en Madrid, el conocimiento que esa frase expresa pretende ser efectivo, responder a una situación que toda persona racional debe admitir, de manera que si alguien se empeña en lo contrario, o lo tildamos de loco o de adoptar una postura de incapacidad de diálogo, como si me dijera, por ejemplo, que no vive en Madrid porque vive en su casa de la calle Gran Vía. La pretensión de la fenomenología de la razón es aclarar este tipo de conocimientos, lo que Husserl llama la conciencia racional. Para la fenomenología esto es muy importante pues es realmente la meta fundamental de su propuesta.

El segundo texto recomendado es el § 135. Hasta ese parágrafo Husserl explica cuáles son los elementos del nóema, insistiendo en que en todo nóema hay que establecer una diferencia entre un núcleo muy íntimo y una serie de determinaciones de ese núcleo. Éstas pueden variar, más aún, en cada acto suelen variar, pero el núcleo íntimo se mantiene en la conciencia de identidad del objeto. Esta descripción es fácil de rehacer con tal de que siempre se piense la relación entre el objeto y sus determinaciones como una relación inseparable: no se puede pensar el mismo objeto sino en unas determinaciones, aunque éstas puedan variar de acto en acto. Por ejemplo, si voy a ver un partido de fútbol, el

campo varía según donde me ponga yo a verlo, sin embargo siempre veré el mismo campo. No digamos nada si me imagino el partido; en cada imaginación el campo será en sentido estricto diferente, pero siempre puede ser el mismo. Una vez explicado esto, pasa Husserl a describir cuál es el ámbito de operaciones de la fenomenología. Para entender la fenomenología, la lectura reposada de la página 321 es muy interesante, pues ahí cobra pleno sentido qué es efectivamente la reducción, ya que después de ella la realidad, o como dice Husserl, cada cosa, ya no es una cosa de la naturaleza, diríamos, en sí, sino un «conjunto de sentidos y proposiciones variablemente llenas».

No asuste la palabra "proposición", pues no se trata de una frase u oración lingüística. Proposición es la traducción de la palabra alemana Satz, que es el abstracto de setzen, poner; así, proposición es una propuesta, es decir, la situación de algo que para mí tiene el carácter de "puesto" en la realidad, pero puesto por mí; entonces, la cosa es resultado de una especie de acto de afirmación; pero hay que tener en cuenta que la cosa es cosa en un marco de sentido. La realidad deja de ser realidad independiente para pasar a ser realidad conjunto de sentido y proposición.

Por otro lado, en ese mismo párrafo, en la página 322, observará que habla Husserl de «lo que llamamos conciencia empírica», y luego vuelve a decir que la restricción a esa conciencia es sólo a título de ejemplo. La utilización de esa palabra 'empírico' convierte todo el texto en ininteligible, porque, como ya sabrá Vd., Husserl contrapone la conciencia empírica, que es la que tenemos en actitud natural, a la conciencia trascendental, que es el ámbito en el que ahora nos encontramos. Al emplear, pues, la traducción de conciencia empírica es de temer que el que haya leído a Husserl en esa traducción, poco pueda entender. Husserl emplea la expresión Erfahrungsbewusstsein, que podemos traducir como "conciencia de experiencia", "conciencia por experiencia" o "conciencia experiencial" (todas estas traducciones admitiría la palabra), como manera de designar aquella primera etapa de la conciencia trascendental, que se caracteriza por ser conciencia de experiencia, por ejemplo, la conciencia de cosas, pero siempre en el ámbito trascendental.

Un poco más adelante, en la página 323, tiene Vd. otra vez una excelente descripción de la problemática de la conciencia racional. El objeto, la X misma que vemos o conocemos como el mismo objeto en una multiplicidad de determinaciones distintas, según el modo en que se nos dé, ¿es realmente así?, ¿es realmente la misma X?, ¿cuándo es efectivamente así y cuando es sólo una mención, una opinión?

La verdadera respuesta de Husserl a esa pregunta tan decisiva, en consonancia, por otro lado, con el principio de los principios, viene dada en el parágrafo 136. En ese párrafo se define la primera forma fundamental de conciencia racional como aquel ver que da originariamente, sea en el ámbito que sea. Por ejemplo, en el ámbito matemático, en el que yo puedo tener plena intuición de una igualdad o sólo repetirla sin apropiarme intuitivamente de ella, sin rehacer la evidencia. En la percepción el ver originariamente es el tener algo delante. Precisamente ese ejemplo da el modelo para entender el caso fundamental de conciencia racional, pues en la percepción las cosas están ahí "en persona", dice el texto castellano (p. 326). En alemán utiliza Husserl una palabra muy significativa, leibhaftig, que es el adjetivo de Leib, soma, intracuerpo, carne, diríamos, la máxima intimidad. Es decir, en la conciencia racional está la cosa ahí en sí misma, en su intimidad, en persona, en su mismidad; y esto vale no para la percepción sino para todo acto en el que algo se pueda dar en su propia persona, sea, por ejemplo, un acto de amor, de valoración, de intuición matemática, etc.

Husserl repite el análisis en el terreno noético y en el noemático. En el aspecto noemático, el objeto de una conciencia racional se da en persona y se trata en ese caso de un ser. Desde el terreno noético, una conciencia racional se da sólo cuando el sentido noemático está dado originariamente; sólo entonces esa posición es racional, más aún, en ese caso la posición, es decir, el tener ese sentido como el sentido de una cosa real, está racionalmente motivado. Por tanto, a ese modo de darse —en persona, en su propio cuerpo— no sólo pertenece la posición, sino que ésta está racionalmente motivada, tiene legitimidad. Tenemos, por tanto, del lado noético, una conciencia racional es una conciencia que pone un objeto en el modo del ser, motivada racionalmente por un modo de darse originariamente, en persona.

Nótese la definición de *Glaubensgewissheit*, «certeza de creencia» (p. 327), o creencia cierta, una creencia cuyo correlato es el ser. Se trata, en suma, de una posición racional motivada originariamente [no conviene decir primitivamente, como se dice en la traducción de Gaos], lo que equivale realmente a decir que la forma fundamental de la conciencia racional es una certeza de creencia. Partiendo de aquí, porque en esa experiencia se da la vivencia de la evidencia, se puede definir la evidencia: en primer lugar es algo muy importante [señalado]; en segundo lugar, es la unidad de una posición (aspecto noético) con lo que la motiva, presencia original. Ésta puede ser entendida, noéticamente, (presentación) o noemáticamente, lo que se presenta en el modo de estar en persona, en él mismo, con su realidad.

Por fin, lea detenidamente el § 142, pues en él se presenta la teoría fenomenológica de la verdad y de la conexión de racionalidad, verdad y ser. En general en ese parágrafo sustituya la palabra 'primitivo' por 'originario'. Es que Husserl utiliza la expresión *ursprünglich*, que es la palabra alemana para originario, aunque también emplea con este mismo sentido el término *originär*, que es de origen latino. Ahora bien, yo creo que significan exactamente lo mismo. Y es que traducir *ursprünglich* por primitivo oculta en cierta manera el sentido, porque no se trata de una tesis primitiva sino originaria, lo que es distinto.

Después del estudio de la conciencia racional hemos puesto el punto de la creencia originaria, porque nos parece que la verdadera conciencia racional, tal como viene descrita fenomenológicamente, se cumple, en primer término, en la creencia originaria [¡recuerde, no primitiva!] —Urdoxa— que tiene como correlato el ser del mundo, racionalmente motivado en que el mundo se me da en su propia presencia. El mundo como horizonte de realidad es el correlato de la creencia originaria.

Parágrafos 128, 135, 136 y 142 de las Ideas I EL SENTIDO NOEMÁTICO Y LA REFERENCIA AL OBJETO

§ 128. Introducción

Las peregrinaciones fenomenológicas del último capítulo, nos han hecho entrar bastante por todas las esferas intencionales. Guiados por el radical punto de vista de la distinción entre análisis de ingredientes y análisis intencionales, entre análisis noéticos y análisis noemáticos, tropezamos por todas partes con estructuras que se ramificaban siempre de nuevo. Ya no podemos cerrarnos a la evidencia de que con esta distinción se trata en realidad de una fundamental estructura que atraviesa todas las estructuras intencionales, ni de que, por tanto, no puede menos de constituir un motivo directivo y

dominante de la metodología fenomenológica, ni de determinar la marcha de todas las investigaciones relativas a los problemas de la intencionalidad.

A la vez resulta claro que con esta distinción queda eo ipso puesta de relieve otra de dos regiones del ser radicalmente opuestas y, sin embargo, esencialmente referidas una a otra. Hemos insistido anteriormente en que la conciencia en general debe considerarse como una región peculiar del ser. Pero luego reconocimos que la descripción de la esencia de la conciencia conduce a la de lo consciente en ella, que el correlato de la conciencia es inseparable de ésta y que, sin embargo, no está encerrado como un ingrediente en ella. Así se destacó lo noemático como una objetividad aneja a la conciencia y, sin embargo, *sui generis*. Advertimos, en efecto, que mientras que los objetos, puros y simples (entendidos en el sentido no-modificado) se hallan bajo sumos géneros radicalmente distintos, son todos los sentidos objetivos y todos los nóemas íntegramente tomados por diversos que sean en lo demás, en principio de un solo sumo género. Pero también es cierto que las esencias nóema y nóesis son inseparables una de otra: toda diferencia ínfima en el lado noemático remite eidéticamente a diferencias ínfimas del noético. Esto se aplica, naturalmente, a todos los géneros y especies.

El conocimiento de la esencial modalidad de la intencionalidad, la dualidad de la nóesis y el nóema, tiene por consecuencia una fenomenología sistemática no deba dirigir unilateralmente si, vista a un análisis de los ingredientes de las vivencias, en especial de las intencionales. Pero la tentación de hacerlo es muy grande al principio, porque la marcha histórica y natural desde la psicología hasta la fenomenología trae consigo el que se entienda el estudio inmanente de las vivencias puras, el estudio de su esencia propia, en el sentido de un estudio de sus ingredientes, como cosa que de suyo se comprende¹. En verdad se abren en ambas direcciones grandes dominios de investigación eidética que están constantemente referidos uno a otro, pero, también, que andan, según se revela, separados a lo largo de bastas trayectorias. En gran medida es lo que se ha tenido por análisis de actos, por noético, algo logrado mirando exclusivamente a lo "mentado en cuanto tal", siendo así estructuras noemáticas las que resultaron descritas.

En nuestras próximas consideraciones vamos a dirigir la mirada a la estructura general del nóema, bajo un punto de vista mencionado con frecuencia en lo anterior, pero que sin embargo no fue el directivo del análisis noemático: el problema fenomenológico de la referencia de la conciencia a una objetividad tiene ante todo su lado noemático. El nóema tiene de suyo una referencia objetiva, justo por medio de su "sentido" propio. Si preguntamos cómo el "sentido" de la conciencia se acerca a su "objeto" y que puede ser "el mismo" -el resultado son nuevas estructuras cuya extraordinaria significación es evidente. Pues avanzando en esta dirección y reflexionando por otra parte sobre las nóesis paralelas, acabamos por tropezar con la cuestión de lo que pueda querer decir propiamente la "pretensión" de la conciencia de "referirse" realmente a un objeto, de ser "certera", la cuestión de cómo aclarar fenomenológicamente, siguiendo la distinción de la nóesis y el nóema, la referencia objetiva "válida"; o "no válida"; y con esto nos hallamos ante los grandes problemas de razón, cuya aclaración en el plano trascendental y cuya formulación como problemas fenomenológicos serán nuestra meta en esta sección.

§ 135 El objeto y la conciencia. Paso a la fenomenología de la razón

[321] Como toda vivencia intencional tiene un nóema y en él un sentido mediante el cual se refiere al objeto, así, a la inversa, todo lo que llamamos objeto, aquello de que hablamos,

lo que como realidad tenemos ante los ojos, lo que tenemos por posible o probable, lo que nos figuramos por imprecisamente que sea, es sólo con el ser tal, un objeto de la conciencia. Y esto quiere decir que, sean y se llamen mundo y realidad lo que sean y se llamen, tiene que estar representado dentro del marco de la conciencia real y posible por sentidos, o proposiciones, llenos por el correspondiente sentido más o menos intuitivo. De aquí que cuando la fenomenología lleva a cabo "desconexiones", cuando en cuanto trascendental pone entre paréntesis toda posición actual de realidades en sentido estricto y todo lo demás que hemos descrito anteriormente, ahora comprendemos por una razón profunda el sentido y la justeza de la tesis anterior de que todo lo desconectado fenomenológicamente entra sin embargo con cierto cambio de signo dentro del marco de la fenomenología. Es decir, las realidades reales en sentido estricto e ideales que sucumben a la desconexión están representadas en la esfera fenomenológica por las multiplicidades totales de sentidos y proposiciones que les corresponden.

Por ejemplo, está cada cosa real de la naturaleza representada por todos los sentidos y proposiciones variablemente llenas en las cuales el correlato determinado y ulteriormente determinable en tal o cual forma de posibles vivencias intencionales, o sea, representada por las multiplicidades de los "núcleos plenos", o lo que aquí quiere decir lo mismo, de todos los posibles "modos subjetivos de aparecer" en los cuales puede estar constituida noemáticamente como idéntica. Pero esta condición se refiere ante todo a una conciencia individual esencialmente posible y llega a una posible conciencia colectiva, esto es, a una pluralidad esencialmente posible de yos de conciencia y corrientes de conciencia que se hallen en "comercio mutuo" y para los cuales[322] puede darse e identificarse intersubjetivamente una cosa como la misma realidad objetiva. Hay que advertir siempre que todas nuestras consideraciones, también, pues, las presentes, deben entenderse en el sentido de las reducciones fenomenológicas y con universalidad eidética.

Por otra parte, corresponden a cada caso, y en conclusión al mundo entero de las cosas con su espacio único y su tiempo único, las multiplicidades de procesos noéticos posibles, de las posibles vivencias referentes a ellas de los individuos singulares y los individuos colectivos, vivencias que, en cuanto paralelas a las multiplicidades noemáticas anteriormente consideradas, tienen en su esencia misma la propiedad de referirse con el sentido y la proposición a este mudo de cosas. En ellas nos las habemos, pues, con las correspondientes multiplicidades de datos hyléticos acompañados de las respectivas "apercepciones", caracteres de actos télicos, etc., que en la unidad de su combinación constituyen justo lo que llamamos conciencia empírica de estas cosas. A la unidad de la cosa hace frente una infinita multiplicidad ideal de vivencias noéticas de un contenido esencial totalmente determinado y abarcable a pesar de la infinitud, unánimes todas en ser conciencia de "lo mismo". Esta unanimidad se da en la esfera misma de la conciencia, en vivencias que a su vez entran en el grupo que hemos deslindado aquí.

Pues la restricción a la conciencia empírica ha tenido sólo la intención de un ejemplo, lo mismo que la restricción a las "cosas" del "mundo". Todo está esencialmente diseñado, por mucho que ensanchemos el marco y cualquiera que sea el grado de universalidad o particularidad en que nos movamos -hasta descender a las concreciones ínfimas. Por rigurosas que sean las leyes que rigen la estructura esencial y trascendental de la esfera de las vivencias, no menos fijamente está determinada toda posible forma esencial de ella en la doble dirección de la nóesis y el nóema, como está determinada por la esencia del espacio toda figura susceptible de ser dibujada en él -según leyes absolutamente válidas. Lo que aquí se llama en ambos casos posibilidad, (existencia eidética) es, pues, una

posibilidad absolutamente necesaria, un miembro absolutamente fijo del cuerpo absolutamente fijo de un sistema eidético. El conocimiento de éste es la meta, esto es, la formulación y la dominación teórica de él en un sistema de conceptos y leyes surgentes de la pura intuición esencial. Todas las fundamentales distinciones que hace la ontología formal y la teoría de las categorías aneja a ella -la doctrina de la división de las regiones del ser y de sus categorías, así como de la constitución de las antologías materiales adaptadas a ellas- son, como comprenderemos hasta el detalle al seguir avanzando, un capítulo principal de las investigaciones fenomenológicas. A ellas corresponden necesariamente relaciones noético-noemáticas esenciales que no pueden menos de prestarse a ser descritas sistemáticamente determinadas en punto a sus posibilidades y necesidades.

Si considerarnos más exactamente lo que quieren decir, o no pueden menos de querer decir, las relaciones esenciales entre el objeto Y la conciencia caracterizadas en lo acabado de exponer, se nos hace sensible una ambigüedad, y al fijarnos en ésta, notamos que nos hallamos ante un gran recodo de nuestras investigaciones. Coordinamos a un objeto multiplicidades de "proposiciones" o de vivencias de cierto contenido noemático, haciéndolo así de tal suerte que mediante éste resultan posibles apriori síntesis de identificación por virtud de las cuales puede tener que estar allí el objeto como el mismo. La x pertrechada con diverso "contenido de determinaciones" en los diversos actos o nómas de actos es necesariamente consciente como la misma. Pero ¿es realmente la misma? Y ¿es el objeto mismo "real"? ¿No podría ser irreal, a la vez que corriesen en la conciencia las múltiples proposiciones coherentes y hasta intuitivamente llenas -proposiciones del contenido esencial que se quiera?

No nos interesan las facticidades de la conciencia y de sus procesos, pero sí los problemas esenciales aquí planteados. La conciencia, o el sujeto mismo de la conciencia, juzga sobre la realidad, pregunta por ella, la conjectura, la pone en duda, decide la duda y lleva a cabo "declaraciones racionales de legitimidad". ¿No es necesario que se ponga en claro en el complejo esencial de la conciencia trascendental, o sea, en forma fenomenológico-pura, la esencia de esta legitimidad y correlativamente la esencia -referida a todas las especies de objetos, reales y regionales?

En nuestro hablar de la "constitución" noético-noemática de objetividades, por ejemplo, de cosas, había, pues, una ambigüedad. Preferentemente pensamos con ella en todo caso objetos "reales", cosas del "mundo real" o por lo menos de "un" mundo real en general. ¿Qué quiere decir, aplicado a estas proposiciones mismas, a la forma esencial de estos nómas o de las nóesis paralelas? ¿Qué quiere decir, aplicado a los modos especiales de estar estructurados en su forma y contenidos ¿Cómo se especifica esta estructura según las distintas regiones de objetos? La cuestión es, pues, cómo describir noética o noemáticamente, con rigor científico y fenomenológico, todos los complejos de conciencia que hacen necesario justo en su realidad un objeto puro y simple (lo que en el sentido del lenguaje usual quiere decir siempre un objeto real). Pero en un sentido amplio se "constituye" un objeto -"sea real o no"- en ciertos complejos de conciencia que ostentan una unidad evidente en la medida en que llevan esencialmente en sí la conciencia de una x idéntica.

De hecho, no concierne lo expuesto meramente a realidades en su sentido plenario. Cuestiones de realidad entran en todos, los conocimientos en cuanto tales, también en nuestros conocimientos fenomenológicos referentes a la posible constitución de objetos: todos tienen, en efecto, sus correlatos en "objetos" mentados como "realmente

existentes". ¿Cuándo, se puede preguntar en general, la identidad noemáticamente "mentada" de la x es "identidad real" en lugar de "meramente" mentada, y qué quiere decir, dondequiera que sea, este "meramente mentada"?

A los problemas de la realidad y a los correlativos de la conciencia racional que la hace patente en sí, necesitamos dedicar, pues, nuevas meditaciones.

CAPÍTULO II

FENOMENOLOGIA DE LA RAZÓN

Cuando se habla de objetos a secas, se mientan normalmente objetos reales, verdaderamente existentes, de la respectiva categoría del ser. Sea lo que sea lo que se diga de los objetos -lo que se diga racionalmente-, es necesario que lo enunciado como mentado se deje "fundar", "comprobar", "ver" directamente o "penetrar" indirectamente. Por principio se hallan en correlación, dentro de la esfera lógica, la esfera de la enunciación, el "ser verdadero" o "ser real" y el "ser comprobable racionalmente", y esto, tratándose de todas las modalidades dóxicas del ser o de la posición. Según se comprende de suyo, está la posibilidad de comprobación racional de que habla aquí entendida no como empírica, sino como "ideal", como posibilidad esencial.

§ 136. La primera forma fundamental de la conciencia racional: el "ver" 'que da originariamente

Si preguntamos, pues, qué quiere decir comprobación racional, esto es, en qué consiste la conciencia racional, la representación intuitiva de algunos ejemplos y los inicios de un análisis esencial llevado a cabo a base de ellos nos brinda en seguida varias distinciones:

En primer término, la distinción entre vivencias posicionales en que lo puesto se da originariamente y aquellas en que no se da de esta manera, o sea, entre actos de "percibir", de "ver" -en un sentido muy amplio- y actos de no "percibir".

Así, una conciencia rememorativo, digamos la de un paisaje, no da originariamente; el paisaje no es percibido como si lo viésemos realmente. Con esto no queremos en modo alguno decir que la conciencia rememorativo no tenga su propia legitimidad; tan sólo no es una conciencia de "ver". Algo análogo a este contraste lo muestra la fenomenología en todas las especies de vivencias- posicionales: Podemos, por ejemplo, predicar de un modo "ciego" que $2 + 1 = 1 + 2$, pero también podemos llevar a cabo el mismo juicio en el modo de la evidencia. Entonces se da de un modo originario, queda aprehendida de un modo original la relación, la objetividad sintética que corresponde a la síntesis del juicio. Ya no sigue aprehendida así después de llevar a cabo en forma viva la evidencia, que se oscurece inmediatamente en una modificación retencional. Aun cuando esta última tenga preeminencia racional sobre cualquier otra conciencia oscura o confusa del mismo sentido noemático, por ejemplo, sobre la reproducción "mecánica" de algo anteriormente aprendido y quizás visto con evidencia -con todo, ya no es una conciencia que dé originariamente.

Estas distinciones no afectan al puro sentido o proposición: pues ésta es idéntica e intuible también conscientemente como idéntica en todo momento en los miembros de cada pareja semejante de ejemplos. La distinción concierne al modo e que el mero sentido o proposición -que en cuanto algo meramente abstracto quiere un plus de elementos

complementarios en la concreción del nóema de la conciencia- es sin sentido o una proposición llena o no llena.

La plenitud del sentido no basta, interesa también el cómo esté llena. Un modo de vivir el sentido es el "intuitivo", en que es intuitivamente consciente el "objeto mentado en cuanto tal", y Ion caso especialmente señalado es aquel en que el modo intuitivo es justo el de dar originariamente. En la percepción del paisaje está el sentido perceptivamente lleno, el objeto percibido, con sus colores, formas, etc. (hasta donde "caen dentro de la percepción"), es consciente en el modo del "en persona", Casos análogamente señalados encontramos en todas las esferas de actos. La situación vuelve a ser doble en el sentido de nuestro paralelismo de lo noético y lo noemático. En la actitud que enfoca el nóema encontramos el carácter del "en persona" (del estar lleno originariamente) fundido en el puro sentido, y el sentido con este carácter funciona como base del carácter de posición noemático, o lo que aquí quiere decir lo mismo, del carácter de ser. Cosa paralela es válida para la actitud que enfoca la nóesis.

Pero un carácter racional específico es propio del carácter- de posición como una nota distintiva que le conviene esencialmente cuando y sólo cuando es posición sobre la base de un sencillo lleno que da originariamente y no simplemente de un sentido en general.

Aquí y en toda forma de conciencia racional tiene el hablar de inherencia una significación peculiar. Por ejemplo, a todo aparecer en persona una cosa es inherente la posición, la cual no es sólo una con ese aparecer (algo así como un mero factum, universal -lo que aquí no entra en cuestión), es una con él de una manera sui generis: está "motivada" por él, y no simplemente de una manera cualquiera, sino "motivada racionalmente". Esto mismo quiere decir también: la posición tiene en el darse originariamente el fundamento primitivo de su legitimidad. En otros modos de darse no necesita precisamente faltar el fundamento de legitimidad, pero falta la ventaja del fundamento primitivo, que desempeña un papel eminentemente en la estimación relativa de los fundamentos de legitimidad

Igualmente, es "inherente" a la posición de la esencia o la relación esencial dada "originariamente" en la intuición esencial a la correspondiente "materia" de posición, al "sentido" en su modo de darse. Es una posición racional y, motivada primitivamente como certeza de creencia; tienen el carácter específico de lo intelectualmente evidente. Si la posición es ciega, se llevan a cabo las significaciones, de las palabras sobre la base de un acto consciente oscura y confusamente, faltando por necesidad el carácter racional de la evidencia intelectual, que es esencialmente incompatible con semejante modo de darse (si se quiere seguir usando aquí esta palabra) la relación, o con semejante manera de estar pertrechado noemáticamente el núcleo de sentido. Por otra parte, no excluye esto un carácter racional secundario, como muestra el ejemplo de la representación imperfecta de conocimientos esenciales.

La evidencia intelectual, en general la evidencia, es, pues, un proceso de todo punto señalado; por su "núcleo" es la unidad de una posición racional con lo que la motiva esencialmente, pudiéndose entender toda esta situación noética, pero también noemáticamente. Preferentemente conviene hablar de motivación refiriéndose a la relación entre el poner (noético) y la proposición noemática en su modo de estar llena. Es inmediatamente comprensible la expresión "proposición evidente" en su significación noemática.

El doble sentido de la palabra evidencia en su aplicación, ya a los caracteres noéticos o a los actos plenos (por ejemplo, la evidencia del juzgar), ya a las proposiciones noemáticas (por ejemplo, juicio lógico evidente, proposición enunciativa evidente), es un caso de las universales y necesarias ambigüedades de las expresiones referentes a elementos de la correlación entre la nóesis y el nóema. El haber mostrado fenomenológicamente su fuente las hace inofensivas y hasta permite reconocer lo indispensables que son.

Es de observar aún que el término de llenar tiene todavía otra ambigüedad que se mueve en una dirección muy distinta: por un lado, es un "llenar la intención", en la forma de un carácter que adopta la tesis actual por obra del modo especial del sentido; por otro lado, es justo la peculiaridad de este modo mismo, o la peculiaridad del sentido correspondiente, de albergar en si una "plenitud" que motiva racionalmente.

§ 142. La tesis racional y el ser

Con la comprensión esencial y universal de la razón -de la razón en el sentido más amplio, que se extiende a todas las especies de posiciones, también a las axiológicas y prácticas-, que constituye la meta de los indicados grupos de investigaciones, no puede menos de lograrse eo ipso la aclaración universal de las correlaciones esenciales que enlazan la idea de ser verdaderamente con las ideas de verdad, razón y conciencia.

Una general evidencia intelectual se produce aquí muy pronto, a saber, la de que no sólo "objeto verdaderamente existente" y "objeto que hay que poner racionalmente" son correlatos equivalentes, sino también "objeto verdaderamente existente" y objeto que hay que poner en una tesis racional primitiva y completa. Para esta tesis racional no se daría el objeto incompletamente, tan sólo "por un lado". El sentido que como materia le sirve de base no dejaría nada "abierto" por ningún lado diseñado por la apercepción para la x determinable, no dejaría nada determinable que no estuviera ya fijamente determinado, ni ningún sentido que no estuviese plenamente determinado y concluso. Como la tesis racional debe ser una tesis primitiva, necesita tener un fundamento racional en el darse originario de lo determinado en su pleno sentido: la x no sólo está mentada en su plena determinación, sino justo en ésta dada originariamente. La equivalencia señalada quiere decir, pues:

En principio corresponde (con la aprioridad de la universalidad esencial absoluta) a todo objeto verdaderamente existente" la idea de una conciencia posible en que el objeto mismo es aprehensible originariamente y además en forma perfectamente adecuada. A la inversa, cuando está garantizada esta posibilidad, es eo ipso el objeto verdaderamente existente.

De singular importancia es todavía aquí lo siguiente: en la esencia de toda categoría de apercepción (que es el correlato de una categoría de objetos) está diseñado con toda determinación qué formas son posibles de apercepciones concretas, completas e incompletas, de objetos de semejante categoría. También está esencialmente diseñado para toda apercepción incompleta cómo completarse, cómo perfeccionar su sentido, llenándolo intuitivamente y enriqueciendo ulteriormente la intuición.

Toda categoría de objetos (o toda región y toda categoría en nuestro preciso sentido plenario) es una esencia universal que en principio es susceptible de darse adecuadamente. En su darse adecuadamente prescribe una regla general e Intelectualmente evidente a todo objeto particular que se haga consciente en multiplicidades de vivencias concretas (vivencias que aquí no deben tomarse, naturalmente, como singularidades individuales, sino

como esencias, como concreta ínfimos). Prescribe a la regla a la en que un objeto que caiga bajo ella tendría que determinarse plenamente en cuanto a su sentido y modo de darse, tendría que darse originaria y adecuadamente, mediante tales o cuales series de conciencia aisladas o de curso continuo y mediante tales o cuales concreciones esenciales de estas series. Cuánto entrañan estas breves frases se comprenderá al llegar a las consideraciones más detalladas del capítulo final (desde el § 149 en adelante). Baste aquí una breve indicación por vía de ejemplo: Las determinaciones no visibles de una cosa son necesariamente espaciales, como las determinaciones en general de las cosas, según sabemos con evidencia apodíctica: esto da una regla que es una verdadera ley a los posibles modos espaciales de completar los lados invisibles de la cosa que aparece; una regla que plenamente desarrollada se llama geometría pura. Otras determinaciones de las cosas son temporales, son materiales: les corresponden nuevas reglas para las posibles formas de completar su sentido (formas que no son, pues, arbitrarias) y todavía para las posibles intuiciones o apariciones téticas. Cuál pueda ser el contenido esencial de éstas, bajo qué normas hallarse sus materias posibles caracteres noemáticos (noéticos) de apercepción, también esto está diseñado a priori.

3.2 El principio de los principios.

Lo importante en este momento es asimilar bien la idea de Husserl en el § 24 de las Ideas, pues ahí se da la pauta de lo que significa el principio de la evidencia racional. Vamos a redondear ese tema con un texto que convierte ese aspecto en el principio de la fenomenología.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 158-163

El principio de la fenomenología

Decía al comienzo que el antropólogo Barnett había añadido una quinta característica a las cuatro propuestas por Linton, a saber, el principio por el cual la estructura ejerce la función descubierta. Un hacha corta por ejemplo la madera porque tiene una dureza y un corte determinados; sin cualquiera de ellos, sería ineficaz. El descubrimiento del principio es fundamental para la dinámica de la invención, pues con el mismo principio, por ejemplo, con la misma dureza y el mismo corte, cabría emplear otro material; también con ese principio se puede intentar con otras formas o estructuras cumplir la misma función. Si ahora aplicamos este modo de interpretación a la fenomenología, debemos preguntarnos cómo puede ejercer su función la estructura mostrada. También nos debemos preguntar si existe una conexión necesaria entre la estructura y la función. También es importante preguntarse si existe una relación entre el principio y por un lado la ejecución de la función, y por otro aquel desplazamiento de la estructura que antes hemos mostrado; es decir, debemos preguntar si es importante que el sujeto no sea sujeto de la representación sino sujeto del mundo. En todo caso sería útil investigar con detenimiento en qué medida ambas estructuras contribuyen a la función, es decir, en qué medida ambas estructuras incorporan el principio.

En esta última parte de mi conferencia quisiera subrayar expresamente la importancia de las lecciones Einleitung in die Philosophie de 1922/23; en ellas, en efecto, se hace temático qué significa ser humano, y quisiera acentuar que eso es el principio y el fin de la fenomenología e incluso yo diría, de todo pensamiento filosófico. Con esto quisiera dignificar de nuevo una parte de la fenomenología de Husserl, en la medida en que su función depende de esta parte pero que habitualmente es minusvalorada.

Husserl concibe que la fenomenología trascendental se desarrolla en dos etapas; en primer lugar hay que descubrir la subjetividad y la intersubjetividad trascendental, para, en una actitud trascendental ingenua describir la empiria trascendental. Sólo después de haber descrito la plétera de los fenómenos concretos de esta « selva virgen», como la llama en las Lecciones Einleitung in die Philosophie, podemos y debemos intentar llevar a cabo una crítica trascendental de esta primera etapa y para ello debemos emprender una reducción apodíctica para asegurar nuestro saber y convertirlo en una ciencia de última fundamentación y responsabilidad. En los escritos publicados de Husserl tenemos escasas indicaciones sobre esta reducción apodíctica; en todo caso, así lo creía, sería una práctica para aprehender en la experiencia sólo lo realmente dado, según el modelo de expuesto en 1907 y del que he hablado al principio. Según ese modelo sólo es legítimo mantener lo que se da a sí mismo, es decir lo realmente dado, por tanto la parte efectivamente dada de una vivencia o fenómeno, con lo que prácticamente todas las vivencias desaparecerían, pues todas ellas implican en sí menciones vacías.

La posibilidad de leer las Lecciones Einleitung in die Philosophie del Semestre de invierno de 1922/23 fue para mí decisiva. En una primera lectura parece difícil captar su sentido preciso, incluso se podría decir que esta difícil Lección de Husserl podría ser considerada como un fracaso de Husserl. Pero para captar su sentido se debe tener en cuenta lo siguiente: en primer lugar la conexión de la fenomenología con su aplicación; en segundo lugar, la conexión entre la estructura de la fenomenología y su función; y por fin, la conexión entre la fenomenología y la antropología. También hay que considerar que estas Lecciones las pronunció Husserl precisamente en los años en que escribió los artículos sobre la renovación para Kaizo y en que más ocupado estuvo con los problemas éticos y de filosofía de la historia. Además las primeras lecciones se refieren explícitamente a este contexto, el contexto, a saber, entre la fundamentación de una ciencia de responsabilidad última y la vocación ético-política de la fenomenología. Con eso obtenemos la mejor vista posible sobre el significado último de la fenomenología de Husserl que ya era eficaz en la refutación del psicologismo, a principios de siglo, y en la valoración crítica de la historia y cultura moderna occidental. Mi tarea inmediata consistirá en esbozar brevemente ese sentido.

Quisiera empezar con el sentido antropológico de la refutación del psicologismo, con lo que significa esa refutación que constituye efectivamente el verdadero comienzo de la fenomenología. Es sabido que en el psicologismo se trata -simplificando masivamente- de una teoría epistemológica en la que el valor de verdad de los constructos matemáticos y lógicos estaría fundado en las estructuras cerebrales, que son casuales, fácticas como resultado de la evolución animal, de modo que podríamos tener otra lógica incluso en contradicción con la nuestra sencillamente si dispusiéramos de otras estructuras cerebrales. Esta parece ser una opinión frecuente e incluso razonable. Pero eso significa que la razón que opera en la ciencia sería totalmente contingente; o lo que es lo mismo, que el ser humano es de este modo pero podría ser también de otro modo. En el conocimiento humano no habría ninguna necesidad, todo sería casual, meros hechos de la evolución animal, de modo que todo dependería de circunstancias contingentes o casuales. Esta postura expuesta en un terreno teórico no deja de tener graves consecuencias en el terreno práctico. Pues si el ser humano es entendido de ese modo, no habría ninguna posibilidad de fundar unética que obligara universalmente y en último término no tendríamos «ninguna medida sobre la tierra», por utilizar palabras del Prof. W. Marx, para evaluar los sistemas políticos, naturalmente aparte de la violencia que se impone por sí misma. Por tanto se trata de si ponemos como fundamento de nuestra vida humana y de nuestra vida política la

violencia o la razón. Si pensamos que el ser humano es un mero producto de las fuerzas naturales que en su desarrollo no habrían producido ninguna necesidad que fuera independiente de esas fuerzas, perderíamos todo amarre para declarar algo como absolutamente inhumano, por ejemplo la matanza en la plaza de Tíannamen o incluso el Shoá u holocausto judío.

¿Cuál es la respuesta husseriana a eso? Husserl muestra que el ser humano que él llama sujeto trascendental no es una realidad casual que pudiera ser de otro modo, sino una esencia trascendental ligada a un apriori que es el fundamento de la razón y frente a la cual ninguna arbitrariedad, tampoco algún Dios, como dice frecuentemente Husserl, podría nada. Precisamente al descubrimiento de este apriori, a saber, las estructuras necesarias de la subjetividad trascendental, que somos cada uno de nosotros, está dedicada la Lección Einleitung in die Philosophie de 1922/23. Y este es el sentido de la exigencia de una ciencia de fundamentación última. Lo que Husserl llama reducción apodíctica constituye el núcleo de la refutación tanto del psicologismo como la fundamentación de la filosofía de la historia de Husserl; pero lo que se esconde detrás no es otra cosa que el ensayo de mostrar el carácter no contingente del ser humano y su relación al mundo.

Exactamente eso es lo que constituye el principio de la fenomenología, por el cual la estructura puede ejercer la función. Pues la estructura tiene una función práctica crítica, puesto que muestra esa necesidad del ser humano. La estructura de la fenomenología nos asegura el nivel en el que podemos tratar estos problemas, el nivel en el que superaremos aquella actitud en la que nos vemos como meros resultados del mundo; y por fin, sólo la estructura fenomenológica nos ofrece los análisis necesarios para poder entender el principio de la fenomenología, para, poder, por ejemplo, entender el auténtico y profundo sentido de la refutación del psicologismo e igualmente el sentido de la filosofía de la historia de Husserl.

Y ahora podemos ya responder a la última pregunta, cómo la estructura, en la medida en que prepara, fundamenta e incorpora el principio, cumple la función de la que hemos hablado. Al plantearnos esto podríamos caer fácilmente en la tentación de pensar que la fenomenología, como pensamiento puro, sería impotente para intervenir en el mundo humano. Pero las palabras están sumamente cargadas y alcanzan donde otros hechos del mundo no pueden llegar. La fenomenología promueve una imagen del ser humano en la que el hombre aparece como el verdadero lugar originario del sentido del mundo. Eso no cambia sólo el sentido del ser humano sino también el del mundo: el ser humano tiene un sentido cósmico y el mundo tienen un sentido humano. El compromiso esencial del ser humano que significa la reducción apodíctica de Husserl, llega hasta lo más profundo de la realidad del mundo, como las estructuras matemáticas que el matemático descubre apriori pertenecen también a las estructuras más radicales del mundo¹. Según mi opinión, sería imposible captar el profundo sentido de la reducción apodíctica si la subjetividad sólo tuviera que tratar con representaciones. Ahí radica la importancia del desplazamiento del sentido de la estructura que antes hemos mostrado.

Después de esta toma de postura por este sentido cósmico del ser humano, podemos decir con Husserl que la única lucha digna del ser humano es la lucha por la razón, lo que es lo mismo que la lucha por el ser humano en cuanto ser humano, eso significa: por todos los seres humanos, hombres y mujeres. Y de aquí en adelante, habría que decir que la tarea práctica ética de la fenomenología se cumpliría más en lo negativo que en lo positivo,

mostrando qué actitudes, imágenes del hombre o cosmovisiones son incompatibles con la esencia del ser humano fenomenológicamente clarificada.

Y con esto termino; en la actualidad vive la humanidad en una etapa de su historia en la que ya no basta el crecimiento natural meramente orgánico. El descubrimiento de la razón reflexiva favoreció el desarrollo de la aplicación de la ciencia a la técnica, que ha aumentado la posibilidad de destrucción total millones de veces. Husserl, que no podía siquiera soñar hasta qué punto eso podía ser una posibilidad real y amenazadora, había visto, sin embargo, que en la edad planetaria la vida social no puede prescindir de la razón, si esta sociedad o incluso la humanidad quiere todavía seguir siendo humana. Si estamos convencidos de eso e intentamos configurar nuestra vida, nuestra cultura y nuestra vida política desde una razón libre, creo yo que el pensamiento de Husserl sigue siendo entre nosotros todavía una fuerza activa.

De Ideas I

§ 24 El principio de todos los principios

Pero basta de teorías absurdas. No hay teoría concebible capaz de hacernos errar en punto al principio de todos los principios: que toda intuición en que se da algo originariamente es un fundamento de derecho del conocimiento; que todo lo que se nos brinda originariamente (por decirlo así, en su realidad corpórea) en la "intuición", hay que tomarlo simplemente como se da, pero también sólo dentro de los límites en que se da. Vemos con evidencia, en efecto, que ninguna teoría podría sacar su propia verdad sino de los datos originarios. Toda proposición que no hace más que dar expresión a semejantes datos, limitándose a explicitarlos por medio de significaciones fielmente ajustadas a ellos, es también realmente, como hemos dicho en las palabras iniciales de este capítulo, un comienzo absoluto, llamado a servir de fundamento en el genuino sentido del término, es realmente un *principium*. Pero esto es válido en singular medida de los conocimientos esenciales y generales de esta índole, a los cuales se restringe habitualmente el nombre de principio.

En este sentido tiene perfecta razón el investigador de la naturaleza para seguir el principio que dice que hay que preguntarle a toda afirmación referente a hechos de la naturaleza por las experiencias en que se funda. Pues éste es un principio es una afirmación directamente sacada de una evidencia intelectual general, como de ello podemos convencernos en todo momento, proyectando una completa claridad sobre el sentido de los términos usados en el principio y haciendo que se nos den en su pureza las esencias correspondientes a ellos. Pero en el mismo sentido tiene el investigador de esencias, y quienquiera que utilice y enuncie proposiciones generales, que seguir un principio paralelo y es necesario que lo haya, pues que ya el principio de que todo conocimiento de hecho debe fundarse en la experiencia, concedido hace un instante, no es él mismo empíricamente evidente -como le pasa a todo principio y todo conocimiento esencial.

3.3 Evidencia, Razón y verdad: para una fenomenología de la razón.

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 78-81

Los conceptos fundamentales de la fenomenología y su intención profunda

Con esto hemos expuesto, ciertamente de un modo muy resumido, los conceptos fundamentales de la fenomenología de Husserl. Nos queda, sin embargo, un punto, que no debemos dejar pasar. ¿Cómo se conecta todo esto con la intención fundamental que hemos anunciado en el capítulo anterior y al principio de este? Veámoslo brevemente, porque este tema aún será objeto del último capítulo.

Si resumimos lo que hasta ahora hemos dicho de los conceptos fundamentales, sabemos que su puesta en juego está orientada a romper precisamente esa actitud natural en la que se nos ve como parte del mundo; frente a esto, la reducción viene a decir que no hay absolutamente nada para nosotros que no sea objeto de nuestra vida; que no se constituya en la vida subjetiva; la cosa en sí kantiana es imposible, porque en el momento en que la pienso ya está bajo el Apriori de correlación. El mundo, la realidad, no es sino el conjunto de mis experiencias reales y posibles. No existe un mundo del cual yo no pueda tener experiencia.

Pues bien, todo esto es lo mismo que decir que se debe superar, para no caer en contradicciones, toda visión del ser humano como un mero hecho en el mundo, como resultado de una causalidad mundana. Pretender lo contrario termina llevando a cosificar la conciencia, la razón y las ideas, lo cual hace imposible la ciencia, porque pretende basarse en la razón, argumentar con pruebas que valen, que sirven para descalificar otras que no valen; pero se hace imposible también la filosofía, puesto que no existirían ni la razón ni la verdad que son sus objetos. También es imposible, en consecuencia, cualquier razón práctica, cualquier intento moral, pues con una razón que se ve a sí misma como puramente fáctica, como un puro hecho, como contingente y no necesaria, siendo derivada de un hecho, resultaría imposible fundar cualquier deber moral.

Frente a esta actitud, que es la típica de la segunda mitad del siglo xix, la fenomenología trata de recuperar el sujeto racional que está detrás de todo 'hecho' y que directamente se pone como razón, es decir como absoluto. La razón no se deriva de nada, es decir es absoluta, desligada, es decir no depende de hechos. Tampoco la vida subjetiva con sus modos de experiencia puede ser derivada de los hechos del mundo, sino al revés, estos toman su sentido de aquella. Sabemos ya que cada región tiene sus modos de experiencia que prescriben a los hechos el estilo de su curso de un modo necesario. Igualmente, como dice Husserl, «a toda región y categoría de presuntos objetos corresponde fenomenológicamente no sólo una especie fundamental de sentidos o de proposiciones, sino también una especie fundamental de conciencia que da originariamente tales sentidos, y como inherente a ella un tipo fundamental de evidencia originaria que está esencialmente motivado por un darse originariamente de tal especie» (Ideas, pág. 332). Es decir, cada grupo de seres, los correspondientes a una ontología regional, tiene su modo de experiencia originaria. Mas experiencia originaria es fundamento de legitimidad racional, pues «la fuente primitiva de toda legitimidad reside, por lo que se refiere a todos los dominios de objetos y a las posiciones referentes a ellos, en la evidencia inmediata, y más estrictamente aún, en la evidencia originaria, o en el darse originario y motivante» (Ideas, pág. 337) de una posición racional. Así, la fenomenología de la razón, que es el motor de la obra de Husserl, muestra las «correlaciones esenciales que enlazan la idea de ser verdaderamente con las ideas de verdad, razón y conciencia» (op. cit., pág. 340). Una posición racional, es decir, la posición legítima de un ser está motivada por una dación originaria. Mas sí «a todo objeto "verdaderamente existente" [corresponde] la idea de una conciencia posible» en la que el objeto se dé originaria y adecuadamente, viceversa, dice

Husserl, cuando esté « garantizada esta posibilidad, es eo ipso el objeto verdaderamente existente» (op. cit., p. 340). La conciencia racional, que es conciencia motivada en una dación original, es garantía de ser, tiene como objeto suyo el ser verdaderamente. La reducción es la práctica que nos lleva al nivel en el que todas estas cuestiones tienen sentido y sólo en el cual pueden ser dilucidadas. La reducción se convierte de ese modo en la destrucción de toda cosificación del sujeto, de todo intento de derivar la razón de hechos, de convertir la conciencia y la razón en una cosa. De esa guisa la reducción es la garantía de la superación del psicologismo y de aquella actitud típica de la Edad Moderna que había llevado a la disolvente filosofía del siglo xix. La reducción se convierte en la superación de la noción de conciencia propia de la Edad Moderna, al superar la noción de representación mediante la de constitución, sólo en cuyo seno se pueden plantear, como lo hace Husserl, los problemas de una fenomenología de la razón.

Presumiblemente, todo este proyecto, que creo que Husserl entrevió muy pronto y que se expone también en las Ideas, puede haber quedado desdibujado por la pugna entre la que hemos llamado fenomenología crítica y la fenomenología descriptiva, por la búsqueda de un fundamento último de un modo cartesiano, lo cual estaba estrechamente dependiente de una estructura conceptual que la propia fenomenología superaba, la epojé y la representación. Mientras la epojé, que ponía entre paréntesis el mundo real, provocaba la reducción a la representación del mundo, la reducción trascendental eliminaba la representación y por lo tanto destruía la propia epojé, que quedaba superada (*auf, gehoben*, según dice en un manuscrito inédito). Si mediante la reducción no tenía sentido la pregunta tradicional del conocimiento, cómo el conocimiento llega a la realidad, tal pregunta resulta necesaria desde la epoé. En la medida en que Husserl en la fenomenología crítica insistía en la búsqueda inmediata de un fundamento absoluto, y por lo tanto exigía epojé de lo relativo, permanecía en los esquemas modernos propios de la Edad Moderna que antes hemos mencionado. En la medida en que se situaba por la reducción trascendental en el nuevo campo de experiencia, la subjetividad constituyente, y se dedicaba a describirla, a hacer esa fenomenología descriptiva, superaba la Edad Moderna. Obviamente, entonces aplazaba el motivo de la fenomenología crítica. Esta disyuntiva posiblemente nunca la abandonó Husserl y quizá se pueda decir que es la que subyace a las dificultades que encontró siempre a la hora de escribir una introducción sistemática a su obra.

Sin embargo, aún nos quedan importantes caminos por recorrer en la amplia obra de Husserl; en primer lugar, para profundizar en otra decisiva faceta que presenta esa brecha que hemos anunciado entre la fenomenología descriptiva y la fenomenología crítica, con motivo del tema de la intersubjetividad que abordaremos en el capítulo siguiente; y en segundo lugar, para ver la reacción de la filosofía de Husserl ante el reto que la evidencia terrible del fracaso de Europa con la guerra de 1914 suponía para quien creía en la necesidad de restaurar el sujeto racional.

3.4 El concepto de creencia originaria (*Urdoxa*).

Parágrafos 103, 104 y 105 de las Ideas I

§ 103. Caracteres de creencia y caracteres de ser

Si miramos en torno nuestro en busca de nuevos caracteres, nos llamará la atención la circunstancia de que con los grupos de caracteres tratados aquí anteriormente se combinan otros una índole de todo punto diversa, como es patente, a saber, los de ser. Caracteres

noéticos -"caracteres de creencia" correlativamente referidos a modos de ser, son en las representaciones intuitivas, por ejemplo, la creencia encerrada en percepción normal como ingrediente de "percatación" y, más determinadamente, la certeza de la percepción; a ésta corresponde como correlato noemático en el "objeto" que aparece el carácter de ser que decimos "real". El mismo carácter noético o noemático ostenta la representación "cierta" "segura", de toda "índole", de lo que ha sido, de lo existente ahora, de lo venidero (esto último, en la expectativa "previsora"). Son éstos actos "ponentes de ser, actos "téticos". Pero hay que tener cuidado con esta expresión, porque, aunque alude a un acto, a un tomar posición en un sentido especial, justo esto debe quedar fuera de consideración.

Lo que aparece en la percepción o en la representación tenía en la esfera considerada hasta aquí el carácter de "real" pura y simplemente -de "cierto", como también decimos en contraste con otros caracteres de ser. Pues este carácter puede modificarse, o transformarse, en casos sobre la base del mismo fenómeno, Por obra de modificaciones actuales. El modo de la creencia "cierta" puede pasar al de la mera sospecha o conjectura, o al de la pregunta y la duda Y, según el caso, tomará lo que aparece (y caracterizado como "originario", "reproductivo", etc., en aquella primera dimensión de características) las modalidades de ser que decimos " posible", "probable", "cuestionable", "dudoso",

Por ejemplo: un objeto percibido se halla por el pronto ahí con sencilla naturalidad, pero también con certeza. De súbito, nos entra la duda de si no habremos sucumbido a una mera "ilusión". de si lo visto, oído, cte., no será una "simple apariencia". O bien, lo que aparece conserva su certeza de ser, pero nosotros estamos inseguros en lo que respecta a un complejo de sus cualidades. La cosa parece un hombre. Luego sobreviene una "sospecha" opuesta: pudiera ser un árbol que se mueve y que en la oscuridad del bosque tiene un aspecto parecido al de un hombre que se moviese. Pero ahora se torna el "peso" de una de las "posibilidades" considerablemente mayor y nos decidimos por ella, digamos en el modo de conjeturar resueltamente: "es, pues, un árbol".

Igualmente cambian, y con mucha mayor frecuencia todavía, las modalidades de ser en las representaciones, asentándose y trocándose en gran medida puramente dentro del marco de las intuiciones o de las imágenes oscuras, sin participación alguna del "pensamiento" en sentido específico, sin intervención de ningún "concepto" ni juicio predicativo.

Se ve, a la vez, que los correspondientes fenómenos sugieren todavía muchos estudios; que aquí se presentan todavía -varias clases de caracteres (como el de "resueltamente", el de distinto "peso" de las posibilidades, etc.); y que en especial requiere investigaciones más profundas la cuestión de las bases esencial" de los caracteres de cada caso, de acuerdo con la estructura entera de los nómas y las nóesis, regulada por leyes esenciales.

Para nosotros es bastante haber puesto de manifiesto aquí como en otras partes, los grupos de problemas.

§ 104. Las modalidades dóxicas como modificaciones

Respecto a la serie de las modalidades de creencia que nos está ocupando especialmente, señalemos aún que en ellas se hace valer de nuevo el destacado sentido, específicamente intencional, del término de modificación que nos hemos puesto en claro en el análisis de las anteriores series de caracteres noéticos y noemáticos. En la serie actual desempeña patentemente la certeza de la creencia el papel de la no-modificada o, como

habríamos de decir aquí, de la "no-modalizada" forma primitiva de la creencia, Paralelamente, en el correlato, el carácter de ser pura y simplemente (el noemático "existe 'cierta' o 'realmente'") funciona como la forma primitiva de todas las modalidades de ser. De hecho tienen todos los 'caracteres de ser que brotan de ella, las modalidades de ser que deben llamarse específicamente así, en su propio sentido una referencia retrospectiva a la forma primitiva. El "possible" quiere decir en sí mismo tanto como "ser posible"; "el probable", "dudoso", "cuestionable", tanto como "ser probable", "ser dudoso y cuestionable". La intencionalidad de las nóesis se espeja en estas referencias noemáticas, y nos sentimos de nuevo forzados a hablar justamente de una "intencionalidad noemática" como "paralela" a la noética y propiamente así llamada.

Esto se extiende luego a las "proposiciones" plenas, esto es, las unidades de núcleo del sentido y carácter de ser.'

Es, por lo demás, cómodo emplear el término de modalidad 'le ser para la serie entera de estos caracteres de ser, o sea, comprendiendo bajo él también el "ser" no modificado, siempre que se le deba considerar como miembro de esta serie; aproximadamente como el aritmético comprende bajo el nombre de número también el uno. En el mismo sentido generalizamos el sentido del término modalidades dóxicas, bajo el cual comprendemos, frecuentemente además con consciente ambigüedad, los fenómenos noéticos y noemáticos paralelos.

Hay que fijarse, además, al designar el ser no-modalizado como "ser cierto", en los equívocos de la palabra "cierto", y no sólo en cuanto que quiere decir unas veces el "ser cierto" noético, otras el noemático. Sirve, por ejemplo, también para expresar (y esto es aquí muy expuesto a error) el correlato de la afirmación, el "sí" como opuesto al "no". Este sentido debe quedar aquí rigurosamente excluido. Las significaciones de las palabras se desplazan constantemente dentro del marco de la equivalencia inmediata lógicamente. Pero nuestra tarea es poner de manifiesto todas las equivalencias y separar con todo rigor lo que hay de fenómenos esencialmente diversos tras de los conceptos equivalentes.

La certeza de la creencia es creencia pura y simplemente, en su pleno sentido. Según nuestros análisis, tiene de hecho una posición singular y sumamente notable dentro de la serie de todos los actos que se comprenden bajo el término de creencia (o "juicio", como se dice muchas veces, pero de un modo muy inadecuado). Es menester una expresión propia que dé cuenta de esta posición singular y apague todo recuerdo de la usual equiparación de la certeza con otros modos de la creencia. Introducimos el término de creencia primitiva o protodoxa, con que se expresa adecuadamente la referencia intencional retrospectiva de todas las "modalidades de creencia", puesta de manifiesto por nosotros. Añadimos aún que usaremos esta última expresión (o la de "modalidad dóxica") para todas las variantes intencionales fundadas en la esencia de la protodoxa, incluso para las nuevas que pondremos de manifiesto en los siguientes análisis.

La doctrina radicalmente falsa de que un género llamado "creencia" (o "juicio") se limita a diferenciarse en la certeza, la sospecha, etc., como si se tratase de una serie de especies coordinadas (dondequiera que se interrumpa la serie), lo mismo que dentro del género cualidad sensible son especies coordinadas el color, el sonido, etc., apenas si merece para nosotros' una crítica. Pero tenemos que rehusarnos aquí, como en otras partes, el desarrollar las consecuencias de nuestras afirmaciones fenomenológicas.

§ 105. La modalidad de creencia como creencia, la modalidad

de ser como ser

Si, en atención a las situaciones sumamente notables antes descritas, hablamos de una intencionalidad con la que los modos secundarios se refieren retrospectivamente a la protodoxa, el sentido de estas palabras requiere la posibilidad de dirigir la mirada hacia una pluralidad de metas, en forma que en general entra en la esencia de las intencionalidades de grado superior. Esta posibilidad existe de hecho. Podemos, de un lado, por ejemplo, viviendo en la conciencia de la probabilidad (en el conjeturar), Tirar a lo que es probable; pero, de otro lado, a lo probable mismo y en cuanto tal, esto es, al objeto noemático con el carácter que le ha dado la nóesis de conjectura. Pero el "objeto" con su contenido de sentido y con este carácter de probabilidad se da en la segunda dirección de la mirada como existente; en relación a él es, según esto, la conciencia creencia pura y simple o en el sentido no-modificado. Igualmente, podemos vivir en la conciencia de la posibilidad (en la "sospecha"), o en la pregunta y la duda, dirigida la mirada a lo que está ahí consciente para nosotros como posible, cuestionable, dudoso. Pero podemos también mirar a las posibilidades, cuestionabilidades, dubitabilidades en cuanto tales, y eventualmente, y explicitando el objeto o sentido, aprehender y predicar el ser posible, el ser cuestionable, el ser dudosos- éste se da entonces como existente en el sentido no-modificado.

Así podremos comprobar en general la peculiaridad esencial y sumamente notable de que toda vivencia, en referencia a todos los componentes noemáticos que se constituyen, por obra de las nóesis de la vivencia, en el "objeto intencional en cuanto tal", funciona como conciencia de creencia en el sentido de la protodoxa; o como también podemos decir:

Toda agregación de nuevos caracteres noéticos o toda modificación de caracteres viejos, no sólo constituye nuevos caracteres noemáticos, sino que eo ipso se constituyen para la conciencia nuevos objetos existentes; a los caracteres noemáticos "responden" caracteres predicables en el objeto o sentido, como predicables reales y no tan sólo modificados noemáticamente.

Estas proposiciones ganarán aún en claridad cuando nos hayamos familiarizado con nuevas esferas noemáticas.

3.5 La evidencia como telos de la intencionalidad.

De las Ideas I

§ 145 Crítica relativa a la fenomenología de la evidencia

De las consideraciones hechas resulta claro que la fenomenología de la razón, la noética en su sentido plenario, que quiere someter a una investigación intuitiva, no la conciencia en general, sino la conciencia racional, presupone en absoluto la fenomenología general. El hecho de que -dentro del reino de la posicionalidad- está sometida a normas la conciencia téctica de todo género¹, es un hecho fenomenológico; las normas no son otra cosa que leyes esenciales que se refieren a ciertos complejos noético-noemáticos cuya índole y forma hay que analizar y que describir rigurosamente. Como es natural, hay que considerar constantemente también la "sinrazón" como contrapolo negativo de la razón, lo mismo que la fenomenología de la evidencia comprende en sí la de su contrapolo, el absurdo². La teoría universal de la esencia de la evidencia, con sus análisis referentes a distinciones esenciales más universales, forma un trozo relativamente pequeño, bien que fundamental, de la fenomenología de la razón. En ella se confirma -y para verlo con plena evidencia intelectual bastan ya las consideraciones hechas en lo anterior- lo que al principio de este libro se hizo valer concisamente contra las torcidas interpretaciones de la evidencia.

La evidencia no es, en efecto, un índice de conciencia cualquiera que, vinculándose a un juicio (y habitualmente sólo tratándose de un juicio se habla de evidencia), nos grita como voz mística que viene de un mundo mejor: ¡aquí está la verdad!, cual si semejante voz hubiera de decírnos algo a nosotros, espíritus libres, y no hubiera de exhibir sus títulos de legitimidad. No necesitamos polemizar más con escepticismo, ni sopesar reparos del viejo tipo, que no puede superar ninguna teoría de la evidencia que haga de ésta un índice o un sentimiento, como el de si no podría un espíritu engañador (el fingido por Descartes) o una fatal alteración del curso fáctico del mundo ser causa de que resultase justo todo juicio falso provisto de este índice, de este sentimiento de la necesidad lógica, del deber-ser trascendente, etcétera. Si se procede al estudio de los fenómenos mismos pertinentes aquí y dentro del marco de la reducción fenomenológica, se reconoce con la máxima claridad que aquí se trata de un peculiar modo de posición (o sea, de todo menos de un índice colgado en algún modo del acto, ni de agregado de índole alguna), que es inherente a una constitución esencial y eidéticamente determinada del nóema (por ejemplo, el modo de la evidencia intelectual primitiva relativamente a la constitución noemática de una intuición esencial que da "originariamente"). Se reconoce, además, que son también leyes esenciales las que regulan la referencia de aquellos actos posicionales que no tienen esta señalada constitución a aquellos que la tienen; que hay, por ejemplo tal cosa como una conciencia del "llenarse la intención" de legitimación y robustecimiento referidos específicamente a los caracteres téticos, así como los correspondientes caracteres opuestos de la pérdida de legitimidad y la debilitación. Se reconoce, todavía, que los principios lógicos requieren una profunda aclaración fenomenológica y que, por ejemplo, el principio de contradicción, nos retrotrae a relaciones esenciales de posible verificación y posible debilitación (o de tachar de acuerdo con la razón³). En general, se logra la evidencia intelectual de que aquí no se trata en ninguna parte de facta causales, sino de procesos eidéticos que forman parte de su orden eidético, y de que por tanto, lo que tiene lugar en el eidos funciona para el factum como norma absolutamente irrefutable. En este capítulo fenomenológico se torna también claro que no toda vivencia posicional (por ejemplo, cualquier vivencia de juzgar) puede llegar a ser evidente del mismo modo, y especialmente de un modo inmediato; y que todos los modos de la posición racional, todos los tipos de evidencia inmediata o mediata tienen sus raíces en relaciones fenomenológicas en que se descomponen noética y noemáticamente las regiones radicalmente diversas de objetos.

En especial se trata de estudiar sistemáticamente la constitución fenomenológica de las unidades continuas de identidad, las identificaciones sintéticas en todos los dominios. Una vez conocida ante todo -lo que es una primera cosa que hace falta- la estructura interna de las vivencias intencionales bajo el punto de vista de todos sus elementos universales, el paralelismo de estos elementos, las capas del nóema, como el sentido, el sujeto del sentido, los caracteres téticos, la plenitud, se trata de poner perfectamente en claro en todas las unidades sintéticas cómo con ellas no tienen lugar simples combinaciones de actos, sino una combinación en la unidad de un acto. En especial, cómo son posibles las unidades de identificación, cómo viene a identificarse la x determinable de aquí con la de allí, cómo comportan al identificarse ella así las determinaciones del sentido y los vacíos de ellas, lo que en, este punto quiere decir sus aspectos de indeterminación; igualmente, cómo llegan a la claridad y a la evidencia intelectual analítica las plenitudes, y cómo con ellas las formas de robustecimiento, de verificación, de conocimiento progresivo, en los grados bajos y altos de la conciencia.

Pero estos estudios sobre la razón y todos los paralelos se desarrollan, en la actitud "trascendental", fenomenológica. No hay juicio que se pronuncie aquí y que sea un juicio

natural, que ponga como fondo la tesis de la realidad natural, ni siquiera allí donde se cultiva la fenomenología de la conciencia de la realidad, del conocimiento natural, de la intuición y la evidencia intelectual de valores referidas a la naturaleza. Por todas partes vamos, en pos de las formas de las nóesis y los nóemas, esbozando una morfología sistemática y eidética; por todas partes ponemos de relieve necesidades y posibilidades esenciales, estas últimas como posibilidades necesarias, esto es, formas de la compatibilidad que están prescritas por las esencias y circunscritas y leyes esenciales. "Objeto" es para nosotros en todas partes un nombre para relaciones esenciales de la conciencia; el objeto surge ante todo como una x noemática, como sujeto del sentido de diversos tipos esenciales de sentidos y proposiciones. Surge luego con el nombre de "objeto real", que es el nombre de ciertas conexiones racionales eidéticamente consideradas en que recibe posición racional la x con unidad de sentido que entra en ellas.

Nombres análogos para determinados grupos, eidéticamente circunscrito y que fijar en una investigación esencial, de formas la conciencia "teleológicamente" relacionadas son las expresiones, "objeto posible", "probable", "dudososo", etc. Una y otra vez son aquí distintas las relaciones, que hay que describir rigurosamente por tanto en su diversidad: así, por ejemplo, es fácil de con, evidencia intelectual que la posibilidad de una x determinada de tal o cual manera no se comprueba meramente con darse originariamente esta x con su contenido de sentido, o con a prueba de la realidad, sino que también meras sospechas reproductivamente fundadas pueden robustecerse recíprocamente al fundirse en forma coherente; igualmente, la dubitabilidad se muestra en los fenómenos de la pugna entre intuiciones modalizadas de cierta forma descriptiva, etc. Con esto se enlazan las investigaciones de la teoría de la razón que se refieren a la distinción entre cosas, valores, objetivos y que van en pos de las formas de la conciencia los mismos. Así abarca realmente la fenomenología el mundo natural entero y todos los mundos ideales que desconecta: los abarca como "sentido de un mundo" por medio de las leyes esenciales que enlazan el sentido del objeto y el nóema en general con el sistema cerrado de las nóesis y especialmente por medio, de las conexiones racionales sometidas a leyes esenciales cuyo correlato es el "objeto real", que por su parte representa, en cada caso un índice de sistemas totalmente determinados de formas de conciencia dotadas de una unidad teleológica.

Preguntas

1. En el § 135 hay una excelente descripción de lo que es la reducción, ¿puede explicarla?
2. ¿Qué piensa Vd. de la traducción castellana de "conciencia empírica"? ¿Contribuye a la comprensión de la fenomenología? ¿Por qué es radicalmente inadecuada?
3. Describa los elementos de la conciencia racional desde una perspectiva noemática y desde una perspectiva noética. Explique fenomenológicamente qué significa "estar motivado racionalmente".
4. Reflexione sobre lo que el § 142 aporta de nuevo respecto a todo lo que se ha explicado en los anteriores §§ ¿Ve Vd. una aportación interesante en la teoría de la verdad que Husserl presenta en este texto?
5. La fenomenología de la razón es un trozo relativamente pequeño pero fundamental de la fenomenología (p. 344) ¿puede comentar esto en todo su alcance? ¿En qué sentido es pequeño y en qué sentido es fundamental?
6. Partiendo del modo como está estructurado este programa hasta ahora, ¿piensa Vd. que la creencia originaria es una estructura de la subjetividad trascendental? ¿Tiene eso consecuencias para la comprensión de la subjetividad trascendental?

4 Tema 9 . Fenomenología y sociedad.

4.1 *La intersubjetividad en la obra de Husserl.*

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 82-86

La cuestión de la intersubjetividad en la obra de Husserl

Tal vez sea este uno de los temas de la fenomenología peor comprendidos, en primer lugar porque las primeras publicaciones sobre él se realizaron muy tarde; y en segundo lugar, porque incluso lo publicado no terminó de alcanzar toda la claridad que hubiera sido necesaria. Hemos aludido en el capítulo primero¹ a la importancia que Husserl asigna a lo que él descubrió en 1910-1911. Por los textos manuscritos sobre la intersubjetividad, publicados por primera vez en 1973, sabemos los cientos de páginas que Husserl dedicó a ese tema; sin embargo, hasta 1929, por una nota y un párrafo de su obra Lógica formal y trascendental, nada sabía el público de la preocupación de Husserl por este tema. En efecto, en esa nota de la Lógica dice: «En mis lecciones de Gotinga (semestre de invierno 1910-1911) he desarrollado los puntos principales que permiten resolver los problemas de la intersubjetividad y superar el solipsismo trascendental» (§ 96). Por otro lado, la primera ayudante que tuvo Husserl, Edith Stein, allá por los años finales de Gotinga y primeros años de Friburgo, escribió su disertación precisamente sobre el tema de la intersubjetividad. No se debe pasar por alto, además, que en las Meditaciones cartesianas de Husserl, la quinta meditación, dedicada al tema de la intersubjetividad, abarca casi tanto como las otras cuatro. También en la última obra de Husserl, La crisis, el tema de la intersubjetividad aparece con decisión, salpicando el texto continuamente.

¿A qué se debe esta importancia del tema en la consideración de Husserl? En segundo lugar, ¿por qué esperó tanto a exponer públicamente sus resultados? En tercer lugar cabe la pregunta de si esta exposición es o no adecuada. Las tres son preguntas importantes; en general se puede decir que la crítica en torno a Husserl aún no ha llegado a plena claridad sobre el tratamiento que Husserl hace del tema de la intersubjetividad, pues unos consideran que el método fenomenológico nos encierra en un solipsismo, y otros piensan que no es ese el caso. De cualquier modo, creo que la, publicación, de los inéditos sobre la intersubjetividad permitirá un estudio detallado y más detenido que el que hasta ahora se ha podido llevar a cabo, que ha de clarificar muchos aspectos. En estas páginas voy a tratar de exponer la problemática de la relación de la fenomenología y la intersubjetividad con cierta brevedad, aunque procurando ser coherente con el ensayo que estamos realizando de ver la problemática husseriana en la textura de su vida y en su contexto social. Vamos a empezar contestando a las preguntas que antes hemos expuesto en orden inverso.

De lo que acabamos de exponer sobre la importancia del tema de la intersubjetividad y de la cantidad de textos sobre el tema, es fácilmente deducible que los textos de Husserl deben ser interpretados con suma prudencia, dada la amplitud y a la vez el carácter incompleto, de búsqueda o de investigación que muchos textos presentan. Por eso quien interprete a Husserl, en este tema, sólo desde las Meditaciones cartesianas, es muy probable que no llegue a captar toda la problemática del tema de la intersubjetividad, y en consecuencia, o bien no comprenderá el núcleo fundamental de esta filosofía o renunciará al proyecto crítico husseriano, aquel proyecto que, a mi entender, todavía nos interpela. Las Meditaciones cartesianas hay que leerlas en el seno de un conjunto de textos mucho más amplio que no puede olvidar, además, la problemática de la reducción y de la constitución,

del tiempo de la conciencia y de las representificaciones, temas todos ellos escasamente desarrollados en ese texto. En efecto, uno de los errores muy habituales en la interpretación de Husserl es exponer el concepto de reducción y constitución y aplicarlo después al tema del otro, al tema de la intersubjetividad, siendo así que desde la perspectiva husseriana tanto la reducción como la constitución sólo cobran su verdadero sentido una vez resuelto el tema de la intersubjetividad.

No se puede decir, por otro lado, que Husserl tardara en publicar los resultados a los que había llegado ya en las clases de 1910-1911, teniendo en cuenta que hasta la publicación de las *Meditaciones cartesianas* y de la *Lógica*, poco había publicado Husserl, prácticamente nada si exceptuamos el texto de *Ideas*, en el que explícitamente se prescinde de muchos temas tales como el de la dimensión temporal de la subjetividad, o del tema de la intersubjetividad, considerando sobre todo que de este segundo tema esperaba Husserl tratar detenidamente en el segundo tomo de *Ideas*. Enseguida veremos que el planteamiento de la reducción que se hace en las *Ideas* de 1913, es decir en el primer tomo, convertía en imposible o enormemente problemática la consideración de la intersubjetividad. En efecto, en las *Ideas* se empieza la reducción según el proyecto crítico del que ya hemos tratado y no según las indicaciones de *Grundproblemevorlesung*, con lo cual se convertía en difícil la cuestión de la intersubjetividad.

Ahora bien, ¿por qué es tan importante esta cuestión de la intersubjetividad? Pues ni más ni menos porque el proyecto husseriano parece depender precisamente de esta cuestión, que de ese modo se convierte en la piedra de toque de la fenomenología, tanto en lo que concierne al proyecto crítico desde el que la fenomenología nació y que hemos intentado poner a la base de la fenomenología, como desde el proyecto descriptivo, porque la intersubjetividad está presente prácticamente en toda la actividad del fenomenólogo.

En efecto, el tema de la intersubjetividad aflora en la fenomenología, en primer lugar, al analizar el sentido de lo trascendental en cuanto opuesto a fáctico contingente. Si el proyecto fenomenológico se inicia frente a todo intento de naturalizar la conciencia y con ella la razón y la verdad, es porque la razón y la verdad no pueden ser hechos que dependan de otros hechos, sino que son fundamentos de cualquier planteamiento que sobre los hechos queramos hacer; la ciencia pretende basarse en la razón, tiene a la razón como su fundamento, por lo cual ella no puede reducir la razón a un hecho que ella estudie y cuya contingencia dé por supuesto; porque precisamente lo que caracteriza a la razón es el carácter vinculante para todo sujeto racional; la razón no se refiere a mí, sino a todo sujeto racional. Sin embargo, Husserl había iniciado la búsqueda de ese sujeto racional, ya en el tomo II de las *Investigaciones lógicas*, en sí mismo, es decir analizando sus propias vivencias. ¿Cómo pasar, del sujeto individual que uno es, a cualquier sujeto, aspecto que necesariamente está implícito en cualquier planteamiento que se haga de la razón y de la verdad? El sentido mismo de la razón obliga a poner a su base cualquier sujeto racional. Sin embargo, la razón la tengo que constatar individualmente. La evidencia originaria que legitima racionalmente es estrictamente individual, pero es a la vez una individualidad cuyo sentido es precisamente ser válida para todo sujeto racional.

Con esto tenemos enunciado el primer problema: el sujeto de la razón y la verdad soy yo, pero tampoco puedo ser yo en cuanto ser que soy en el mundo, es decir determinado y sometido al mundo. Yo sólo me puedo poner como yo de la razón y la verdad si me pongo como una subjetividad previa a lo mundano, como una vida que en cuestiones de razón y verdad no puede ser alterada por el mundo, por los hechos, porque la dación originaria es

título de legitimidad inatacable. Los hechos no la destruyen. La epojé servirá para eliminar o poner entre paréntesis ese mundo objetivo, mientras que la reducción nos asegurará esa vida subjetiva absoluta, sólo a partir de la cual se pueden discutir los problemas de la razón.

Ahora bien, aquí se inicia todo el drama del proyecto husserliano de fundamentación, porque en la medida en que atiende a ese requisito de poner entre paréntesis el mundo objetivo, la vida subjetiva que ha de servir de base al proyecto crítico queda convertida en sólo mi vida. Para el proyecto crítico se vería Husserl sólo a sí mismo; sin embargo, la razón y la verdad son precisamente lo contrario: sólo son tales en la medida en que aparecen como vinculantes para todo ser racional. De ahí que mientras no se resuelva este conflicto, la fenomenología en cuanto solipsismo, es decir, en cuanto teoría que pone los fundamentos de la razón y la verdad en sólo el mismo (*solus ipse*) sujeto que reflexiona o filosofa, está necesariamente infundada, pues no funda precisamente el rasgo clave de la noción de razón y verdad, a saber, el carácter vinculante de la razón y de la verdad.

4.2 La reducción intersubjetiva y la constitución del otro.

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 91-101

La reducción Intersubjetiva y la «constitución» del otro

Pero todo esto no representaría una dificultad especial, si me resignara a decir que yo constituyo a los otros, como constituyo otras cosas, que son necesarias para otros niveles de conciencia; por ejemplo, la constitución de un valor exige la constitución previa de un objeto, el que después será comprendido como valor. Del mismo modo la constitución de la objetividad o del atributo 'cultural' exigiría previamente la constitución del otro. Con esto no habríamos superado aquel solipsismo que se inició con la epojé. La inmensa mayoría de los intérpretes que han abordado este aspecto de la filosofía de Husserl piensan así. Autores incluso que pueden ser considerados grandes conocedores de la fenomenología, opinan que Husserl no superó nunca el solipsismo. Así piensa, por ejemplo, incluso Alfred Schütz, uno de los intérpretes y continuadores más interesantes y creativos de Husserl, quien ha aplicado la fenomenología al ámbito de las ciencias sociales y humanas con gran éxito sobre todo en los Estados Unidos. Igualmente opina Michael Theunissen, para quien la filosofía trascendental husserliana, al empezar por el yo necesariamente queda encapsulada en el solipsismo; frente a la fenomenología como filosofía trascendental, la dialógica de Buber, para quien la experiencia originaria no soy yo sino el tú, representaría la verdadera fundamentación de la ontología social. Por su parte Waldenfels opina que en la fenomenología husserliana se fundamentan o se establecen las bases de una verdadera filosofía social, al poner su énfasis en una estructura que ni es el otro ni soy yo, pues es previa a ambos. Según él en la fenomenología se abriría paso poco a poco una verdadera Fenomenología de la intersubjetividad, que no deduce o pone al otro como un pseudo yo sino como un verdadero tú irreducible al yo, como lo que verdaderamente es, una verdadera y auténtica trascendencia, como dice Husserl, la primera trascendencia.

Todo el problema proviene de la ambigüedad con la que en este caso se emplea la palabra 'constitución'. En efecto, debemos empezar por señalar que la llamada «constitución del otro» es de un tipo especial, puesto que es constitución de una subjetividad constituyente; mas constitución de una subjetividad constituyente no es sino el sentido que tiene la reducción trascendental, que significa, como ya sabemos,

recuperación del sujeto racional que subyace al mundo. En el tema de la constitución de la intersubjetividad de lo que realmente se trata es de lo que Husserl terminó llamando reducción intersubjetiva, término que desgraciadamente pocos intérpretes se han tomado en serio¹. Esta es también la razón de por qué el estudio de la «constitución del otro», es decir el tema de la V Meditación cartesiana de Husserl tiene, tal como dice Eugen Fink en un famoso artículo ratificado en todo por Husserl, «sólo el sentido de un desarrollo de la reducción». Si en la reducción se trata de poner o recuperar un sujeto racional, el tema de la intersubjetividad lleva a ver que el sujeto del mundo no soy sólo yo sino nosotros; por eso dirá Husserl en un importantísimo texto que: mientras no haya conseguido la subjetividad como intersubjetividad, es decir, mientras no haya practicado la reducción intersubjetiva, permanecerá la tensión entre el mundo y la representación del mundo. Mas ya sabemos que la diferencia entre el mundo y la representación es la señal de que aún estamos en la estructura conceptual propia de la modernidad, cuya superación se lleva a cabo por la reducción trascendental; es decir, mientras no hayamos conseguido desvelar la subjetividad como intersubjetividad no hemos practicado la reducción trascendental. La superación de la «representación», que es la práctica de la reducción, exige que la subjetividad sea puesta como intersubjetividad. Mientras los otros no hayan sido puestos como subjetividades constituyentes, la visión que tienen del mundo aparece como representaciones del mundo que se forman en su interioridad; con lo que yo mismo aparezco como una subjetividad más con su propia representación del mundo, con una visión particular del mundo, con su propia representación. La reducción trascendental, en consecuencia, según Husserl, sólo es viable como reducción intersubjetiva (Hua. VIII, 480).

Este aspecto del método fenomenológico ha pasado absolutamente desapercibido sin constatar el carácter provisional que necesariamente tenía para Husserl el solipsismo; los intérpretes, por lo general, se lanzaron a "constituir" a partir de un yo aislado la totalidad del mundo y de los otros, sin percatarse de que la "constitución del otro" no era sólo la constitución de un peldaño en la serie de constituciones necesarias para poder llegar a la plena objetividad del mundo; sino que la «constitución del otro» era en realidad una ampliación de la reducción. Frente a esta consideración se detenían habitualmente a discutir si los análisis husserlianos de la constitución del esquema implicativo del otro, es decir, de ese esquema que dirige las implicaciones presentes en la experiencia del otro, eran o no ajustados a la experiencia fenomenológica. Personalmente opino que es menos importante ese problema, aun siéndolo mucho como enseguida vamos a ver, que la necesidad de considerar la cuestión de la intersubjetividad como una ampliación de la reducción, pues sólo de ese modo podemos entender el proyecto husserliano como un intento de recuperación del sujeto racional, que es la intención profunda crítica que subyace a la fenomenología.

La constitución del otro

Lo que acabamos de decir no está orientado, sin embargo, a disminuir la importancia concreta de los análisis de la constitución del otro. Más bien todo lo contrario, pero por las consecuencias que tales análisis tuvieron, pues exigieron profundizar enormemente, primero en el sentido del ser humano, es decir, en la ontología regional, que antes hemos considerado como el tema de una antropología filosófica, que actuaría de ciencia de fundamentos de las ciencias humanas. En segundo lugar, porque tales análisis obligan a

precisar necesariamente el carácter de la subjetividad trascendental misma. Voy a procurar explicar brevemente estos dos aspectos, no con el afán de agotarlos sino sólo con la intención de indicar la compleja trabazón de la fenomenología de Husserl, trabazón que es fácil que pase desapercibida si se interpreta a Husserl sólo desde una obra, pero que además hace que la comprensión de Husserl en general sea muy complicada.

Hemos dicho que la «constitución del otro» tiene que mostrar cómo se forma el "esquema de implicación" que dirige la experiencia del otro. En cualquier percepción, ya lo sabemos, el esquema de implicación nos dice qué conjunto de experiencias corresponden a un objeto, experiencias que normalmente yo puedo realizar. La constitución de ese esquema, sentido fundamental de constitución, lo que ya sabemos que Husserl llama *Urstiftung* o fundación originaria, hace que una vez dada, siempre que aparezca algún dato semejante o análogo a los del esquema, actúe todo el esquema implicándole a ese dato el conjunto de experiencias posibles; el dato es interpretado desde el esquema. ¿Cómo se pueden encontrar todos estos pasos en la experiencia del otro?

En primer lugar deberíamos ver en un análisis estático, qué experiencias incluye la experiencia del otro, es decir, el conjunto de implicaciones dadas en esa experiencia, para pasar después en un análisis genético a ver cómo surge ese esquema. La experiencia mía del otro incluye, en primer lugar, la experiencia inmediata perceptiva de un cuerpo (*Körper*), que se halla entre otros cuerpos, dotado, por lo tanto, de rasgos semejantes a los de otros cuerpos, tales como un volumen, una resistencia, - etc., un cuerpo, por lo tanto, que está en movimiento entre los otros cuerpos, sometido a las mismas normas de esos cuerpos; su movimiento siempre acaece en un espacio que para mí siempre es "allí" o "ahí". Ese cuerpo, sin embargo, no es sólo un cuerpo, ni siquiera primariamente es un, cuerpo como los demás, sino que siempre e incluso antes de percibirlo como un cuerpo yo lo percibo como soma (*Leib*) del otro, es decir, como un soma que siente, se mueve por movimiento propio, no porque lo muevan de fuera, y es órgano de actuación o presencia en el mundo de una persona, del otro. Esta persona muchas veces me interpela, es decir, entra en interacción conmigo; otras veces me es absolutamente desconocida en cuanto a su vida concreta, aunque el mero hecho de que se nos dé como otro implica ya que lo pongamos como una vida subjetiva con la que yo podría entrar en interacción y que podría conocer con más concreción. Ahora bien, este conjunto de implicaciones dadas en la experiencia del otro no es como el conjunto de implicaciones de cualquier otra experiencia; pues en la experiencia del otro yo sólo puedo realizar, es decir percibir efectivamente lo concerniente al cuerpo (*Körper*) del otro, mas nunca puedo percibir o realizar lo que corresponde a su vida subjetiva, sus campos sensitivos (su *Leib*), sus vivencias, su personalidad; sin embargo, siempre están todos esos aspectos implicados en la percepción de su cuerpo (*Körper*). Cómo se llega a implicar tal vida en esa percepción del cuerpo (*Körper*) es la pregunta que corresponde contestar al análisis intencional genético de la experiencia del otro.

Antes de adentrarnos en ese análisis conviene aún insistir en un aspecto del análisis estático que nos llevará mejor orientados hacia el finales y principios de siglo sobre esta cuestión. Algunos decían que la experiencia del otro implica la percepción de un cuerpo y la deducción, a partir de la percepción anterior, de la vida del otro: yo deduzco la vida del otro a partir de la percepción de su cuerpo. Pues bien, según Husserl, y ateniéndose a los datos de carácter fenomenológico, no hay ninguna deducción: yo veo inmediatamente al otro, aunque no pueda percibir directamente la vida subjetiva; yo no puedo vivenciar su vida, sentir su dolor, gozar su propio placer, etc. Sin embargo, aunque en un mismo acto yo perciba al otro en su cuerpo, de modo que no hay primero una percepción del cuerpo y luego

-como complemento- una introyección de una vida, sino que yo percibo esa vida en su cuerpo, es necesario ver cómo su cuerpo implica esa vida, que siempre supone un ?salto? o excedente en la percepción original. Es importante insistir en los puntos que se acaban de anunciar, porque llevan a decir que la experiencia del otro no es en sentido estricto una Einfühlung, palabra que significa literalmente "sentirle algo al otro", es decir, introyectar al otro una vivencia.

Possiblemente es esta una de las cuestiones que más confusión ha provocado en los intérpretes que no han sabido despegarse de las apariencias. Efectivamente, en la filosofía alemana la experiencia del otro fue entendida habitualmente como una Einfühlung, tratando de explicar cómo se llegaba a esa Einfühlung. Husserl empieza también aceptando esa palabra, a la que inicialmente dará el sentido llano de experiencia del otro, sin más. Sin embargo, el sentido de la palabra es com. prometido, no es neutral, pues no refleja sin más una experiencia sino que aporta una interpretación que está más allá de lo que da un análisis estático de la experiencia del otro. Por eso ya en una referencia a la Grundproblemevorlesung confiesa la inadecuación de esa palabra, que sería ziemlich schIecht bastante mala (Ha. XIII, página 234).

En efecto, Einfühlung es introyectar al otro una vivencia, pensar, por ejemplo, que el otro sufre, que siente algo, que goza, que piensa o desea tal cosa, etc. Ese acto mío, que es muy frecuente en la interacción con los otros, supone, sin embargo, que el otro es ya tomado como otro, es decir supone la experiencia previa del otro, que es de lo que estamos tratando; por lo que la Einfühlung no sirve para explicar aquello que ella misma supone. Por todo ello insistirá el Husserl maduro en el carácter inmediato de la experiencia del otro. Sólo entonces se puede conocer al otro, sólo entonces puedo pensar que siente algo, deducir que ha pensado tal cosa, introyectarle una vivencia, tener en definitiva una intropatía, una Einfühlung. Para iniciar el camino del conocimiento del otro, para iniciar la interpretación del otro, es necesario que previamente lo ponga como otro, del mismo modo que para iniciar la interpretación de un texto ante todo necesito reconocerlo como texto, es decir, como parte de un discurso que dice algo. La experiencia del texto en cuanto texto es previa a la interpretación del texto; igualmente la experiencia del otro es previa a cualquier Einfühlung en sentido estricto.

Ahora bien, la pregunta que es necesario abordar es por qué o cómo ese cuerpo expresa, manifiesta o implica algo que es esencialmente imperceptible para quien no sea su protagonista; porque, en todo caso, respecto a lo estrictamente dado hay un salto, un excedente que tiene que venir de algún sitio. Esta presencia de un excedente, que siempre ocurre en la percepción, pues en toda percepción lo dado siempre es superado por lo implicado, asume en el caso que nos ocupa un cariz muy distinto; en el caso de la percepción ordinaria lo implicado no dado es mi propia vida pasada, es decir, el esquema de implicación que previene de mi pasado; en la experiencia del otro, por el contrario, no se puede dar ese tipo de implicación porque yo nunca he podido vivir la vida del otro; en este caso lo implicado es precisamente. otra vida. ¿Cómo se llega a ella?

En este momento es preciso ya comentar brevemente la autoexperiencia de mi propio cuerpo, pues es mi cuerpo ' el que, según Husserl, tiene que actuar de me dación. Varias veces, aunque sin detenernos, hemos utilizado dos palabras, que ahora es necesario precisar: Körper, que traduciré como cuerpo, y Leib, que traduciré como soma, basándome en el propio Husserl, que así lo entendía. El cuerpo es la realidad material corporal que se mueve y está localizada en el espacio y que puede ser percibida como cualquier otro cuerpo,

estando, por lo tanto, inmerso en el sistema de causalidad que une todas las cosas del mundo. Pero en mi caso ese cuerpo es vivido desde dentro de sí mismo, tiene sobre sí una «perspectiva somatológica», es un soma, un Leib, es decir, está animado de campos sensitivos, de un conocimiento interno, siente, etc. Cualquier movimiento de mi cuerpo es corporal, o sea se compone con otros movimientos, y a la vez somático. Pues bien, para mí, sólo yo tengo experiencia somática. Mas en la experiencia del otro yo percibo su cuerpo no sólo como cuerpo sino también como soma, aunque su carácter somático no lo puedo realizar. ¿Cómo paso del cuerpo del otro a su soma? Esa es la pregunta importante, puesto que ese soma no es dado realmente sino sólo implicado en ese cuerpo.

Husserl postula que para eso es preciso que se dé una «asociación emparejante», que se tenga o se haya tenido experiencia de algo análogo en situación análoga. Pues bien, la única experiencia que puedo tener de un soma es la mía; luego sólo por el emparejamiento de mi soma con mi cuerpo puedo percibir el cuerpo del otro implicando su soma. Esta explicación suele ser rechazada precisamente porque la experiencia de mi cuerpo es una experiencia somática, radicalmente distinta de la de otros cuerpos, cuya experiencia, por definición no es somática. Así se lo reprocha a Husserl Ortega y Gasset en su libro *El hombre y la gente* (tomo VII de las Obras completas, p. 163). Sin embargo, para explicar este tema introducirá Husserl un punto sumamente importante, que tiene la virtud de mostrar cuál es el talante de la subjetividad trascendental. Ese punto, por otro lado, no aparece en la V Meditación cartesiana, aunque a él se remiten muchas páginas de los textos mencionados editados en 1973.

En efecto, la experiencia de mi cuerpo es radicalmente diferente de la de cualquier otro cuerpo, uno es soma y el otro sólo es cuerpo; más aún, un rasgo fundamental del soma es que es punto cero del espacio, a partir del cual se orientan todos los otros puntos del espacio. El espacio subjetivo es, por lo tanto, radicalmente in-homogéneo, pues está orientado en torno a mi soma que es el punto cero que yo designo con la palabra "aquí" y frente al cual todos los demás puntos son "ahí" o "allí". Precisamente este carácter céntrico de mi soma corporal lo diferencia radicalmente de cualquier otro cuerpo que está necesariamente situado en un punto del espacio "allí". ¿Convierte esta diferencia fenomenológica en imposible todo emparejamiento de mi soma con el cuerpo del otro? La solución de Husserl es considerar el soma o el cuerpo somático como cuerpo práxico, porque esa es la condición de superación de la diferencia entre mi soma y el cuerpo del otro, al ser esa la condición de superación de la inhomogeneidad del espacio subjetivo. Porque el "aquí" del soma no está ligado a ningún lugar preciso del espacio homogéneo, ya que por su movimiento puede convertir cualquier "allí" en "aquí", que a su vez se convertirá en "allí", surgiendo de ese modo una homogeneidad del espacio a partir de la inhomogeneidad primaria, mediante la capacidad motora del propio soma que permanece idéntico en cualquier lugar. Pero esa superación de la inhomogeneidad del espacio lleva a la vez a la aparición del propio soma como cuerpo en ese mismo espacio, siendo todo movimiento del soma movimiento corporal. Así mi soma corporal queda igualado con el otro no en el espacio inhomogéneo sino en el espacio homogéneo, en el cual tanto los otros como yo nos movemos de unos lugares a otros. De esa manera el movimiento natural de mi cuerpo está siempre acompañado de un movimiento subjetivo en el espacio inhomogéneo y viceversa, el movimiento de mi soma en el espacio inhomogéneo tiene su correspondencia corporal en el espacio homogéneo. Eso significa que la interioridad está directamente exteriorizada y que toda exterioridad tiene un interior. Por eso mi soma es cuerpo y mi cuerpo soma: mi cuerpo es «el primer campo de expresión», lo que posibilita que yo comprenda el cuerpo del otro inmediatamente como expresión de su vida, expresión en la cual no se da primero la

percepción de una materialidad que luego se interpreta, sino que se percibe inmediatamente minimizando incluso la materialidad corporal estricta, del mismo modo que minimizamos —Husserl dice: percibimos neutralmente— la materialidad de un cuadro o la materialidad de las letras y pasamos inmediatamente al sentido que se expresa en las letras o a las figuras pintadas o sugeridas en el cuadro. Se comprenderá desde esta perspectiva el importante papel que el cuerpo propio con su acción somática cumple en la fenomenología.

4.3 La subjetividad racional como intersubjetividad: la constitución intersubjetiva de un mundo «objetivo».

De La fenomenología como utopía de la razón, pp. 86-91 y 101-106

En 1907 en La idea de la fenomenología había conseguido Husserl exponer el proyecto crítico de la fenomenología frente a cualquier explicación naturalista del conocimiento, pero pronto se dará cuenta de los límites de esa fenomenología crítica, límites que considera superados en lo fundamental en los progresos realizados en la *Grundproblemevorlesung* de 1910-1911, precisamente al haber conseguido romper ese aislamiento inicial de la vida trascendental. Esto no quiere decir que ya entonces tuviera Husserl las ideas absolutamente claras en torno al problema de la intersubjetividad. De hecho, en la referencia antes citada sobre esas lecciones se dice que «aún no pudo utilizar totalmente los importantes pensamientos de esa lección» .

Pues bien, ¿en qué consisten en esencia tales pensamientos? En la necesidad de postergar la preocupación crítica; pues antes de iniciar la crítica de fundamentación era necesario descubrir todo el ámbito de la experiencia nueva, es decir, de la vida subjetiva. Por eso era tan importante no empezar limitando ese ámbito en virtud de una epoje, que sólo era un artilugio para descubrir la vida trascendental. Ahora bien, esta preocupación por no limitar el ámbito de lo fenoménico a causa de una epoje que prescinde de lo trascendente, se hace mediante el recurso a aquella ampliación de la idea de inmanente que ya hemos expuesto, y en consecuencia mediante una matización de la idea de trascendente. Todo ello va implícito en un desarrollo o puesta en juego de la noción de intencionalidad implicativa, que será decisiva a la hora de comprender la vida subjetiva. Esa noción de intencionalidad, por otro lado, era la que estaba implícita ya en los análisis del tiempo de la conciencia y en la diferencia que hemos mencionado entre lo subjetivo y lo objetivo, lo que Husserl llama en cierta ocasión la *distinctio phaenomenologica*. Si recordamos, el núcleo esencial de esa ampliación del concepto de inmanente consiste en que Husserl exige aceptar como ámbito de la nueva experiencia, como ámbito de lo inmanente fenomenológico que hay que describir en la fenomenología, no sólo lo que se me da efectivamente, lo que en 1907 había llamado absoluto, lo realmente dado, sino todo lo implicado en la conciencia actual efectiva. En el ejemplo que hemos puesto, el reloj, lo fenomenológico no sería el fenómeno actual del reloj, lo que yo efectivamente veo sino todo lo implicado en lo que yo veo y que es el conjunto de experiencias pasadas y posibles que puedo tener de ese objeto, y que, por supuesto, se remiten primero a esa génesis de la constitución del esquema mismo del reloj y en segunda instancia, a la constitución misma de la «presencia viva» .

Esta noción de intencionalidad implicativa que subyace a la propuesta de una fenomenología descriptiva, previa a la fenomenología crítica con que inicia Husserl la

fenomenología, constituye también la noción básica para resolver el problema de la intersubjetividad.

En efecto, el problema de la intersubjetividad y el del solipsismo habían aparecido en el momento en que prescindo, es decir, «pongo entre paréntesis» lo trascendente. Pues entonces ¿qué pasa con los otros?, ¿no son, efectivamente, los otros trascendentes además en un doble sentido? El cuerpo del otro o de los otros me es trascendente como cualquier cuerpo; de ese cuerpo, partiendo de la epojé, sólo puedo quedarme con lo que de él se me da real o posiblemente, es decir, con aquello que es mi fenómeno real o posible. El cuerpo del otro como realidad mundana objetiva tiene que quedar afectado por el índice cero que debe afectar a todo lo trascendente que sólo se da mediante fenómenos y no en sí mismo. Pero mucho más quedará excluido el otro en cuanto "ser subjetivo" que actúa y domina en ese cuerpo, porque de ese ser yo no parece que pueda tener ninguna experiencia original, ningún fenómeno ni real ni posible; del otro yo no puedo tener ningún fenómeno absoluto. El otro en cuanto máximamente trascendente quedaría especialmente afectado por la epojé. Siempre que empieza Husserl la reducción por la epojé al estilo cartesiano, repite este planteamiento. En efecto, eso era una consecuencia del comienzo por el proyecto crítico.

Ahora bien, lo descubierto en 1910-1911, poniendo en juego la intencionalidad implicativa y aplazando ese planteamiento crítico, da resultados profundamente distintos, pues la fenomenología debe aceptar como experiencia a describir todo lo dado en presencia, que es lo efectivamente dado, o en cualquier otro modo de conciencia, como por ejemplo, lo dado en el recuerdo, en la experiencia del otro, en el modo de la fantasía, etc. La razón es que una vivencia de conciencia, un acto de conciencia, está subtendido, tal como hemos visto, por una intencionalidad que le da sentido, que lo constituye en tal acto; la noción misma de constitución, en el sentido fundamental que hemos visto, sólo se mantiene desde esta perspectiva; pues sólo es válida si la presencia se remite a un pasado y a un futuro, es decir, si lo dado se integra en una vida previa que marca un desarrollo futuro. La fenomenología debe seguir las implicaciones intencionales que aparecen por doquier en la vida subjetiva. Esa fue también la manera como Husserl llegó a superar la noción cartesiana de *cogito* sustituyéndola por la de *lebendige Gegenwart* o presencia viviente, en la cual el ahora, siendo el punto cero sólo desde el cual cobra sentido todo ensayo de fundamentación, a la vez es un punto cero que vive de su pasado y de su futuro.

Lo mismo pasará a Husserl con la cuestión del otro. El cuerpo del otro es un fenómeno mío que implica en primer lugar una serie de experiencias posibles mías, que yo puedo efectuar; lo puedo ver de un modo u otro; pero el cuerpo del otro implica, en segundo lugar, otras "experiencias" cuyo sentido es que, siendo experiencias, yo no las puedo efectuar o realizar; el cuerpo del otro implica una precaptación, como dice Husserl en la Filosofía primera, un *Vorgriff*, pero que no puede convertirse en autocaptación, en experiencia real mía, en *Selbstgriff*. Sin embargo, para que se dé esta implicación es preciso que exista también un «esquema de implicación», que, como sabemos, eso es lo que significa el sentido fundamental de 'constitución'. Cómo se forma ese esquema de implicación, que actúa y dirige las implicaciones del cuerpo del otro, es el tema fundamental al que está dedicada la V Meditación cartesiana mencionada antes. Sin embargo, en este caso los problemas son muy superiores a los de los otros casos, y precisamente por eso es normal que Husserl tardara mucho más en dominarlos. En efecto, el caso de la "constitución" del otro es especialmente importante, primero, porque el otro, es decir la intersubjetividad, que tiene a su base la constitución del otro, está implicada en cualquier otra constitución del mundo real. Cualquier objeto del mundo que se presente en el modo de la percepción implica, en la

medida en que se presenta como real, que es tal para cualquier subjetividad; de modo que mi intencionalidad implica en cuanto constituyente otras vidas intencionales. El mundo se presenta no sólo como mi mundo sino como mundo de otros. Dicho de otro modo, porque esto es importante: si todo fenómeno o toda perspectiva siempre lo es de un sujeto, en caso de que sea yo quien hable, si todo fenómeno o perspectiva es mío, en mis perspectivas están implicados otros sujetos; con lo cual tenemos que la subjetividad constituyente del mundo no soy sólo yo sino que necesariamente tenemos que ser nosotros. Ese nosotros está implicado en cualquier vivencia intencional mía. Eso significa que el otro no es un objeto que hallemos en el mundo, de un modo contingente, sino que es una condición constituyente de la objetividad y, por supuesto, también de la razón y la verdad. Una ciencia es una «unidad intersubjetiva», dice Husserl en la *Grundproblemevorlesung*, es decir, el contenido de una ciencia, en la medida en que pretende ser válido, lo pretende para todo sujeto racional, se remite, pues, a una intersubjetividad (véase Ha. XIII, p. 183). Del mismo modo, también todos los objetos culturales y pragmáticos remiten a otras subjetividades, por ejemplo, a quienes los hicieron o concibieron.

El carácter social del ser humano

Con esto podemos pasar ya a la última consideración, a ver las consecuencias de todo esto, pues si hemos desvelado el sentido o los pasos fundamentales de la constitución del otro, aún nada hemos dicho del alcance y sentido de esa ampliación de la reducción que la constitución del otro supone. En efecto, al hablar de la constitución del otro no se debe pensar que esa constitución es un acto contingente que actúa cuando yo veo otro cuerpo. Ya hemos dicho que la constitución del otro no es como la de una cosa. Cuando pongo el ejemplo del reloj o de la tijera y explico su constitución, en los dos sentidos de esta palabra en Husserl, y digo que el esquema de implicación de estos objetos que yo tengo es un hábito que tengo en mi vida habitual, parece indicarse que tengo tal esquema como podía no tenerlo. La constitución del otro es, por el contrario, completamente distinta, porque no afecta sólo a un tipo de objetos de mi experiencia que pueden aparecer o no, sin que mi experiencia se altere esencialmente. La constitución del otro afecta a mi vida en conjunto. Con la prueba de este punto está en conexión el sentido de la reducción intersubjetiva o aquella ampliación de la reducción, que sabemos está implícita en la cuestión de la constitución del otro.

La constitución del esquema de implicación de la experiencia del otro, que hemos tratado de exponer en las líneas anteriores, no es algo que se pueda situar, desde una perspectiva genética, en etapas tardías de mi vida, de modo que sería posible decir que yo existo antes que el otro: al revés, según Husserl, el primer hombre no soy yo, sino los otros, pues sólo a través de los otros me conozco como hombre, precisamente en la medida en que el otro es condición constitutiva de la objetividad, del mundo de todos. Eso significa que la constitución del esquema de implicación de la experiencia del otro debe concebirse como un proceso complicado de mutuos ajustes y referencias en el que quizá sea imposible indicar fases concretas y fijas. En todo caso es claro que se trata de un proceso que se inicia con los primeros pasos de la vida, hasta el punto de que el hombre siempre adquiere conciencia en el seno de una comunidad, es decir conociéndose en el seno del conocimiento de otros. Por eso dirá Husserl, y este es un punto enormemente interesante desde una perspectiva histórico-crítica, que el ser humano es un *ser-con*, un *Mit-sein*, categoría que después utilizará Heidegger en su obra *Ser y Tiempo*, pero que ya había empleado Husserl, cuyos manuscritos precisamente de la intersubjetividad había leído Heidegger (cfr. Ha. XIV, 308).

¿Qué significa esa categoría? Ni más ni menos, que el ser humano vive en un horizonte social, en un horizonte de otros, del mismo modo que vive en un horizonte temporal o en un ámbito corporal somático con su horizonte mundano. Precisamente la doctrina husseriana de las representificaciones, que aquí no podemos exponer y en la que siempre se compara la experiencia del otro con el recuerdo, ratifica esta interpretación. Así como el presente de la conciencia es sólo el término (siempre modificándose, es decir, convirtiéndose en pasado) de un pasado, que suelo actualizar en los recuerdos (volverlo a traer del corazón, re-cordar, en alemán erinnern, sacarlo del interior) que no son, en consecuencia, sino una apertura de una parte de ese horizonte de pasado, también yo soy un elemento de una colectividad, que se concretiza o materializa no sólo en la presencia efectiva de otros seres humanos, sino en la cultura, en los textos, en la multiplicidad de significados objetivados que se pueden encontrar en el mundo que nos rodea y que nos remiten a los seres humanos que los construyeron. Por eso la subjetividad es, según Husserl, una subjetividad temporal y social, es decir, intersubjetiva y necesariamente situada en un soma, por lo tanto somática, en la medida en que sólo por la mediación del soma-cuerpo es social.

Mas équé tiene esto que ver con esa ampliación de la reducción de la que hemos hablado, en definitiva, con la reducción intersubjetiva, que he anunciado pero que todavía no ha sido expuesta? No nos vamos a detener apenas en este concepto, aunque enunciaremos rápidamente lo fundamental del mismo. Mucho no nos podemos detener porque depende de la teoría de las representificaciones y ese es un tema muy prolífico. En resumen consiste en lo siguiente: ya sabemos que por la primera epoje y reducción en el sentido de la *Grundproblemvorlesung*, llegó a una vida subjetiva presente pero que se distiende en un pasado y en un futuro. Pues bien, una vez considerada esa subjetividad como trascendental, es decir, como constituyente, Husserl pide la realización de una segunda reducción, que debe actuar en el recuerdo -o en cualquier otra representificación- en la cual se deben repetir los pasos de la reducción ordinaria, reduciendo el mundo de la subjetividad pasada a las experiencias reales o posibles de ese yo pasado. El mundo que yo recuerdo en el recuerdo es un fenómeno trascendental, es decir, correlato de las experiencias reales o posibles de la subjetividad pasada. Así ese hombre pasado que está implicado en todo recuerdo no sólo era un hombre que estaba en el mundo, sino que era mi subjetividad trascendental pasada. Este método de la doble reducción, puesto en marcha por primera vez en la *Grundproblemvorlesung* de 1910-1911, vuelve a ser utilizado con amplitud en la lección de Filosofía primera de 1923-1924; con este método Husserl consigue una extensión de la subjetividad trascendental, al poder decir que el yo pasado que se veía a sí mismo como hombre era un sujeto trascendental, es decir, constituyente, si bien vivía su trascendentalidad de modo anónimo. En la reducción practicada en el recuerdo, es puesta la subjetividad pasada como trascendental.

Lo mismo postula Husserl en el caso de la experiencia de los otros. Los pasos son los mismos que en la representificación anterior. La primera reducción nos libera un campo de experiencia subjetiva en la cual encontramos una subjetividad, la mía, inmersa no sólo en un horizonte temporal sino también en un horizonte social. Los otros, que son materializaciones concretas de ese horizonte social, se me dan en esa experiencia que hemos expuesto en el epígrafe anterior. Pues bien, una vez puesto el otro como otro, su sentido no es sólo el de ser un hombre sino el de ser también una subjetividad trascendental igual que yo e igual que mi yo pasado, pues todo el sentido de ese otro, puesto o conocido a partir de su cuerpo, es el de ser idéntico en estructuras a mí mismo, el tener el mismo acceso al mundo que yo, el ser otra intencionalidad como yo mismo, el ser en

definitiva otra subjetividad trascendental como yo mismo. Así pues, para Husserl está claro que «en cuanto el otro se presenta como persona empírica [es decir como un hombre o mujer] se presenta también la subjetividad trascendental, en la cual se constituye esta persona» (véase Ha. VIII, 493). Precisamente por eso nos ha dicho Husserl, en el texto antes citado, que mientras no se haya practicado esta reducción aún no se ha superado la tensión entre el mundo y la representación, es decir, aún no se ha practicado la reducción trascendental; pues, si yo pongo al otro como hombre, tengo que pensar que tiene en sí una vida subjetiva en la que está constituida la representación del mundo, una representación del mundo distinta a la mía, por lo que reaparece la tensión entre la representación y el mundo. Ahora bien, si por la reducción me pongo a mí mismo como constituyente, ¿cómo no poner también al otro, que he puesto a través de la mediación de mi soma corporal como verdaderamente existente, como un otro trascendental? Por eso, concluirá Husserl que no son las experiencias concretas del otro lo que es llevado a reducción intersubjetiva, sino el horizonte social en el que siempre estamos, aunque para avanzar haya que estudiar siempre vivencias concretas, del mismo modo que para pensar mi subjetividad trascendental como perdurando en el tiempo, es decir, con su pasado, no he de practicar esa segunda reducción en un recuerdo, sino en el horizonte temporal mismo. Por todo ello dirá Husserl en el Epílogo a las Ideas, escrito ya en 1930, que la reducción trascendental sólo «cobra su pleno sentido cuando el descubrimiento fenomenológico del ego trascendental ha ido tan lejos que la experiencia de otros sujetos encerrada en él haya conseguido su reducción trascendental» (Ha. V, pág. 153). Mas esa reducción, ha dicho un poco antes (en la nota 2 de la pág. 150; en la trad. de Ideas, pág. 383), es «reducción de la coexistencia humana dentro del mundo a la intersubjetividad trascendental». Lo que hay que reducir es, pues, el horizonte social en el que vivimos.

Con esto, que no son más que indicaciones de una problemática aún sin cerrar en la crítica e interpretación de Husserl, creo que he cumplido ampliamente los objetivos de este capítulo, que, si se lee detenidamente, da sentido a la mayor parte de los conceptos del capítulo anterior, a la vez que ilustrará, al hacerse cargo de toda la complejidad del tema, las enormes dificultades que Husserl tuvo al partir del modelo de la epojé y del proyecto crítico en ella fundamentado; ya que sólo la epojé introduce un solipsismo que siempre persiguió a Husserl como un verdadero fantasma, que siempre renacía detrás de cualquier insospechado recodo. Por otro lado no es menos cierto que sólo la cuestión de la intersubjetividad da verdadera profundidad a los conceptos fundamentales de la fenomenología. Por eso espero, en todo caso, que lo explicado haya servido para comprender la importancia de este tema.

Por otro lado, no haría falta aludir a la dimensión intersubjetiva de la constitución; pues si la subjetividad madura en un nicho social, a partir del cual va constituyendo su propia habitualidad y su propio horizonte social, hay que tener en cuenta que la sociedad está organizada y tiene un mundo dado en una cultura. El mundo es el correlato de esa sociedad. Los esquemas de implicación le vienen al yo normalmente de su grupo social, por lo tanto de su cultura, pues, en definitiva, no son sino esquemas sociales de construcción social de la realidad, aunque también el yo tiene que constituir en sí mismo esos esquemas que le vienen dados por su cultura. Una vez tratado el tema de la intersubjetividad, a ella hay que referir la constitución, que por lo tanto tendrá su fase individual, en el sentido de que hay un proceso de adquisición e integración de esos esquemas en el sistema de hábitos del yo; y una fase social, que indicará el nacimiento o fundación originaria de una objetividad en la historia.

4.4 Explicaciones complementarias

Hemos visto hasta ahora el desarrollo de la fenomenología (Parte primera) y el conjunto básico de sus conceptos fundamentales. Pero aún nos queda algo decisivo, quizás aspectos de la fenomenología que, en la opinión pública que los profesionales de la filosofía tienen sobre ella, han quedado un tanto desplazados, incluso ignorados, hasta el punto que de esa ignorancia se hizo un dogma de la incapacidad de la fenomenología para tratar de ellos. Estos temas son fundamentalmente tres, el de la intersubjetividad o el carácter social del ser humano, el de la historia y el de la ética. En este curso vamos a dedicar los dos capítulos siguientes a los dos primeros, dejando para otro curso los aspectos prácticos en la obra de Husserl.

El tema de la intersubjetividad que vamos a bordar en esta unidad didáctica representa uno de los más polémicos, de los más ignorados y en todo caso peor entendidos de la fenomenología. Sobre este tema, sin embargo, he escrito ya varios textos, además he traducido algunos claves, que pueden leerlos en el libro *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón*, pp. 160-177. Se trata de textos que fueron publicados en 1973. Hasta entonces sobre la problemática de la intersubjetividad en la fenomenología de Husserl sólo se sabía por lo que se puede leer en la V Meditación cartesiana.

Sobre la intersubjetividad en Husserl se leerá también con provecho el capítulo 8 del libro de Isidoro Gómez Romero, *Husserl y la crisis de la razón*, que lleva por título: «Comunidad intersubjetiva universal y universo monadológico», pp. 154-176. Especialmente provechosas son las páginas 161-166. También pueden encontrarse interesantes consideraciones sobre el problema del "Otro" desde una perspectiva fenomenológica en el capítulo titulado «Los otros» del libro del profesor Fernando Montero *Retorno a la fenomenología*, pp. 483-497.

Preguntas

1. ¿Por qué es necesario, a su juicio, que la fenomenología salve el problema del solipsismo y afronte con decisión una teoría de la intersubjetividad?
2. Desarrolle la noción de intencionalidad implicativa y diga cuál es su importancia en la teoría de la intersubjetividad de Husserl.
3. Explique el proceso por medio del cual la reducción trascendental se transforma en reducción intersubjetiva.
4. ¿Cuál es la importancia del cuerpo, tanto en su modalidad de Körper como de Leib en la constitución del otro?
5. ¿Qué relevancia tiene la tesis husseriana de que el primer hombre no soy yo sino los otros en relación al tema de la constitución intersubjetiva de un mundo objetivo?
6. Según su opinión, y a la luz de lo que has visto sobre el tema de la constitución intersubjetiva de un mundo objetivo, la idea de racionalidad está inextricablemente unida a la de la existencia de semejante mundo común a todos?

5 Tema 10. Fenomenología e historia.

5.1 Introducción

Possiblemente es éste el tema de Husserl que más interés suscita, pero sería imposible entenderlo correctamente sin todo lo anterior. Ese ha sido ser el error más habitual. Por otro lado, en lo que concierne a este tema no es fácil hacer subdivisiones o, mejor dicho, es fácil hacer diversos epígrafes, pero los textos que dan cuenta de los mismos generalmente se solapan. Así, muchas de las páginas asignadas a los diferentes apartados son intercambiables entre sí, pues tocan frecuentemente la mayoría de los asuntos de los que habla el tema. Sin embargo, creemos que ello no supone un obstáculo para el lector, sino que, más bien, contribuye a darle una sólida visión de conjunto de este tema no demasiado bien tratado por la crítica filosófica cuando habla de Husserl. Más allá de esta advertencia se pueden indicar dos textos que nos parecen particularmente importantes a la hora de iluminar los puntos de interés señalados hace un momento. Ellos serán también una muestra elocuente de lo dicho sobre el entrecruzamiento de los problemas que se derivan al pensar la historia desde la fenomenología. Estos textos son la primera parte de *La crisis de las ciencias europeas*, que lleva por título: «La crisis de las ciencias como expresión de la crisis vital radical de la humanidad europea», pp. 3-19 de la edición castellana de la editorial Crítica. Un amplio extracto de los párrafos más importantes se encuentra traducido en el libro *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón*, pp. 193-200. El otro texto al que hacíamos referencia es la conocida «Conferencia de Viena» de 1935 y que lleva por título «La crisis de la humanidad europea y la filosofía», pp. 323-358.

De todos modos, no olvide que para este tema le bastaría con leer el capítulo IV entero de la Fenomenología como utopía de la razón, así como los textos complementarios de la sección 4, sobre todo los 4.2, 4.3, y 4.4 (este el que acabo de citar en el párrafo anterior). Le recuerdo que ahora puede encontrar el libro en la Editorial Biblioteca Nueva. También encontrará amplia información sobre este tema en mi libro *Para una filosofía de Europa. Ensayos de fenomenología de la historia*, también en Biblioteca Nueva.

5.2 La problemática de la historia en la fenomenología: el prejuicio de su ahistoricidad y el "segundo Husserl".

De *La fenomenología de Husserl como utopía de la razón*, pp. 107-111

El problema de la interpretación del último Husserl y su tema medular

Hemos mencionado varias veces la relación de la fenomenología con el contexto sociopolítico, indicando, además, que el punto que sirve de articulación de su filosofía a ese contexto debería servir, a su vez, de hilo conductor para comprender los conceptos husserlianos y su desarrollo interno. Pues bien, posiblemente sea la comprensión del lugar que ocupan los temas del llamado "último Husserl" o "segundo Husserl", la más necesitada de una perspectiva más sociológica, es decir, más relacionada con el contexto sociopolítico. En efecto, entre los intérpretes es muy frecuente hablar sobre el Husserl tardío, el último Husserl, el Husserl, en definitiva, de su obra última, el Husserl de *La crisis*, como si el

Husserl de esta obra fuera en sí mismo un "hecho" con un sentido pleno y diferenciable en el conjunto de la obra de Husserl, un Husserl, pues, radicalmente distinto del Husserl de las Ideas de 1913, o del de la Filosofía primera de 1923-1924 o incluso del de las Meditaciones cartesianas, escritas en 1929. Ese último Husserl, se suele decir, se diferencia de los otros porque está más atento a los problemas de la historia y de la vida, hasta el punto de que sólo en esa obra entra en juego el importante concepto de *Lebenswelt*, que es uno de los temas que más fortuna ha encontrado en la filosofía y, sobre todo, más aplicación en la filosofía de las ciencias humanas.

En este último capítulo vamos a tratar de desbloquear esa visión, que no sabe ver la conexión de ese Husserl último con el anterior y mucho menos captar la intención profunda de la fenomenología. Pues aun concediendo la trascendencia de la última obra de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*, para comprenderla es necesario conectarla con un marco más amplio. En efecto, creen algunos que tal obra, escrita a partir de 1935, sería una reacción a la creciente ola de barbarie que se abatía sobre Alemania y que el propio Husserl empezaba a notar precisamente por entonces. Otros piensan que podría ser una reacción a la obra misma de Heidegger, que habría obligado a Husserl a descender a un terreno más inmediato a las preocupaciones ordinarias de los hombres.

Pues bien, yo creo que el desbloqueo de la interpretación debe empezar por cuestionar esa presunta independencia de *La crisis*, de esa obra última de Husserl, para tomar como campo de análisis un período más largo, en el cual esa obra no sería sino el punto al que llega a partir de unas preguntas que no surgen en Husserl con motivo de la lectura de Heidegger, ni de la experiencia de los nazis; lo contrario implicaría, en mi opinión, un sociologismo muy mecánico, en absoluto acorde con la personalidad de casi ningún filósofo y mucho menos con la de Husserl. Si, pues, defendemos que el Husserl de *La crisis* no tiene sentido por sí mismo, aislado de un período más amplio, ¿qué período es ese?

A mi entender el Husserl que tiene sentido por sí mismo, que aporta alguna novedad sustancial, una problemática radicalmente nueva respecto a períodos anteriores, es el Husserl de después de la Gran Guerra del 1914, que coincide con el período que Husserl pasó en Friburgo de Brisgovia, tanto en activo como, después, jubilado. ¿Mas qué tema o temas radicalmente nuevos afloran en esta época? Quizá profundamente nuevos sólo uno, pero tan importante que todos los demás se van a constelar a su entorno, siendo el que llevará, quizás por su propia lógica, al desarrollo de las posiciones de la última obra de Husserl, *La crisis*. Ahora bien, a mi entender ha solidado pasar desapercibida la razón de ese tema nuevo, lo cual ha impedido comprender la conexión profunda de este Husserl con el anterior y, en última instancia, con el primero. Quizás sólo Landgrebe, quien colaboró con Husserl precisamente durante los años en que este enseñaba en Friburgo, haya sido de los pocos que alude a este aspecto, precisamente por haberse dedicado al estudio del tema de la historia en Husserl.

Ahora bien, ¿cuál es el tema profundamente nuevo que caracteriza la reflexión filosófica de Husserl de después de la guerra de 1914. Y ¿por qué este tema tiene tanta importancia como para definir un período en la vida de Husserl? Porque es notorio que cualquier trabajo intelectual de un pensador suele incorporar temas nuevos o dominios que antes no había roturado, sin embargo, no suelen suponer una reorganización de la problemática, sino que en ellos se suele tratar más bien de aplicaciones de una estructura conceptual previa a campos nuevos. Hay también temas nuevos que pueden alterar profundamente el conjunto del campo temático, no porque cambie la definición de los

conceptos, sino porque modifica el peso o el lugar que esos conceptos tienen. Pues bien, tal me parece que es el tema nuevo que aparece en el punto de mira de Husserl a principios de los años 1920 y que no abandonará hasta el final de su vida: este tema nuevo es la preocupación por el comienzo de la fenomenología. En torno a este tema, que aparece en el horizonte de Husserl hacia 1920, se constelan, a mi entender, todas las cuestiones fundamentales del Husserl de 60 años en adelante. Pero ese tema no sólo determina el resto de los puntos de esa época, sino que en él toma nuevo cuerpo, desplegándose con más precisión, la intención profunda de la fenomenología, que a partir de esa problemática llega a su plena concreción y se expresará con toda claridad en la última obra de Husserl, *La crisis*.

En efecto, ese tema es resultado del brutal dramatismo con que la crisis de la modernidad golpeó a Europa. La guerra de 1914, junto con todos los acontecimientos en torno a ella, hicieron ver a Husserl que la naturalización y cosificación de la conciencia, de las ideas y de la razón que él denunciara ya en 1910, por supuesto, años antes de que Lukács reivindicara la importancia de la cosificación de lo humano que denunció Marx, no sólo llevaba a contradicciones de carácter epistemológico, sino que en realidad eran síntoma de una enfermedad mucho más seria y profunda, pues en definitiva mostraba la bancarrota de Europa, como dirá en un manuscrito, en definitiva, el derrumbamiento de la cultura europea. La crisis de la cultura europea no era cuestión de eruditos e intelectuales, sino que había llevado a un terrible drama. En ese contexto aparece en primer término la pregunta por Europa: ¿qué es Europa? Y en la medida en que Europa no es un marco geográfico sino un espacio humano, un modo de vida, una posibilidad humana, ¿qué es el hombre europeo?, ¿es un hombre entre los demás? Es decir, ¿es el proyecto de humanidad diseñado en Grecia y del que Europa se siente heredera, uno más entre los diversos proyectos de las otras colectividades humanas, de las otras humanidades hasta el punto de ser indiferente para la humanidad conjunto específico que se derrumbe el proyecto de Europa?

Obviamente, en primer lugar habrá que clarificar cuál es ese proyecto; sólo entonces se tendrá una guía para comprender la crisis europea y las consecuencias del derrumbamiento de ese proyecto. Pues bien, a mi entender, y teniendo en cuenta el momento en que Husserl, define el proyecto europeo, ese es ni más ni menos el tema que subyace al Husserl de Friburgo y en ese contexto se asientan perfectamente, como iremos viendo, los temas que con más frecuencia aparecen en el quehacer de Husserl durante todos estos años a saber, el tema de la historia, la preocupación husserliana por la historia y la nueva preocupación por el comienzo de la fenomenología, que según hemos dicho, es el tema realmente nuevo y que más resalta, porque parece ser el tema que acapara el interés de Husserl durante la década de 1920. Precisamente la insistencia de Husserl en ese tema haya quizás despistado a los lectores de Husserl, al dar la impresión de que la preocupación fundamental de Husserl sería precisamente esa. A mi entender, ese es el tema realmente nuevo, pero no es sino un instrumento del tema básico que es el del proyecto de Europa.

5.3 *El yo trascendental como yo histórico.*

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 183-196

Puntos de inflexión: hacia la postura implícita (Para "el yo trascendental como yo histórico")

Las tensiones que atraviesan el primer marco conceptual de la fenomenología, lo que en otro lugar (ver La estructura del método fenomenológico, p. 268) he llamado «la teoría fenomenológica», no quedaron sin resolverse, si bien nunca lo hará Husserl de un modo

completo y definitivo. Si pensamos la fenomenología desde su estructura, su función y su principio fundamental, se puede decir que la intención de la fenomenología o la función que pretende cumplir de acuerdo a un principio -principio que de una manera u otro deberá estar presente ya en las *Investigaciones lógicas*- toma cuerpo en primer lugar en una estructura conceptual que plantea problemas, que llegarían incluso a impedir a la fenomenología cumplir su función. La intención de la fenomenología, la reconstrucción o recuperación de un sujeto racional, no es realizable en el marco conceptual constructivista y en el marco de la primera concepción de la epojé y la reducción. El mismo Husserl nos daría la clave: toda representación en cuanto tal es neutral y lo que construye el sujeto es una representación; mas a lo afectado con el índice de neutralidad no cabe preguntarle por su racionalidad¹, del mismo modo que no tienen sentido preguntar al lógico por la verdad de la proposición que toma como ejemplo. Si pues el motor de la fenomenología es la recuperación o reconstrucción del sujeto epistemológico en tanto que racional, la función de la fenomenología debe llevarla más allá de una etapa neutral. La trascendentalidad no puede ser neutral.

De aquí se derivan importantes líneas de desarrollo. En primer lugar la cuestión de la intersubjetividad se muestra de primordial importancia, porque la razón es «una idea de comunidad». Si en el modo de ejecutar la epojé pierde la intersubjetividad, toda la empresa se viene abajo, como en la *Grundproblemevorlesung* 1910/11 dice Husserl en relación a la puesta entre paréntesis (Ha XIII, 160). En segundo lugar, si la fenomenología es una filosofía crítica -crítica diseñada en el marco constructivista, es decir, en la teoría inicial de la epojé-, la crítica apodíctica esbozada en *La idea de la fenomenología* no es viable y no permitirá por tanto cumplir la función de la fenomenología.

Por tanto ya en la etapa de Gotinga iniciará Husserl una crítica de su primer marco conceptual, poniendo en cuestión en primer lugar el marco constructivista e inmediatamente la primera epojé; esta puesta en cuestión se hace profundizando en la noción de 'trascendente' que hay que poner entre paréntesis, por tanto volviendo a formular las exigencias críticas de la fenomenología. En efecto, ya en la *Grundproblemevorlesung* no postulará Husserl la puesta entre paréntesis indiscriminada de todo trascendente, sino solamente de aquel trascendente que en ningún caso puede 'darse fenomenológicamente'. Con esa exigencia se modifica profundamente la primera noción de epojé y cambia también el sentido de reducción. No se puede decir, sin embargo, que Husserl hubiera tomado conciencia del alcance de estos cambios; puede incluso que no fuera consciente hasta los años 20 cuando dice que lo pensado en esas *Lecciones* de 1910/11 le causó una gran impresión (Ha. XIII, 449). Y es que efectivamente ahí se anunciaba un nuevo marco conceptual que unido a la crítica del modelo constructivista, cambiaba profundamente el sentido de la fenomenología. La epojé dejará de ser la puesta entre paréntesis del mundo en un sentido indiscriminado, sino solamente la puesta entre paréntesis de aquella noción de mundo impregnada de objetivismo propia de la ciencia moderna que afecta e infecta toda la vida trascendental, convirtiendo al mundo de la ciencia en el absoluto. La reducción del mundo por su parte es la reconducción del mundo a su lugar de nacimiento, es decir, a la subjetividad trascendental en la que el mundo, y en general la realidad, toma el sentido mismo en el que aparece. Por eso podrá decir Husserl que una vez que se ha visto este sentido de reducción, «se supera sistemáticamente la abstención de la posición del mundo»². Se puede por tanto esbozar una fenomenología crítica, porque la reducción apodíctica dejará de significar aquella primera reducción a lo inmanente sin ninguna exigencia trascendente; de acuerdo a la importante lección *Einführung in die Philosophie* de 1922/23, la reducción apodíctica es el método para lograr

el apriori esencial de la subjetividad, es decir, aquel ámbito de necesidad inherente a la noción misma de subjetividad racional, siendo por tanto un instrumento para lograr el verdadero sentido de la trascendentalidad muy alejado de aquella neutralidad con que inicialmente pudo ser pensada la fenomenología trascendental.

Desde este momento la posición explícita de la relación a la antropología queda muy minada, porque lo que queda fuera del marco de la fenomenología es la noción trascendente mundana de ser humano, la noción propia de la ciencia y de la modernidad; la noción de ser humano como pura exterioridad, como frecuentemente dice Husserl, para lograr, por el contrario, un ser humano nuevo que tenga en sí el sentido de subjetividad trascendental obligada racionalmente, traspasada o idéntica con un apriori que es lo que realmente constituiría al ser humano y sin el cual no sería pensable.

Todo esto se va a acentuar desde dos perspectivas íntimamente conectadas entre ellas y que se desarrollan después de la Gran Guerra. Dicho con brevedad: La Gran Guerra supone para Husserl la irrupción de la historia en su vida y en su filosofía; con esta irrupción aparece una nueva ética y la idea de la filosofía fenomenológica como responsabilidad histórica. En este nuevo marco pero sobre todo bajo la idea de ética que Husserl desarrollará en el contexto de la idea de renovación necesaria después de la catástrofe de la guerra, aparece, se desarrolla y se profundiza la idea o teoría del yo. Según esta teoría el yo será sujeto de la historia en la medida en que es un sujeto de hábitos. Ahora bien, tanto la reflexión histórica como la reflexión ética con la nueva concepción del yo, suponen un nuevo y decidido punto de inflexión de la postura explícita que en mi opinión queda superada por el nuevo marco del problema.

Se podría pensar, sin embargo, que la cuestión de la historia sólo es una aplicación de un nivel anterior, de modo que en la consideración de la historia y de la ética sólo se tratará de un *Anwendungsproblem*, un problema de aplicación, en el que abandonaríamos la actitud trascendental descriptiva de lo constituyente para situarnos en el nivel de la actitud natural, o sea de lo constituido; en todo caso abandonaríamos el plano de la subjetividad trascendental para volver al nivel antropológico. La ética y la filosofía de la historia serían en este caso filosofías segundas frente a la filosofía primera. De todos modos hay que preguntarse si abandonamos realmente la subjetividad trascendental para volver a aquella humanidad que habíamos dejado por la epojé; hay que preguntarse si volvemos a la actitud natural, de modo que la fenomenología ética y la fenomenología de la historia se desarrollarían en el mismo nivel de ingenuidad que el de las ciencias de la actitud natural, o bien si se trata en esos casos de ontologías regionales.

Pues bien, la consideración tanto de la historia como de la ética no es secundaria, ni tiene el carácter de una ontología regional ni se desenvuelve en el nivel de la actitud natural; al contrario, estas consideraciones son imprescindibles para la filosofía trascendental, por la simple razón de que, siendo ésta una filosofía de una subjetividad trascendental constitutivamente histórica y responsable, la historia y la ética pertenecen necesariamente a la filosofía trascendental³. Ahora bien, tanto la una como la otra se dan en una esfera intersubjetiva y no solamente de la intersubjetividad como apriori de la subjetividad; tanto la una como la otra tienen lugar en el nivel de la intersubjetividad concreta, porque la constitución del yo es una constitución histórica y concreta en un contexto generativo social determinado y en un ámbito mundial preciso, sólo en relación al cual tiene la subjetividad un sentido. La subjetividad no es sino experiencia de este mundo, de la misma manera que este mundo no tiene sentido más que si hay una subjetividad. Por

eso puede Husserl exclamar en plena madurez, cuando tiene ya 62 años, que la historia es el gran hecho del ser absoluto, porque «cada ego tiene su historia y sólo existe en tanto que sujeto de una historia, de su historia. Cada comunidad comunicativa de los absolutos, de subjetividades absolutas, -en plena concreción, a la que pertenece la constitución del mundo-, tiene su historia 'pasiva' y 'activa' y existe sólo en esta historia» (Ha. VIII, p. 506).

La pertenencia a la historia como el hecho absoluto de la subjetividad trascendental es ciertamente también el misterio fundamental de la subjetividad trascendental. Esta concepción de la vida trascendental como una vida histórica es la mayor contribución de Husserl después de la Guerra. A partir de ese momento Husserl ya no sólo ensayará de reconstruir el sujeto necesario de la ciencia, un sujeto epistemológico que podría ser considerado trascendental por su carácter abstracto y universal; sino que tratará de presentar la fenomenología como una filosofía para la recuperación de una racionalidad histórica y personal; desde ese momento la ética y lo histórico pasan al primer plano.

La respuesta de Husserl a D. Cairns y Fink a la que antes hemos aludido debe comprenderse en relación con esta problemática. Según Husserl, en lo que concierne los fines últimos del yo trascendental, no es posible abandonar el nivel trascendental; puesto que los fines últimos pertenecen a la ética, la ética pertenece o es consustancial al yo trascendental. Es lo mismo que decir que después de la reducción el ser humano es un hombre nuevo⁴. Esta confesión de Husserl es muy importante, porque él hace depender de estos fines últimos la renovación cultural e histórica; la recuperación del sentido humano de la humanidad depende de esta renovación, lo que por otro lado es necesario para no caer en un «diluvio de escepticismo» o en la barbarie (ver Ha VI, p. 12 y 347). El descubrimiento del nivel trascendental histórico y ético -los fines últimos del yo trascendental- implica también el descubrimiento del sentido teleológico el ser humano. Yo no considero un azar que en estos momentos Husserl habla casi siempre de Menschen, Menschheit, o Menschentum, (ser humano, grupo humano y humanidad) A mi entender es un error pensar que habla de ese modo porque habría abandonado el nivel trascendental. El carácter necesario que para la trascendentalidad representa la historia y la ética prueban más bien lo contrario. El verdadero sentido de la humanidad, su carácter humano, su Menschentum, (su humanidad o carácter humano) radica en la trascendentalidad, de la que de ordinario no tenemos conciencia alguna en nuestra vida diaria, perdida en los intereses concretos que nos prescriben nuestra cultura y nuestra sociedad.

Se puede decir, sin embargo, que en las Meditaciones cartesianas y en la Sexta meditación cartesiana de Fink aparece claramente el sentido de la epoje como puesta entre paréntesis de la tesis del mundo, de la tesis de la actitud natural; esta puesta entre paréntesis se lleva a cabo por el yo que reflexiona, que desde entonces ya no puede ser el ser humano que pertenece a la actitud natural. Sin tratar de dar aquí una respuesta a los problemas planteados por la Sexta meditación cartesiana, justamente el de la fuerte separación entre los tres yos, conviene distinguir en la etapa de Friburgo de Husserl tres períodos en función del predominio de los diversos temas. Desde 1916 hasta finales de 1924 cuando Husserl vuelve a la ética, la ética y la historia están en el primer plano. En los años que siguieron, a partir de la elaboración de la diferencia entre la psicología fenomenológica y la trascendental, pero sobre todo a partir de la cuestión planteada por la filosofía heideggeriana, la preocupación de Husserl será de nuevo asegurar el sentido de su filosofía; para hacer esto, se esfuerza por volver a definir los conceptos fundamentales de la fenomenología; hasta cierto punto en este contexto Husserl volverá a la posición

explícita, olvidando la problemática de los años anteriores. Así en los años en torno a 1930, cuando Fink trabaja con Husserl, la postura explícita tomará de nuevo importancia. El tercer período será el de *La crisis*, a partir de la comunicación al Congreso de Praga en septiembre de 1934, que bajo el título «Crisis de la democracia», está en la base de los últimos desarrollos husserlianoss. Husserl, estimulado por la historia y por la política, volverá a las adquisiciones de los años de la posguerra y de nuevo se centrará su reflexión en la ética y en la historia. Por eso se puede comprender la insistencia de Fink sobre temas que parecen tener poca relación con la historia y con la ética; pero es que los problemas sobre los que Fink discutía con Husserl se referían antes a la arquitectónica de la fenomenología que a la historia. Pero en mi opinión la consideración de la ética y de la historia, mucho más presente en Husserl antes de que Fink fuera su ayudante, daban a los conceptos fundamentales de la fenomenología de entrada un aspecto histórico y ético, pero que podía pasar desapercibido tanto en las *Meditaciones cartesianas* como en la *Sexta meditación cartesianas*. Si se lee las notas de Husserl, inmediatamente se ve lo contrario. La crisis de las ciencias europeas de nuevo mostrará el sentido ético e histórico de la reflexión trascendental. Para Husserl la puesta entre paréntesis de la historia, consecuente a la teoría de la *Entmenschung*, (deshumanización) sólo podía ser provisional, como le dice él mismo en una carta a George Misch; era para poder hacer mejor las preguntas de la historia, y no porque la historia fuera secundaria.

También desde la teoría del yo podemos llegar a comprobar el carácter primordial de la ética y de la historia. No se ha prestado aún atención suficiente a lo que Husserl dice en las *Meditaciones cartesianas*, que el yo es un sujeto de hábitos. Ahora bien, la teoría de los hábitos es el resultado de toda una evolución de la reflexión husserliana sobre el yo⁵, en la que aparece que la autoconstitución del yo como sujeto de hábitos es en realidad constitución del mundo, por lo que la fenomenología de esta autoconstitución coincide con la fenomenología en general. Estamos por tanto en un nivel trascendental. Mas Husserl introduce la teoría de los hábitos en una perspectiva ética, porque la identidad del yo no sólo es una condición de la constitución del mundo sino también un ideal, el telos de una vida que Husserl comprenderá de un modo ético: «Husserl tratará, como dice Marbach, de concebir este yo como ideal práctico de una auténtica autoconservación. El yo, dice Husserl, busca (en tanto que yo) necesariamente la autoconservación en la que se incluye la intención -implícita- hacia el ideal de la subjetividad absoluta» (Husserl, en Marbach, 329).

Pero la teoría de los hábitos tiene también un sentido histórico; más aún, la teoría de la historia de Husserl toma su sentido en la teoría de los hábitos. Husserl distingue en la teoría del yo tres etapas, que, si en principio son individuales, tienen también un carácter histórico. La vida humana en general tiene una estructura doble; en primer lugar tenemos la vida directa de experiencia que conoce, desea o quiere y actúa; sobre esta vida directa, sobre este *Dahinleben*, se da una segunda estructura, la de mi yo reflexivo que, en una suerte de división (*Abspaltung*) de la vida directa, produce una especie de crítica normativa sobre la vida anterior, según normas o reglas culturales, sociales, históricas etc. Los actos resultantes de estas puestas apunto terminan por pertenecer como adquisiciones a la vida directa. Pero aún es posible una tercera etapa, en la que se daría una profundización de la reflexión, sometiendo la vida entera a una crítica total. Husserl habla entonces de una vida por crítica de la vida personal de la segunda etapa; se trata entonces de «una crítica de acuerdo a reglas absolutas, de un configuración del yo por la reflexión absoluta hasta llegar a un ser humano verdadero y absoluto» (Mn. A V 5, p. 21).

La cuestión que se debe plantear es la de saber si esta tercera etapa es viable fuera de la reflexión trascendental, es decir, de un reflexión que asuma el carácter apriórico necesario y esencial de la vida humana, en sus estructuras fundacionales y en relación a un mundo que realmente no tiene sentido sino a partir de esa vida; por consiguiente ¿no es esta reflexión incompatible con una actitud natural en la que el ser humano es puesto como una parte del mundo sometido a la cadena causal propia de la realidad? A mí me parece claro que esta concepción de la persona como autoconstituyente y autoconstituyente en un sentido ético es incompatible con esa actitud natural.

Estas tres etapas tienen para Husserl un trasfondo histórico; en la tercera etapa se trata de la fundación de la filosofía, cuya madurez se alcanza con la fenomenología. La segunda etapa sería la etapa específicamente humana, mientras que la primera, una vida que discurriría sin reflexión, por tanto sin compromiso consciente, sin yo en sentido estricto, sería una vida animal. Tenemos, por tanto, tres etapas, la etapa como especie, el ser humano como animal; luego el ser humano con la doble estructura mencionada, la actitud natural ordinaria en la que el yo se autoconstituye como una instancia de compromiso, de control e iniciativa, como un yo de actos; solamente la tercera etapa sería la etapa en la que se realiza el verdadero carácter humano, la verdadera Menschentum (carácter humano) que constituye el sentido teleológico de la historia misma. Las tres etapas son etapas de la historia de la subjetividad trascendental; por eso también habla Husserl de subjetividad trascendental en los animales. Pero la teleología de la subjetividad trascendental que nosotros somos encuentra su verdadero cumplimiento en la tercera etapa, de la que depende el sentido humano del ser humano.

Se ve así que la teoría el yo que unifica lo ético y lo histórico supera la teoría inicial al mostrar un carácter histórico donde al comienzo sólo aparecía un carácter estático. Si el ser humano era una parte del mundo y el sujeto trascendental, un punto de referencia fuera del mundo, origen del sentido del mundo, de la objetividad y de toda legalidad apriori, ahora tenemos un yo histórico en el que la trascendentalidad es el sentido mismo del ser humano según las etapas de su desarrollo; la trascendentalidad primera no es la misma que la de la segunda etapa, la propiamente humana; en ésta el yo actúa efectivamente, es decir, se pone conforme a normas que constituyen su propia historia y en la que surge un carácter apriori, una necesidad que garantiza la objetividad y sin la cual la historia humana no sería posible. La reflexión y la evaluación de la vida directa son una condición indispensable, el apriori histórico, como le llama Landgrebe, sin el cual el ser humano no es ser humano. Por fin tenemos la trascendentalidad reflexiva, que es la que permite al ser humano alcanzar su verdadero carácter al proponer precisamente la trascendentalidad, es decir, la vida según la razón pura libre, como el principio o la norma de todas las normas.

Yo creo que siguiendo estas ideas se puede comprender la dimensión dinámica de las relaciones entre la fenomenología y la antropología. La antropología aparece al principio como el saber de una realidad opaca y deformada cuyo verdadero sentido sería mostrado por la fenomenología, en la que se ve que la trascendentalidad es el verdadero sentido del ser humano. La fenomenología es entonces necesaria para la creación del hombre nuevo, lo que es la teleología del ser humano en cuanto tal. Por la fenomenología sabemos que la primera antropología era limitada, mientras que una verdadera antropología debe partir de un concepto de ser humano que lleve en sí el sentido trascendental. La primera antropología, que determina la diferencia con la fenomenología trascendental, queda por tanto superada. Entonces aparece la fenomenología trascendental como el estudio reflexivo de las estructuras apriori esenciales de la subjetividad sólo a partir de las cuales puede ser

pensada la ciencia y el ser humano como ser humano. Si la primera antropología no puede comprender el verdadero sentido del hombre, si por tanto desde ese momento es una antropología parcial, la fenomenología trascendental aparece como la filosofía que reconstruye el verdadero sentido del ser humano. Sólo ella merece entonces el título de auténtica antropología. Y puesto que la superación de la primera noción de antropología se lleva a cabo en una perspectiva histórica, querría terminar diciendo que la fenomenología trascendental vive de una igualdad con la antropología de la que parte y a la que toma como meta. El verdadero ser humano es el sujeto trascendental, pero la trascendentalidad al comienzo no es sino una teleología implícita operativa; por esta razón trascendental significa hacerse trascendental; esa es la posibilidad auténtica que descubre la fenomenología. La fenomenología es una filosofía del ser humano, con tal que liberemos al ser humano del horizonte moderno para comprenderlo de una manera personal

5.4 La reducción al mundo de la vida (*Lebenswelt*) como un mundo histórico.

De La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte, pp. 40-52

Para el concepto de mundo de la vida

En la explicación anterior hemos diferenciado claramente dos etapas de la fenomenología ya después de las Investigaciones lógicas, e.d. ya en la etapa de la fenomenología trascendental, una la que se dedicará a la descripción y análisis de la vida de experiencia y una segunda que tratará de emplear esa descripción para una fundamentación filosófica y para la resolución de los grandes problemas planteados en la filosofía tradicional. Esta dualidad de la fenomenología trascendental es básica y está expresamente expuesta en las Meditaciones cartesianas, libro de la última etapa de Friburgo. En términos generales esto es a lo que Husserl se refiere al distinguir una filosofía primera, que abarcaría lo que hemos expuesto en el capítulo anterior y una filosofía segunda, que se dedicaría al estudio de esos grandes problemas, a lo que Husserl llamará la metafísica. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial impuso, más que un cambio en las consideraciones de Husserl, una atención mayor a los problemas inmediatos de la vida humana, ampliando el marco epistemológico en el que la fenomenología se había puesto en marcha¹. Ahora bien, esta ampliación no dejará indiferente a la noción de filosofía primera que hemos visto sino que introducirá importantes modificaciones que han de terminar por hacer de la fenomenología el movimiento de inspiración de un gran número de pensadores de la más plena actualidad. La mayor modificación vendrá de la necesidad de introducir la consideración del carácter histórico del sujeto trascendental, lo que parece estar en plena contradicción con la intención primera de la fenomenología, que partía aparentemente de lo contrario, del intento de eliminar del sujeto de la ciencia las vacilaciones, inseguridades y relativismos que la historia, e.d. la realidad humana, introduce.

La Gran Guerra descubre a Husserl que la Historia es el gran problema, incluso el gran misterio de la subjetividad trascendental. Pues ¿cómo conciliar el carácter aparentemente suprahistórico de los logros de la lógica o de la matemática, e incluso, aunque sea como aspiración, el carácter suprahistórico que pretende el derecho y la moral, que se presentan exactamente como independientes de las contingencias históricas, pues los crímenes, por

ejemplo el holocausto nazi, son crímenes independientemente de la historia, con el hecho de que la subjetividad sea radicalmente histórica, lo que significa que tenga un nacimiento, que madure (que aprenda a conocer, a valorar y a actuar) en un contexto familiar sometido a profundas variaciones históricas, y que vaya a morir? Resolver esta aparente contradicción es la tarea de la última etapa de la fenomenología, que por otro lado Husserl la lleva a cabo fundamentalmente en el contexto de una reflexión moral y política, es decir, aplicando la fenomenología para intentar pensar y orientarnos sobre la crisis cultural que la Gran Guerra había puesto al descubierto. En este sentido la aplicación de la fenomenología no es una mera aplicación de una fenomenología ya madura, sino una aplicación que va obligando a profundizar en el carácter mismo de la fenomenología.

Este camino lo recorre Husserl en dos etapas relativamente diferenciadas, o si se quiere en dos movimientos de la reflexión que se encadenan en cuanto al sentido, aunque no en cuanto al tiempo, pues el primero procede de los años inmediatos a la Gran Guerra, más en concreto, de los terribles años de la postguerra alemana, cuando Husserl vive el fracaso de la cultura europea; mientras que el segundo está ya en relación con el peligro de la derrota del pensamiento a manos del nacionalismo, lo que supone la abdicación del pensamiento respecto a su cualidad fundamental, la autonomía que tiene frente a los poderes constituidos, e.d. frente a la historia. El máximo ejemplo que entonces tenía Husserl de esa derrota y sometimiento del pensamiento al servicio de los poderes fácticos, -léase, al servicio de Hitler-, era justamente el pensamiento y la persona misma de Heidegger².

En la primera etapa Husserl se esforzará por descubrir las raíces éticas de la crisis europea, para lo que le será necesario iniciar una reflexión sobre el sentido ético de la noción de Europa, por tanto el sentido ético del carácter humano europeo o de la humanidad europea, y en este contexto descubrirá, primero, la necesidad de postular la renovación, e.d. la recreación del ser europeo desde exigencias éticas. Por eso en estos años de la posguerra la reflexión fenomenológica pondrá un marcado énfasis en la constitución de la persona humana, para ver el lugar de la ética. Ahí va a surgir una muy importante ampliación del concepto de subjetividad trascendental, que no sólo será el polo subjetivo de la estructura absoluta, de la que hemos hablado antes y que, según veíamos, era el resultado de la reducción trascendental. Ahora Husserl, a la luz de sus análisis éticos, verá que la subjetividad trascendental que es el ser humano tiene una teleología racional, e.d. que está animada por un movimiento en el que tiende a tomar o asumir como dado y fundado tanto lo que se refiere a lo que cree saber (el ámbito teórico) como lo que se refiere a lo que debe hacer (el ámbito práctico: moral y político), por lo que puede responder de ello desde sí misma, e.d. dar razón. La subjetividad trascendental que Husserl pone en juego en esta etapa es ésta, e.d. una subjetividad trascendental traspasada por la teleología de la autorresponsabilidad teórica y práctica.

Ahora bien, a estas conclusiones llega Husserl en una reflexión referida al fracaso de Europa y a la necesidad de la renovación europea y en general humana. En efecto, lo que caracteriza a Europa es el haber asumido como principio básico de su cultura esa idea, cuyo desarrollo más patente no es otro que la filosofía griega y posteriormente la cultura renacentista en la que se revive el espíritu clásico, convirtiendo la autonomía teórica y práctica, que es básica de la teleología anterior, en ejes de la vida europea. El estudio del desarrollo de esa filosofía hasta llegar a la fenomenología es un motivo fundamental de esta época, en la que también expondrá Husserl una idea clave de la filosofía fenomenológica de esta época, la conexión entre la teoría y la práctica. En efecto, en uno

de los primeros escritos de esta época de Friburgo dice que la dirección de la respuesta a las preguntas teóricas puede y debe ser decisiva para el establecimiento de objetivos para la vida personal, e.d. que lo que pensemos del ser humano en cuanto ser teórico tiene consecuencias prácticas³. Esto nos da una pista para entender la raíz antropológica tanto del psicologismo como de su refutación. Por eso es tan importante tener claridad en torno a estos problemas y por eso insistirá Husserl en la importancia práctica de la fenomenología, hasta el punto de que en un foro tan importante como el University College de Londres afirmará la pertenencia de la reflexión filosófica al ámbito de lo ético, del que es una rama, si bien también el hacer filosófico es medio necesario para el hacer ético en general⁴.

Sin embargo, a pesar de que esta reflexión se hace en el contexto del pensamiento del fracaso de Europa, porque Europa está enferma, no existe aún un estudio profundo de las raíces de ese fracaso. Tendremos que esperar a la última etapa mencionada para encontrar un estudio del carácter de la crisis europea y de la génesis de esa crisis, lo que expone Husserl en su última obra, escrita en la incertidumbre del mundo nazi y ya cuando había rebasado los setenta y cinco años de edad, *La crisis de las ciencias europeas*. Y con esta obra nos pasa como con la reflexión ética anterior, que siendo aparentemente una aplicación de la fenomenología, en ella se configura un cambio fundamental en el concepto de subjetividad trascendental. El último libro de Husserl, posiblemente el más actual y de más éxito de toda su obra, es aparentemente una nueva introducción a la fenomenología, como si sólo fuera un nuevo acceso a los diversos conceptos de una fenomenología que Husserl ya tuviera madura. En él, sin embargo, aparece en su plenitud una nueva problemática, en concreto la del mundo de la vida o *Lebenswelt*, que será el último concepto que Husserl ofrezca a la filosofía contemporánea.

El tema del *Lebenswelt* es, a pesar de todo, un tema relativamente escurridizo, quizás por el éxito mismo que la filosofía contemporánea ha concedido a este concepto. En primer lugar hay que tener en cuenta que, siendo tal vez el último en aparecer, no es un concepto ausente en la filosofía de Husserl, incluso se puede decir que es fundamental en la fenomenología. Por tanto es necesario, para terminar de entender la filosofía de Husserl, averiguar el lugar que el *Lebenswelt* ocupa en ella, para lo cual es preciso saber ante todo qué es el mundo de la vida y qué papel desempeña en la arquitectura de la fenomenología. No son pocos, en efecto, los equívocos al respecto, pues es frecuente comprender ese concepto desgajado de todo el intento de la fenomenología de pensar una ciencia en sentido estricto, e.d. una ciencia en autorresponsabilidad absoluta, que además tiene que servir de modelo, en lo que concierne a la autonomía teórica que debe caracterizarla, también para la autonomía práctica. Sólo desde esta consideración se ha de profundizar en los diversos caminos que ha seguido este importante concepto, en torno al cual se va a aglutinar parte de la diversidad del pensamiento contemporáneo.

En el concepto de mundo de la vida se aúnan varias parejas de problemáticas que es conveniente desenmarañar y que están en el centro de las preocupaciones filosóficas de la actualidad. En primer lugar y por seguir el orden mismo de la exposición de Husserl en *La crisis de las ciencias europeas*, tendríamos la oposición mundo de la vida/mundo científico, donde nos encontramos con la oposición o el problema del mundo ordinario y su tecnificación o domesticación (haciéndole perder toda enigmaticidad) por productos teóricos, al pensar el mundo ya como explicado por las teorías de la ciencia, y por productos prácticos, al estar nuestro entorno totalmente habitado y controlado por la técnica, procedentes todos ellos de la ciencia.

En efecto, nuestro mundo actual es un mundo que sólo lo entendemos desde lo que nos dice la ciencia; para nosotros está ya interpretado y explicado por la ciencia, ha dejado de ser un enigma, un misterio. En segundo lugar, está también domesticado, controlado por la técnica, que es el resultado de la ciencia. También desde esa perspectiva ha dejado de ser una fuente de peligrosidad. El mundo científico ha descendido hasta el mundo de la vida prácticamente hasta convertirlo en algo irreconocible sin ciencia. Nuestro mundo de la vida, el mundo en el que vivimos, es el creado por los científicos, técnicos e ingenieros, hasta el punto de que han logrado que olvidemos que en realidad el mundo científico no es originario, no es el mundo del que tomamos el sentido de lo real. La tierra en la que vivimos no es el planeta que gira alrededor del sol, sino el suelo que nos sustenta y vemos a nuestro derredor. Mas cabe preguntarse si esta situación, propia de nuestro siglo, no tiene ninguna consecuencia, si no presenta ningún lado problemático. La ciencia moderna trata sólo de los hechos y sus relaciones. Eso significa que para ella la cuestión del sentido del mundo o de los valores de la vida no entra en consideración. Mas entonces, la pérdida de sentido o ausencia de sentido del mundo y de la vida con que la ciencia se habituó a convivir se ha traspasado al mundo mismo ordinario, a medida que éste se tecnificaba o se convertía aparentemente en un mundo producto él mismo de la ciencia y tecnología.

El olvido del mundo de la vida provocado por el objetivismo, es decir, por la exigencia metodológica de la ciencia de tener en cuenta sólo los hechos, con la desorientación y empobrecimiento humanos que esta situación implica, no puede quedar sin consecuencias. Porque detrás de esa colonización del mundo de la vida por el mundo científico, por un mundo dominado por los hechos, se introduce una imagen del hombre sumamente peligrosa, una imagen del ser humano como ser de meros hechos⁵, sin valores, sin ideales a los que someterse y que intentar realizar, con lo que la idea del ser humano promovida por esa situación no puede menos de ser políticamente peligrosa, porque transmite un desprecio total de los seres humanos como nunca se había dado antes. Con esto la crisis epistemológica se ha convertido en una crisis antropológica.

No es necesario advertir que esta situación que Husserl descubría y describía en los últimos años de su vida no sólo ha seguido en los años posteriores, sino que se ha afianzado. Por eso ahora estamos viendo esas consecuencias. La primera no se ha hecho esperar muchos años. La creencia y confianza absoluta en que la ciencia resolvería todos nuestros problemas, la confianza ciega por tanto en la tecnología, ha llevado a extender esa colonización del mundo de la vida hasta extremos tales que ha terminado por poner ya en peligro la propia subsistencia de la especie. El olvido de que en definitiva el mundo de la vida debe ser de la vida puede destruir el mundo como un mundo adecuado para la vida. La problemática del *Lebenswelt* lleva a plantear directamente la situación de nuestra cultura y civilización desde la perspectiva abierta por Husserl con este concepto.

Pero ese tema nos lleva a otro inmediatamente, también enraizado en la forma en que Husserl concibió este término básico de su filosofía, la relación entre Europa y los otros pueblos, o entre la cultura europea y las otras culturas. Este tema ya había salido en la primera etapa de Friburgo, como antes lo hemos dicho, cuando Husserl tematiza directamente la cultura europea como una cultura filosófica⁶; pero ahora se plantea desde el concepto de mundo de la vida y de su olvido en la cultura europea. Por eso ahora se lo plantea desde tres perspectivas, que hacen que la fenomenología de Husserl sea uno de los ensayos más amplios y fructíferos a la hora de comprender el sentido de Europa. En primer lugar es necesario preguntarse por el valor de la cultura europea en cuanto una cultura que ha decidido poner como principio básico de su vida la racionalidad descubierta en Grecia y

que hace que la cultura europea, como ideal, sea globalmente considerada una cultura filosófica. La pregunta que surge inmediatamente es si la cultura europea, por esa decisión, tiene algún privilegio sobre otras culturas que no han iniciado ese camino sino que han permanecido más vinculadas a las tradiciones, por ejemplo, de carácter mítico. La tesis de Husserl, sumamente discutida y criticada, es que de un modo u otro esa decisión europea constituye una meta para toda la humanidad. Europa, en ese y sólo en ese sentido, dice Husserl, es el telos de la humanidad.

Pero hay otro punto básico en la consideración de Europa con relación a otras culturas. La racionalidad filosófica inicial que en Grecia se convierte en directriz básica, lleva después, ya en la Edad Moderna, a un olvido del mundo de la vida hasta hacer peligrar el mismo mundo como un mundo apto para vivir y en segundo lugar, la elevación de la racionalidad propia de la ciencia a ideal de toda racionalidad implica la promoción de una idea de ser humano en la que éste ya no cuenta como un valor, sino sólo como un mero hecho del mundo. Ahora bien, la racionalidad de la ciencia que ha terminado por configurar nuestro mundo de la vida europeo, lo ha hecho en un proceso que por una u otra razón parece ir abarcando a todos los pueblos de la tierra. Desde esta perspectiva es urgente el estudio de los peligros inherentes al modo cómo la ciencia se ha adueñado de nuestro mundo de la vida, porque ya no se trata sólo de una crisis de nuestra cultura y civilización, sino de todo el mundo. La crisis de la humanidad europea, por el olvido de su mundo de la vida, es sin más una crisis de la humanidad. Por eso, en la medida en que la ciencia y la tecnología que en ella se basa es un fruto de la época moderna europea, un tema que surge del planteamiento husserliano es estudiar la relación de lo que en la historia ha sido simultáneo, la ciencia y la cultura europea, es decir, hasta qué punto Europa es ciencia y tecnología. Mas en esta discusión lo que en definitiva está en cuestión es el valor universal o no de la Ilustración o si se quiere el valor universal de la racionalidad occidental propia de la Edad Moderna.

Con ello es necesario preguntarse otra vez por el lugar de Europa, ¿qué Europa, qué racionalidad sería meta de toda la humanidad? ¿No hay culturas que tal vez han sabido mantener un contacto más inmediato con el sentido de la vida y con el valor de la humanidad? La cuestión de Europa obliga a abrirse al estudio de otros modelos de racionalidad y al estudio de la relación de la ciencia y de su racionalidad con el mundo de la vida. Pero esto nos lleva al tercer punto del enfoque fenomenológico de la relación entre Europa y otros pueblos, pues para ese estudio es necesario poder comprender otros mundos de la vida; ¿es eso posible? ¿puedo salir de mi mundo y acceder a otros mundos? De todas maneras la respuesta a esta última pregunta no se puede hacer sin un detenido estudio de qué es nuestro mundo, nuestro mundo de la vida.

Con esto entramos en otro tema fundamental y básico de la actualidad contemporánea, el de la postmodernidad, que también está en íntima conexión con este concepto de *Lebenswelt*. Se entiende por postmodernidad la época actual en la que se han superado el entramado conceptual propio de la Edad Moderna, fundamentalmente el concepto de racionalidad y de sujeto propio de la Modernidad. Ahora bien, la puesta en primer término del mundo ordinario de la vida, donde priman múltiples conceptos de verdad, pues ésta depende de los compromisos políticos, religiosos, vitales etc. de cada uno; donde, por tanto, la racionalidad no puede ser única, pues depende también de las metas e intereses de cada uno, -la verdad y la racionalidad del empresario son profundamente distintas de la verdad y racionalidad del trabajador-, es decir, de la imagen del mundo que se tenga, afecta directamente a las pretensiones de racionalidad y verificación propias de la ciencia

moderna, convirtiéndolas en una más de las muchas existentes. La ciencia y sus productos no son sino unos objetos culturales logrados por unos seres humanos en una actitud propia cuya principal característica es el tomar del mundo sólo aquellos aspectos que no tienen en cuenta nada de lo humano específico. Esa actitud sirve para producir teorías con las que somos capaces de manipular las relaciones entre los fenómenos del mundo de la vida, en la técnica, pero jamás estaría permitido erigir ese modo de proceder en modelo para todo proceder humano. La misma relativización que hay que aplicar a la ciencia, se aplicaría a las pretensiones de la filosofía occidental, lo que será una tesis propia de la postmodernidad, en lo que la postmodernidad va, por supuesto en mi opinión, más allá de Husserl.

En todo caso la propuesta husseriana del mundo de la vida lleva a preguntar globalmente por las características del Mundo Moderno y correlativamente por las de un mundo que eventualmente pudiera sustituirlo, es decir, por las características deseables de un Mundo postmoderno, o incluso, a preguntarnos si ese mundo postmoderno no ha surgido ya en parte, precisamente como una reivindicación de la importancia insustituible del mundo de la vida con sus múltiples perspectivas, valoraciones, y con la enorme variedad de mundos y culturas que el mundo actual nos muestra, y en el que de todas maneras han fenecido ya las ideas más representativas de la modernidad.

Todo esto orienta sobre la amplitud del concepto y de la problemática del *Lebenswelt* en la medida en que en él se anudan las oposiciones que he mencionado en los últimos párrafos, la oposición entre mundo científico/técnico y mundo de la vida. La oposición, en segundo lugar, entre mundo moderno y mundo no moderno, o entre la cultura europea y las otras culturas. Y en tercer lugar y como desarrollo de esta última oposición, nos vemos obligados a preguntar si ese mundo no moderno es o tiene que ser pre- o post-moderno.

Ahora bien, para abordar el estudio de estas oposiciones Husserl propone un doble sentido en el *Lebenswelt* o mundo de la vida, a saber, como mundo particular de un pueblo determinado, -o incluso como mundo particular dependiente de unos intereses o metas precisos de un grupo-, e.d. como mundo culturalmente determinado, resultado de las metas e intereses que nos aporta la cultura y que depende de las múltiples circunstancias históricas, geográficas, demográficas etc. que inciden en la configuración de la cultura de un pueblo, mundo de la vida que es en sí mismo particular y múltiple, como se ve por la enorme diversidad de culturas existentes en la Tierra. A ese mundo pertenecen todos los productos de los seres humanos, incluida la ciencia y la filosofía. Obviamente el hecho de que aparezcan en este mundo como un producto más, por ejemplo, como libros, relativiza tanto la ciencia como la filosofía. Pero por otro lado tenemos que todos esos mundos particulares han de tener algo en común, de modo que todos ellos han de ser mundos humanos. Esos rasgos comunes constituirían el mundo de la vida como *a priori* histórico, es decir, como una estructura que ha de estar presente, por tanto, en todo pueblo, en toda cultura y en toda variación histórica.

Un problema arduo y decisivo es el de si tanto la ciencia como la filosofía que pertenecen a un mundo particular, no serán realmente productos más bien referidos a esa estructura común que subyace a todos los mundos particulares. Solo así podríamos romper el relativismo que se anuncia desde el primer concepto de mundo de la vida. En mi opinión es fundamental tener en cuenta esta duplicidad inherente al concepto de *Lebenswelt* para hacerse cargo de la problemática filosófica de la actualidad y para poder abordar los problemas que hemos enunciado en los párrafos anteriores. De todas maneras, Husserl no terminó su última obra, la que trata del mundo de la vida, y eso hace que todos estos temas

permanezcan en la fenomenología más como preguntas que hacerse que como respuestas dadas, aunque sean preguntas en todo caso que han dirigido decisivamente la filosofía de los últimos años. Sin embargo Husserl ofrece una respuesta desde su fenomenología.

En efecto, aún tenemos que preguntarnos, ya para terminar, si esta última etapa de la filosofía de Husserl termina con esta exposición, compleja y difícil, del tema del *Lebenswelt*, de modo que los temas fundamentales anteriores pasaran a segundo plano. Ha sido habitual pensar eso. Sin embargo, la problemática del *Lebenswelt* no es sino preparatoria para el gran salto, el gran salto al estudio de la subjetividad trascendental teleológicamente autorresponsable y que por tanto tiene como principio fundamental de su ser la racionalidad. La apuesta por esta racionalidad, teórica en la ciencia, y práctica en la moral y en la política, que sólo así será universal, es la apuesta de la fenomenología frente a cualquier particularidad. Por eso es muy importante la consideración de esos dos niveles del concepto de mundo de la vida, porque si estamos sometidos a la particularidad, (nacionalidad, lenguaje, diferencia sexual, de clase etc.), también participamos de la estructura universal común del mundo de la vida, por la cual conectamos y comunicamos con todos los demás.

Esto tiene una consecuencia fundamental de cara a una orientación en la política, pues desde esta postura de la fenomenología sólo son moral y políticamente asumibles los mundos de la vida particulares que respeten los mundos de la vida de los otros. Dicho en otros términos, sólo son moral y políticamente asumibles las diferencias que permitan otras diferencias, no aquellas diferencias que por ser diferentes anulan las otras diferencias. La base fundamental de esta moral y política está en el hecho fundamental de que todo ser humano es una subjetividad trascendental teleológicamente traspasada por la exigencia racional. La racionalidad no es un privilegio de unos, sino que es la raíz misma del ser humano. En la medida en que el filósofo, y ya en particular, el fenomenólogo tiene como profesión por vocación (en alemán dice Husserl en un hermoso juego de palabras *Beruf aus Berufung*)7) esta responsabilidad por el ser humano de la comunidad humana, es, dice Husserl, un funcionario de la humanidad, trabaja para la humanidad en cuanto tal, debiendo ser, por tanto, el portavoz de los intereses supremos de los seres humanos en cuanto seres humanos.

5.5 Filosofía de la historia de la fenomenología: el concepto de Europa.

De La fenomenología de Husserl como utopía de la razón, pp. 112-123
Europa como cultura filosófica

Vamos, pues, a empezar nuestra exposición con el estudio del significado de Europa desde lo que Husserl llama una cultura filosófica. No deja de llamar la atención el hecho de que el primer apunte de la problemática que acabamos de anunciar lo publicó Husserl en el *Japanisch-deutsche Zeitschrift für Wissenschaft und Technik* (Revista japonesa alemana para la Ciencia y la Técnica), de 1923. Este escrito es, por otro lado, el primero que publicó Husserl después de *Ideas*, de 1913, y de la segunda edición de las *Investigaciones lógicas* con un nuevo prólogo. El escrito aludido permaneció obviamente desconocido, incluso para muchos intérpretes posteriores; resulta, sin embargo, clave para entender la problemática husseriana de después de la guerra de 1914.

¿Qué es una cultura filosófica?: una cultura filosófica no es sino la cultura determinada por la idea filosófica; mas esta idea filosófica consiste en lo siguiente: «El carácter fundamental de la ciencia griega que parte de Tales es la filosofía: desarrollo sistemático de un interés teórico liberado de todas las demás distracciones, el interés por la verdad sólo por la misma verdad» (Ha. VII, p. 203).

Ahora bien, esta filosofía ya no es un producto cultural entre los demás que componen una cultura, sino que «prepara para el desarrollo de la totalidad de la cultura un giro que ella le opone como conjunto de una clasificación superior» .

Con el nacimiento de la filosofía parece existir una especie de emergencia de una nueva situación que afecta a todos los ámbitos de la situación anterior, hasta el punto de que todos los temas de la cultura terminan sometiéndose al interés filosófico. Entre esos temas, obviamente y con preferencia, está el de la propia realidad humana, la pregunta por la autenticidad y legitimidad de sus fines y medios para obtenerlos, el sentido, por lo tanto, de su vida. La filosofía afecta, pues, tanto a lo teórico como a lo práctico.

Ahora bien, ¿qué significa esa filosofía, esa nueva cultura filosófica, que termina abarcándolo todo? Husserl es muy claro y, en línea con todo lo que llevamos dicho, asegura que en filosofía se busca una totalidad de «ideas normativas absolutas, que deben determinar, principalmente desde su validez incondicional e inatacable, la acción humana en todas las esferas» ; es decir, debemos buscar una fundamentación de nuestras acciones en ideas que no dependan de nada más que de sí mismas, que lleven la razón en sí mismas. Eso es lo que significa la palabra "absoluto". Tales ideas quizás han estado actuando ya antes de su intuición pura y de su configuración teórica, pero sólo producirán una «humanidad auténtica» , si son elaboradas conscientemente de forma que manifiesten su plena legitimidad; pues, según Husserl, eso es: «Una humanidad madura que en cuanto tal tiende a vivir siempre en vigilante autorresponsabilidad; que en todo momento está dispuesta a seguir la "razón", a regirse a sí misma sólo por normas pensadas e intuidas por ella misma» (Ha. VII, pág. 204).

La filosofía es, obviamente, la encargada de llevar esa humanidad, que de un modo inconsciente tendía hacia esa situación, a plena conciencia. Porque «un desarrollo de la humanidad verdaderamente humano va no es posible en el modo de un crecimiento meramente orgánico, pasivo y ciego; sólo es posible, por el contrario, desde una libertad autónoma, y en primera verdaderamente autónoma» (ob. cit., p. 205).

Pues bien, la filosofía tiene el extraordinario cometido de mostrar «desde una racionalidad que se ha de imponer de un modo por sí mismo obligatorio, que la cultura histórica que ha nacido de un modo natural sólo puede tener la forma de desarrollo de una cultura verdaderamente humana en la forma de una cultura moldeada y fundada científicamente, y -hablando de un modo ideal- en la forma de una cultura filosófica que se comprende a sí misma definitivamente desde una racionalidad última y por tanto, que se legitima y configura prácticamente desde principios absolutos evidentes» (ob. cit., p. 205).

No es otro el intento de la filosofía, esa filosofía que aparece por primera vez en Grecia y cuya historia habría que escribir desde la alta función que le corresponde en la humanidad. Ahora bien, Europa se siente heredera de la cultura filosófica; Europa es o pretende configurarse según esa cultura filosófica: «En este sentido el carácter fundamental de la cultura europea muy bien puede ser designado como un racionalismo y su

historia puede ser considerada desde la perspectiva de la lucha por el logro y configuración del sentido que le es inherente, de la lucha por su racionalidad. Pues toda lucha por una autonomía de la razón, por la liberación del ser humano de las ataduras de la tradición, por una religión "natural", por un derecho natural, etc., son en última instancia, luchas o llevan a luchas por la función normativa universal de las ciencias que deben ser continuamente fundamentadas, y que abarcan finalmente el universo teórico. Todas las preguntas prácticas ocultan en sí preguntas por el conocimiento [de los fines y su legitimidad] que a su vez pueden ser convertidas en cuestiones científicas, La pregunta incluso por la autonomía de la razón como principio cultural supremo debe ser planteada como una pregunta científica y decidida con un carácter científico definitivo» (ob. cit., pág. 207).

Esta es la postura husseriana en 1922. Husserl está firmemente convencido de que Europa es un proyecto de racionalidad universal, una racionalidad que Husserl no niega a los otros pueblos; sólo que en Europa los hombres han tomado conciencia refleja de su capacidad racional. Europa es un proyecto de configurarse desde la razón, desde una razón autónoma, es decir, desde una razón que aparece en el ejercicio racional libre de la colectividad.

No creo que todos estos principios sean especialmente nuevos en Husserl. No sería difícil sacarlos del artículo de Logos de 1910-1911, La filosofía como ciencia estricta. Pero a partir de ahora Husserl descenderá al estudio concreto de los avatares de la racionalidad en Europa. En todo caso, en el trabajo de 1922 aparecen ya algunas ideas decisivas de la filosofía de la historia husseriana, que explícitamente también saldrán en el último texto sobre La crisis. Resumamos estas ideas básicas. La filosofía representa una nueva etapa en la historia de la humanidad; se trata además de una etapa necesaria para proseguir un desarrollo humano; esta nueva etapa, que podemos llamar, de la racionalidad refleja, de la racionalidad autoconsciente de sí misma, supone que en etapas anteriores se ejercía una racionalidad implícita, la que explicaría ese progreso tecnológico y. cognoscitivo que siempre ha caracterizado a la humanidad desde los albores de su nacimiento. Pero frente a esas etapas, la de la racionalidad refleja, la de la cultura filosófica, que es la seña de identidad de Europa, supone una nueva etapa que debe llevar al desarrollo de la verdadera humanidad. En la medida en que los servidores de la filosofía, los filósofos, están al servicio del cumplimiento de los fines de la filosofía, están al servicio de esa función, por lo que son servidores o trabajadores para esa nueva humanidad, son como funcionarios de la humanidad, idea esta que será explícitamente formulada en La crisis.

El proyecto de Europa y el comienzo de la filosofía

Ahora bien, este tema, que en definitiva no es sino una profundización de toda la problemática del psicologismo, pronto asumirá en Husserl una forma o la cual aparecerá durante toda la década de los años 1920, la de la pregunta por el comienzo de la fenomenología, o la cuestión de los caminos de la reducción, cuestión que, aunque no es fácil de resumir, vamos a intentar exponer y aclarar en este momento. No deja, en todo caso, de ser curioso este giro de la problemática, que suele resultar ordinariamente incomprensible a la inmensa mayoría de los intérpretes, precisamente al no captar tras ese problema la intención profunda de la fenomenología.

El problema del comienzo de la fenomenología, que es lo mismo que preguntar cómo, por qué y para qué empieza la fenomenología (o la práctica de la reducción) era un problema latente en Husserl desde los años de Gotinga, exactamente desde que descubrió la

reducción. Pues la reducción es un concepto -o una práctica- en la que, según sabemos, coincidían dos proyectos cuya divergencia apareció en la *Grundproblemevorlesung* de 1910-1911. Pues bien, la guerra de 1914 no podrá menos que agudizar el conflicto entre los dos proyectos, haciendo aparecer en un primer plano la bivalencia del concepto de reducción y en consecuencia la ambivalencia de la propia fenomenología. Hemos hablado, en efecto, de lo que supuso la *Grundproblemevorlesung*, en la que se exige aplazar ese proyecto crítico en aras de una necesidad de describir la vida subjetiva, en aras, por lo tanto, de un proyecto descriptivo. Pues bien, esta doble vertiente de la fenomenología es la que se agudizará con la guerra de 1914 y lo que está detrás de la pregunta por los caminos de la reducción o del comienzo de la fenomenología.

En efecto, sabemos ya que la reducción se inicia como práctica al servicio de un proyecto crítico de recuperación del sujeto racional y, por lo tanto, de superación del psicologismo, que, al suponer la cosificación de la razón -su conversión en un hecho- implicaba la pérdida del sujeto racional. Ahora bien, la puesta en marcha de ese proyecto se hace de un modo cartesiano, es decir, Husserl trata de encontrar un sujeto que sirva de apoyo apodíctico para asegurar el valor de la ciencia y, a través de la actitud científica, para iniciar también una "crítica de la razón práctica", una crítica de la legitimidad de los valores. ¿Cuál era entonces el motivo de esa decisión? En principio parece que exclusivamente el deseo de fundar la ciencia, de asegurar el sujeto racional que hace la ciencia.

En la *Grundproblemevorlesung*, sin embargo, descubrió que la reducción puesta en marcha, lo que en realidad hacía era poner al descubierto la vida intencional subjetiva, que subyace a cualquier mundo. La reducción descubre que el mundo es resultado de la acción social, de los intereses colectivos, de la cultura, en definitiva, de un pueblo, pues eso es lo que significa decir que el mundo es el resultado de la actividad constituyente de la intersubjetividad trascendental. Más aún, en la *Grundproblemevorlesung* se descubre que la primera tarea de la fenomenología es describir esa vida subjetiva, que es la verdadera realidad. Ahora bien, el descubrimiento de ese nuevo nivel de la realidad se hace mediante el método cartesiano de buscar un fundamento apodíctico, pero en lugar de encontrarnos con ese fundamento, nos encontramos con una vida. Una vez descubierta esta vida, ¿qué ocurre con el fundamento apodíctico que inició el movimiento, ¿por qué es necesario tal fundamento?, ¿cómo decide el filósofo iniciar esa vía? Pregunta esta tanto más apremiante cuanto que la mayoría de los filósofos no inician la filosofía ni mediante una reducción como comienzo de una filosofía apodíctica, mediante una reducción como descubrimiento de una vida trascendental, es decir de la vida constitutiva. En 1913 decía en *Ideas* que la decisión de practicar la epojé, primera etapa de la práctica reductiva era el resultado de un acto libre enteramente dependiente de la voluntad. Ahora bien, esa respuesta, que podía servir desde una perspectiva epistemológica, es decir para fundar la ciencia, resulta banal primero para fundamentar la necesidad de la crítica de la razón práctica, pero sobre todo resulta banal una vez demostrada la fragilidad de la cultura europea, la fragilidad de la racionalidad europea, la fragilidad, en definitiva, del proyecto que identifica a Europa. Pues ¿para qué es necesario fundar la ciencia?

Todas estas consideraciones llevan a Husserl a iniciar un nuevo planteamiento: primero es preciso mostrar que la fenomenología como recuperación de un sujeto racional, no es sino una aplicación de la idea misma alumbradora de Europa, de la idea de una cultura filosófica. En segundo lugar, es necesario mostrar que la fenomenología es el telos, el fin, es decir, el movimiento latente al que tiende la fundación misma de la cultura filosófica; es

decir, que la idea de una cultura filosófica como racionalidad refleja se cumple realmente en la fenomenología. El comienzo de la fenomenología no es entonces una pura contingencia, un acontecimiento casual, sino que está preparado por el proceso mismo histórico, por la historia europea, que sólo en la fenomenología encontrará su cumplimiento y garantía. Por eso la cuestión del comienzo de la fenomenología al margen de la historia, en el "camino cartesiano", tenía que fracasar y terminar. Por eso mismo será Husserl incapaz de dar una razón en la "actitud natural" u ordinaria que justifique o motive la reducción, decir, el comienzo de la fenomenología no está en actitud natural vista en sí misma, sino en la cultura filosófica que define el proyecto de Europa y que una vez emergió en Grecia inaugurando una etapa nueva de la humanidad. La necesidad de asegurar la ciencia no es sino consecuencia o síntoma de lo mismo: se trata de asegurar, es decir, de asumir consciente y reflejamente, el valor de la ciencia porque se trata en él del valor de la humanidad, del proyecto europeo, preservando ese proyecto de los retrocesos de los que una falsa epistemología sólo es síntoma. La guerra se encargó de convertir en realidad todos esos retrocesos que latían en la errónea epistemología del psicologismo. La guerra mostró la bancarrota de Europa.

Husserl persiguió, sin embargo, durante años el empeño de buscar un acceso correcto a la fenomenología, de mostrar un camino para la reducción, una vez fracasado el cartesiano; así inició el de la psicología, el del problema del mundo, el de la lógica. ¿Cuál es la razón de este empeño de Husserl?, ¿qué aportan los diversos caminos al planteamiento husserliano?

La razón debe estar clara a quien esté familiarizado con la filosofía: Husserl tiene también conciencia de ello: la filosofía supone un verdadero comienzo en la historia, una nueva etapa; el filósofo es miembro de esa tradición nacida en Grecia, pero es miembro de un modo tal que pretende, en virtud del rechazo de la tradición prefilosófica que es la filosofía, aceptar la tradición filosófica. Todo filósofo tiene que decidirse "por lo menos una vez en la vida" a empezar de la nada, a empezar más allá de la tradición. Porque como decía Ortega y Gasset, la filosofía es "la tradición de la in-tradición" (Obras completas, VI, pág. 404). Si la filosofía es un proyecto de vida por la razón libre, por una razón que saca sus normas de sí misma, al margen de cualquier imposición por parte de otras personas o instancias, al margen, por lo tanto, de cualquier autoridad que no muestre una legitimidad racional, al margen también de cualquier tradición, la filosofía es una posibilidad inherente a cualquier individuo racional. Sin embargo, necesita haber sido creada una vez en la historia, haber sido institucionalizada por primera vez, necesita un cuerpo, una tradición. El filósofo que comienza, es decir, que quiere adherirse a esa tradición, debe asumir por su cuenta, fundar en sí y por sí mismo lo que en su día fundó la historia. No basta con aprender lo que la historia hizo, no basta con aprender la historia de la filosofía: es necesario volver a realizar el acto de fundación de la filosofía. Por eso necesita y se esfuerza Husserl por comenzar, por partir de la situación o actitud natural en la cual la filosofía aún no se ha convertido en tarea vital, en vocación, para encontrar en ella motivos que impulsen a rehacer el movimiento histórico que llevó a la emergencia de la nueva etapa de la racionalidad refleja, la etapa de la filosofía. El filósofo tiene que convertir su profesión, su Beruf, en su vocación, en su Berufung, en su llamada.

Ahora bien, un repaso a los motivos que impulsan a Husserl a practicar la reducción, es decir, a iniciar la filosofía, nos indica que siempre se trata de motivos sembrados por la historia, que están ahí puestos por el proceso histórico. Hemos visto que el motivo cartesiano, tal como aparece en La idea de la fenomenología, no es sino el enigma de la

razón, el enigma de la trascendencia que se da en el conocimiento, pero que, como indica el ejemplo mismo de Husserl, no es otro que el proveniente de la naturalización de la razón. El camino de la psicología no es sino la otra cara del mismo problema, pues es un camino que inicia Husserl en un intento de llevar adelante una crítica radical de la psicología científica, cuya crisis proviene precisamente de la cosificación de la conciencia, es decir, de aceptar el modelo de ciencia que se pone en marcha en la modernidad y que lleva a ver la subjetividad y la razón como un hecho más del mundo. Precisamente el análisis de los avatares de la razón en la modernidad será el último gran tema de Husserl en el conjunto de preocupaciones que le ocuparon después de la guerra de 1914.

La importancia que este último tema adquiere de un modo progresivo es plenamente coherente, no tanto por efecto, como se suele decir, de una lectura de Heidegger por parte de Husserl, como por el desarrollo interno de la problemática del comienzo de la fenomenología. En efecto, la concepción teleológica de la fenomenología, que no es, por otro lado, sino aplicación de aquella idea de intencionalidad que hemos destacado ya al comienzo, exige seguir el despliegue histórico de la idea fundacional tanto en sus avances como en sus retrocesos, retrocesos, bien entendido, que son necesarios para motivar nuevos avances.

Si la motivación de la fenomenología es histórica, es necesario estudiar esa historia que produce los motivos para el comienzo de la nueva filosofía. La emergencia de la nueva etapa, la emergencia de la cultura filosófica, ya había sido tratada por Husserl en varias ocasiones; aún no había estudiado a fondo la segunda gran etapa de la teleología de la fenomenología, de la teleología de la historia hacia la fenomenología, la modernidad, que se inicia en Galileo y Descartes. El interés y necesidad de estudiar detenidamente esta segunda etapa, que abarca la fundación de la modernidad y su despliegue en el empirismo y el idealismo (fundamentalmente el kantiano) es doble; pues por una parte, en ese estudio se descubre la raíz del núcleo esencial que configura la cultura moderna, frente a la cual reaccionó Husserl, a saber, el objetivismo, que no es sino la otra vertiente de aquel psicologismo, por el que empezara Husserl en su temprana etapa de Halle; en ese análisis se descubre, en primer término, la génesis del objetivismo, naturalismo y psicologismo.

Pero Husserl dará un paso más al mostrar la unidad del cuadro cultural de la modernidad, al descubrir que el error del objetivismo empieza allí donde la razón moderna olvida el mundo ordinario de los hombres, en el que nacen o están enraizados los intereses concretos de los seres humanos, lo que Husserl llama el *Lebenswelt* o mundo de la vida, sólo en el cual y respecto al cual tiene la ciencia sentido, pues sólo esa vida mundana es la fuente del sentido de los conceptos científicos; los cuales, si no pueden referirse a ese mundo, quedan desprovistos de todo sentido. Este *Lebenswelt* no es un tema tardío en Husserl, pues siempre lo ha tenido presente, ya desde los años de Gotinga, donde se refería a él con la denominación de *Erfahrungswelt* o mundo de la experiencia, que es un mundo anterior a los cambios que la visión científica ha podido introducir en él. Ni siquiera es tema nuevo de *La crisis*, la última obra, la insistencia en la referencia de la ciencia a ese mundo, pues esa cuestión está ya presente en las Ideas de 1913 y además subyace a las páginas que Husserl ha dedicado a la noción de fenómeno, muchos años antes de los años de *La crisis*; incluso es un tema fundamental de Ideas II, que Husserl no quiso publicar en vida, pero que terminó de escribir por los años 1915.

¿Qué es, pues, lo nuevo? a mi entender, la reconsideración del papel teleológico que todo eso cumple, es decir, su interpretación con relación a la idea fundacional de la filosofía, su interpretación como un despliegue de la noción de racionalidad, de vida por una

razón libre; un despliegue que no es, sin embargo, neutro, sino que introduce en la cultura europea una dirección que llevaba necesariamente a la pérdida del sujeto racional, es decir a la naturalización de la razón, a la conversión de la subjetividad en un hecho y, por lo tanto, al psicologismo. Por eso el análisis de la última obra de Husserl es capaz de aunar los diversos motivos que Husserl había estado buscando en la década de 1920: el cartesiano, pues el problema del conocimiento y las contradicciones en las que éste se desenvolvía era, en definitiva, una consecuencia heredada de la historia moderna, cuya visión de la realidad tenía que desembocar en el psicologismo; el de la psicología, pues la crítica de la psicología científica no es sino la otra vertiente de la crítica del naturalismo y del objetivismo, aplicado en este caso al intento de estudiar al ser humano con los mismos métodos que los empleados en la ciencia de la naturaleza. Por su parte, tanto la reconducción de la ciencia a su origen en el mundo de la vida o *Lebenswelt*, como la crítica de la psicología científica exigen la constitución de la ciencia del *Lebenswelt*, la ciencia del mundo de la vida, y de una psicología fenomenológica, plataformas desde las que no resulta difícil acceder a la fenomenología trascendental. Todo lo cual constituye el núcleo de los caminos del mundo y de la psicología a la fenomenología trascendental, cuestión que ocupa una considerable parte de la obra última de Husserl.

Preguntas

1. A la luz de los datos con los que contamos hoy en día, ¿puede hablarse con un mínimo de rigurosidad, como suele hacerse con frecuencia, de la existencia de un segundo Husserl que hacia el final de su vida, y debido a influencias externas a su propia obra, da un giro radical a su pensamiento hacia temas como el mundo de la vida o la historia? Razone su respuesta.
2. Explique, si es que las hay, las repercusiones ético-políticas que se derivan de ver al yo como yo histórico.
3. Dado el carácter sumamente escurridizo del concepto de "mundo de la vida", intente sistematizar el significado del mismo en la economía de la obra de Husserl. En caso de encontrar varios usos relevantes del citado término, especifíquelos y diga cuál es en su opinión el más relevante.
4. ¿Por qué el mundo de la vida es necesariamente un mundo histórico?
5. Vincule razonadamente los conceptos de Razón, Europa y Teleología, dando las claves fundamentales de la filosofía de la filosofía husseriana de la historia.
6. Explique la noción husseriana de sentido interno de la historia y describa la aplicación que Husserl hace de la misma al desarrollo de la historia de la filosofía.